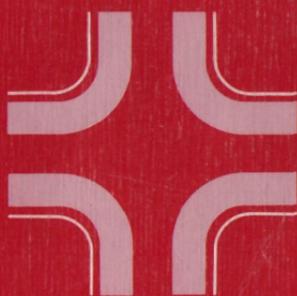


Marcel Bastin
Ghislain Pinckers
Michel Teheux

DIOS

CADA DIA

**SIGUIENDO
EL LECCIONARIO FERAL**



**1 / CUARESMA
Y TIEMPO PASCUAL**

DIOS CADA DIA
Siguiendo
el «Leccionario»
—1—
Cuaresma
y tiempo pascual

2.^a Edición

Editorial SAL TERRAE
Santander

Indice

Prólogo , por Mons. R.-J. Mathen	9	
El tiempo sagrado , por M.-D. Chenu	11	
 CELEBRAR LA CUARESMA		
LA CONVERSION DEL CORAZON	12	
El leccionario ferial de Cuaresma	13	
El Salmo 50	14	
SEMANA DE CENIZA ¡QUE BRILLE TU LUZ!	16	
Miércoles	La fiesta interior	17
Jueves	Nómadas en el camino de la vida	19
Viernes	Luz de aurora	21
Sábado	Corazón y práctica	23
PRIMERA SEMANA	UNA MIRADA NUEVA	25
Lunes	Cara a cara	26
Martes	Dios es Dios	28
Miércoles	¡Inmediatamente!	30
Jueves	Sin desfallecer	32
Viernes	Futuro del hombre	34
Sábado	A la perfección	36
SEGUNDA SEMANA	CAMINAR MAS LEJOS	38
Lunes	Sin medida	39
Martes	Iglesia servidora y pobre	41
Miércoles	Hijo de hombre	43
Jueves	Soledad	45
Viernes	Holocausto	47
Sábado	El corazón de Dios	49

Título del original francés:
Dieu pour chaque jour
©1982 by Desclée Editeurs
Paris-Tournai

Traducción: *Carlos López de la Rica*
© 1982 by Editorial Sal Terrae
Guevara, 20
39001 Santander

Con las debidas licencias
Impreso en España. Printed in Spain
ISBN: 84-293-0828-8
Dep. Legal: BI 2339-91

Impresión y encuadernación:
Grafo, S.A.
Bilbao

LITURGIAS BAPTISMALES - RECIEN NACIDOS

Nota sobre la liturgia de los escrutinios	51
3.ª Semana Cita en un brocal	53
4.ª Semana Dejarse deslumbrar	56
5.ª Semana Cuando los cuerpos se levanten	59

TERCERA SEMANA EL CULTO Y LA LEY	62
Lunes Renovación	63
Martes Gracia incansable	65
Miércoles Una ley grabada en el corazón	67
Jueves Corazones obstinados	69
Viernes Sacrificio matutino	71
Sábado La oración del corazón	73

DE LUNES A MIERCOLES DE LA CUARTA SEMANA CONVERSION BAPTISMAL	75
--	----

Una mirada al cuarto evangelio	76
Lunes Nueva creación	78
Martes Sumergidos en el agua	80
Miércoles De tal padre, tal hijo	82

DEL JUEVES DE LA CUARTA SEMANA AL SABADO DE LA QUINTA SEMANA PROCESO A JESUS	85
---	----

Jueves Dios bajo acusación	87
Viernes Someter a Dios a prueba	89
Sábado Alegato en vafor del escándalo	91
Lunes Juicio	93
Martes El siervo exaltado	95
Miércoles El hijo de Abrahán	97
Jueves Pacto de vida	99
Viernes Filiación	101
Sábado Alianza en la sangre	103

DEL LUNES AL MIERCOLES DE LA SEMANA SANTA A-DIOS	105
---	-----

Lunes El grano en la tierra	106
Martes El siervo se va	108
Miércoles Se acerca la hora	110

CELEBRAR LA PASCUA

UN CANTICO NUEVO	113
El leccionario ferial del tiempo pascual	115
Los Hechos de los Apóstoles	116

LA OCTAVA DE PASCUA - EL OTRO PROCESO

Lunes El «caso Jesús»: un golpe de efecto	119
Martes Se lo han llevado	122
Miércoles Comunión	125
Jueves Shalom!	128
Viernes Por el nombre del Crucificado	131
Sábado Testimonio	134

DEL LUNES AL JUEVES DE LA SEGUNDA SEMANA VIDA NUEVA	136
--	-----

Lunes Renacer	137
Martes Juntos	140
Miércoles Corazón nuevo	142
Jueves Testimonio	144

DEL VIERNES DE LA SEGUNDA SEMANA AL SABADO DE LA TERCERA SEMANA PAN PARTIDO PARA UN MUNDO NUEVO	146
--	-----

Partir el pan dando gracias	148
--	-----

Viernes Por el hambre	150
Sábado En los torbellinos de la historia	153
Lunes Dios en fuga	155
Martes Maná: «Mán hou?»	157
Miércoles Crecimiento	159
Jueves Pan entregado	161
Viernes Carne y sangre	163
Sábado Libertad	165

CUARTA SEMANA LA LEY DE LA RESURRECCION	167
--	-----

Lunes La puerta del Reino	169
Martes Pertenencia	171
Miércoles Iluminación	173
Jueves Amor	175
Viernes Camino	177
Sábado Imitación	179

QUINTA Y SEXTA SEMANAS DE PASCUA - LA IGLESIA; FUTURO DEL MUNDO	181
--	-----

Orar con Jesús en la Última Cena	182
---	-----

Lunes 5.ª Más allá de las cifras	184
Martes La paz en herencia	186
Miércoles La vid	188
Jueves Hacerse discípulo	190
Viernes Elegidos para amar	192
Sábado Consagrados	194
Lunes 6.ª Memoria	196
Martes Nuestro defensor	198
Miércoles Conocer	200
Jueves Viudez	202
Viernes Cuerpo de Cristo	204
Sábado Deseo	206

SEPTIMA SEMANA - INVOCANDO AL ESPIRITU	208	
¡Ven, Espíritu Santo!	209	
Lunes	La hora	211
Martes	Testamento	213
Miércoles	Por el mundo	215
Jueves	Unidad	217
Viernes	Amor	219
Sábado	Fuego	221

Prólogo

Al dotar a la liturgia ferial de un leccionario diario, el concilio Vaticano II sembró una simiente llena de futuro. De ese modo se nos permitió meditar día a día la Palabra, a fin de que pudiera penetrar en nuestras vidas y moldearlas según el Espíritu de Dios. Pues la Palabra de Dios es vida, nunca retorna a su fuente sin haber fecundado nuestro suelo (Is 55,10) y es pan de vida para quien se sacia de ella.

La simiente ya ha dado fruto. Tenemos razones para creer que la gran renovación bíblica tiene algo que ver con la presencia cotidiana de la Escritura en la liturgia de los cristianos. Indudablemente, no todo el mundo puede participar a diario en la Eucaristía, pero los objetivos de un libro litúrgico deben trascender los límites de una estricta utilización cültica. El árbol puede y debe dar además otros frutos.

No deberíamos dejarnos engañar por el necesario rigor de un leccionario. Hay en él un alimento para la Iglesia que no guarda relación únicamente con la liturgia, sino también con la meditación, la oración, la revisión de vida, la animación de grupos y movimientos... Al igual que el «misal», el leccionario puede y debe convertirse en libro de cabecera.

Pero la Palabra sólo es viva si se consigue interiorizarla, compartirla y transfigurarla en oración. Es fuente de conversión cotidiana y, al igual que le ocurrió al todavía indeciso Agustín, también a nosotros nos dice la Voz interior: «*Tolle, lege...!*» («¡Toma y lee!»). Tomar el libro, frecuentarlo asiduamente y escuchar cómo habla Dios en él cada día no consiste tan sólo en conocer un texto, sino, según la hermosa expresión del profeta Ezequiel, en «comer la Palabra» (Ez 3,1), hacerla propia, hacerse una sola cosa con ella, hasta el momento en que, al fin, esa Palabra nos arrastre del todo y nos moldee. Un momento al que jamás llegamos del todo y que hemos de perseguir constantemente: por eso la Palabra debe llegar sin cesar a nosotros para que aprendamos a vivir en ella.

La homilía (durante la liturgia) y el comentario (oral o escrito) encuentran aquí su razón de ser, lo mismo que la oración, nacida del texto para hacer volver a éste hacia Dios en acción de gracias y en intercesión. Si la Escritura exige una explicación científica, fundada en criterios sólidos,

también requiere un comentario espiritual, actualizador, meditativo... Por supuesto que en todo instante debemos guardarnos de pretender hacerle decir al texto lo que nosotros queremos, porque es él el que nos guía; pero la necesaria personalización del comentario no es algo extraño a la Palabra, con tal de que se mantenga la humilde sumisión al Espíritu.

Dicha personalización, como hemos dicho, le es necesaria a la Palabra, aun cuando después cada cual es libre de proseguir personalmente la interiorización. Si bien es verdad que nadie puede ponerse en el lugar de otro, también es cierto que en el Cuerpo de Cristo somos miembros los unos de los otros, y que la percepción que uno pueda tener de la Palabra constituye una riqueza para los demás. Es obra de edificación, en el más noble sentido de la expresión.

Un hecho digno de resaltar en la manera litúrgica de aprehender la Palabra es la luz que los textos se aportan recíprocamente unos a otros. Es verdad que, sobre todo durante los «tiempos ordinarios», cada lectura sigue su camino sin connivencia pretendida con la otra; pero, para quien ha escrutado mínimamente las profundidades de la Biblia, enseguida resulta obvio que las mil facetas de un solo tesoro se iluminan mutuamente en un gran juego de luces que canta la libertad de la gracia. Sin necesidad de hablar de «temas» demasiado concretos (que enseguida se tornan abstractos), podemos evocar a este respecto los armónicos de una misma sinfonía. Por eso el comentario, cuando se deja inspirar por esos armónicos, puede revelarse muy sugerente. Las dos Alianzas se interpelan y se completan mutuamente; el Evangelio se desarrolla en las Cartas Apostólicas; el salmo, frecuentemente, responde como un eco a la Palabra mediante palabras, a su vez, inspiradas.

En un tiempo en el que se apela cada vez más insistentemente a la oración y en el que el resurgimiento espiritual constituye un imperativo para nuestro diálogo con el Señor, hemos de felicitarnos por la publicación de *Dios cada día*. Tenemos necesidad de instrumentos que nos ayuden a escrutar las profundidades de la Palabra, y los autores que asumen el riesgo de proponer a sus hermanos algo de su propia meditación hacen una obra verdaderamente buena. Ellos saben mejor que nadie que podríamos seguir buscando indefinidamente, dejarnos interpelar mejor, permitir incesantemente al Espíritu que musite en nosotros las palabras de la oración; pero todo ello no es motivo para diferir *sine die* el mencionado riesgo.

Queremos felicitar vivamente al P. Ghislain Pickers, miembro de la *Comisión interdiocesana de pastoral litúrgica*, así como a sus colegas, los PP. Bastin y Teheux, por su iniciativa. *Dios cada día* ha de ayudar a muchos creyentes a acceder a las riquezas de la Escritura, a disfrutar de la belleza de la Palabra y a orar con palabras preñadas de savia bíblica.

Deseamos vivamente que este libro goce de amplia difusión entre el pueblo cristiano. Será especialmente útil a sacerdotes y fieles que deseen preparar y celebrar la Eucaristía, pero también inspirar su oración personal y comunitaria.

† R.-J. MATHEN
Obispo de Namur
Presidente de la C.I.P.L.

El tiempo sagrado

Dios cada día: así podría definirse la liturgia, tanto en su carácter de coparticipación en la Palabra de Dios como en su calidad de actualización del misterio de la resurrección en el cuerpo místico de Jesucristo. En ambos casos, efectivamente, el *tiempo* constituye un componente esencial, aun cuando nuestra oración vaya dirigida al «Dios eterno y todopoderoso».

Por supuesto que no hay que minusvalorar la oración personal y privada, por la que —en la densidad teológica de la fe, la esperanza y la caridad— nos mantenemos en comunión con el Dios vivo. Pero sería deshumanizar la vida divina e ir en contra del «régimen de encarnación» el despreciar la celebración cúllica, con sus ritos y sus símbolos, con el consiguiente riesgo de banalizar las celebraciones cotidianas, y no digamos el «día del Señor»...

El misal de los domingos, cuyo uso se ha generalizado, está construido en el interior del marco de la creación, donde, tras los seis días simbólicos, se mima cuidadosamente el «día del Señor», con todas las significaciones que le atribuye el relato del Génesis, desde el descanso semanal hasta la glorificación definitiva de Dios. Por no hablar de la transcripción que ha recibido en el cristianismo como Día de la resurrección del Señor. Hay ahí una representación del tiempo como ritmo de la religión, virtud de la criatura en relación a su Creador.

El misal y el leccionario ferial, tal como aquí se presenta, ofrece una recapitulación de la totalidad de la empresa divina, consumada por la incorporación a Cristo, que se realiza día a día. No se trata ya del ritmo de la *naturaleza*, que acompasa la distribución de los horarios, sino de las etapas de la *historia*, de suerte que el tiempo ya no es tan sólo una duración de dimensiones cósmicas, sino el sujeto portador de la liturgia, que no sólo lo sacraliza, sino que lo santifica. Es gracias a la liturgia como el Misterio vive en la historia, día a día.

Los elementos empleados para realizar este designio emanan, evidentemente, de la historia, de la historia sagrada. Los textos del Antiguo y del Nuevo Testamento, distribuidos con una determinada intención en la liturgia renovada, constituyen su primera trama, la cual resulta inteligible gracias a un mínimo de información exegética que debe inmunizar contra las elucubraciones moralizantes, verdadera plaga de la catequesis durante tanto tiempo. Una meditación homilética organiza doctrinalmente su contenido. Y una oración, ágil y acorde con la sensibilidad de las necesidades y los deseos, pone fin a cada uno de los conjuntos diarios, que se presentan bajo un sugerente título.

Tal es el presente instrumento, que nos pertrecha para dar al tiempo su dimensión sacral en el misterio de la Encarnación.

M.-D. CHENU, O.P.

CELEBRAR LA CUARESMA

LA CONVERSION DEL CORAZON

Cuando yo era niño... Los mayores recuerdan aquellas terribles cuaresmas con penitencias debidamente contabilizadas. Hoy, incluso se puede comer carne el viernes, al menos en algunos países.

En cuaresma solemos hacer colectas para ayudar al tercer mundo. Pero, como el mundo muere de hambre durante todo el año, ¿quién se da cuenta de que ha llegado la cuaresma? Además, la costumbre...

Por otra parte, algunos dicen que lo esencial no es eso. No es lo que entra en el estómago del hombre... A veces podemos preguntarnos si no se alegran por ello: el amor basta..., lo cual es bastante menos exigente...

¿Hay que volver entonces al ayuno? Puede que sí, pues los estómagos menos llenos suelen recobrar el estímulo del deseo. ¡Incluso es posible que ese deseo se oriente a Dios! Además, ¡también se puede ayunar para guardar la línea!

La cuaresma es tiempo de conversión, y las prácticas no significan nada si no llegan al corazón. Antes se comía pescado para compartir la vida de los más pobres. ¡Con toda el alma!

La liturgia de estos cuarenta días se desarrolla como un largo retiro, una estancia en el desierto. También como una subida hacia Jerusalén, con el bautismo como trasfondo. Una vuelta a la verdad, a lo esencial.

Hoy, esta verdad ¿no es, ante todo, un reencuentro con Dios, el Dios vivo, el Padre revelado en Jesucristo? Reencontrarlo en el fondo de nuestro corazón nos impulsa a contar con él.

¿Ayunar? Si al menos la cuaresma nos diera hambre de compartir con los que no tienen nada... Hacerlo porque Dios ha tomado partido por ellos, mientras que la voz de Dios ha sido sofocada por la excesiva opulencia.

El drama de nuestro tiempo es que los alimentos terrestres nos han anquilosado de tal modo que hemos perdido corazón. Cerrados al pobre, estamos también cerrados a Dios. Una avalancha de sacrificios no serviría de nada si no comenzamos por ayunar de aquello que nos ha vuelto sordos.

Vivir de otra manera, respirar con otro ritmo, sumergirnos de nuevo en el Evangelio. Tengo mucho miedo de que de niño me enseñaran a hacer penitencia sin decirme cómo salir de mí mismo para acoger al Otro, a ése que a la vez es Dios y pobre.

EL LECCIONARIO FERAL DE CUARESMA

El orden de las lecturas diarias de la eucaristía, en cuaresma, no se percibe fácilmente hasta la cuarta semana, cuando la lectura semicontinuada del Evangelio de San Juan propone una «subida a Jerusalén», acentuada con el proceso intentado contra Jesús. Por el contrario, durante la semana de ceniza y las tres primeras semanas se dedica cada día a un tema penitencial. Descubrir en ellas una progresión real sería, sin duda, demasiado artificial, y para facilidad del lector hemos dado a cada semana o conjunto un título lo suficientemente amplio.

Además, hay que observar que la 3ª, 4ª y 5ª semanas incluyen un formulario opcional que no es sino la repetición de las grandes lecturas bautismales ya vistas durante los domingos del ciclo A: Samaritana, ciego de nacimiento y Lázaro, siempre con una lectura adaptada del Antiguo Testamento. Hemos reagrupado estos tres formularios en un único conjunto, entre la 2ª y la 3ª semanas, con el título de «Liturgias bautismales».

Las «rúbricas» y el sentido común prevén que se puedan escoger cada semana los formularios más ricos si no se celebra diariamente la Eucaristía. Nos parece útil sugerir aquí cómo hacer esta elección.

Durante la semana de ceniza escogeremos el miércoles y el viernes, que acentúan el sentido de las prácticas penitenciales. En la segunda semana, el miércoles y el viernes (que dan relieve al anuncio de la Pasión) y el sábado (por la parábola del hijo pródigo).

Durante la tercera semana, nuestras preferencias estarían en el martes (el perdón mutuo), el viernes (mandamiento del amor) y el sábado (parábola del fariseo y el publicano).

Pero no hay que olvidar la riqueza de los formularios que se pueden elegir en las tres últimas semanas, sobre todo se si desea hacer una catequesis bautismal. En este mismo sentido, recalcaremos el martes de la cuarta semana, con la curación en la piscina de Betesda.

En el conjunto que va desde el jueves de la 4ª semana hasta el final de la 5ª, destacamos el viernes 4, martes, 5, viernes 5 y sábado 5: estas lecturas abonan el terreno para meditar el proceso de Jesús.

¿Habrá que añadir que los tres primeros días de la semana santa son muy ricos y casi indispensables?

EL SALMO 50

El salmo 50 es el salmo cuaresmal por excelencia. Merece la pena que nos detengamos en él para captar el simbolismo que lo impregna y la teología que transmite. Se le sitúa entre los salmos de súplica individual y data del final de la época monárquica¹. Habría sido compuesto para una liturgia penitencial presidida por el rey. Pero es obvio que ha servido de sustento a la oración de innumerables personas lo suficientemente religiosas para reconocerse en él.

Desde el primer versículo es notable la orientación de esta oración. Lejos de querer declarar inocente al salmista, como hacen tantas «endechas», la súplica se dirige de entrada a Dios para pedir su misericordia, su amor. La salvación del pecador está por completo en las manos de ese Dios que el amor define radicalmente. Por supuesto, no se ignora que Dios es justo, que quiere la verdad y la sabiduría en el corazón del hombre, pero precisamente esta «justicia» de Dios se manifestará, ante todo, en el perdón concedido al pecador. Se podría decir que se trata nada menos que de su honor, ya que el pecador perdonado se convertirá en testigo de Dios: podrá mostrar a los pecadores el camino de la verdad, y «hacia Dios volverán los extraviados». El reconocimiento del pecado tiene, pues, también una dimensión profética. Forma parte de la «confesión» de las obras de Dios.

Además, el salmista reconoce su falta sin rodeos. No teme contemplar ese pecado que siempre «está ante él». ¿Culpabilidad exagerada? ¿Enfasis literario? No, ya que el sentido profundo del pecado sólo existe para poder captar mejor la dimensión del perdón divino. El hombre ha pecado «contra Dios» y sólo contra él... Sin duda, conoce las repercusiones sociales de su falta, pero en el acto litúrgico de la confesión pone el acento sobre Dios, que está en el origen de todas las cosas, tanto del perdón como del sentido último de todo pecado. ¡No se puede expresar mejor hasta qué punto está de acuerdo Dios con la vida humana y su condición existencial!

La conciencia del salmista es tan viva que se reconoce «nacido en la culpa», «pecador desde el vientre de su madre». No parece que sea necesario buscar en estas expresiones una teología explícita del pecado original, y menos aún del modo como se transmite, ya que el que ora se sitúa aquí a un nivel existencial: tiene conciencia de pertenecer a una humanidad pecadora, a un pueblo pecador en el que ninguna existencia podría escapar

al peso de la miseria. Lo veremos mejor cuando apele al Dios creador para que le salve de su culpa. La conciencia de pecado supera absolutamente la dosificación aparentemente justa que un juez podría hacer de las responsabilidades y las circunstancias atenuantes. Se trata nada menos que de la existencia «frente a Dios». Israel es un pueblo santo, y el pecado obstaculiza al mismo Dios.

Son importantes los versículos 4, 9, 12 y 14. Si los dos primeros hacen probablemente alusión a un baño ritual de purificación, los otros interiorizan el proceso e indican que el rito es la cara visible de una profunda renovación del ser. De esta manera, el salmo se inscribe en una gran corriente de pensamiento que va desde los discípulos de Isaías hasta los evangelistas, para definir en términos de bautismo la restauración del hombre y del cosmos.

Recordemos las grandes etapas de esta corriente de pensamiento. El tercer Isaías (65,17) había anunciado la «creación de unos cielos nuevos y una tierra nueva». Jeremías había hablado de la restauración del pueblo y del individuo. Proclamaba una nueva era en la que la ley sería grabada en el corazón del hombre, subrayando así la comunión profunda que uniría a la humanidad nueva con Dios (32,39).

Ezequiel retoma la idea para hablar de una creación nueva y un espíritu nuevo (36, 25-27). Es él quien explicita mejor los lazos temáticos entre el agua y la vida. En su predicación debía de acordarse del río que, según el Génesis, ascendía del subsuelo para regar toda la superficie de la tierra. Según el profeta, llegará un día en que en la nueva Jerusalén manará una fuente que fecundará el desierto, y de la fuente brotará un torrente impetuoso en cuyas orillas nacerán árboles frutales maravillosos (cap. 47). De este modo, la vuelta de Yahvé estará marcada por la abundancia, simbolizada en los torrentes. Más tarde, el 4.º evangelio retomará este tema aplicándolo al cuerpo de Cristo, el nuevo templo.

El agua es, pues, fuente de vida. Cuando el salmista suplica a Dios que le lave, lanza una llamada a la vida y a la renovación. Consiguientemente, puede imaginar el perdón como una danza de resurrección y un himno de alabanza (cfr. Ez. 37). Si Dios recrea el corazón del hombre borrando su pecado, hay que ver en el perdón una reanudación de toda la obra creadora. Los tiempos nuevos, manifestados por el don del Espíritu, son tiempos de resurrección y fiesta. La «confesión» es un acto en el que se manifiesta el Dios de la vida.

Ante esto, ¿qué puede hacer el hombre sino maravillarse y dar gracias? ¡Proclamar la justicia de Dios! ¿Lo hará con sacrificios al modo antiguo? El salmo previene contra los cultos hipócritas en los que el corazón del hombre no queda totalmente comprometido. El hombre debe saber que el perdón de Dios no se compra, ya que supera toda medida humana. La única ofrenda que agrada a Dios es un espíritu convertido, roto y triturado; es decir, consciente de lo que es, sin pretensión de hacerse valer ante el Creador².

2. Los versos 20-21 son una edición exílica que responde a la esperanza de la restauración del templo.

1. E. LIPINSKI, art. *Psaumes*, en DBS, t. IX, col. 66, París 1974.

SEMANA DE CENIZA

¡QUE BRILLE TU LUZ!

La gran cuarentena comienza al son de trompetas. Todo el pueblo es convocado al ayuno en la Iglesia, asamblea santa. Al final de la cincuentena pascual, el profeta Joel anunciará la efusión del Espíritu sobre «toda carne» (Pentecostés). El ayuno de la cuaresma no es una práctica de ascesis individual, sino una larga celebración en la que la Iglesia convoca a los hombres para que dejen que el Espíritu renueve sus corazones. Entonces, del polvo de nuestras cenizas brotarán la vida y la fiesta.

Hoy debemos partir, recuperar nuestros orígenes nómadas, tomar el camino de la vida. Camino de cruz, hecho de humildad, desprendimiento interior, justicia y amor al hombre. Camino por el que la Iglesia va a la búsqueda del Esposo que le ha sido arrebatado, en el silencio del desierto y la verdad del corazón. Pero la fe sabe que la cruz anuncia la resurrección y que ninguna noche se prolonga sin desembocar en la aurora pascual. Los pecadores ya están invitados a la mesa mesiánica por aquel que ha venido a llamar a los enfermos y no a los sanos.

¿No debería ser nuestro ayuno, en el sentido estricto del término, un «ayuno eucarístico», un despojarse de todo para, al fin, gustar la alegría de la mesa de la reconciliación? Mesa en la que el Esposo nos da ya el nuevo vino de la fiesta. El cristiano, cuando hace penitencia, conoce la paz interior de la vida y del perdón y, si va al desierto, es porque allí puede Dios hablar a su corazón; pero en el silencio, y en esta ausencia, que es la única que puede ahondar nuestro deseo.

*
**

**¡Es hermoso ayunar para ti, Dios, vida nuestra,
y dejar que el hambre profundice en nosotros
el deseo de un mayor amor!**

**Siguiendo a Jesús, iremos al desierto,
y de nuestro despojo de cada día
renacerá una humanidad nueva,
fruto de la gracia y la pobreza.**

**Bendito seas por la mesa del pan partido,
donde son reconciliados
los que se dan a ti sin reservas.**

**Y bendito sea el día
en que tu Iglesia conozca
con qué ternura la amas
mientras camina por los duros senderos de la cruz.**

Miércoles de ceniza

LA FIESTA INTERIOR

Joel 2,12-18. «¡Rasgaos los corazones, no las vestiduras!». Tentación de refugiarse en ritos externos. Todos los profetas han advertido a Israel que se circuncide el corazón y no el prepucio. Es una recomendación siempre actual: las cenizas adquieren tan fácilmente valor de talismán...

«Tocad la trompeta en Sión». Que el eco de la trompeta llegue hasta las últimas aldeas de Judá. Que todos se reúnan, ya que es un gran día para Yahvé y su pueblo. Hoy es día de asamblea santa, hoy comienza el ayuno para el Señor. ¡Que todos se revistan de harapos, se cubran de ceniza y se abstengan de todo placer!

Conversión, despojo, compromiso. Joel anuncia el día de Yahvé. Precede al «Dios que viene del futuro». Al final del tiempo de Pascua, el día de Pentecostés, se volverá a leer a Joel, pero entonces el mundo antiguo dará paso a un mundo purificado habitado por el Espíritu.

«¿Quién cambiará mi corazón de piedra en corazón de carne?». El Señor. El crea para mí un corazón puro y me hace vivir de su fidelidad. El salmo 50 canta la miseria de los «pobres», los enfermos, los perseguidos, los amenazados en su vida o en sus bienes. Proclama la esperanza del que confía en Dios.

2 Corintios 5,20—6,2. La expresión «ministerio de la reconciliación» es muy evocadora para los Corintios. En efecto, les recuerda un hecho histórico determinado. En el momento de la reconstrucción de la ciudad (44 a. de C.), César había hecho venir a colonos de Grecia y de todo el imperio; gentes de pasado comprometido a quienes el cónsul concedía una nueva oportunidad.

Dios no actúa de otro modo, explica el apóstol. El también llama a todos los hombres a construir la nueva Jerusalén, y Cristo ha venido como embajador para el ministerio de la reconciliación. El tiempo de la Iglesia es el tiempo por excelencia de la conversión, ya que debe permitir la reunión de judíos y gentiles. Por lo tanto, no debemos dejar que pase, sobre todo porque el precio de la embajada de Cristo supera todo cuanto el hombre hubiera podido imaginar. «Al que no conocía el pecado, Dios lo hizo pecado por nosotros, para que por él llegáramos a ser justicia de Dios».

Mateo 6,1-6.16-18. Limosna, oración, ayuno: tres prácticas capitales de la piedad judía. Pero el hombre piadoso corre un riesgo: desviar estos ritos de su verdadero fin, que es Dios. En efecto, ¡qué escarnio cuando el hombre pone la religión al servicio de su propia gloria y cae en su propio juego! Adán, por querer ser como Dios, había comido del fruto prohibido.

«En lo escondido», es decir, en verdad, ante el Padre que sondea los corazones. Cierra tu puerta, pues al Señor le gusta hablar en el vacío de tu silencio. ¡Perfúmate, ya que Dios te llama a una fiesta!

«¿Para qué fiesta cantamos?». ¡Es verdad que muchos cristianos no ven fiesta alguna en el miércoles de ceniza! Y, sin embargo, la palabra de Dios es formal: «Congregad al pueblo, anunciad una solemnidad, santificad la asamblea». Hoy es convocada toda la Iglesia a una fiesta en la que el ayuno será el plato sustancial... ¡Curiosa fiesta! Pero, de hecho, ¿sabemos celebrar una fiesta? En nuestro mundo, donde todo tiene gusto a cenizas, ¿conocemos aún la alegría y los cantos? Quizá porque la Pascua ya no es el día bendito entre los días, la cuaresma se ha ensombrecido y es de un gris triste y brumoso.

«Cuando ayunéis, no andéis cabizbajos... perfúmate la cabeza». Ayunar, es decir, hacer el vacío en uno mismo, pues nuestro corazón se ha llenado de cantidad de cosas inútiles.

Despojarse, reencontrar la pobreza radical para que al fin Dios encuentre un sitio en el fondo de nosotros mismos. Pues la verdadera fiesta es interior: el Espíritu la suscita en nuestros corazones, si éstos quieren acogerla. Pero para ello hay que ayunar, tener hambre para conocer el deseo, despojarse para ir a la fuente. En el silencio llegará hasta nosotros el eco de la fiesta de Dios. En la humildad, nuestro espíritu se abrirá al soplo del Espíritu. Por medio del ayuno entraremos en la fiesta de los pobres, donde las cosas más pequeñas adquieren de pronto sabor de eternidad.

«¡Dios, haz que brille tu luz!». ¿No le veis venir? Llega el día de la fiesta pero en lo secreto, en el fondo de tu morada interior. Hermano, cierra la puerta. Todos somos convocados por el silencio. ¡Que nuestra asamblea haga sitio al Espíritu!

*
**

**Te damos gracias, Señor Dios nuestro,
porque hoy convocas a la Iglesia
para que vuelva a encontrar el camino de la paz
en la unidad de un solo corazón convertido a tu Palabra.**

**Bendito seas por Jesucristo:
en él ha aparecido para nosotros
la esperanza de un nuevo día,
día de fiesta y de luz.**

**Bendito seas por su Espíritu de santidad y vida:
cuando el corazón del hombre se deja atrapar por él,
le recrea en el silencio y la pobreza.**

**Con todos los santos del cielo y de la tierra,
queremos, a lo largo de este tiempo de gracia,
bendecirte y cantarte sin cesar.**

Jueves después de ceniza

NOMADAS EN EL CAMINO DE LA VIDA

Deuteronomio 30,15-20. *El Deuteronomio nació en el reino del norte. Escrito en la segunda mitad del siglo VIII, el libro lo constituye la predicación de un grupo de levitas que se habían asignado la tarea de profundizar en las tradiciones de la Alianza.*

Un problema se planteaba a la conciencia religiosa de Israel. Como religión de nómadas, el yahvismo difícilmente penetraba en la vida de los sedentarios, ya que, confrontados con técnicas agrícolas más o menos mal asimiladas, los judíos se refugiaban cada vez más en los cultos de la naturaleza.

El Deuteronomio recuerda vigorosamente las condiciones de la alianza divina. Si Yahvé hizo salir a su pueblo de Egipto y le dio la tierra prometida, le exige a cambio una preferencia absoluta. Ante Israel se abren dos caminos: el de la idolatría, que conduce a la muerte, y el de la fidelidad, que lleva a la dicha y a la posesión tranquila de la tierra dada por Dios.

El salmo 1 parafrasea un antiguo canto de felicitaciones. Recuerda a un apólogo de Jeremías (17,5-8) y a un pasaje de la sabiduría egipcia de Amenemopo. Antes del exilio, un escriba lo ha retomado dándole el sentido de oposición entre dos caminos.

Lucas 9,22-25. *¡Cuando la muerte conduce a la Vida! Jesús ha comunicado a los hombres la voluntad salvífica de Dios, pero sólo ha encontrado escepticismo y odio. Un Mesías sufriente... no era lo que Israel esperaba, ni tampoco lo que esperaba Jesús. Y, sin embargo, llegado el momento, «tomará decididamente el camino de Jerusalén». Las circunstancias impondrán este camino, y la salvación pasará por el fracaso y el sufrimiento.*

¡Todos los días! Cada mañana hay que dar la vida. Cada mañana se presentan ante el hombre los dos caminos que conducen, uno a la nada, el otro a la transfiguración. Cada día hay que entrar en el juego del amor, con una fidelidad incondicional a la voluntad de Dios.

*
**

Sobre el salmo 1:

**¡Dichoso el hombre que camina recto
y no escucha la voz de los que se mofan!
¡Dichoso el hombre que guarda la ley de Dios
y hace en todo su voluntad!
Como árbol plantado en tierra fértil,
producirá el ciento por uno,
y su nombre será bendecido entre sus hermanos.**

*
**

Cada mañana es una gracia nueva, una invitación de Dios a llegar más lejos en el camino. Y, sin embargo, ¡cuántas mañanas oscuras en las que todo parece volvernos la espalda! En esos momentos el hombre experimenta la tentación de proteger su vida, de ganarla parándose obstinadamente en el pasado. En apariencia, el camino de la mañana parece que conduce a la muerte. Anuncia la cruz que se perfila en el horizonte, y quizá más valdría darse la vuelta. Pero hay que avanzar en la fe y en la esperanza, ya que la gracia del nuevo día es una gracia progresiva y paradójica. «El que quiere salvar su vida la perderá». Nuestra vida no existe sino en las manos de Dios, dentro de una alianza en la que el Señor exige una preferencia absoluta. Sin embargo, los caminos de Dios no son forzosamente nuestros caminos. Dios no revela el futuro, se compromete en él y garantiza que la subida, dura e incierta, desemboca en una vida más plena. Pero esto ocurre en la fe. ¡Camino de cruz! No forzosamente camino constante de sufrimiento, pero sí camino siempre de absoluto y de renovación.

El discípulo no puede detenerse. Siempre está en camino. Marcha resueltamente con Jesús. Y si le viene la tentación de detenerse, sabe muy bien que esa aparente seguridad sólo puede hundirle en la muerte. La vida está siempre en el futuro. Como Dios.

**Dios de vida,
mañana que renace sin cesar,
no nos dejes ceder
a la facilidad del camino de la muerte.**
**Que con tu Hijo Jesús
vayamos decididamente siempre más lejos,
en la esperanza que nunca se desilusiona.**
**Pues sabemos ya
que toda cruz es la señal
de una resurrección inesperada
en Jesucristo, tu Amado.**

**

**Te pedimos por los que pierden su vida
acumulando lo inútil:
¡hazles descubrir la gracia de la pobreza!
También te pedimos por los que no tienen nada,
por aquellos a quienes la vida les ha quitado lo necesario:
¡tiende hacia ellos una mano fraterna!
Te pedimos por nosotros mismos:
¡que caminemos sin dudar
y llevemos juntos el yugo de tu amor!**

Viernes después de ceniza

LUZ DE AURORA

Isaías 58,1-9a. *Caminar con la cabeza baja, revestirse de saco, acostarse sobre cenizas... En plena ceremonia penitencial, un discípulo del segundo Isaías denuncia la hipocresía de los habitantes de Jerusalén. Se consideran irreprochables, se extrañan del silencio de Dios para con ellos: «¿Para qué ayunar, se preguntan, si Dios no hace caso?».*

¿Qué lejos están del profeta Isaías, que hablaba de la loca pasión de Dios! Los judíos que hacen penitencia querrían un Dios a su medida, que tuviera en cuenta los méritos y les retribuyese en consecuencia. ¡Dar, dar! ¿Qué necesidad tendrían de un Dios que diera su gracia y colmara a sus criaturas con sus atenciones? Un Dios contable es un Dios al modo humano: se le puede calibrar...

¿Más valdría un Dios ciego! Pues ¿a dónde llega uno si se dedica a juzgar los corazones? Y, sin embargo... «El ayuno que prefiero, dice Dios, es éste»: tú que has doblado el espinazo bajo el yugo de los babilonios, ¡rompe ahora las cadenas con que aprisionas a tus hermanos! Más aún: colabora decididamente en la construcción del Reino de Dios. Comparte tu pan con el hambriento, ofrece una habitación de tu casa al vagabundo. Entonces ¡tu luz nacerá como la aurora después de una larga noche!

Salmo 50: cfr. pág. 14

Mateo 9,14-15. *Mientras Jesús estaba en medio de ellos, los discípulos no debían ayunar. Cuando está Dios, se hace fiesta. Pero a Dios lo han matado... Hoy puedes ayunar para colmar tu hambre con su palabra. No olvides perfumarte, ya que la mañana de Pascua es también hoy...*

**

Sobre el salmo 50:

**No intentes disimular tu pecado ante Dios,
pues el Señor es ternura y piedad.
No temas su justicia y su verdad,
pues Dios sabrá purificarte.
Lánzate al abismo de su misericordia
y, con corazón contrito, no dejes de decir:
¡Misericordia, Dios mío, por tu amor!**

**

¿Hacia dónde camina nuestra tierra? ¿Va la noche a cubrir la vida para siempre? El propio Dios parece callar, y su luz no consigue dar calor a nuestros devastados caminos. ¿Dónde está Dios?

Hermano, la resurrección de Cristo está escondida en el abismo de la tierra, como una aurora apenas perceptible. Dichoso aquel que, en la fe, mantenga su corazón despierto durante la noche, en ayuno y oración, para estar presente cuando llegue el alba del nuevo día.

Pero, de hecho, la luz ha aparecido. De ti depende que ilumine la tierra de los hombres. Si eres constructor de libertad, si compartes sin calcular, si nunca esquivas a tu semejante, entonces eres como Dios, y por tu medio podrá aparecer la aurora de su luz. Dios ha hecho alianza contigo, él es el Esposo. Es verdad que, a menudo, los cantos de la boda parecen apagados. Se nos ha privado del Esposo. Pero nuestro corazón vela, y sabemos que está vivo. Entonces, si dejas que tu corazón ayune, si te despojas de todo equipaje inútil, en el deseo de Dios y en el amor del hombre, sabrás que la fiesta no ha terminado. La mesa está puesta todavía, y el Esposo comparte en ella su propia vida. Aurora de resurrección ya presente.

*
**

**Tú eres, Señor,
la luz del hombre
y la libertad de los oprimidos.
Derrama tu Espíritu sobre nosotros
para que la luz de nuestro amor
sea en el mundo
aurora del nuevo día
que has hecho surgir
en la resurrección de tu Hijo Amado.**

*
**

**Devuelve la libertad a los oprimidos,
que caigan las injustas cadenas,
ése es el ayuno que tú quieres:
¡Señor, haznos constructores de justicia!
Compartir el pan con el hambriento,
acoger en casa al que no tiene techo,
ése es el ayuno que tú quieres:
¡Señor, danos hambre de amor!
Seguirte hasta la cruz,
vivir tu Palabra siempre nueva,
ése es el ayuno que tú quieres
¡Señor, condúcenos y sálvanos!**

Sábado después de ceniza

CORAZON Y PRACTICA

Isaías 58,9b-14. *Durante el exilio de Babilonia, la santificación del sábado había adquirido una real importancia a los ojos de los judíos, ya que esta práctica les distinguía de los pueblos paganos entre los que estaban diseminados. Pero el gran peligro era transformar un acto bueno en una escrupulosa obligación que, finalmente, producía buena conciencia.*

Como el movimiento no hace más que crecer en la Jerusalén restaurada, los profetas reaccionan. Revitalizar el sábado es, ciertamente, tarea digna de alabanza, con la condición de querer hacer de él un día realmente agradable al Señor, un día en el que el hombre pueda fortalecer su alma lejos del mundo y sus ocupaciones. El culto se vuelve fácilmente hipócrita cuando ya no es expresión de una vida de cara a Dios.

Oración de súplica, el salmo 85 anuncia el perdón del Señor.

Lucas 5,27-32. *«Misericordia quiero y no sacrificios». Los fariseos ayunaban escrupulosamente, pero no invitaban a los publicanos a su mesa, pues aquellas gentes desempeñaban un oficio despreciable. Los fariseos ayunaban, pero su corazón estaba seco.*

Jesús ha venido por los pecadores, y pecadores somos todos. Jesús sabe que el corazón del pecador no puede revivir si antes no se le da calor. El invita a los publicanos a su mesa, les dice una palabra de reconciliación, y los fariseos no se equivocan en eso.

La práctica religiosa sólo tiene sentido cuando brota de un corazón convertido. Entonces es signo de apertura a Dios y a los demás. De lo contrario, es fría y rígida. ¡Convirtámonos!

*
**

Sobre el salmo 85:

**Hermano,
tú que te sientes pobre y desgraciado,
¡mantén tu corazón dirigido hacia Dios
que es bueno!
El vela sobre el que le implora,
alegra el corazón del que le llama.
Lleno de amor y ternura,
no deja ningún grito sin respuesta:
es el Dios que nos salva.**

*
**

Llegará un día en que él mismo pondrá la mesa para los pecadores y dará su vida como sacramento de salvación. A lo largo de todo su camino, Jesús compartió la mesa de los pobres para dar sentido, de antemano, a la eucaristía en la que la sangre del Hijo del Hombre se derramará «para el perdón de los pecados». Llegado para curar y salvar, el Enviado de Dios se comportó hasta la muerte como un buen médico que llama a los enfermos a la conversión, a la salud, hasta dar su vida por ellos.

Leví era pecador. Era pecador por profesión. Al menos, así lo habían declarado, de una vez por todas, los detentadores de la ley. No iban des-caminados, ya que todos sabían que los publicanos tenían un sentido de la justicia más bien orientada hacia su propio provecho. Y además, colaboraban con el ocupante, con el enemigo. Entonces, ¿qué decir cuando el Mesías acepta reunirse, para un festín, con una muchedumbre de publicanos?

Claro que Leví lo abandonó todo para seguir a Jesús. Se convirtió. Quizás incluso podamos confiar en que Jesús, al encontrar a sus semejantes, convertirá a uno u otro. Pero nuestras faltas están con nosotros, y Leví no puede borrar su triste reputación en un instante. Además, todos sabemos que más vale desconfiar de los convertidos. Aún quedan rescoldos entre las cenizas, y el fuego a veces no es bueno... Los médicos, cuando han curado a sus pacientes, se lavan las manos cuidadosamente.

En la última cena, Jesús lavará los pies de los pecadores. Enviado por Dios, sabe muy bien que el mal no cicatriza en un instante y que los discípulos le negaron apenas terminada la cena. Pero también sabe muy bien que la salvación del hombre está en el amor. Y el amor sólo existe si se comparte la condición del otro, hasta darle una confianza sin medida. Y precisamente esto es lo que los justos nunca podrán comprender. Jamás aceptarán comer con los pecadores... Entonces, ¿para qué van a la mesa del Señor?

*
**

**Tú que sigues viniendo a llamar a los pecadores,
libranos de nuestra suficiencia,
abre nuestros ojos al mal que nos roe.
¡Señor, ten piedad!
Tú pones la mesa del perdón
y nosotros nos obstinamos
en justificar nuestra conducta.
¡Cristo ten piedad!
Mira, somos publicanos y tramposos,
pero tu amor nos ha seducido.
Queremos vivir contigo.
¡Señor ten piedad!**

PRIMERA SEMANA DE CUARESMA

UNA MIRADA NUEVA

«Seréis santos, porque yo, el Señor vuestro Dios, soy santo»... «Serás un pueblo consagrado al Señor, como te lo ha prometido». Dios es santo, su santidad es radical, decisiva: es Dios, diferente a cualquiera, trascendente. A esta santidad nos llama. No a unas cuantas virtudes, sino a una recreación total del corazón, de la persona. Jesús dirá: «Vosotros, pues, sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto». Perfección, santidad, son, ante todo, gracia, don, el resultado en nosotros de una Palabra siempre eficaz, semejante a la lluvia que fecunda el suelo. Somos un Pueblo santo, porque los tiempos se han consumado y se nos ha dado a Jesús, signo decisivo del Reino de Dios.

Una nueva ley mana de esta nueva identidad, que supera el mínimo legal de los mandamientos y se dirige a la persona en su libre responsabilidad. Ley de perfección que sólo puede comprenderse sobre la base de una «mirada nueva»: «Tuve hambre, ¿me diste de comer?». ¿Me reconociste? Mirada nueva que seleccionará entre los que ven y los que no ven, entre los que piden señales y los que entregan su fe. Ha llegado la hora del Juicio, ya que en Jesús Dios «ha hecho que llegue su Reino». Es urgente convertirnos, es decir, comportarnos como «santos», acoger la gracia.

El perdón es el signo supremo de esta nueva ley. «¡Ponte de acuerdo con tu enemigo!». Y este perdón va unido a la oración: oración apremiante, acto de fe en Dios, oración que pone al hombre a tono con el Reino de Dios y le hace decir desde la fe: «Padre, perdónanos como nosotros perdonamos». Entonces verdaderamente es «santificado», reconocido como santo, el Nombre de Dios.

*
**

**Dios santo, amor que no falla,
mira nuestro egoísmo y nuestra pereza:
¡perdónanos y danos tu Espíritu!
Dios perfecto, misericordia infinita,
mira nuestras divisiones y rencores:
¡sosiéganos y danos tu Espíritu!
Dios vivo, Palabra de fuego en el corazón del hombre,
mira nuestra oración que te implora:
¡santifícanos y danos tu espíritu!**

Lunes de la primera semana

CARA A CARA

Levítico 19,1-2.11-18. *El «Libro de los Levitas» fue redactado después del exilio, en una época en la que el prestigio del sacerdocio estaba en su cénit. Es una colección de tradiciones dispares, algunas de las cuales se remontan a tiempos muy antiguos. Los capítulos 17 a 26 constituyen una de las partes más antiguas de este libro, llamado «Ley de santidad».*

Dios es totalmente otro, el santo. Es radicalmente diferente a todo lo que el hombre pueda representarse. Pero también es el que establece una alianza con el hombre. Quiere que la humanidad participe de su santidad: «Seréis santos, porque yo, el Señor vuestro Dios, soy santo». Consagrado por Yahvé, Israel debe dejar que se transparente la santidad divina en todas las circunstancias de su vida.

Con la cadencia de la afirmación «Yo soy el Señor», la perícopa litúrgica detalla la conducta moral del pueblo santo. Esta conducta se arraiga en un profundo respeto al prójimo, sobre todo al asalariado y al desvalido. Cuando se conoce la severidad de la ley del talión, extraña descubrir una sentencia como ésta: «No reclamarás la pena de muerte contra tu prójimo».

El salmo 18 es un himno que se presenta como profesión de fidelidad a la ley de Yahvé.

Mateo 25,31-46. La parábola del Juicio final pone fin al discurso apocalíptico. El «guión» es del propio evangelista. En compensación, Mateo ha tomado el contenido del juicio del tratado de los «dos caminos», particularmente la enumeración de las buenas obras.

Escrito primero en arameo, este librito es contemporáneo de Jesús y del cristianismo. En el Deuteronomio (cfr. jueves después de ceniza) se encuentra por primera vez el tema de los dos caminos: uno conduce a la muerte, el otro a la vida.

Mateo, que en su primer discurso ya había puesto en labios de Jesús: «No basta decirme: '¡Señor, Señor!', para entrar en el Reino de Dios; no, hay que poner por obra el designio de mi Padre del cielo», entra aquí en lo concreto de la vida. Alimentar al hambriento, dar un vaso de agua, acoger al forastero, ... preocuparse por el más humilde. En esto se conoce al verdadero discípulo.

*
**

¡Extraño cara a cara, donde el Hijo del Hombre juzga al hombre sobre la calidad de su mirada! «Señor, ¿cuándo te vimos?». Unos y otros, benditos y malditos, plantean la misma pregunta. Pero los primeros, al dejar que su corazón se conmueva ante la miseria, han visto, en la fe, al que ahora contemplan sus ojos en el cara a cara decisivo. «¡Dichosos los limpios de corazón!»... «¡Sed santos, dice Dios, como yo soy santo!»... No se trata de proteger la pureza contra las miserias del mundo. Se trata de compartir la santidad del que ha apostado por el hombre haciéndose hombre. Hombre, pobre, humilde, emigrado, prisionero, rechazado. La santidad de Dios es para nosotros algo decisivo que penetra lo cotidiano con dimensión de eternidad. Al hacerse hombre, Dios ha roto la barrera entre el cielo y la tierra. La salvación ya no está en huir hacia el más allá, sino en la capacidad de ver el más allá en el rostro del hombre concreto, del «prójimo», aparentemente tan poco divino.

*
**

**Dios santo, Señor y Dios nuestro,
tú que contemplas los cielos
en el infinito de tu gloria,
has tomado rostro de hombre
y has compartido la miseria
del más abandonado de entre los pobres.
Danos la fuerza de tu bendición.
Santifica nuestro corazón con el fuego de tu palabra
para que nuestros ojos reconozcan tu presencia
en la mano que se tiende
y en la mirada que mendiga nuestro amor.
Pues tú nos juzgarás sobre el amor
cuando llegue el día de tu juicio.**

*
**

**No juzguéis y no seréis juzgados:
haz, Señor, que descubramos tu rostro
en los rasgos del hombre despreciado y rechazado.
No te vengues, para que no seamos condenados:
haz también que busquemos la paz
allí donde el mundo alimenta la guerra y la división.
No calumniéis, para poder escapar del castigo:
haz, Señor, que amemos en nuestros hermanos
el bien escondido y los gérmenes del progreso.
No explotéis al débil para poder vivir en la luz:
haznos artesanos de la justicia,
jornaleros de reconciliación y de futuro.**

DIOS ES DIOS

Isaías 55,10-11. *Con el capítulo 55 concluyen los oráculos del Segundo Isaías. Emparentado con la corriente deuteronomica, retoma diferentes temas del comienzo del libro, como, por ejemplo, el anuncio del nuevo éxodo.*

En los versículos 10-11, la palabra divina es personificada y anuncia al Verbo, que, en Jesucristo, visitará la tierra. Pero la comparación trata sobre la eficacia de esta palabra. La palabra de Yahvé no retorna sin haber dado fruto: no es como la lluvia que cae del cielo y vuelve a él. ¿Qué prueba más patente se puede dar al anunciar el fin inminente del exilio? ¿No es lo que había dicho el profeta Jeremías: «Esto es lo que dice el Señor: Cuando se cumplan setenta años en Babilonia, me ocuparé de vosotros, os cumpliré mis promesas trayéndoos de nuevo a este lugar» (Jr 29,10)?

El salmo 33 es un salmo alfabético. Si los versículos 10-23 contienen una enseñanza de tipo sapiencial, los primeros versículos tienen relación con el género de la acción de gracias. En efecto, encontramos en ellos, además de la expresión de los motivos de la confianza, el recuerdo de la oración dirigida a Yahvé y la consiguiente acogida.

Mateo 6,7-15. Los paganos creen poder presionar a la divinidad haciendo largas plegarias. Por el contrario, la oración de los discípulos de Jesús se distingue por su gran sencillez.

Dirigido al Padre, el «Padre nuestro» muestra la esperanza de los hijos de Dios. El aparente triunfo del mal no impide a los discípulos implorar la revelación de la soberanía divina. ¡Que llegue el día en que la trascendencia del nombre de Dios sea reconocida por todos! Las peticiones del «pan de mañana» (Jeremías) y del perdón de nuestras faltas anticipan también la venida del Reino. «Danos hoy el pan de mañana, perdónanos nuestras faltas». ¡Que actúen ya hoy en nuestra vida las fuerzas del Reino: el pan de la vida y el perdón de Dios! La última petición no trata de las tentaciones de cada día, sino de la gran prueba que amenaza a todo discípulo: la de dudar del Maestro, la de renegar de él, como Pedro renegó de Jesús en el momento de la catástrofe.

*

**

Dios no es sordo. Dios no está cansado. ¡No hemos de multiplicar ante él las oraciones para conseguir nuestro empeño! Nuestro Dios no es un ídolo. Aunque hay que orar sin descanso, la oración del cristiano es, ante todo, un acto de fe para con Dios, que nos habló primero. ¡Y de qué manera! ¡En su hijo Jesús nos lo ha dado todo! ¡Su palabra es más eficaz que la lluvia que cae sobre tierra buena, ya que de nuestra tierra ha brotado el Salvador! Somos los hijos del Padre de los cielos: que nuestra oración no contradiga lo que somos...

Demasiados cristianos dicen el *Padre nuestro* como si, a fuerza de repetirlo, se fueran a realizar sus peticiones: «¡Venga a nosotros tu reino... y que nosotros pongamos de nuestra cosecha para que no tarde demasiado!» ¡No! Dios es Dios, y no nos ha esperado para manifestar su Reino: ¡resucitó a Jesús! Entonces, ¿para qué orar? Pues porque la presencia de Dios en nuestra tierra es una cosa tan grande que no podemos dejar de repetirla. Decimos también: «¡Venga tu Reino!» y «¡Bendito sea tu Reino que llega!». El Reino de Dios, si está aquí, está escondido, y sólo se deja ver por los que miran al mundo con «ojos nuevos», con «corazón nuevo». Tenemos que orar para que esa mirada se agudice y para someter nuestro corazón a la transparencia del Espíritu.

Por eso, quien ora sin perdonar habla en el vacío. No ha pasado al mundo nuevo, no sabe que, en Jesucristo, Dios le ha perdonado todas sus ofensas. Y se obstina en no perdonar... La única oración que Dios escucha es el grito de la fe.

*

**

Padre nuestro, que estás en el cielo,

sólo tú eres santo,

tú estás por encima de todo,

eres ternura y misericordia.

¡Bendito sea tu nombre!

¡No abandones la obra de tus manos,

hazte reconocer por lo que eres,

que venga tu Reino,

que los hombres descubran tu presencia,

pues tú eres el Dios fiel!

¡Danos hoy el pan de la vida,

tu palabra y tu Hijo,

tu gracia y tu luz,

para el camino de este día!

¡Bendito seas,

tú que has cancelado todas nuestras deudas

salvándonos por Jesucristo:

también hoy perdónanos,

como nosotros perdonamos

a todos los que nos ofenden,

en la paz de tu gracia!

¡Padre,

no nos sometas a la gran prueba,

guárdanos en la fe y la esperanza,

pues nunca renegaremos de tu nombre y tu palabra!

¡Libranos del Adversario,

pues tú eres nuestro Dios, el único,

Dios santo, Padre de ternura!

Miércoles de la primera semana

¡INMEDIATAMENTE!

Jonás 3,1-10. *Obra escrita después del exilio, se presenta como una gran parábola. El héroe del libro resume en su persona lo que es la experiencia de todo profeta. Como Jeremías, Jonás expresa la lucha interior del que debe ir a contra corriente de sus contemporáneos, poniendo a veces en peligro su vida. Pero muestra también la grandeza de la vocación profética, pues, aunque la palabra del profeta molesta, su sola presencia proporciona al mundo un espíritu nuevo sin el que el mundo no puede vivir. La conversión de los ninivitas nos muestra también el alcance universal de la salvación.*

Los textos rabínicos opondrán el mundo pagano, dispuesto a convertirse, al pueblo judío, «pueblo de dura cerviz». Insistirán también mucho sobre la estancia de Jonás dentro de la ballena, que evocaba la salvación del justo después de la catástrofe.

Salmo 50: cfr. pág. 14

Lucas 11,29-32. *¡La señal de Jonás! En la perspectiva de los textos rabínicos, esta señal es, ante todo, el anuncio indirecto de la pasión de Jesús y su triunfo. Mateo lo ha interpretado en este sentido (12,38-41): reconoce el destino de Jesús en el de Jonás.*

Pero el signo de Jonás es también la predicación a los gentiles. El día del juicio, los ninivitas y la reina de Saba, que habían escuchado la palabra de los hombres de Dios, se levantaron contra la generación incrédula y fueron sus testigos de cargo.

*
**

Sobre el salmo 50:

Contra ti, contra ti solo pequé,
pues conozco mi pecado
y sé cuánto ha empañado mi corazón.
¡Pero tú eres el Dios creador, el Dios fiel!
¡Sólo tú puede crear en mí un corazón nuevo,
sólo tú puedes renovarme con tu Espíritu!
¡Oh Dios, no me apartes de tu presencia:
que viva, Señor, bajo la luz de tu rostro,
y de mi corazón penitente
se elevará un himno de alabanza!

¿Qué más queremos? El que sin cesar pide signos para creer ya ha demostrado su incredulidad. La fe es un impulso del corazón, una iluminación del espíritu ante la presencia de Dios, revelada sin otra garantía que una llamada, una gracia. Jonás grita y proclama, y Nínive, la gran ciudad, se convierte... ¿Cuento de hadas? También la fe tiene esa apariencia, pero las hadas han sido sustituidas por el Dios vivo, cuyos caminos no son nuestros caminos. ¡Locura para los que quieren razonarlo todo en este mundo! Estos piden signos...

Jesús se presenta como el Hijo del Hombre. Y acabará en la cruz. Si hoy volviera a nuestras ciudades y pueblos, todo volvería a empezar. Si en el mismo modo, menos para algunos originales que le seguirían, entregándole el caso... Serían prudentes, pedirían tiempo... y algún milagro suplementario, para complementar su información.

La fe que discute no es fe. Dios no se somete a nuestros análisis. Dice: «¡Ven... inmediatamente!». Dios pasa, y mañana es demasiado tarde. Durante este tiempo, en otras partes, hay hombres que descubren el Evangelio y se entregan a él sin discusión. Es verdad que producen en nosotros la extrañeza de la reina de Saba... ¡Quiera Dios que no se levanten un día y nos confundan!

*
**

**Por los profetas que Dios envía en nuestro tiempo:
para que proclamen sin cesar la urgencia de la conversión...
Por los hombres enredados en sutiles razonamientos:
para que descubran la urgencia de una fe más sencilla...
Por los que descubren la fuerza del Evangelio:
para que nos empujen con el aliento de su fe...**

*
**

**Te adoramos, Dios del universo.
Jamás mantienes tu cólera contra nosotros,
sino que suscitas profetas
que proclaman tu voluntad de salvar al hombre.
Dios fiel, tampoco ahora
dejas que la humanidad se suma en el mal;
manifiesta tu ternura a los poderosos
para que descubran la fuerza del amor.
Entonces, todos, pequeños y grandes,
se volverán hacia ti
y te bendecirán con una sola voz.**

SIN DESFALLECER

Esther 14,1.3-5.12-14. *La oración de petición tiene tan mala prensa... Sin embargo, es de rancio abolengo, pues la mayor parte de los salmos son oraciones de súplica. Los salmos son una verdadera escuela de oración, una oración viva que tonifica, que expresa el fondo del corazón del hombre, con sus luces y sus sombras. Cantan la bondad del hombre, su necesidad de ternura, su queja, incluso sus gritos de venganza. Sí, muchos salmos son un grito, una protesta, una pregunta. «¿Por qué duermes, Señor? ¿Hasta cuándo estarás irritado contra nosotros?». Es el grito del hombre que no acepta que todo se le venga encima por una supuesta voluntad de Dios. Grito del hombre frente al silencio de Dios.*

Pero, si el fiel puede gritar así a Dios, es porque ha experimentado que Dios está de acuerdo con él. A través de la historia de la comunidad, a través de su propia historia, ha comprobado la fidelidad de Dios. La última palabra de los salmos es la confianza. De este modo, la oración de Esther apela a la justicia de Dios, y recuerda también que la fidelidad divina se manifiesta en la historia de los creyentes.

El salmo 137 es un salmo de acción de gracias individual. Expresa el reconocimiento del hombre por el favor obtenido. Mezclado con la acción de gracias propiamente dicha, está el recuerdo de la angustia en que se encontró el hombre fiel.

Mateo 7,7-12. *Jesús no rechazó el grito de los hombres ni desdeñó la oración de petición. ¿Quizá la orientó de otro modo? Hacia la realización del sueño de Dios sobre la humanidad... Pero él está cerca de los pequeños, de los pobres, de los que sólo tienen sufrimiento y queja. Oró al Padre para que no desfalleciese la fe de sus discípulos. Pidió a su Padre el perdón de los enemigos.*

(Las traducciones de Mt 7,7 expresan mal la respuesta a la oración. Hay que entender el «Pedid y Dios os dará... Llamad y Dios os abrirá». Los pasivos constituyen una perífrasis para designar a Dios indirectamente).

*
**

Sobre el salmo 137:

**Dios que te llamas Amor, amor eterno,
amor fiel y poderosa ternura,
¡te damos gracias de todo corazón!
¡A ti debemos lo que somos,
y tu promesa asegura nuestro porvenir!
¡Señor, no abandones la obra de tus manos!**

*
**

Orar es pedir, buscar, llamar a la puerta. De día y de noche. Sin cansarse nunca. «Siempre hay que orar», y hasta tal punto que la oración se convierte en un estado y no sólo en una práctica ocasional. Orar es un modo de ser delante de Dios. ¡Pero hay dos maneras de insistir en la petición: la del inoportuno y la del enamorado! El primero sólo piensa en sí mismo; el otro está fascinado, y lo daría todo por el tesoro que ha descubierto. ¿Qué puerta se le cerrará? Si Dios espera de nosotros esta oración, es porque él se presenta como el tesoro de los tesoros, como el amigo más fiel. ¡Un amor de segunda mano, que se da por nada, no es amor!

Escuchad, pues, a Esther: «Señor mío, tú eres el único Dios, ven a socorrerme, pues estoy sola. Mi único tesoro eres tú. Acuérdate, Señor... Sólo te tengo a ti, que lo conoces todo». Sabe dejarse agarrar por él. Conoce las palabras que le arrebatan. Sus palabras son una excelente defensa. ¿Vamos a andarnos con remilgos, porque Dios sabe lo que nos hace falta antes de que se lo pidamos? No es eso, y el que ya no pide nada, demuestra que ya no ama. El orgulloso prescinde de la ayuda del otro. El no pedir nada a Dios encubre a menudo un sutil orgullo.

Pero hay que pedir sin desfallecer, pues quien capitula demasiado pronto demuestra que no tiene verdadera confianza. Dios quiere que se le busque, porque siempre está más allá de lo que esperamos. Tenemos que llamar a su puerta durante mucho tiempo, porque dicha puerta se abre sobre un infinito que nunca se alcanza del todo. La verdadera actitud ante Dios —la oración en la vida— es la actitud del mendigo... un mendigo que se sabe amado y llamado a la Vida. ¡Mendigo de ti... mendigo de Dios!

*
**

**Dios que lo conoces todo, Dios único,
nunca se ha oído decir
que hayas rechazado al que te implora.
¡Bendito seas tú, a quien buscamos,
porque te adelantaste tú a venir hasta nosotros!
Oye el grito de nuestra oración
y danos lo mejor:
tu amor y tu fidelidad,
pues el amor de tu nombre
nos hace decir sin desfallecer:
tú eres nuestro Dios, nuestro único Dios.**

Viernes de la primera semana

FUTURO DEL HOMBRE

Ezequiel 18,21-28. *Durante mucho tiempo, Israel tuvo una visión comunitaria del ser y del devenir del individuo. El Israelita sólo existía en función del grupo social al que pertenecía. Si un miembro de la comunidad pecaba, todo el pueblo era solidariamente responsable.*

Con Jeremías, la noción de personalismo penetra en la enseñanza profética. A los exiliados, que tenían la impresión de pagar por el pecado de sus antepasados, les anuncia la abolición de los castigos colectivos. «Pues el que muera, será por su propia culpa, y tendrá dentera el que coma los agraces» (31,30). De hecho, Jeremías tuvo predecesores entre los sacerdotes: cuando un grupo de peregrinos subía al Templo, un sacerdote examinaba el comportamiento pasado de cada uno de ellos. El sacerdote tenía poder para admitir o no a la liturgia.

Ezequiel va más lejos. Separa totalmente al individuo del destino de la nación, y afirma que cada hombre es tratado según su comportamiento personal. Insiste en la eficacia de la conversión. Yahvé no mantiene al hombre en su pecado, sino que le abre un futuro. Si el malvado se convierte, entrará en la vida.

Del tipo de los salmos de súplica individual, el salmo 129 es un canto que hacían los peregrinos que subían a Jerusalén. La liturgia cristiana lo ha retomado como «salmo de penitencia», y también de esperanza y vigilia.

Mateo 5,20-26. «Se dijo (Dios dijo)... Pero yo os digo». ¿Se oponía Jesús a Dios? No a Dios, sino a la interpretación que los escribas hacían de la Ley. De hecho, Jesús va más lejos que las escuelas rabínicas de su tiempo: se sitúa al nivel del amor. A menudo, aferrarse a la ley es condenarse a un mínimo sin vida. El mínimo no es el amor, es sólo su caricatura. El que se contenta con la justicia de los fariseos —ya considerable— no ha descubierto aún el camino del Reino. La ley prohibía el homicidio, y Jesús condena la cólera. Además, no basta con expiar; también hay que reconciliarse con el hermano. ¿Cómo presentarse a la mesa de la reconciliación si el corazón sigue lleno de resentimientos? El Reino de Dios está ahí. Cuando llegue el Juez, no hay que estar enfadado con el hermano.

El pueblo de Dios es un pueblo de hombres. «No sois vosotros quienes me habéis escogido, dice el Dios de la alianza, soy yo quien os ha elegido». El pueblo santo es fruto de la gracia de Dios, y si Dios hace una alianza con el hombre, es para que la vida abunde en el hombre, su criatura. «¿Es que deseo la muerte del malvado, dice el Señor?». Dios quiere la vida.

Sin embargo, el pecado puede matar al hombre no sólo a causa de la falta, sino mucho más por el peso del remordimiento, de la culpabilidad y del reproche que gravita sobre las espaldas del pecador. ¿Qué decir, entonces, cuando la falta es supuestamente transmitida de generación en generación? Si el pecador no tiene ya derecho a convertirse y a ser radicalmente perdonado, porque pertenece a una línea pecadora, llegan la desesperanza y la muerte a corto plazo. Cuando el profeta afirma con fuerza la responsabilidad personal, abre para todos un futuro posible, una liberación, una vuelta a la vida.

Las costumbres del pueblo santo sólo pueden salir de Dios. Reconciliarse con tal urgencia que la reconciliación esté antes que el culto; es decir: que la liberación del hombre sea lo primero en el designio de Dios. Jesús se pone al nivel del amor, que es el único camino del futuro humano. Prohíbe nutrir la cólera, insultar o maldecir al otro, no para aumentar el peso de la ley, sino para abrir en nuestras vidas un espacio de amor suficiente que permita avanzar con libertad. Dios quiere que el hombre viva: quiere que seamos, los unos para los otros, fuente de vida y de futuro.

*

**

**¡Desde lo hondo a ti grito, Señor,
no puedes dejar que me hunda en el lodo fatal!
Si llevas cuenta de los delitos,
¿quién podrá resistir?
¡Pero de ti procede el perdón,
la gracia y el futuro!
¡Sí, te espero con toda mi alma:
más que el centinela la aurora;
sé que eres la vida y la luz!
A tu lado hay plena libertad,
tú liberas a tu pueblo de todas sus faltas.
Tú eres el Dios de los hombres.**

Sábado de la primera semana

A LA PERFECCION

Deuteronomio 26,16-19. *La perícopa proviene de la escuela deuteronómica y fue compuesta para servir de introducción a los relatos de la renovación de la alianza en Siquem. Más que un contrato hecho entre dos partes iguales, son dos declaraciones paralelas, cada una de las cuales evoca el papel de ambas partes. Yahvé se compromete a ser el Dios de Israel y, como contrapartida, exige la observancia de la ley. Israel, por su lado, se compromete a ser el pueblo de Yahvé y cuenta, a su vez, con la protección divina.*

Salmo alfabético de 22 estrofas, el salmo 118 es una larga meditación sobre la Ley, fuente de vida.

Mateo 5,43-48. *Una vez más, Jesús llega más lejos que los escribas. En el Levítico se leía: «No serás vengativo ni guardarás rencor a tus conciudadanos. Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (19,18). No se trataba del odio a los enemigos. Además, este mandamiento no figura en ninguna parte del Antiguo Testamento; más bien parece reflejar el sectarismo de Qumran. Jesús exige algo más que renunciar a la venganza. Pide que el mal sea vencido por el bien.*

Jesús despliega, pues, un futuro. El hombre que se encierra en el odio desea la eliminación de su enemigo. Si se conmueve ante la bondad que se le testimonia, renunciará quizás al mal y se volverá él mismo bueno. El bien habrá vencido al mal. El perdón abre un espacio de libertad y postula una lógica distinta de la del mal.

*

**

Sobre el salmo 118:

**Dichoso el hombre que camina por el sendero recto:
en la encrucijada de la Alianza
será uno con sus hermanos.
Dichoso aquel que intenta vivir según Dios:
en los días tenebrosos
conocerá la alegría de la luz.
Dichoso el pueblo asiduo a la Palabra:
por los caminos del mundo
levantará un alba de esperanza.**

*

**

«Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto»... Aplicar el Evangelio a la perfección. Pero ¿no puede ser descorazonador? ¿Quién puede llegar a conseguirlo? Sobre todo, cuando imaginamos la perfección de Dios como serenidad imparable, inmovilizada en una eternidad estática sin desviación posible... ¡Qué mal conocemos a Dios! No es que sea como esos dioses de la mitología, que tienen defectos según sea su poder. ¡No! Pero la perfección de Dios es la del amor, y el amor está muy lejos de ser imparable.

Es hermosa la imagen del sol que brilla para todos los hombres sin discriminación. ¡Si Dios tuviera que castigar cada vez a sus «enemigos», ¡menudo lío! ¿Y qué pasa con nosotros? En el fondo de la idea de castigo está la de una justicia del «ojo por ojo y diente por diente». Tal falta será reparada con tal sanción. Dios no es así: no castiga, convierte. No pierde el tiempo en ver lo que pasa, va derecho al corazón.

«Vosotros, pues, sed perfectos...». Y la perfección se concreta en el perdón, que es el don por excelencia. Perdonar es recrear, liberar, creer en el otro, abrirle la posibilidad de una nueva vida. ¿Escuchará cada vez? ¿Todos nuestros enemigos se harán nuestros amigos en la medida de nuestro perdón? Nada es menos cierto; pero lo que se nos pide es que actuemos como Dios. El futuro es de él: no le cerremos la puerta con nuestra dureza. Además, la historia de Dios con los hombres lo atestigua: cuando el amor es totalmente desarmado, se convierte en lo que verdaderamente desarma. Ahí está una ley nueva, la ley del Reino. Supone una mirada distinta al mundo que sólo se comprende desde la fe. Pero, a este nivel, es la ley más eficaz que jamás se haya imaginado. La ley del Dios vivo.

**

**Dios, que haces que nazca el sol sobre todos los hombres,
bendito seas por tu hijo Jesús,
venido al mundo
como sol de gracia y amor.
A su luz se han levantado los pecadores
aprisionados en las tinieblas de su pasado;
a su calor se han reconciliado los hombres,
ayer aún inmovilizados en la dureza de su corazón.
El mismo, en esa hora en que el sol
se obscureció ante la muerte sobre el Gólgota,
abrió para los hombres un espacio
de vida y renovación,
perdonando a los que le clavaban en la cruz.
En la aurora del nuevo día
le resucitaste,
y desde entonces tu sol brilla sobre nuestra tierra
como fuente de libertad y esperanza.
Con todos los que se sacian de su luz,
Dios, renovación nuestra, te cantamos.**

SIN MEDIDA

SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA

CAMINAR MAS LEJOS

«Se los llevó aparte, a una montaña alta» (2.º domingo). Toda la cuaresma es una marcha ascendente. Hay que tomar con decisión el camino de la Pascua, que conduce a la vez hacia el Gólgota y hasta la montaña de la transfiguración. En el Tabor, Jesús habla de su pasión con Moisés y Elías (Lucas). Hoy, con sus discípulos, en la llanura, les dice por el camino: «He aquí que subimos a Jerusalén. El Hijo del Hombre será entregado». Hijo único, será matado por los viñadores, mercenarios codiciosos, que están al acecho de la herencia. La pasión del Señor es el paso obligado hacia la vida y el más allá.

El más allá. No tanto el que se sitúa más allá de la tierra y del tiempo, sino el que puede transfigurar este tiempo y nuestra historia, porque es la escondida presencia de la nueva Pascua. Más allá para los hombres acorralados por el sufrimiento y el desprecio, profetas rechazados y maltratados, porque proclaman la sorprendente palabra de Dios. Jeremías, José y los de todos los tiempos. Son los testigos de una Iglesia pobre y servidora, Iglesia dispuesta a apurar la copa del Hijo del Hombre, que «ha venido para servir y dar su vida por la multitud»; Iglesia despojada de todo medio de dominio, al contrario que los escribas, que no dejan de cargar los hombros de los pobres, para imponérseles mejor. Sí, la preocupación del pobre forma parte integral de la Pascua y de la salvación: en el seno de Abraham, Lázaro es al fin reconocido en su dignidad humana.

Más allá también está la transfiguración. Es para el pecador, a quien Jesús recibe gustoso, hasta el punto de comer con él. La parábola del Padre del hijo pródigo nos revela la fuente divina del perdón sin medida. Dios es misericordia y ternura. Cuando acoge con los brazos abiertos al penitente que se encuentra mal, le resucita, le recrea. El perdón es un acto creador, y estamos invitados a vivir tal creación en relación con nuestros hermanos: «Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso». En el primero y en el último día de esta semana, dos grandes letanías de perdón orientan nuestro corazón hacia ese Dios que «arroja nuestras faltas al fondo del mar», porque siempre «mantiene su alianza y su amor».

Sí, volver a encontrar la blancura inmaculada de la vida y hacer justicia al pobre es todo uno, ya que Cristo nos ha englobado en su resurrección haciéndose pobre entre nosotros.

Daniel 9,4-10. *Quien quiera familiarizarse con la «confesión de los pecados», exigida como condición del rito bautismal, debe releer la oración de Daniel, que aparece en un contexto de meditación. Daniel se prepara para interrogar al oráculo de Jeremías (25,11-14), que ubicaba la caída de Babel y la liberación de Israel al cabo de un periodo simbólico de 70 años.*

La oración es más antigua que el libro de Daniel. La volvemos a encontrar en los libros de Nehemías y Esdras, y también en Baruc, lo cual confirma su carácter cultural. Comienza con una invocación al Dios de la alianza, y enumera a continuación las diversas categorías sociales convictas de desobediencia: reyes, príncipes, jefes de familia y el conjunto de la nación.

Se trata, cada vez, de rupturas de la alianza. Han causado el exilio en Babilonia. Pero Yahvé es un Dios de «misericordia y perdón» que no mira al pasado, sino al futuro.

Salmo 78. *Toda la nación invoca a Yahvé. Que no se acuerde de las faltas pasadas, sino que perdone. Es su honor el que está en juego, pues si no perdona, los vecinos podrían burlarse diciendo: «¿Dónde está su Dios?».*

Lucas 6,36-38. *Fiel al vocabulario legalista judío, Mateo escribió: «seréis perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto». Lucas prefiere definir a Dios como «misericordioso», y ésta podría ser la palabra original de Jesús. Pero, si Dios es misericordioso, el hombre, creado a su imagen, debe serlo también... «Dad y Dios os dará...». Buena medida, desbordante, como en las transacciones comerciales en las que se empleaba la medida del socio para pesarle su trigo y su cebada.*

*
**

Sobre el salmo 78:

**Oh Dios, no podemos más,
nuestro pasado nos ahoga
y estamos prisioneros.
¿Vas a reprocharnos sin cesar
las antiguas faltas?
Oh Dios, manifiesta tu perdón,
pues entre los hombres te llamamos
Dios fiel, Dios tierno...
¡Y está en juego el honor de tu nombre!**

*
**

¡Perdonad... Dad sin medida! Jesús propone a sus discípulos un estilo de vida nuevo, revolucionario si lo comparamos con los equilibrios de la justicia humana. De entrada, va hasta el fondo, con ese radicalismo que pertenece a Dios, ya que participa del acto creador. En efecto, ¿no es el perdón una actitud de absoluta renovación y recreación? Sólo Dios puede perdonar; el hombre únicamente lo consigue si es misericordioso como Dios lo es.

¿A qué se debe el que tantos hombres religiosos no consigan perdonar? ¿Les habrá encerrado la vida espiritual en una búsqueda ansiosa de perfección, que acaba por cerrar al hombre sobre sí mismo? Santos hombres, irreprochables quizá, pero siempre dispuestos a sopesar el bien y el mal en la vida del prójimo... Es necesario tomar la medida de Dios. Pero esa medida no se puede medir, pues es la del amor y la ternura. «Al Señor, nuestro Dios, la misericordia y el perdón». El corazón de Dios no perdona como un juez que sopesa los pros y los contras, sino como un padre que compromete su vida en el futuro de sus hijos. Nos hace falta tomar la medida de Dios, vivir nuestra fe como un amor sin medida. Entonces, en el momento en que sepamos lo que Dios nos ama, ya que nos perdona con tanta magnanimidad, perdonaremos a su vez, en la fe de que Dios puede unirnos a unos y a otros de cara a un futuro siempre posible.

*
**

**Hemos sido rebeldes,
te hemos dado la espalda.
Pero tú eres, Señor,
Dios de misericordia,
siempre fiel a tu alianza:
¡Danos tu perdón
y cambia nuestros corazones!
Nos hemos destrozado,
hemos juzgado a nuestros hermanos.
Pero tú, Señor,
no condenas a nadie:
¡Unenos en tu misericordia
y cambia nuestros corazones!
Hemos calculado,
hemos medido nuestro perdón.
Pero tú, Señor,
das sin cansarte,
todo lo renuevas:
¡Haznos a imagen de tu Hijo
y cambia nuestros corazones!**

Martes de la segunda semana

IGLESIA SERVIDORA Y POBRE

Isaías 1,10.16-20. *Sodoma y Gomorra, las dos ciudades mancilladas y malditas... Pero ocurre que también los actos de culto están mancillados cuando se contaminan con la hipocresía religiosa. Sacrificios, peregrinaciones, visitas al templo, ofrendas, «sábados», fiestas solemnes... Nada faltaba (vv. 11-15): pero ¿qué es un culto que ya no responde a una actitud interior?*

Sin embargo, nada está perdido si los culpables se convierten. Discutamos, dice Dios, intentemos ver claro en nuestros pensamientos y actitudes. Entonces, «aunque vuestros pecados sean como la grana, como nieve blanquearán». Así es el corazón de nuestro Dios.

En forma de requisitoria, el salmo 49 pone por testigos al cielo y la tierra. Yahvé va a juzgar a su pueblo. Una vez más, denunciará la hipocresía de su corazón. Desgraciadamente, los versículos tomados por la liturgia apenas nos permiten caer en la cuenta de ello...

Mateo 23,1-12. *Los escribas de los fariseos se sentaron en la cátedra de Moisés para interpretar y completar la ley escrita. Era una dura responsabilidad; pero tenían una gran tradición, y la mayor parte era gente seria. Lo malo es cuando la ley se convierte en un fardo cargado sobre los hombros de los más sencillos y cuando la habilidad y la ciencia se emplean para deformar la ley. Entonces todo está perdido.*

Al árbol se le conoce por sus frutos. A los fariseos les gustaba que se notara su obediencia (al menos material) a la ley. Alargaban sus filacterias (esas tiras de pergamino con pasajes de la Ley que se llevaban colgadas de la frente o del brazo), ensanchaban las franjas del manto para recordar los mandamientos divinos y reclamaban los puestos de honor en las sinagogas. Tanto celo para que les honrasen... Pero qué lejos están los deseos de la realidad, y cómo gusta hacerse llamar «padre» en la Iglesia de Jesucristo... ¡A todos los niveles!

*
**

Sobre el salmo 49:

**¡Dios juez! ¡A Dios no se le engaña fácilmente!
Es inútil multiplicar los sacrificios
cuando el corazón se apoya en la mentira.
¡Dios juez! ¡Vosotros que le invocáis, comparaos!
¡Es inútil pretextar inocencia
cuando Dios viene para cambiarlo todo!
Juzgados por su amor,
los corazones penitentes se transfigurarán.**

Dicen y no hacen... ¡Malditos hipócritas! A veces las palabras son reveladoras. En la antigüedad, «hipócrita» designaba tanto al adivino como al actor, es decir, al que dice palabras que no son de su propia cosecha. Pero, bajo la influencia del arameo, no tardó en designar, en la Biblia, al hombre que desempeña un papel sin comprometerse. ¿Ocurrirá esto siempre entre los maestros religiosos? Ponen fardos sobre los hombros de las personas, pero ellos no quieren mover un dedo... En este sentido, Jesús es todo lo contrario del «hipócrita». Todo lo que dice es de su propia cosecha, y lo hace centro de su propia vida. Su infinita grandeza se revela en el servicio que asume, hasta el final, en favor de los hombres.

De hecho, es difícil, si no imposible, administrar una religión. Tarde o temprano, se convierte en un sistema legal o doctrinal en el que los responsables deben adornarse con títulos para imponer a la vez su persona y el sistema. Pero ¿existe un sistema que consiga salvar al hombre sin tener que cuestionar constantemente su propia verdad? Nosotros sólo tenemos un maestro, un único Rabino, Dios y su Hijo Jesucristo. La Iglesia no administra un sistema revelado; vive de la presencia siempre nueva del Espíritu. ¿Qué harían en ella señores y maestros? Incluso el título de Padre es inadecuado, desde el momento en que se trata de la fe, pues ante Dios todos son hermanos y servidores unos de otros, todos sumisos a la Palabra y a los impulsos del Espíritu. Nadie tiene un papel que representar, a no ser el de su propia vida, en humilde testimonio para los hermanos. Nadie es adivino, pues nadie puede reivindicar el monopolio de la inspiración profética. Cada uno, desde su sitio, es servidor; y el lugar más importante es el que exige el servicio mayor.

*
**

**Dios y Padre nuestro, nuestro único Señor,
libranos de todo espíritu de superioridad,
pues todos somos hermanos en Jesucristo.
Concede a los que asumen el servicio de la Palabra
la gracia de ajustar su existencia a esa Palabra.
Tú que eres ternura y bondad,
no permitas que los más pequeños de tu pueblo
sean cargados con fardos
sin que todos los llevemos con ellos.
Pues en tu Hijo Jesús
nos has trazado el camino de la salvación,
el camino que nos une en una misma pobreza,
bajo el cuidado de tu Espíritu.**

Miércoles de la segunda semana

HIJO DE HOMBRE

Jeremías 18,18-20. «Señor, abusaste de mi ingenuidad; sí, era muy ingenuo» (20,7). Jeremías es un profeta y, sobre todo, un hombre. Todavía joven, se dejó seducir por Yahvé, y ya no conoció nunca el descanso. No se dedicó a proclamar oráculos de felicidad ni a dirigir lisonjas a los que le oían, como tantos falsos profetas... No, la palabra del Señor es una espada de doble filo, y el profeta recibió la misión y la «autoridad para arrancar y arrasar, destruir y demoler, edificar y plantar» (1,10).

Comprometido en el combate absoluto por Dios, Jeremías encontró a menudo escepticismo y sarcasmo. Entonces se rebeló, reprochó a Dios el haberle proyectado hacia la vida pública e incluso pidió la derrota de sus enemigos. Aquí, en forma de endecha, exhala su queja y entrega a sus perseguidores a la venganza divina. Todavía estamos lejos del «Perdónalos, porque no saben lo que hacen...».

Salmo 30. Cuando sus enemigos le rodean por todas partes, el justo tiene un único recurso: Dios. Nacido de un corazón profundamente herido, nuestro salmo clama la cólera de Dios contra los adversarios y canta la alabanza del que nunca abandonó a su amigo en la prueba.

Mateo 20,17-28. «Ay de vosotros, escribas, que edificáis mausoleos a los profetas, después que vuestros padres los mataron» (Lc 11,47). Un día, Jesús se metió violentamente con sus adversarios; nada había cambiado desde Jeremías. Se edificaban mausoleos a los profetas muertos y definitivamente mudos, pero se decidía al mismo tiempo la muerte del profeta Jesús. Sí, la suerte estaba echada: el Hijo del hombre vino para dar su vida por la multitud.

Y Jesús decide poner a sus más próximos al corriente. ¡Qué indignación! Ni Pedro ni los demás están preparados para recibir tal revelación. ¿Cuál? ¿Un mesías sufriente? ¡Si no hay nada en las Escrituras que haga entrever esta eventualidad...! Está el Siervo sufriente, sí; pero su figura se había difuminado casi por completo en la conciencia judía del siglo primero. Y, por lo tanto, también en la de los discípulos.

La madre de Santiago y de Juan comparte los sueños de gloria de sus hijos: sentarse en los lugares decisivos en el Reino. Sí, responde Jesús, se sentarán, pero cuando hayan aprendido que el camino de la gloria pasa por la cruz. Pues el discípulo no es más que su Maestro, y éste ha venido para servir, no para ser servido.

«¡No sabéis lo que pedís!». ¿Cómo lo iban a saber, si seguían sin darse cuenta de que era el Hijo del Hombre quien les conducía? Serán necesarias la cruz y la mañana de Pascua, la huida en medio del pánico y el bautismo en el Espíritu. Serán necesarias la Mesa compartida en memoria de él y la copa del Reino, para que, poco a poco, sepan... ¡Y más! ¿Quién de nosotros no ha soñado con establecer su dignidad en el Reino de Dios?

Desde el primer día, la Iglesia, fiel sin comprender muchas veces, comparte el pan y la copa. Copa de vino que evoca la alegría, la vida, la resurrección y el Reino que llega: «Beberéis el vino nuevo en el Reino...». El lo bebió hasta el final, hasta la última gota. En la última cena se lo presentó, y «bebieron todos» (Mc 14,23). Toda comunión compromete a ser servidor: «¿Podéis beber el caliz que yo he de beber?».

Al beber, la Iglesia bebe de su fuente y para su salvación. Pero no puede conseguirla si, a su vez, no se hace sierva de los hombres y liberada para la salvación de todos. Nadie puede comulgar sin convertirse en servidor hasta el final. ¿Podemos nosotros? Para los hombres es imposible, pero para Dios todo es posible... No hay que pretender ser más fuerte que el Hijo del hombre, que conoció el miedo y las lágrimas del huerto de los Olivos. No se trata de querer salvar al mundo, sino de sumergirse en el torrente de amor que lo renueva todo. Beber de la copa con toda humildad y dejar que Cristo nos conduzca. Compartir el destino del Señor día a día. Hasta el final.

*
**

**Oh Dios, que conoces nuestras impaciencias,
enséñanos a caminar
al ritmo de tu Hijo Jesús.
Danos a beber con él
hasta el final,
llevados por la esperanza,
la copa que él pone en nuestras manos.
Pues creemos
que a quien perseverare con él en la prueba
le darás a gustar el vino nuevo,
en la mesa de tu Reino,
por los siglos de los siglos.**

Jueves de la segunda semana

SOLEDAD

Jeremías 17,5-10. *Dos caminos se le ofrecen al hombre: uno conduce a la perdición, el otro a la felicidad. Así habla la sabiduría humana desde la noche de los tiempos. Un escriba egipcio, Amén-em-opé, ya había hablado del feliz destino del que se confía a su dios. A su vez, el salmo 1 habla del hombre que no sigue el consejo de los impíos, oponiéndolo al hombre malvado. Si éste es paja que arrebatara el viento, el sabio se parece al árbol verde plantado al borde de la acequia.*

Dos caminos se le ofrecen al hombre. El primero está hecho de confianza y de abandono; el justo posee una casa sólidamente cimentada sobre roca. El otro, aparentemente más fácil, es frágil y efímero. El que pone su esperanza únicamente en el hombre corre hacia la desilusión. Se parece a un matorral seco en la estepa.

Lucas 16,19-31. *Para un hombre harto y cegado por sus «seguridades», ¿qué podría suponer de cambio ni siquiera el milagro de una resurrección? Su corazón es tierra «salada e inhabitable». La legislación mosaica contenía disposiciones muy concretas en favor de los pobres. Precisaba que el que toma un manto en prenda debe devolverlo a su propietario antes de la puesta del sol, «porque no tiene otro vestido para cubrir su cuerpo» (Ex 22,25-26). En lo que se refiere a los profetas, se conocen muy poco sus invectivas contra el lujo desenfrenado. Así, Amós dice: «Tumbados sobre camas de marfil, tendidos en sus divanes, se alimentan con lechazos y terneros escogidos en sus establos; improvisan al son del arpa, bebiendo vino en copas y perfumándose con el aceite de las primicias».*

*
**

Sobre el salmo 1:

**En la encrucijada de toda vida
hay dos caminos que atraen al hombre:
una ancha avenida de lujo y despreocupación
y el árido sendero de la cruz y del amor.
Dos caminos que jamás se encuentran.
Uno desciende sin esfuerzo hacia la ruina,
el otro escala la colina de la vida.
Sólo de vez en cuando,
Dios invita al hombre a que cambie de ruta.
Pero ¿quién querrá cambiar la pendiente fácil
por el sufrimiento del Gólgota?**

El despreocupado. El rico que ni siquiera es voluntariamente malo con el pobre. Me lo imagino nacido en una lujosa mansión, encontrando normal el comer cada día en una mesa bien abastecida. Y luego los pobres, que forman parte del paisaje, de ese claro-oscuro que se ve cada día sin realmente verlo. El despreocupado... Sólo la riqueza lleva a la despreocupación. ¿Quién se preocupa ante tantas situaciones tan habituales como poco conformes con la dignidad del hombre? Desde hace mucho, hemos capitulado ante la fatalidad del mundo. ¿Y cómo reconocerse culpable cuando ya nadie llega a sentirse responsable? Cada cual se encierra en su actitud de reserva, aislado, protegido, cegado...

Pero he aquí que el rico, el despreocupado, muere. Será necesaria la muerte para que tome conciencia. Ahora ve las cosas con la mirada interior que proporciona la eternidad. Siente la sima espantosa, el abismo infranqueable al que se dejó conducir en la tierra. Pues su infierno comenzó en la tierra, aunque él no lo sabía. Ahora querría que se alertara a sus hermanos... ¡Tiempo perdido! Las advertencias más solemnes nunca han cambiado nada en el mundo.

El infierno es una sima, un abismo en el que uno está perdido, en un aislamiento total, sin comunicación alguna, pero con la viva conciencia de que nadie puede vivir si no es en comunión con los demás. Conciencia trágica, pues se querría vivir y ya no se puede... Tampoco es ya posible disculparse con un «no sabía», ya que la preocupación por el otro es una llamada del corazón que todo hombre siente si no embota su corazón aislándose.

Parábola de los pobres solitarios. Parábola de los que lo tienen todo y están eternamente aislados de la vida. Es trágicamente cierto que el infierno puede comenzar en la tierra. Tanto para unos como para otros. El infierno eterno no es más que una réplica exacta de este mundo...

*
**

**Cuando la despreocupación paralice nuestro corazón,
¡abre nuestros ojos, Señor,
y no permitas que perdamos la vida
en la sima sin esperanza!
Cuando el pobre nos tienda la mano,
¡abre nuestros corazones
y danos la alegría de la comunión
al compartir nuestros bienes!**

Viernes de la segunda semana

HOLOCAUSTO

Génesis 37,3-4.12-13a.17b-28. *¡Ah, los celos familiares! El más pequeño, por el que el anciano padre siente una especial predilección... Un crío que no trabaja (con una túnica de amplias mangas, evidentemente) y que irrita a toda la familia con su jactancia... Entonces los mayores deciden deshacerse de él: lo matarán y arrojarán su cadáver a un pozo. Horrible crimen que equivalía a dejar sin sepultura los despojos mortales de José. Al final, prefieren venderlo a una caravana que se dirige a Egipto.*

¿No hay algo más detrás de este odio implacable? No olvidemos que el niño sueña mucho, y los sueños son interpretados como verdaderas profecías. Además, los hombres de la antigüedad pensaban que una profecía no resulta eficaz si no es proclamada. ¿Qué necesidad tenía José de contar sus sueños proféticos? Para suprimir la eficacia de la palabra, muchas veces hay que suprimir al profeta.

En forma de himno, el salmo 104 recuerda las maravillas de Yahvé en favor de Israel.

Mateo 21,3-43.45-46. *Jesús fue tomado por profeta. Sus palabras contra el Templo y la Ley molestaron a muchos y, finalmente, sus adversarios decidieron matarlo. A su manera —apremiante, pero discreta—, Jesús dirige una suprema advertencia a sus compatriotas.*

A pesar de los sucesivos rechazos de Israel, la fidelidad de Dios no falló nunca. Multiplicó los profetas, y todavía hoy envía a su Hijo amado. Es la última oportunidad... y, sin embargo, Israel no la aprovecha. Cuando ven al Hijo, los viñadores deciden eliminarlo y quedarse con la herencia. ¿Cuál será la suerte del Israel infiel? Cuando Mateo retoca por última vez la redacción de la parábola, las legiones romanas han tomado ya Jerusalén y destruido el Templo. ¿No es ésta la señal manifiesta del juicio divino? El judaísmo ha pasado, y sus privilegios son transferidos a la Iglesia, la nueva Israel.

*
**

Jesús sube hacia la cruz. La escalada no tendrá límite. La parábola de los viñadores homicidas es un resumen estremecedor de la escalada de los hombres contra Cristo y contra todos aquellos que, como él, pretenden dar testimonio de Dios. Los viñadores están impacientes por apoderarse de la viña, de la herencia. En cuanto lo consigan, ya no serán obreros dependientes, sino los poseedores de lo que se les había dado como gracia. El asesinato del heredero es casi ritual. El hijo se ha convertido en el rival, en el obstáculo a su deseo. Una vez muerto él, la vida se hará, al fin, igualitaria, sin necesidad de gracias ni favores. Una religión sin el Hijo y, en definitiva, sin hijo alguno.

Esta es la explicación del asesinato de Jesucristo. Nada obligaba a matarlo, a no ser la voluntad hipócritamente religiosa de los sacerdotes y notables de conservar una religión sin dependencia filial. Una religión en la que cada uno cumple su deber, y así queda en paz con Dios. ¡Pero que Dios envíe a su propio Hijo es demasiado! La historia es de ayer... y es de hoy, en que hombres religiosos torturan al hombre en nombre de un supuesto «orden cristiano». ¿Hasta dónde llegará la escalada del crimen y el holocausto?

Pero Dios responde con otra escalada: la del amor y la Alianza. No conoce más respuesta que la de comprometerse cada vez más con su obra escarnecida. Los viñadores mataron al Hijo, pero Dios lo resucita para que él mismo sea la Viña. Nosotros somos los sarmientos de esa viña y los miembros de ese cuerpo. ¿Qué hemos hecho de él? Nosotros también hemos destrozado al Amado. ¿Qué otra cosa hacer, sino entrar en la escalada evangélica, renunciando a todo espíritu de posesión? ¡Que donde impera la violencia opongamos una dulzura sin límite! Eso es dar fruto. No el fruto insípido de nuestros contratos, sino un fruto luminoso, madurado al calor del Espíritu, sin otro artífice que la gracia. Daremos fruto si la resurrección de Cristo pasa a través de nosotros como la savia que da vida a los sarmientos. La alianza entre Dios y los hombres será cosa de amor o no será nada, en cuyo caso seguiremos matando al hombre para dar gloria al Dios-Idolo.

Cristo murió perdonando. Fue la escalada divina, respuesta a la escalada criminal de los hombres. Ese día el holocausto, que debía asegurar la cohesión total de los hombres, se transfiguró en sacrificio de amor del Dios que hace lucir el sol tanto sobre la viña bastarda como sobre el plantío generoso. Por pura gracia.

**

**Señor ¿no habías prohibido a las nubes
dejar caer la lluvia
sobre nuestras tierras no cultivadas?
¡Bendito seas por tu rostro,
que no puede ver a un desgraciado sin rehabilitarlo!
Y para que ya no nos apartemos de ti,
aumenta en nosotros el gusto por tu amor.
Que demos fruto,
como lo esperas de aquellos
a los que prodigas tu gracia.**

Sábado de la segunda semana

EL CORAZON DE DIOS

Miqueas 7,14-15.18-20. *«Donde proliferó el pecado sobreabundó la gracia» (Rom 5,20). No se pueden enumerar las infidelidades de Israel a la alianza. Tampoco se pueden contar los pecados del hombre. Pero Dios está enamorado del hombre, y ningún amante hace inventario de su amor. Dios ama y se complace en dar su gracia. Nunca encierra al hombre en un pasado estéril. Simplemente, «arroja todas sus faltas al fondo del mar».*

El salmo 102 pertenece al género de los himnos. Alaba al Señor, que protege al débil y perdona al pecador.

Lucas 15,1-3.11-32. *¡Himno a la ternura de Dios! Alegato en favor de la conducta de Jesús, que no hace sino imitar al Padre. Los fariseos comprendieron perfectamente el gesto de Jesús de compartir la mesa de los publicanos y pecadores: para los judíos, comunidad de mesa significa comunidad de vida. Al abrir ampliamente la mesa mesiánica a los pecadores, Cristo anuncia y realiza su perdón. Un perdón total, a la manera de Dios. Cuando el hijo pródigo vuelve, no tiene que justificarse. Es el padre quien le abraza y rehabilita. Cuando Dios perdona, lo festeja. La mesa está dispuesta, con el mejor vestido, el anillo y las sandalias. Hay que cantar y bailar. Es la resurrección.*

Pero el hijo mayor no comprende. Nunca ha transgredido un mandamiento (no más que los fariseos) y no quiere compartir la mesa del pecador. No le arrojemos la piedra: ¿quién puede comprender el perdón si no ha tenido la experiencia de la miseria y el amor? ¿Quién puede acercarse a Dios si no ha medido sus límites? No hay que engañarse, pues el fariseo somos nosotros cada vez que nos negamos a acoger a «este hermano» o, más bien (y con qué desprecio), a «ese hijo tuyo...». La reconciliación es siempre un proceso en común, en Iglesia. Sólo alcanza su meta cuando el Padre consigue recordarnos que «ese hijo» es verdaderamente «nuestro hermano».

**

¿Y si comenzáramos recorriendo por nuestra propia cuenta el camino del hijo perdido? Quizá no hayamos llevado esa vida de desorden ni gastado nuestros bienes con mujeres. De acuerdo. Pero ¿no hemos reclamado nunca a Dios nuestra parte de la herencia para vivir al fin —al menos así lo pensamos— libres, sin tener que agradecer nada a nadie? Depender siempre de Dios, incluso del Dios del amor, es un engorro: ya el propio Adán lo pensó... Y nos vamos a buscar aire fresco en el vagabundeo, pero para acabar con los cerdos... Hemos dejado la fuente; sólo nos queda la infamia. ¡Se adorne con el nombre que se adorne!

«Me muero de hambre». ¡Conversión que comienza a nivel del estómago y de la necesidad! Aparentemente, el pródigo es humilde; sabe que ya no merece nada... De hecho, no ha comprendido nada, pues nunca ha sido cuestión de méritos. Toma el buen camino, pero no sabe todavía adónde le va a llevar. Lo mismo nos pasa a nosotros, con nuestros remordimientos, nuestras culpabilidades y nuestras protestas indignadas, que tratan a Dios como al supremo justiciero.

Pero este Dios es Padre en estado puro. Un padre que sólo vive de paternidad, es decir, del don de sí, de gratuidad, de ternura. No escucha para nada la confesión debidamente preparada. Se enreda en su larga túnica al correr demasiado aprisa. No teme el ridículo de las efusiones ni de una fiesta que para cualquier «justo» sería motivo de guasa. Del pecador hace un príncipe, y del desvergonzado un recién nacido. ¡Mi hijo ha vuelto a la vida!

¿Qué es, pues, lo que nos impide comprender que la reconciliación no tiene su centro en nuestras confesiones, sino en el corazón de Dios? Para saberlo, pongámonos en el pellejo del hijo mayor. Durante años, no se ha quejado de nada; se diría que nunca ha soñado festejar algo con sus amigos... (¿Los tiene verdaderamente?). De repente, se pone celoso, furioso, obstinado. Su universo religioso se tambalea con la vuelta del vagabundo, es decir, con la revelación del corazón de Dios. No puede comprender nada de Dios, porque está encerrado en su estricta justicia distributiva, en sus méritos, en sus contratos de toma y daca.

En el fondo, sólo el pródigo puede comprender a Dios. Sólo él ha podido experimentar la ternura del perdón, la locura de la resurrección y la fiesta de la renovación. ¡Sólo él... el pecador, el perdido! Hermano, en el Evangelio hay algo inverosímil y, digamos, chocante para todos los bien pensados: la felicidad de los pecadores... «Hay más alegría en el cielo...». Casi nos resulta simpático el pródigo... Al menos, él vive... ¿Cómo comprender el amor si no somos más que «niños obedientes», atados a nuestro deber, sin sospechar nunca que la relación con Dios únicamente comienza más allá del deber?

*
**

**Bendito seas, Dios santo,
que te alegras al dar tu gracia
y te revelas al perdonar.
Corres en busca del pecador,
arrojas sus faltas al fondo del mar,
le coronas de amor y de ternura.
Bendito seas por esta mesa
en la que tu único Hijo entrega su cuerpo y su sangre
para unir a tus hijos dispersos
en una fiesta que lo renueva todo.
Dios incansable, Padre de misericordia,
te damos gracias
y proclamamos sin fin tu fidelidad.**

LITURGIAS BAUTISMALES

RECIEN NACIDOS

Nota sobre la liturgia de los escrutinios

Además de los formularios particulares de cada día, el leccionario semanal propone, sobre todo en los ciclos B y C, la posibilidad de escoger las grandes perícopas joánicas previstas para los domingos de cuaresma. Estas perícopas son las de la Samaritana (Jn 4,5-52), la del ciego de nacimiento (9,1-41) y la de Lázaro (11,1-45). De hecho, el empleo de estas perícopas en los tres últimos domingos de cuaresma significa una vuelta a la tradición catecumenal practicada en Roma desde el siglo IV, como lo testimonia el sacramentario gelasiano. En efecto, antes de su bautismo, los catecúmenos adultos eran sometidos a una «disciplina» rigurosa que debía dar testimonio de su conversión. Esta preparación moral precedía a las últimas instrucciones dogmáticas, en las que el catecúmeno debía aprender a dar cuenta del símbolo de la fe (la *traditio symboli* tenía lugar al final de la cuaresma). En cuanto a la catequesis sacramental, no se hacía hasta después del bautismo, ya que era revelación de lo que el bautizado había vivido en los ritos.

La significación bautismal de estas perícopas joánicas es innegable. En su espléndido estudio sobre *Historia y pastoral del ritual del catecumenado y del bautismo* (Publicaciones de Saint André, Bíblica, Brujas 1962), Th. Maertens observa: «La elección del formulario está fuertemente condicionada por la preocupación de ilustrar la *conversión* de los catecúmenos, el paso de un mundo a otro, la entrada en la nueva creación con un sentido nuevo y una nueva visión de las cosas... Todo un movimiento de conversión, que reproduce el propio *ritmo pascual*, es explicitado de este modo en estos formularios: convertirse es, ante todo, estar sediento, hambriento... De igual manera, hay que hacer notar cómo cada uno de estos formularios se refiere a uno de los sentidos del hombre... Podríamos resumir esta óptica hablando de la *re-creación* del hombre» (pág. 128).

Hay que añadir a esto que la elección de los formularios insiste en la *relación fundamental del bautismo con Cristo*. No se contenta con orientar la conversión del hombre haciéndole tomar conciencia de su hambre, de su sed, de su ceguera, sino que pone ante sus ojos la presencia del Señor, que es la luz, la vida, el agua viva, el pan de vida. Dicho de otro modo, si el bautismo adquiere su densidad en la condición humana, encuentra su sentido último en Cristo, el Hombre nuevo, el Hijo de Dios. El bautizado se ha revestido de Cristo y por gracia ha sido salvado.

*
**

Fuente de vida y luz sin ocaso,
Dios creador del universo,
¡bendito sea tu nombre!

Tú que desde el origen hiciste todas las cosas
como alabanza brotada de tu amor,
tú sabes qué ceguera
puede afectar al hombre
cuando se aparta de tu gracia.

Y la muerte viene a acabar
de hundir a tu criatura en la noche.

Pero tú eres el Dios de los vivos,
eres fidelidad y ternura:
¿cómo podríamos concebirte lejos de nosotros,
cuando un deseo infinito de vivir
nos lanza cada día en tu búsqueda?

Sí, te hemos buscado donde no estabas,
pero tú ya nos habías encontrado,
y la Palabra de tu misericordia
nos hacía señas en la encrucijada de nuestro extravío.

Tu Verbo hecho carne
vino a nuestra tierra
para recrear lo que estaba perdido
y devolver la vida a lo que no tenía alma.

Que él nos dé sin medida
el agua viva que fecundará nuestros desiertos
y la luz que bañará nuestros ojos.

Que pronuncie sobre nosotros
una palabra de resurrección
para que estemos vivos para siempre.

Que su Espíritu sea el soplo
de todos aquellos a los que un mismo bautismo,
ha sumergido en la muerte del calvario
y en la vida eterna la mañana del nuevo día.

Con ellos, hermanos y hermanas nacidos de tu gracia,
Dios, creador de la esperanza,
¡te adoramos!

A elegir durante la tercera semana

CITA EN UN BROCAL

Exodo 17,1-7. *La lectura reproduce un célebre texto abundantemente comentado por los cristianos. El tema de las murmuraciones, ya presente en el relato del maná, será retomado en Jn 6 para caracterizar la oposición de los judíos a Jesús. Por otra parte, en 1 Cor 10,4, Pablo hace de la roca el símbolo de Cristo, presente en medio de los hebreos.*

Los capítulos 16 y 17 del Exodo dan testimonio de la reflexión de Israel sobre la marcha por el desierto. Habitados al confort egipcio, los Hebreos sufren la dureza del clima. Se enfadan con Dios, le desafían, le exigen su intervención como algo obligado. Por eso el versículo 7 proclama lo que verdaderamente está en juego en este éxodo; se trataba de una prueba de fe: «¿Está el Señor entre nosotros o no?».

El pasaje se leerá hoy en la perspectiva de Pablo: el agua de la roca es la gracia de Cristo que calma la sed del hombre. Pero Pablo previno a los cristianos: la apertura a la gracia supone una verdadera sed, una búsqueda incansable de Dios. Ni los privilegios judíos ni los sacramentos cristianos constituyen en sí un seguro de salvación.

El salmo 94 desarrolla una requisitoria de Yahvé contra el pueblo idólatra que ha roto la alianza. Los versículos 1-7 forman un salmo de procesión al santuario donde Yahvé denunciará el pecado de Israel. Los versículos 8-11 evocan más particularmente el desafío de Meribá.

Juan 4,5-42. *El agua convertida en vino, el templo destruido y reconstruido, el pozo de Jacob opuesto al agua viva, y los antiguos cultos sustituidos por la adoración «en espíritu y en verdad». Evidentemente, se trata del nuevo nacimiento anunciado por Jesús a Nicodemo, el nacimiento «en el agua y el Espíritu».*

El agua es, ante todo, la fuente que brota del fondo del pozo de Jacob. En las tradiciones rabínicas es también la Torah la que calma la sed y purifica, pero este agua ha sido sustituida por el vino nuevo del Reino. En efecto, en su prólogo, Juan reveló que Moisés había dado la ley, mientras que la gracia y la verdad las traía Jesucristo.

El templo es el santuario de Jerusalén, que Jesús ha amenazado con destruir para sustituirlo por el templo de su propio cuerpo. Judaísmo ortodoxo de Jerusalén, cultos sincretistas de Samaría, herejías gnósticas, todo debe ser destruido para dar lugar al culto que abarca la total realidad de Dios. Este culto se lo enseña Jesús a sus discípulos cuando les invita a decir: Padre Nuestro...

La mujer reúne a sus correligionarios y les habla del desconocido que le ha revelado todo su pasado. ¿No será un profeta o, incluso, algo más? En efecto, el que puede calmar la sed del hombre dispone también de un alimento desconocido por los discípulos. Este alimento es hacer la voluntad del Padre. Con Jesús ha comenzado la cosecha final. Los samaritanos que se acercan constituyen su primicia. Jesús es el Salvador del mundo.

Era mediodía, y el sol brillaba en todo lo alto.

Ella venía a sacar agua; él tenía sed. El se había detenido y se había sentado en el brocal de un pozo. Venía de Otro Lugar y recorría el país anunciando que se habían cumplido los tiempos.

Ella venía a sacar agua, el agua de todos los días, el agua necesaria, indispensable. Venía a sacar vida. «Dame de ese agua: así ya no tendré sed».

Instintivamente, se queja como el pueblo en el desierto: «Danos agua para beber». Venía a sacar el agua que hace reverdecer el desierto. Esperaba saciar su sed y llevaba en sí misma el deseo que da ganas de vivir. «Sé que va a venir el Mesías. Cuando venga, él nos lo dirá todo».

Sed, deseo... Para nosotros la lluvia es algo casi cotidiano. ¿Cómo vamos a estremecernos cuando se nos habla de agua, de sed, de pozos, de desierto? ¿La sed? ¡No la conozco! Sí, el hombre de hoy muere muchas veces de no tener ya sed. Sus deseos son demasiado rápidamente satisfechos. Su vida transcurre sin un objetivo. Sus aspiraciones están a ras del suelo. Y nos quedamos perfectamente satisfechos con aguas estancadas. Pero entonces, ¿por qué ese deseo que renace sin cesar en nosotros? ¿Por qué esa impresión de vacío? «¿Por qué nos has hecho ir a Egipto? ¿Para hacernos morir de sed con nuestros hijos y nuestros rebaños?».

«Si conocieras el don de Dios, él te daría agua viva». Si conocieras... Deja, pues, que ahonde en ti la sed que vanamente intentas engañar, y descubrirás una esperanza insondable. Ahonda tu deseo, ya que la vida está en las profundidades. No mires a la superficie, pues jamás soñarás lo bastante alto: Dios ha soñado antes que tú. Deseó durante seis días, antes de decidir que la obra de su corazón fuera el hombre modelado a partir del polvo de la tierra. «Si me hubieras pedido de ese agua, dice Dios, te habría dado agua viva». Dios sueña por ti, sueña con un futuro. Dios tiene los locos deseos de la juventud. Imagina que va a cambiar el mundo, y el mundo se transforma. Hermano, déjate agarrar por una renovación que no prescinde del pasado. Has tenido cinco maridos, pero es a ti a quien se revelan los secretos del Reino.

Déjate sumergir en la sed. Desear es ya nacer a otra cosa. Déjate abrir a lo que Dios quiera hacer de ti. Dios no está encerrado en el círculo de lo que nosotros llamamos «realidad». Para él todo puede ser deseado aún. Ni Garizim ni Jerusalén pueden contenerlo, pues nadie puede contener el agua que brota, y Dios se encuentra en el brocal del pozo.

*
**

**Tenemos hambre, tenemos sed
de libertad, de santidad,
de vida, de amor.
Señor, ¡que tu amor nos llegue
como agua que apaga la sed!
Que tu palabra nutra nuestra esperanza,
mientras llegan
los siglos de los siglos.**

*
**

**Tú vienes, Señor,
para calmar la sed del hombre.**

**Permite que al recibirte
nos hagamos fuente de agua viva
y testigos de la buena nueva,
junto a los hombres que te buscan.**

*
**

**«¡Sacaréis agua con alegría
de las fuentes de la salvación!».**

**He aquí el agua viva que apaga la sed del mundo,
¡el cuerpo entregado por la vida del hombre!**

*
**

Tengo sed. Jesús lo dijo dos veces.

**Para dar sed de Espíritu a una mujer,
compartiendo con ella su propia sed de vivir,
y para dar ese mismo Espíritu a los hombres,
entregándoles su vida hasta la muerte.**

**Si tienes sed de vivir, ven a beber
de la copa de vino, de la sangre del amor.**

**Y si bebes hasta el final el vino del Espíritu,
sentirás verdadera sed de dar tu vida
a quienes dicen con Jesús: ¡Tengo sed!**

A elegir durante la cuarta semana

DEJARSE DESLUMBRAR

Miqueas 7,7-9. *¡Qué grande es la confianza de Israel! ¡Cómo el pueblo que conoce su pecado ha sabido ser siempre fiel a su Dios! Ciertamente, ha pecado contra Yahvé y debe soportar su indignación. Pero el Señor, ¿no es luz y salvación? Y como Dios es ternura y verdad, la luz brillará y las tinieblas no le cubrirán.*

El salmo 26 pide la confianza del hombre en Dios. Ante la muchedumbre que le escucha, el orante afirma que verá en esta tierra la bondad de Dios.

Juan 1,9-41. *«El era la luz verdadera y venía a este mundo. En el mundo estaba y, aunque el mundo fue hecho por ella, el mundo no la conoció. Vino a su casa, y los suyos no la recibieron. Pero a los que la recibieron les hizo capaces de ser hijos de Dios».*

El triunfo de la luz sobre las tinieblas es el signo que se desprende de la curación del ciego. Desde su nacimiento, este hombre era un proscrito: ¿habrían pecado sus padres? Pero es también un hombre de recto corazón... Jesús cura los ojos enfermos con saliva, y envía al ciego a la piscina de Siloé (que significa «el enviado», precisa Juan). Ahora, el ciego ya ve. El agua de las purificaciones había sido transformada en vino; el agua muerta del pozo de Jacob se había vuelto agua viva; el agua de la piscina ha sido dotada de una virtud curativa por aquel a quien el Padre ha enviado.

Pero el juicio ya está en marcha. El ciego defiende la causa de la luz. En Jesús reconoce a un profeta dotado de un poder extraordinario, a un hombre de Dios como nunca Israel había conocido. El mismo Jesús rubricará la última etapa: se revelará como el Hijo del hombre al hombre que le otorgue su fe.

Acosado por los fariseos, el ciego defiende la causa de Jesús. Pero, de hecho, es el mismo Jesús el que sostiene su propia defensa y, de acusado, se tornará en acusador. Isaías había profetizado bien a propósito de los adversarios de Jesús: por mucho que miren, no ven. Como sus obras son malas, prefieren las tinieblas a la luz. Son ladrones y salteadores. Son malos pastores. Han expulsado del rebaño al ciego curado por Jesús. Han dispersado a las ovejas que Jesús quería juntar.

Sólo Jesús es el verdadero pastor que dará la vida por sus ovejas. «Ahora comienza el juicio del mundo. Mientras tenéis la luz, fíaos de la luz para que seáis hijos de la luz» (Jn 12,31.36).

*
**

Los ojos siempre cerrados... Noche que ninguna estrella jalona; día que se niega a amanecer. El hombre sólo puede errar sin meta, sin esperanza. Sólo puede arrastrar su eterna soledad. Marcado por la vida, sólo puede encerrarse en la noche. El pecado se nos adhiere desde siempre; las tinieblas nos cercan, y nos desesperamos. ¿Hacia dónde ir? ¡Por todas partes injusticia o, simplemente, «dejadez»! ¡Por todas partes desunión o, simplemente, falta de atención! ¡Por todas partes intereses y, a veces, explotación! ¿Cómo amar, cómo compartir? ¿Va a durar siempre la noche? «Al pasar, Jesús vio a un ciego de nacimiento».

«Mientras haya luz, tengo que trabajar en la obra de aquel que me ha enviado». Eso decía... «Mientras esté en este mundo, yo soy la luz del mundo». Entonces, enemigo, no te alegres de mi desgracia. Vivo en las tinieblas, pero el Señor es mi luz. Voy a estar alerta y a esperar a mi Dios y Salvador.

«Y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la han comprendido». La luz forma barro con un poco de tierra y saliva, ese barro fecundo de donde brota la cosecha y crece la vid. La Luz ordena: «Ve a lavarte», y el ciego marcha titubeando por las calles de la ciudad, iluminado ya por la esperanza que al fin habita en él. Marcha, porque un hombre le ha mirado y le ha dicho adónde ir, qué camino tomar. Marcha, pero iluminado ya por la esperanza que al fin habita en él. Marcha, pero ya sabe cómo volverá. La luz ya está en él.

Hermano, déjate abrir los ojos. Que la luz haga en ti la verdad. «He venido para un juicio, dice Jesús, para que vean los que no ven y para que los que pretenden ver se vuelvan ciegos». Un día, los hombres pensarán haber apagado la luz de Dios, cuando las tinieblas cubran la colina del Gólgota. Pero la brasa enterrada iba a trocarse en fuego de alegría la mañana de Pascua.

Sábelo, la luz ha venido al mundo y las tinieblas no han podido devorarla. Desde aquella mañana, con los ojos iluminados por tal claridad, sólo puedes decir: ¿Quién eres, Señor, para que crea en ti?». Con el paso aún titubeante, como el de los que no dan crédito a sus ojos, puedes avanzar en la claridad de Dios.

*
**

Cegados por nuestra noche,
lejos de Dios,
le gritamos:

¡Abre mis ojos, Señor,
a las maravillas de tu amor!
¡Sáname, deseo verte!

Perdidos en el mundo,
sin horizonte,
le gritamos:

¡Guíame por el camino que lleva al Padre!
¡Sáname, deseo verte!

Habitados por la esperanza,
en tensión hacia el encuentro,
le gritamos:

¡Me has lavado con el agua vivificante!
¡Sáname, deseo verte!

*
**

Señor, tú conoces nuestras cegueras y egoísmos.
No pases sin detenerte.

¡Haz que veamos tu amor
y danos tu salvación!

Ya ves adónde va nuestro mundo:
no marcha muy bien y está lleno de miedo.

No pases sin iluminarnos.

¡Haz que veamos tu amor
y danos tu salvación!

Tú ves más lejos que nosotros.
No te olvides de los desesperados,
de los marcados por el extravío y el sufrimiento.

No pases sin alzarnos del suelo.
¡Haz que veamos tu amor
y danos tu salvación!

Tú vuelves ciegos a los que pretenden ver.

No permitas que tu Iglesia
viva de certezas ilusorias.

No pases sin interpelarnos.

¡Haz que veamos tu amor
y danos tu salvación!

A elegir durante la quinta semana

CUANDO LOS CUERPOS SE LEVANTEN

2 Reyes 4.18b-21.32-37. *Los relatos referentes al profeta Eliseo provienen de medios populares, familiarizados con lo maravilloso, que desean que el prestigio de Elías recaiga sobre su discípulo.*

Al igual que Sara en la época de los patriarcas, una mujer de Sunam recibió la promesa de un hijo en recompensa a su hospitalidad. Pero, un día, el muchacho cayó enfermo y no tardó en morir. Su madre lo tendió sobre la cama del hombre de Dios: era un gesto de esperanza. Llamado en su ayuda, el profeta invocó durante mucho rato al Señor y empleó una extraña terapéutica: se acostó sobre el cadáver para calentarlo. El niño estornudó siete veces, lo cual era doblemente simbólico, ya que el estornudo significaba la vuelta a la vida, mientras la cifra «siete» indicaba una vuelta plena de la vida.

En el salmo 16, el salmista suplica a Yahvé que le libre de sus enemigos, pues él ha seguido siendo justo.

Juan 11,1-45³. «En él estaba la vida. A los que le recibieron, les hizo capaces de ser hijos de Dios, a los que creyeron en su nombre».

Jesús había dicho a los judíos que le reprochaban la curación: «Se acerca la hora en que escucharán su voz los que están en el sepulcro... y resucitarán para la vida» (5,28,29). Lázaro oye la voz de Jesús y sale del sepulcro.

Sin duda, Marta y su familia compartían la esperanza que se había desarrollado en los medios influenciados por el fariseísmo. Pero la palabra de Jesús trasciende el tiempo. Quien entrega su fe a Cristo no conocerá jamás la muerte. La vida es un don de Cristo. El que come y bebe su sangre tiene vida eterna, y Cristo le resucitará en el último día.

«¡Lázaro, sal fuera!», grita Jesús, y él mismo entra en la muerte. Cuando Jesús se decidió a volver a Judea, sus discípulos le recordaron la tentativa de asesinato a la que había escapado (8,59), y Tomás encareció: «Vayamos y muramos con él». Cuando Jesús sale para «despertar» a Lázaro, desencadena el proceso que concluirá en la cruz. Después del incidente de Betania, el sumo sacerdote reunió al consejo para decidir la muerte de Jesús (11,46-53). Ejerciendo sin saberlo el carisma profético propio de su sagrado oficio, dijo misteriosamente que Jesús debía morir «para reunir a los hijos de Dios dispersos». ¿No había afirmado Jesús que el verdadero pastor da su vida por las ovejas y también que reuniría a las ovejas que no estaban todavía en el aprisco, para que hubiera un solo rebaño?

Jesús da su vida, y la gloria de Dios se manifiesta en el Hijo. La muerte ha sido definitivamente vencida. Lázaro y todos los que en la noche del sepulcro oyen la voz de Cristo pueden salir. Son despertados a una nueva vida en la que ya no existe la muerte (Ap 21,4).

3. Sería recomendable leer hasta el versículo 53.

Fue un hermoso entierro. Sólo había media hora de camino entre Betania y Jerusalén. Muchos amigos habían ido a manifestar su simpatía a las dos hermanas. Todo había terminado: la piedra rodada, la casa arreglada. Marta y María se quedaron solas con sus lágrimas. Aparentemente, la historia de los hombres es sencilla, trágicamente sencilla. La noche puede más que el día. Ante esto, ¿quién no ha pensado en acusar a Dios? Si hubieras estado aquí... No hay que mirar muy lejos para ver la muerte, que actúa siempre y en todas partes. Experiencia del mal, ausencia injustificable de amor, fracaso infecundo, sufrimiento destructor, idiotez de la injusticia, absurdo de la muerte. El hombre es perecedero y, finalmente, ¿no se engaña en vano con la esperanza?

«Yo soy la resurrección y la vida, dice Jesús. Quien crea en mí, aunque muera vivirá». Dios contesta a la acusación. «Esta enfermedad no es para muerte, sino para gloria de Dios». Jesús, Dios, abrazó la muerte como quien se entrega al enemigo. La fría piedra del sepulcro se cerró sobre él, y el grano quedó oculto en la tierra. «Yo soy la resurrección y la vida. Si el grano no muere, no da fruto». El grano se pudre y se convierte en espiga, y la cosecha ya blanquea bajo el sol. Pues así habla el Señor: «Voy a abrir vuestros sepulcros y os haré salir». Sí, lo creemos; los secos esqueletos se cubrirán de carne, pues Dios no permite que la muerte actúe sin preparar en alguna parte la primavera.

Lo afirmamos: el hombre es posible. Creer en el Amor absoluto es esperar que el amor esté «garantizado» en algún lugar. Es esperar que la vida renazca de él. Si es verdad que nuestros esfuerzos y fracasos se dirigen a construir una nueva creación, si nuestro aliento y nuestras lágrimas se guardan en el granero como semillas eternas, si esto es verdad, entonces imágenes ingenuas encuentran su autenticidad: la del cuerpo que salta de gozo fuera del sepulcro, o la del espíritu que brota del cuerpo que revive gracias a su soplo. Si el grano no cae en la tierra y muere, permanece solo... El que crea en mí vivirá... Porque la Vida, que ha presidido la creación, ha entrado en el tiempo, porque una mañana de primavera hizo estallar el sepulcro que no podía retenerla, por eso nos atrevemos hoy a creer en la Vida.

**

**¡Que el Señor nos libre de los atolladeros
adonde la muerte nos arrastra!
¡Que él nos haga volver a la tierra de los vivos!
Vivimos sin esperanza...
Alzanos de entre los muertos...
¡Señor, ten piedad!
Nuestras manos se cierran,
encadenadas por la injusticia.
Abrenos a compartir.
¡Cristo, ten piedad!
Nuestros corazones están fríos y secos.
Que tu amor los reanime...
¡Señor, ten piedad!**

**Señor y Dios nuestro,
como un padre defiende a su hijo,
así te alzas tú en nuestro favor.**

**Rompe el círculo infernal
de nuestras impotencias y desesperaciones.**

**¡Haz que sobre las tinieblas de nuestras tumbas
se alcen, oh Jesús,
tu luz, tu gracia y tu vida!**

**

**Te damos gracias, Dios y Padre nuestro,
porque nos has creado
para la vida, no para la muerte.**

**Bendito seas por Jesús, tu Hijo,
por quien has puesto fin al poder del mal.**

**Gracias a él, la alegría y la verdad,
el amor y la justicia, la libertad y la paz
pueden florecer como frutos maduros.**

**Bendito seas por tu Espíritu, que nos libra
de los atolladeros
adonde nos arrastraba la muerte.**

**Y aunque seguimos sembrando con lágrimas,
lo hacemos también con la esperanza
de dar fruto abundante.**

**Por eso te bendecimos, oh Dios de los vivos,
con todos los que han pasado
de la muerte a la vida.**

TERCERA SEMANA DE CUARESMA

EL CULTO Y LA LEY

«Es amor lo que quiero, no sacrificios», pues «toda la ley se resume en una palabra: ¡amarás!». Los profetas Oseas y Jeremías lo habían dicho y repetido: el único sacrificio que agrada a Dios es el de un corazón sincero; el amor es el horizonte de toda la religión. ¿Por qué, entonces, encontró Jesús una oposición tan feroz cuando puso de manifiesto estos datos fundamentales de la fe? Sin duda, porque con ello ponía en evidencia a los fariseos y a los sacerdotes... Los unos habían transformado la ley de libertad en comportamientos estereotipados; los otros habían hecho del culto un contrato sin alma. Para que el corazón recuperara su lugar central en la religión fue necesario que el profeta Jesús muriese por haber amado hasta el final.

Dios lo hace todo nuevo, incluido el corazón del hombre. Es el Dios de la mañana, de la primavera y de la aurora. Al leproso le da una carne como la de un niño pequeño, y a su pueblo la verdeante hermosura de las colinas del Líbano. Pero el pueblo es sordo y obstinado; retrocede en lugar de avanzar; la fidelidad ha muerto, pues su amor es fugaz como la bruma de la mañana. Pueblo duro que ignora la piedad con la que Dios le ha gratificado sin medida.

Pueblo que no quiere acoger al profeta en su propia patria y se cierra en una ceguera estúpida cuando el Mesías hace resonar en sus muros la llegada del Reino de Dios. ¿Cómo podría Dios hacerlo aún todo nuevo? A veces, un hombre presiente la novedad. Aquí un escriba, allí un publicano. Este se mantiene a la sombra del Templo, repitiendo humildemente la oración de su corazón: «Ten piedad de mí, pues soy pecador». El otro ha comprendido que el amor vale más que todos los sacrificios. Gracias a esta clase de hombres llega el Reino de Dios.

Un Reino donde se cumple la ley reduciéndola a la sencillez de su plenitud. Ley del corazón y del amor que se desarrolla en acción de gracias: «Señor, con todo el corazón te seguimos, buscamos tu rostro; acógenos, no retires tu misericordia, no repudies tu Alianza». La Ley brota de la Alianza: conduce al «sacrificio de acción de gracias», que vale más que todos los holocaustos. «¡Vuelve, Israel! Volved al Señor y decid a Dios: te ofrecemos en sacrificio las palabras de nuestros labios!». Se trata de un culto nuevo que supera los ritos para florecer en el perdón incansable y en la humildad del publicano. De este modo se cumple la ley: amar a Dios, amar al prójimo. No hay nada que añadir, porque, cuando el hombre vive así su religión, Dios ha hecho nuevas todas las cosas.

Lunes de la tercera semana

RENOVACION

2 Reyes 5,1-15a. *En la Biblia, el agua va casi siempre asociada a la renovación. El agua purifica, apaga la sed, vivifica. En el segundo relato de la creación (Gn 2,4b-25), el autor señaló, en el centro del Edén, la presencia de un agua vivificante que regaba una tierra todavía árida. Sobre la tierra del exilio, el profeta Ezequiel soñó con un agua abundante que brotaba del templo de Jerusalén para fertilizar el desierto que rodeaba al mar Muerto. De igual modo, el general Naamán fue invitado a sumergirse siete veces en el Jordán para obtener la curación de su lepra. Más tarde, en los umbrales del Reino, Juan Bautista invitará a Jesús a meterse en el río para un bautismo que anunciaba la renovación en el Espíritu.*

Salmo 41. *Como un ciervo sediento, el salmista se halla en el vestíbulo del templo; tiene prisa por entrar y aparecer ante Dios para pedirle justicia.*

Lucas 4,24-30. *Después de su bautismo, Jesús entró en la sinagoga de Nazaret y leyó el pasaje de Isaías que anunciaba el año de gracia, confirmando a sus oyentes judíos el cumplimiento de las profecías. Pero Jesús no es acogido por los suyos. ¡Nadie es profeta en su tierra! Ni Elías ni Eliseo fueron enviados a los israelitas, sino a la viuda de Sarepta o a Naamán el leproso. «Los paganos, que no tenían por meta una rehabilitación, escribirá Pablo, consiguieron una rehabilitación, la rehabilitación por la fe. Israel, en cambio, que tenía por meta una Ley rehabilitadora, no llegó a la Ley» (Rom 9,30-31).*

*
**

Sobre el Salmo 41:

**Vosotros que tenéis sed, que estáis secos,
venid a la fuente, subid hasta Dios.
Seguid al Hijo del Hombre hasta la cruz.
De su costado abierto brotará
el agua viva del Espíritu.**

*
**

«Mi alma tiene sed del Dios vivo». La verdadera conversión se apoya en un gran deseo: conocer a Dios. Todo lo demás es egocentrismo sin horizonte. Naamán es un leproso, y sólo será curado cuando supere la obsesión por sanar y se abra al reconocimiento de Dios.

A este respecto, la simplicidad de los medios por los que Dios se revela y realiza su obra previene contra la tentación de fabricarse un dios «útil para todas las necesidades de la existencia». El Jordán no es más que un río, y el bautismo un baño de agua. La ingenuidad del simbolismo apela a la fe, sin la que no se daría nada. No se bautiza uno para acumular gracias útiles; se bautiza, simplemente, para encontrar al Señor y vivir de él. Fuente de un gran deseo...

Las palabras de Jesús en Nazaret están también marcadas por esta sencillez que desarma. No sólo Jesús declara ingenuamente: «Hoy se ha cumplido la Palabra», sino que se presenta como el que va a renovar la historia, aunque él sea un hombre entre los hombres. Un conciudadano.

En esto se apoya la gran renovación evangélica. Una fe anclada en el corazón y fundada en signos tan tenues como un hombre sin poder o el símbolo de un agua viva. Lo que Dios viene a renovar es el corazón del hombre. ¿Lo conseguirá frente a los maestros de Israel, que han edificado un sistema de leyes y ritos en el que el corazón, a la postre, no cuenta para nada? Hoy, y de un modo aún más banal, son los habitantes de Nazaret quienes se encogen de hombros. Pero basta con que Jesús les redarguya con las Escrituras para que su furor llegue al extremo de pretender acabar con él de una vez por todas.

«Pero él, pasando por en medio de ellos, siguió su camino». Camino de la cruz. El único por el que Dios ha encontrado paso para renovar el corazón del hombre.

**

**Nuestra alma tiene sed de ti, oh Dios vivo;
nuestro corazón te busca día y noche.
Abre nuestros ojos a tu luz,
revelada en tu Hijo, hombre entre los hombres;
que ella nos indique el camino de la vida,
para que, siguiendo a Jesús hasta el final,
podamos conocer tu rostro y tu gloria.
Tú, el Dios fiel
que haces nuevas todas las cosas.**

Martes de la tercera semana

GRACIA INCANSABLE

Daniel 3,25.34-43 (Vg). *Después de la muerte de Alejandro Magno, el gobierno de Palestina, confiado antes a los Ptolomeos de Egipto, pasó finalmente a manos de los Seleúcidas griegos. Uno de ellos, Antioco IV Epífano, intentó unificar su vasto reino imponiendo por doquier las costumbres y los cultos helenísticos, haciéndose particularmente odioso a los judíos al erigir en el mismo templo de Jerusalén un altar en honor de Zeus Olímpico (7 de diciembre del 167).*

El libro de Daniel se propone sostener la valentía de los judíos sublevados contra el profanador. Para reforzar la autoridad de su mensaje, recuerda otra invasión, la del mesopotámico Nabucodonosor, cuyo poderoso imperio se había difuminado en el olvido de la historia. El capítulo 3.^o exalta la fidelidad al verdadero Dios, describiendo la animosa actitud de los jóvenes compañeros de Daniel en la hoguera.

El capítulo se enriquece progresivamente con elementos litúrgicos, como la oración de Azarías (vv. 26-45) y el célebre cántico de las criaturas (vv. 26-90). Estos formularios son una buena muestra de la oración judía. En nombre del pueblo, el orante confiesa los pecados de la comunidad e implora la intercesión divina, sugiriendo a Yahvé que cuide al menos su propia reputación entre las naciones paganas.

El salmo 24 es una queja individual que desarrolla, junto a motivos propios del género, temas sapienciales, como el antagonismo entre el justo y el impío. Por otra parte, es un salmo alfabético.

Mateo 18,21-35. *Jesús insistió en diversas ocasiones en la necesidad del perdón, haciendo de éste una exigencia expresa del Padre Nuestro, y mostrando así que, para él, es la condición sine qua non de toda oración (Mt 6,14-15). Fiel a este pensamiento, Mateo lo ha ilustrado con una parábola con la que finaliza su «discurso sobre la Iglesia».*

La inmensa suma debida por el empleado sugiere que se encuentra en una situación desesperada. Sólo puede salvarse por la misericordia de su señor. Esta es la situación del hombre ante Dios que le concede su gracia. Y el rey le perdona toda su deuda, aunque el empleado sólo pedía un poco de tiempo para reunir fondos.

Pero entonces, ¿por qué tanta brutalidad con un colega que le debía una suma irrisoria? Este servidor indigno ¿no se da cuenta de que impide que la gracia de Dios tome cuerpo en él? La relación con Dios se rompe cuando no existe una verdadera relación con los hombres, y la comunidad-Iglesia siempre sale dañada. ¿Con la medida con que midamos seremos medidos por Dios!

**

¡Siervo malvado! También nosotros nos enfurecemos con él como se enfureció su señor; su actitud clama al cielo. Pero ¿y si se tratara de nosotros mismos? En el fondo, lo malo de este empleado sin corazón es precisamente que no tiene corazón. Nos preguntamos si llegaría a comprender siquiera la inverosímil misericordia del rey para con él. Pero ¿cómo comprender la misericordia cuando no se tiene corazón? El señor le ha perdonado la deuda, y él sólo ve que el problema se ha solucionado y... se va, con paso decidido, a arreglar sus asuntos. Siempre la misma historia; donde Dios emplea la gracia, los hombres viven de contratos. Los negocios son los negocios, y mejor para mí si consigo no dar un mal paso. En cuando a los demás... ¡Recordad la paja y la viga!

Dios es clemente. Lleno de piedad, perdona de golpe una deuda de diez mil talentos. Una suma fabulosa, exagerada. Pero, cuando se trata de Dios, ¿no adquieren todas las cosas una dimensión infinita? Si Dios fuese justicia, hace mucho que ya no se hablaría de nosotros, aun sin pensar en las monstruosidades que los hombres cometen contra el hombre y contra Dios. Fijémonos simplemente en nuestras faltas de cada día. ¿Quién no está en deuda frente al amor infinito con que Dios nos rodea? Pero precisamente este amor es gracia y perdón, ternura y misericordia. Misericordia creadora: al perdonarnos siempre nuestras ofensas, Dios nos hace vivir.

Así pues, el preguntar con Pedro: «¿Cuántas veces tengo que perdonar a mi hermano?», es simplemente preguntar: «¿Cuánto tiempo voy a vivir?». El que deja de perdonar incansablemente, el que lleva cuenta de las ofensas, deja de vivir. Sólo vale para ser arrojado afuera. Pero ¿cómo vivir sin tener la experiencia cotidiana de la gracia que nos salva? Experiencia de gratuidad, como la de la vida, porque nos conduce a la fuente de la vida. Perdonar a nuestro hermano «de todo corazón» es hacer nuestro el infinito movimiento de amor que está en el origen del hombre, un hombre que Dios ha sacado de su propio corazón.

*
**

**Por el amor de tu nombre, Señor,
no abandones a tu pueblo humillado.
Hemos pecado contra ti:
usa con nosotros tu gran misericordia.
¡Danos, Señor, un corazón nuevo!**

Miércoles de la tercera semana

UNA LEY GRABADA EN EL CORAZON

Deuteronomio 4,1.5-9. Escrito al estilo de los libros sapienciales, este pasaje expresa el orgullo que siente Israel por su Ley. No hay razón alguna para envidiar a los vecinos, mesopotámios o egipcios; no hay ningún motivo para ir detrás de otros dioses. Israel tiene una ley envidiada por las demás naciones, y Yahvé es un Dios mucho más cercano a los hombres que las demás divinidades.

Salmo 147. Himno a la gloria del poder divino. Sí, ¡no hay dios equiparable a Yahvé!

Mateo 5,17-19. Ya en la Iglesia primitiva, el versículo 17 levantó controversias. Incluso se llegó a sostener que Jesús habría dicho exactamente lo contrario: «No he venido a cumplir la ley, sino a abolirla!»...

Sea como sea, la palabra de Cristo significa, en su forma actual, que ha realizado en su persona las profecías de la antigua alianza. Ha dado su verdadero sentido a la ley al profundizar sus exigencias.

¿Qué ley? En boca de Jesús, y de acuerdo con el célebre «tratado de los dos caminos», la Ley designaría únicamente el Decálogo, cuyas prescripciones concernientes al prójimo están perfectamente resumidas en el mandamiento del amor por encima de todo. En efecto, las «diez sentencias» dan lugar a la creatividad, pues se contentan con definir en negativo los signos característicos del pueblo de Dios. Dejan la puerta abierta a ese vasto terreno en el que el hombre puede inventar todo lo necesario para vivir en el amor. No olvidemos que Israel recibió la Ley no como una carga, sino como un beneficio. Con el Decálogo, Yahvé le había dado la posibilidad de vivir.

*
**

Sobre el salmo 147:

**¡Celebrad a Dios, cantad para él
vosotros, el pueblo de su amor,
vosotros que conocéis su palabra!
¡Sed en el corazón del mundo
el signo de su presencia!
Nuestro Dios es pacífico:
¡sed los artifices de su paz!
¡Noche y día,
verano e invierno,
cantad las maravillas de Dios!**

*
**

¡La ley! Entre nosotros, más bien no tiene muy buena reputación... ¿Será culpa de San Pablo, que la sometió a un juicio inapelable? Pero hay ley y ley... Y verdaderamente, cuando la ley no tiene otra justificación que el humor de los gobernantes o, peor aún, el peso de una tradición esclerotizada, yo me pongo sin dudar del lado del apóstol. La ley es mortal. El Dios de Péguy decía: «Cuando se ha experimentado lo que es ser servido por hombres libres, la prosternación de los esclavos ya no nos dice nada». Evidentemente.

Pero la Ley de Dios es una palabra interior que despeja el camino e invita a la creatividad. «Aunque ardamos de amor hasta morir, aún no habremos amado lo suficiente; nunca se ama bastante. El amor lo es todo, pues es Dios mismo».

Una ley que, en primer lugar, despeja el camino. Tenemos necesidad de signos y parapetos. El camino del Decálogo es sencillo («El mandamiento del Señor es claro, luz de los ojos»: salmo 18). Camino por el que los hombres pueden caminar juntos, respetándose infinitamente unos a otros, a la luz de Dios, el Santo, el Único. Somos un pueblo libre, liberado: aprendamos a vivir en él juntos, por encima de todo temor, por encima del repliegue estratégico sobre uno mismo, por encima de la cartera de armamentos y del consumo. Un camino en el que el hombre puede disfrutar indeciblemente amando.

Pues la ley sólo vive (se «cumple») cuando los hombres se ponen a inventar el amor. El de Dios y el del prójimo. Así fue como Jesús llevó la ley a su plenitud, en su propia persona, viviendo el amor hasta el extremo. A quienes lo matan, a pesar del precepto, responde con el perdón total. Al hombre rico que no ha robado ni matado, le propone el amor en la pobreza. Canta la dicha de la mansedumbre, de la mirada limpia, de la misericordia, de la pasión por la justicia. ¿Ha habido alguna vez sobre la tierra un Dios más cercano a los hombres? ¿Y existe una ley más vivificante que el Evangelio? En esta escuela, los sencillos comprenden, y encuentran en ella un sabor más puro que la miel. La ley llega verdaderamente a su plenitud.

**

**Tu palabra, Señor, es verdad,
y tu ley es libertad.
Bendito seas por el mandamiento único,
que todo lo plenifica en el amor.
Danos un corazón puro y sencillo,
para que, con tu Hijo Jesús,
vivamos de tu palabra
y alcancemos el gozo
de crear un mundo feliz,
donde el hombre pueda vivir en paz
bajo tu mirada,
Dios cercano y santo.**

Jueves de la tercera semana

CORAZONES OBSTINADOS

Jeremías 7,23-28. *En el 608, al comienzo del reinado de Yoyaquim, Jeremías pronunció a la puerta del templo un célebre discurso. Denunció la ceguera de Israel, que se enorgulleció de poseer el templo, pero que no respetaba las prescripciones religiosas de la Alianza, la cual, de hecho, atendía, ante todo, a la fidelidad a la palabra divina, y no a los sacrificios rituales, que no son sino su señal exterior. Jeremías no se opuso al culto, pero insistió mucho en la necesidad de una religión interior, la única que podía dar sentido a la religión cultural.*

Salmo 94. *Propuesto a menudo como invitatorio en el primer oficio del día, este salmo es compuesto. Los siete primeros versículos constituyen un canto de peregrinación; los vv. 8-11 se presentan como una requisitoria contra las traiciones de Israel. Se cree que el salmo se cantaba en las procesiones de la asamblea hacia el santuario, donde se suponía que Yahvé pronunciaba el juicio.*

Lucas 11,14-23. *«Todo reino en guerra civil va a la ruina». Jesús expulsa demonios y se le acusa de dedicarse a la magia: ¡practicaba el exorcismo invocando al príncipe de los demonios! De este modo, Satán expulsaría a sus propios aliados y se perjudicaría a sí mismo... La acusación es un tanto desproporcionada, ya que los fariseos ¡también expulsaban demonios! La mala fe es evidente.*

Pero Jesús expulsa los demonios por el «dedo de Dios». Satán («el hombre fuerte») puede defender perfectamente sus dominios con las armas, pero uno «Más fuerte» (título otorgado a Jesús por el Bautista, por ejemplo, 3,16) viene a derrotarle. Como el Faraón había acabado por reconocer la mano de Dios en los milagros de Moisés, también los fariseos aceptan el signo dado por Jesús. Nuevo Moisés, expulsa los demonios por su propio poder. El Reino de Dios ha irrumpido entre los hombres.

**

Sobre el salmo 94:

**¡No cierres tu corazón,
no desafíes al amor!
Póstrate ante Dios
y recíbelo todo de él.
En el desierto de cada día,
sólo él puede darte la vida
si aceptas compartir su amor.**

**

«La fidelidad ha muerto; ya no se habla de ella». La acusación de Jeremías es terrible, pues la fidelidad a Dios está en el corazón mismo de la religión bíblica. Pero se trata de una fidelidad activa, creadora, y en esto reside su exigencia. Los que quieren explicar la actividad de Jesús como un pacto entre el jefe de los demonios y él no han comprendido que, para estar de acuerdo con Dios, hay que entrar en el movimiento de su revelación, siempre más próxima al hombre. Para preservar lo que creen ser los derechos de Dios, «retroceden en lugar de avanzar». Se han hecho infieles a Dios al rechazar a Jesús. Helos ahí, divididos y hundidos.

No vayamos a pensar que el drama de la increencia, a lo largo del Evangelio, se habría producido por un rechazo absurdo de Cristo. Si Jesús hubiera curado a enfermos y posesos sin reivindicar por su parte una relación con Dios, le habrían aplaudido, ya que nunca hay suficientes taumaturgos. Si hubiera hecho un milagro más para «darles una señal del cielo», le habrían llevado a hombros. Pero Cristo nunca quiso entrar en ese juego; sólo quiso ser Hijo del Padre, y exigió para él una fe sin más pruebas que la confianza. Pidió a la fidelidad dar el paso decisivo. Un paso sin desviación posible, pues «¡quien no está conmigo, está contra mí!».

En el momento de la cruz, muchos creyeron que Jesús había sido vencido. Pero él se niega a bajar de la cruz y llegará hasta la muerte. La fidelidad a Dios supondrá la aceptación de ese agujero negro, donde la inteligencia no ve absolutamente nada. Desde ese momento, la resurrección de Cristo ya no es un argumento más perentorio que los signos efectuados durante su vida. Para ser fiel a Dios, para avanzar por el camino de la vida, hay que creer en Aquel a quien jamás veremos antes de franquear la fosa de la muerte. Cada día, nuestra fidelidad deberá recrear las condiciones de la confianza en el Espíritu que actúa entre los hombres. Y eso es todo lo contrario de la obstinación, aunque tome apariencia religiosa.

*
**

**Tu Reino ha llegado a nosotros, Señor,
y hay hombres que dan su vida
para arrojar el mal de nuestro mundo.
Que tu Espíritu nos ilumine,
para que reconozcamos en ellos
a los enviados de tu salvación.
Entonces te seremos fieles,
porque tú eres el Dios que no deja de actuar
en los signos imperceptibles de su amor.**

Viernes de la tercera semana

SACRIFICIO MATUTINO

Oseas 14,2-10. *¡Vuelve, Israel! Deja de ofrecer sacrificios a ídolos que nada pueden hacer por ti; abandona Asiria y ese caballo que no te permitirá huir. Vuelve a Dios y ofrécele el sacrificio de tus labios. «El Señor no desprecia un corazón roto y machacado».*

Entonces Yahvé te curará. La vida renacerá. Los campos se cubrirán de azucenas y el incienso perfumará la montaña del Líbano. Los exiliados volverán y retomarán sus cultivos. ¡Primavera de Dios!

Los ídolos no tienen poder. Yahvé, el único verdadero Dios de la fertilidad, permitirá a Efraín, «el fértil», dar su fruto.

La trompeta del salmo 80 invita a Israel a celebrar la fiesta de los Tabernáculos, en cuyo marco se inserta la requisitoria de Yahvé.

Marcos 12,28b-34. *«Escucha, Israel: el Señor nuestro Dios es el único Señor». Sólo él puede reivindicar el impulso más profundo del ser humano. El hombre, verdadero icono de Dios, tiene igualmente derecho al amor que cada uno se tiene a sí mismo. Los rabinos discutían mucho sobre la importancia relativa de los mandamientos: Jesús va a lo esencial.*

Sin embargo, su proceso ya ha comenzado. Jesús viene a expulsar a los mercaderes del Templo, y las autoridades oficiales le exigen una explicación: «¿Quién te ha dado autoridad para hacer esto?». Jesús propondrá a sus interlocutores la parábola de los viñadores homicidas, antes de entrar en una controversia decisiva. Pero, durante un breve momento, el Reino ha estado muy cerca: en nombre del judaísmo, un escriba acepta la exégesis propuesta por Jesús.

*
**

Sobre el salmo 80:

**Vosotros que sufrís bajo la carga
y buscáis un dios al que entregaros:
escuchad hoy la voz del Señor,
volveos hacia el Único, hacia el Altísimo.
Sus manos descargarán vuestros hombros,
y aprenderéis de él
cuán dulce es el yugo del amor.**

*
**

Multiplicar los mandamientos y los actos de culto puede dar la impresión de un mayor fervor y de una obediencia total. Y, sin embargo, el corazón se fatiga pronto en esta acumulación sin orden. ¿No habrá un mandamiento único, una liturgia sencilla, donde estaría todo condensado? No para mayor facilidad, sino para una mayor verdad. Esta voluntad de unificación está en el corazón de toda andadura religiosa sincera, y la Biblia es un ejemplo perfecto. Cuando el escriba pregunta a Jesús, basta con remitirle a los esfuerzos de los mejores discípulos de la antigua alianza para que sepa cuál es el resumen de toda la ley y todo el culto: «¡Amarás!».

Pero no se trata de cualquier amor. El resumen de la ley en un único mandamiento de amar puede ser también una coartada para la facilidad. En primer lugar, se trata de amar a Dios como el Único, y amarle de todo corazón. Dios no puede compartir con nadie la adoración del hombre; tampoco puede contentarse con un temor o un respeto exteriores al corazón del hombre: Dios debe ser amado absolutamente. Todo lo demás será sólo una explicación de este primer amor.

Y, sin embargo, en paralelo con el primer mandamiento, viene el segundo, que es similar: ¡Amarás a tu prójimo! Y es que nuestro Dios es uno con el hombre. Amar al hombre sólo es posible si la criatura es reconocida en su inmensa dignidad. ¡Todo hombre es hijo de Dios! El mismo culto debido a Dios no tiene sentido si no sirve para que el hombre viva como hijo del Padre.

Por eso dice Jesús al escriba que no está lejos del Reino. Está en el buen camino, pero deberá ir todavía más lejos. Descubrir cómo los dos mandamientos no son sino uno solo en la muerte y la resurrección del Hijo: habiendo amado a los suyos hasta el extremo, Jesús podrá decir al Padre: «¡He consumado el Amor que me diste!». Esto vale más que todas las ofrendas. En la mañana de Pascua, Jesús celebró el sacrificio matutino, en el que el hombre nuevo ya es una sola cosa con su Dios.

*

**

Amarte sobre todas las cosas vale más que las ofrendas.

¡Acepta, Señor, el don de nuestro amor!

Amar al hermano es descubrir tu rostro:

¡Concédenos, Señor, llevar el amor hasta el extremo!

Que toda nuestra inteligencia y toda nuestra fuerza,

estén iluminadas por el amor,

para que entremos en tu Reino,

donde todos los hombres son tus hijos

por Jesús, tu Hijo amado.

Sábado de la tercera semana

LA ORACION DEL CORAZON

Oseas 6,1-6. *¡Hipócritas, hipócritas! Incluso cuando van al templo, los fieles sólo tienen en la boca palabras engañosas. No se puede fiar uno de su arrepentimiento. Todavía piensan en Yahvé en términos baalistas. Se imaginan que la salvación llega con el mismo automatismo que las lluvias en primavera. ¿Cuándo comprenderán que lo que el Señor quiere es el amor y no los sacrificios? «¿Qué puedo hacer por ti, Efraín? ¿Qué puedo hacer por ti, Judá?».*

Pueblo superficial, Yahvé seguirá interpeándote por medio de sus profetas hasta que tu conversión sea sincera. Entonces te curará, vendará tus heridas y te hará revivir. ¡En el más breve plazo de tiempo! Al tercer día resucitará al Justo.

Otra vez el salmo 50, tan típico del camino penitencial. A la petición de perdón añade un testimonio sobre el verdadero sentido del sacrificio. Este no tiene valor a los ojos de Dios si no está habitado por una conversión interior.

Lucas 18,9-14. *Otra vez, alguien que no ha comprendido nada y atribuye a sus acciones culturales y a sus prestaciones litúrgicas una eficacia que no tienen en sí mismas. Sin embargo, este fariseo es simpático. Oigámosle: ayuna dos veces por semana y da el diez por ciento de su salario a los pobres. ¡Quien haga otro tanto, que le tire la primera piedra! Como muchos de los suyos, pone en práctica los consejos de piedad y virtud que le dicta su grupo. Entonces, ¿cuál es el reproche a los fariseos?*

Su seguridad. Hacen tantas cosas por Dios que acaban arreglándose a su manera sin él. Yahvé ya no es más que un simple contable que únicamente sirve para constatar sus esfuerzos y sus méritos. Ya no es la fuente de la salvación.

Por su parte, el publicano tiene un verdadero sentido de Dios. Cree en Dios y conoce su propia miseria. Por eso se mantiene a la puerta del templo y clama su angustia. Como todos los pobres... Sólo cuenta con Dios, pues no tiene nada más para defenderse. Y Dios le justifica...

*

**

¡Siempre habrá fariseos entre nosotros! Dichoso quien tiene la lucidez de reconocer que también él es pobre fariseo... ¡El que dice no serlo, lo es por eso mismo! Evidentemente, toda caricatura deforma la realidad, y cada cual piensa que no se trata de él. El fariseo de la parábola está tan henchido de suficiencia que todo el que le ve se dice: «¡Tanta estupidez supera todos los límites!». Y, sin embargo, ¿quién no se ha alegrado en el fondo de su corazón por no ser como éste o como el de más allá? ¿Quién no ha afligido al pobre con el peso de su superioridad o de su inteligencia? ¿Quién no es fariseo?

Pero ¿qué es un fariseo y qué es un publicano? Reflexiono sobre el tipo de palabras, su evolución, su ironía... Un fariseo es el miembro de una secta religiosa rigurosa, un practicante fiel, íntegro, afiliado a una especie de escuela de oración de estricta observancia. Y, mira por dónde, a partir del Evangelio, la palabra designa al hipócrita: ¿habrá alguna relación?

En cuanto al publicano, es el ladrón público, vendido al enemigo, enriquecido con el fraude, expoliador de los desamparados... Y hemos hecho un modelo de él. Jesús le pone en primer lugar. ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué gigantesca inversión de la realidad es ésa que hace del Evangelio algo tan sorprendente e inesperado? Zaqueo, Magdalena, el buen ladrón, los publicanos...

Dos hombres subieron al templo a orar. Sin duda, es en la oración donde, al fin, el corazón queda al desnudo. Al orar, el fariseo se hace el centro, y Dios sólo está para reconocer su rectitud. Por su parte, el publicano se da cuenta de su indignidad y mira a Dios, que puede salvarle. ¿Quién de nosotros, al comulgar, piensa en serio que es indigno? «Señor, no soy digno...». Esto no quiere decir que haya que esperar a ser digno; nunca se es digno; pero Dios quiere darse a nuestra indignidad. Es preciso que nuestras manos tendidas hacia él sean unas manos vacías.

Y ahí está el peligro del fariseísmo. Al fariseo le han enseñado a evitar el pecado, a multiplicar los sacrificios y las buenas obras, a practicar la regla, la Santa Regla. Y lo hace tan bien que incluso se enorgullece de ello; está en regla con Dios, y Dios tan sólo tiene que hacerle justicia. Dios no necesita ser ya ternura y perdón. Basta con que sea justo. Desde ese momento, el fariseo puede representar entre los hombres el papel ingrato, pero necesario, de «desfacedor de entuertos», de juez moral, de guardián de las leyes. Por otra parte, ¡cuidado que le cuesta ser íntegro! Por eso puede juzgar.

Dos hombres entraron en la iglesia a orar. Uno era íntegro, el otro divorciado, o alcohólico, o ex-presidiario, ¡cualquiera sabe...! Y este último se mantenía a distancia de la gente, sin hacer elogios de su falta, sufriendo por el hecho de que los hombres le señalaran con el dedo. ¿Sabía este hombre que Dios ha venido a su encuentro para expresarle su ternura? Pues el privilegio de los publicanos es que sólo ellos saben hasta qué punto puede Dios ser misericordia. Hermanos, fariseos, ¿le comprenderemos algún día?

*
**

**Piedad de mí, Señor, por tu amor,
pues no soy más que lo que soy:
poca cosa.
Pero tú eres perdón y ternura,
misericordia para quien se abandona a ti.**

DE LUNES A MIERCOLES DE LA CUARTA SEMANA DE CUARESMA

CONVERSION BAPTISMAL

La cuaresma es tiempo de conversión; pero, ojo, no nos engañemos: la cuaresma es, ante todo, tiempo de gracia; la conversión es una inmersión en el eterno designio de Dios. No se trata tanto de hacer un esfuerzo cuanto de descubrir lo que ya somos, por la gracia. La cuaresma es un tiempo bautismal; toda la Iglesia vuelve a «zambullirse» en Cristo. Si es verdad que ya nos ha liberado, no lo es menos que nos hará libres.

La conversión cuaresmal no tiene otra razón de ser que la de llegar a ser por la gracia lo que ya somos por carácter.

Es decir, se nos invita a redescubrir nuestras raíces o, mejor, «nuestra raíz», pues nuestra raíz permanente en este mundo es Jesús, muerto y resucitado, que no cesa de germinar en la tierra de los hombres. Esta raíz permanente es obra del Espíritu, que nos hace capaces de entrar en comunión con el Dios de amor y de vida.

El bautismo es un acto único en la vida del creyente que le permite unirse a ese otro acto único que, en la historia, marca el advenimiento de los últimos tiempos, la muerte y resurrección de Jesús. Lo que aconteció en Jesús se hace realidad en cada hombre. «Nuestro hombre viejo, escribió Pablo, fue crucificado con él». La grandeza del bautismo consiste en que nos integra en el compromiso adquirido por Cristo, muerto y resucitado, de cara a la vida nueva. Así, poco a poco, se desvela el sentido de nuestra historia.

Las limitaciones que experimentamos y que nos coartan no son únicamente las de nuestra condición humana, sino más bien las de nuestra condición humana «disminuida». El pecado nos sitúa, pero, cuando tratamos de romper su cerco, nos hacemos «capaces» de Dios. Ya está el Espíritu «trabajándonos». Hombre pecador y salvado: ése es el misterio de nuestra vida.

Porque Cristo resucitó, la última palabra sobre nuestra vida no es el pecado, sino la salvación. El bautismo no da una significación moral a nuestra vida (purificada del pecado), sino que le confiere un alcance escatológico. «Ese mismo Espíritu le asegura a nuestro espíritu que somos hijos de Dios» (Rom 8, 16).

«La muerte y resurrección de Cristo es, cristiano, tu propio misterio», decía Agustín. Sumergidos en el agua, hemos nacido de nuevo. La conversión bautismal nos vuelve hacia el futuro, que para Dios es ya nuestra realidad. La conversión, como el bautismo, sólo puede vivirse en la esperanza.

En un pasado aún reciente, el cuarto evangelio no gozaba de la estima de los historiadores; se le consideraba demasiado «teológico», demasiado «simbólico» y, por ello, poco susceptible de poder aportar precisiones interesantes. Pero la reciente investigación, referida tanto a la historicidad del evangelio joánico como al simbolismo de los Sinópticos, ha confirmado una sospecha: el evangelio según San Juan contiene, de hecho, informaciones históricas de primera mano. Los comienzos del ministerio de Jesús son elocuentes a este respecto: Juan parece mejor informado que los otros sobre el compañerismo de Jesús con Juan Bautista, aparte de que la elección de los discípulos (1,35-51) aparece en Juan en toda su espontaneidad. Otro ejemplo lo proporcionarían las recientes discusiones sobre el carácter de la última cena de Jesús: puesto que la cronología joánica de los acontecimientos de la Pasión parece mejor que la de los Sinópticos, se ha llegado a poner en cuestión el carácter pascual de esa comida.

Pero, aunque el valor histórico del cuarto evangelio sea hoy reconocido, los problemas planteados por su estructura y composición siguen sin tener una solución real. Hasta el presente, sólo en un dato son unánimes los críticos: la división del evangelio en dos partes, la primera de las cuales incluiría los doce primeros capítulos (Libro de las Señales), y la segunda, los capítulos 13 al 20, que forman lo que se ha dado en llamar el Libro de la Pasión (el capítulo 21 suele considerarse como un apéndice). Por lo demás, hay tantas opiniones como autores, y se pueden observar sus divergencias comparando las ideas defendidas por C.H. Dodd (sobre todo en La interpretación del cuarto evangelio) con las contenidas en la Traducción Ecuménica de la Biblia (TOB).

Para Dodd, el cuarto evangelio se presenta como «una fuga musical» cuyos temas, numerosos y entremezclados, están fuertemente unificados. Por el contrario, la TOB habla de «una sucesión de episodios contruidos sin rigor, pero que están en función, por una parte, de un cierto desarrollo del enfrentamiento de Jesús con el mundo y, por otra, de sus difíciles progresos en el conocimiento de los creyentes». Hay que hacer notar que, en el Libro de las Señales, Dodd detalla siete episodios. Aparte del valor de este desglose, no puede uno dejar de sentirse seducido por la sugerente forma que tiene el autor de contemplar la obra joánica. Así, el primer episodio (2,1-4,42), titulado «El nuevo Génesis», subraya fuertemente la novedad del mensaje de Jesús, atrayendo la atención sobre la transformación del agua en vino (bodas de Caná), el anuncio del nuevo templo (vendedores arrojados del templo), el tema del nuevo nacimiento, tan característico de la entrevista con Nicodemo, y, por fin, la oposición, en el episodio de la samaritana, no sólo entre el «agua viva» y el pozo de Jacob, sino, sobre todo, entre los antiguos cultos de Jerusalén o del monte Garizim y la adoración «en espíritu y en verdad».

En honor a la verdad, hay que decir que el conocimiento de la composición del evangelio ha progresado más que el de su estructura. En este sentido, no puede uno dejar de alegrarse del progresivo abandono de aquellas hipótesis que consagran con demasiada facilidad un eventual despla-

zamiento de textos y hasta de secciones enteras. Hoy parece haberse logrado un consenso en torno a la idea de una tradición o de una «escuela» joánica.

R.E. Brown⁴, por ejemplo, ha postulado una historia del evangelio en dos fases: una fase pre-evangélica (alrededor del año 55), abierta todavía al mundo judío, y una fase posterior (hacia el año 90) que reagrupa lo esencial de la redacción evangélica y se caracteriza por su hostilidad hacia los judíos, los discípulos del Bautista y los grupos «gnosticizantes». Basándose en la evolución de las ideas cristológicas, A. Descamps⁵, por su parte, creía ver vestigios de una temática «palestinense» y una doble temática «helenística», la primera de las cuales insistiría unilateralmente en la trascendencia de Cristo, mientras que la segunda subrayaría su encarnación, completando así una cristología demasiado trascendente.

Una misma flexibilidad de ideas se constata en lo concerniente a las influencias que han dejado huella en el cuarto evangelio. Si a comienzos de siglo se insistió excesivamente en el tema del helenismo, después se han subrayado intensamente las raíces veterotestamentarias, especialmente notables por lo que se refiere a la literatura sapiencial (el agua, el maná, la sabiduría...) y a determinados rasgos de composición y de vocabulario emparentados con las escuelas rabínicas. La influencia de Qumran es igualmente cierta: el dualismo es muy acusado de una parte y de otra. Por lo demás, ya nos hemos referido a una reacción contra las tendencias «gnosticizantes», cuyo pesimismo no comparte Juan, el cual posee una fe en la Encarnación que le permite mirar de muy distinto modo la condición humana.

En cuanto a la teología joánica, ¿qué otra palabra que no sea la de «señal» (que emplea el autor para designar los milagros) podría definirla mejor? Para Juan, toda la vida de Jesús es señal, y a través de los acontecimientos que la jalonan se opera, efectivamente, la manifestación de Dios en el mundo. Pero esta revelación produce una escisión entre los hombres: por una parte, están los creyentes, que acceden a una vida nueva; por otra, el mundo del rechazo, de las tinieblas que se oponen a la luz. Pero este mundo ha sido juzgado, y la pasión y la resurrección de Cristo son los hechos más destacados de dicho juicio.

4. *The Community of the Beloved Disciple*, New York 1979, p. 25.

5. «Genèse et structure d'un texte du Nouveau Testament»: *Lectio Divina* 104 (Paris 1981), pp. 44-46.

NUEVA CREACION

Isaías 65,17-21. *Escuchad la palabra del Señor, escuchad el juicio que pronuncia sobre su pueblo. «Mirad, yo voy a crear un cielo nuevo y una tierra nueva». La vida prevalece sobre la muerte; el poder de la salvación, sobre las fuerzas caóticas. En Jerusalén, la alegría será para siempre. Ya no se escuchan llantos ni gritos en la ciudad, pues Yahvé habla al corazón de Israel: «Pueblo mío», y éste responde: «mi Dios». El capítulo 65, atribuido al Tercer Isaías, aparece como una declaración judicial dirigida por Yahvé a su pueblo. Contiene dos partes esenciales: una primera sección que habla de los rebeldes (vv. 1-12), y una segunda que los opone a los fieles del Señor (vv. 13-25).*

El salmo 29 es un salmo de acción de gracias individual. Sin embargo, su utilización con ocasión de la dedicación del Templo le dio un carácter «nacional». Expresaba el reconocimiento de Israel, a quien Yahvé hizo revivir cuando el pueblo iba a la muerte.

Juan 4,43-54. *«Al principio ya existía la Palabra..., y la Palabra era la vida». El agua de las purificaciones transformada en vino, los antiguos sacrificios abolidos y reemplazados por el culto «en espíritu y en verdad», el agua viva... Jesús inaugura un nuevo orden de cosas; él es el camino que conduce a la verdadera vida, la vida eterna.*

Jesús da esta vida por medio de su palabra: «Anda, tu hijo está curado». El hombre, un funcionario de Herodes Antipas, cree en la palabra de Jesús y se va. Más tarde se entera, por sus servidores, de que su hijo moribundo había vuelto a la vida a la hora en que la palabra había sido pronunciada. «Quien escucha mi Palabra y cree en el que me envió, posee vida eterna y no incurre en juicio, sino que ha pasado de la muerte a la vida» (5,24). Fue en Caná, donde Jesús había manifestado ya su gloria.

*
**

Sobre el salmo 30:

**El enemigo me arrastraba y se reía de mí,
pero tú, Señor de los vivos,
me libraste de la fosa y del abismo.
Un velo negro entenebrece la tierra,
y tú, Dios de toda esperanza,
cambiaste nuestra noche en luz de paz.
Estabas encolerizado, y todo se convertía en polvo,
pero tú levantaste a tu Hijo de entre los muertos.
¿Cómo, Señor, el corazón nuestro
podría dejar de cantarte?**

*
**

Juan Bautista ha declarado que Jesús es el elegido de Dios. Algo nuevo ha aparecido en la historia de la salvación; el vino nuevo de la era mesiánica ha reemplazado al agua de las purificaciones. Con Jesús, el designio de Dios ha entrado en una última etapa, extraña por su novedad y llena de promesas. «En aquellos días, haré que brote agua sobre los montes pelados y transformaré el desierto en fuente». Darles agua viva ha consumado la espera de los más pequeños. Se han cumplido los tiempos; como en los primeros albores del universo, Dios ha elegido la vida.

La palabra de Dios realiza lo que dice. «Como la lluvia no vuelve a la tierra sin haberla fecundado, así tampoco la palabra de Dios vuelve a él sin haber dado fruto». En los albores del universo, Dios habló, y se hizo la luz; habló de nuevo, y fue creada la tierra, con flores para adornarla y animales para poblarla. Dios habló, y el hombre salió del soplo de su boca.

Aparece Jesús, y el Creador recorre de nuevo la tierra. Su palabra lo renueva todo. El Espíritu, que se había callado con el último de los profetas, habla de nuevo y restaura la creación en su belleza primigenia. «Escuchad lo que os dice». «Sí, palabra del Señor, voy a crear un cielo nuevo y una tierra nueva. Ya no se oirán gemidos ni llantos. Ya no serán arrebatados los lactantes ni habrá ancianos que no colmen sus días».

¿Cómo hemos leído el Evangelio para que la cuaresma se haya convertido en un tiempo fúnebre? ¿No es más bien el tiempo en el que Dios anuncia: «La exaltación que voy a crear, eso será Jerusalén, y el entusiasmo será su pueblo»? Tiempo de recreación. Jesús llegaba a Galilea, volvía a Caná, donde había transformado el agua en vino. Hermano, el vino desborda, la boda ha comenzado, la Palabra va a dar su fruto. Haz cuaresma, es decir, déjate agarrar por Dios. ¿No sientes cómo el vino nuevo corre por tus miembros muertos? ¿No descubres la loca esperanza que te prende? Levántate. La Palabra dijo allí para siempre: «Está vivo».

*
**

**Señor, escasea el vino nuevo
y nuestros corazones están resecos.**

¡Ten piedad de nosotros!

**Desciende antes de que perezcamos:
nuestras esperanzas se tambalean.**

¡Ten piedad de nosotros!

**Renueva nuestros corazones,
pues seguimos mirando nuestro pasado
y desesperamos.**

¡Ten piedad de nosotros!

Martes de la cuarta semana

SUMERGIDOS EN EL AGUA

Ezequiel 47,1-9.12. *El autor del Génesis hablaba de una fuente que manaba del suelo para regar toda la superficie de la tierra. Muy cerca de ella, en medio de una vegetación exuberante, se erguía el árbol de la vida. Por eso, en Palestina, una fuente era considerada a menudo como símbolo del poder vivificante de Dios: se construía un santuario en sus parajes. «Así ocurría en Jerusalén con las fuentes de Guihon y Siloé» (TOB).*

Cuando el profeta Ezequiel imaginaba la nueva Jerusalén, veía brotar una fuente del umbral del mismísimo templo. Esta fuente sería la señal de que Dios había tomado posesión del nuevo santuario y, por lo tanto, había vuelto del exilio al que había acompañado a su pueblo, después de haber abandonado el antiguo templo. La fuente indica también que el templo nuevo, santificado por la presencia divina, será fuente de gracia.

De una gracia tan abundante que no tenía precedentes: basta comprobar la amplitud del flujo para darse cuenta. Es un torrente que fertiliza el desierto y sana las aguas del mar Muerto. En las riberas de este torrente crecen de nuevo los árboles de la vida, de hoja perenne y que dan cada mes una nueva cosecha.

El salmo 45 pertenece a los cánticos de Sión. Hace un elogio de la ciudad elegida por Dios para poner en ella el trono de su gloria.

Juan 5,1-16. *Como el agua de Caná y la del pozo de Jacob, también la de Betesda era estéril; no podía curar al enfermo. Como el agua de la piscina, tampoco la ley de Moisés podía dar vida al pecador; sólo podía mostrarle sus transgresiones y confirmar la pobreza de la condición humana. En lugar de salvarle, le encerraba, le mantenía en su pasado. Paralizado desde hacía treinta y ocho años...*

Fue necesario que Jesús fuera al santuario de Asclepios, al norte de Jerusalén. Fue preciso que él soportara la carga de la miseria humana. De ese modo oíría el grito del sufrimiento y la oración de la superstición. Tomaría el pecado del mundo. Entonces la Palabra de vida podría ordenar: «Levántate, toma tu camilla y echa a andar». Y el hombre obedecería a la palabra de Dios.

Pero era sábado, y los judíos reprocharon a Jesús sus palabras. Reprocharon a Dios el que quebrantara la ley del séptimo día. Pusieron a Dios en contradicción con su propio mandamiento. Será preciso volver a decirles que el Hijo del hombre es dueño incluso del sábado.

*
**

Se arrastraban hasta allí cantidad de lisiados y multitud de mendigos. Bajo la columnata se oía la larga letanía de quejas y gemidos. Se juntaban al borde de la piscina, y cada uno sobrevivía esperando poder algún día meterse en el agua al ser agitada. Imagen de una humanidad que sobrevive en la espera siempre frustrada de una salud aleatoria. El agua de Betesda era estéril; no podía producir un nacimiento nuevo. Están lejos los días en que el hombre podía correr libre y feliz. Están lejos los días en que podía mirarse sin sentir náuseas. Están lejos los días..., tan lejos que no podemos acordarnos. El hombre, salido de las manos de Dios, había sido puesto en el verde jardín. El torrente de vida regaba regaba la tierra y la fecundaba.

Paraíso perdido, ya que hoy nuestras vidas se resecan como cisternas agrietadas. Nos dan ganas de sentarnos bajo los soportales con nuestros hermanos de miseria y gemir con ellos: «En la orilla de los ríos de Babilonia estábamos sentados y llorábamos...». Pero «el hombre me hizo salir, y el agua brotó. Y me dijo: ‘¿Has visto, hijo de hombre?’ Era un río infranqueable y había numerosos árboles».

Jesús pasó: «¿Quieres quedar sano?». El Hijo descendió a la morada de la muerte y cargó con nuestras enfermedades. En medio de las quejas mantuvo la promesa. Incluso el mar Muerto, condenado a la esterilidad, va a poder dar peces milagrosos. El hombre que estaba parálítico desde hacía treinta y ocho años, encadenado a su pasado de desdicha, se pone de pie. La tierra es recreada; los árboles, cuyas hojas no conocen ya los efectos del hielo, dan nuevos frutos cada mes. Cuando Dios da el agua viva, el viejo mundo desaparece.

Hermanos, nosotros somos una creación nueva. Dios ha hecho que brotase del costado de su Amado sangre y agua, río de vida que purifica todo cuanto penetra. Nuestra vida reverdece cuando el Espíritu nos inunda. Hemos sido bautizados en la muerte y resurrección de Jesús y pertenecemos a una tierra liberada. Nos ha hecho atravesar el mar y nos ha sumergido en el río de la vida. Pertenecemos al mundo nuevo. En la noche de Pascua, Cristo enterrará nuestras obras estériles, y oiremos el grito de la victoria.

*
**

**Sumérgenos en tu amor, Señor.
No permitas que siga paralizándonos
el hombre viejo,
sentenciado a muerte en nuestro bautismo.
Por medio de tu Espíritu
nos has dado una vida desbordante:
Haz que todos los días dé frutos
que duren para la vida eterna.**

Miércoles de la cuarta semana

DE TAL PADRE, TAL HIJO

Isaías 49,8-15. *Jerusalén, ¿cómo has podido decir: «Yahvé me ha abandonado, el Señor me ha olvidado»? ¿No conocías la inmensa ternura de tu Dios? ¡No temas! El exilio toca a su fin. Si has estado diseminada entre los pueblos, pronto te convertirás en alianza de las naciones. Sí, los dispersos volverán. Ya se forman cortejos en el país de los Dos Ríos, al lado del mar e incluso en el alto Egipto.*

El salmo 144 proclama las grandes obras del Señor. A través de su actividad, Dios revela su benevolencia y misericordia.

Juan 5,17-30. *Después del milagro de Betesda, Jesús fue acusado de quebrantar la ley del sábado. Su defensa es breve, pero de una profunda densidad: «Mi Padre trabaja siempre, y yo también trabajo».*

«Mi Padre trabaja siempre». La afirmación quizá no fuese tan satisfactoria como puede parecer a primera vista. Decir esto, ¿no era ir contra la Escritura, que indicaba que Yahvé había dejado de trabajar el séptimo día? Es verdad que un rabino tan célebre como Aquiba responderá que Yahvé no deja nunca de trabajar. Del mismo modo, Filón de Alejandría intentará conciliar la exigencia griega de un Absoluto inmutable explicando que, después de los seis días de la creación terrestre, Dios se había consagrado a las cosas divinas. El día del sábado, como los demás días. Dios da vida y ejerce el juicio.

«Yo también trabajo». Jesús pretende ejercer las funciones reservadas a Dios. Al igual que su Padre, resucita a los muertos y les da la vida. Al igual que su Padre, da la vida a los que escuchan su palabra y juzga a los demás. ¡Incluso en sábado!

¿Hace Jesús la competencia a Dios? ¿Rompe con el rígido monoteísmo de los judíos? ¡De ninguna manera! Es por estar en comunión total con su Padre por lo que puede ejercer las funciones divinas. Todo acto del Hijo es un acto del Padre.

**

¡De tal Padre, tal hijo! Mucho antes de los descubrimientos de la psicología y de las investigaciones de las ciencias de la educación, la sabiduría popular reconoció la profundidad de los lazos de parentesco. Siempre se es hijo de alguien: el adolescente puede poner en cuestión el modelo de su educación, el adulto puede exorcizar su pasado, pero nadie puede negar sus orígenes. De tal padre, tal hijo. Están unidos por lazos más fuertes que los de la sangre: han aprendido uno del otro lo que es la vida.

«Lo que hace el Padre, eso mismo hace el Hijo». Un hijo imita siempre al que le ha dado la vida. Ha aprendido a mirar la vida a través de los ojos de quien le ha iniciado en los secretos de la existencia.

«El hijo no puede hacer nada por su cuenta». Desde toda la eternidad, ha aprendido a mirar la vida como la mira el Padre. Sabe mejor que nadie el valor que Dios le da a la existencia humana. Cuando, en los primeros días, Dios hizo brotar la vida de sus manos de Padre, el Hijo estaba allí. Cuando, en tiempos de Noé, concluía Dios una alianza universal con los hombres, el Hijo aprendió a congregarse a todos los hombres bajo sus brazos extendidos. Cuando Dios pidió a Abrahán el sacrificio de su hijo único, el Hijo sabía que el Padre no dudaría en entregarle a él para renovar la alianza.

Hermano, a veces dices: «El Señor me ha abandonado, el Señor me ha olvidado». Pero ¿has mirado suficientemente al Hijo único? ¿Te das cuenta de que hoy no tienes dónde ver a Dios si no es en este hombre que se dirige a Jerusalén? Dios no pronuncia otras palabras que las de Jesús. Entonces, mira al Hijo y conocerás al Padre. Mira al Hijo y aprenderás de él lo que hace vivir a Dios. «Lo que hay de visible en el Padre, escribía San Ireneo, es el Hijo». Hazte hijo a tu vez, uniéndote a tu hermano mayor; él te iniciará en los secretos de la vida. «Os lo aseguro: quien escucha mi palabra y cree al que me envió, posee la vida eterna».

Jesús es el mayor de una multitud de hermanos. Con su muerte, ha derribado los muros que hacían de la casa familiar una estancia cerrada. «Llega la hora, y ya está aquí, en que los muertos oirán la voz del Hijo y saldrán». La casa va a abrirse al soplo del Espíritu, y el largo cortejo de los que se sentían exiliados por su miseria va a poder entrar. La voz del Hijo es obediencia: «Padre, que se haga tu voluntad». Jesús nace a la verdadera condición de hijo al abandonar su vida en el único que puede devolvérsela. En la cruz nace el único verdadero hijo. Pues Jesús se entrega a aquel que pronuncia la palabra que engendra: «Hoy te he dado la vida; tú eres mi Hijo amado».

Hermano, el día de tu bautismo, Jesús te ha abierto completamente la casa. Oíste la voz que te llamaba y ya, en Jesús, respondiste: «Que se haga tu voluntad». Te conviertes por la gracia en lo que eras ya en verdad. Un día, Dios reconocerá el nombre inscrito en tu carne, pues llevas el nombre del Hijo único. Un día, él se reconocerá al mirarte y te dirá sonriente: «¿Cómo te pareces a mí, entra en mi casa!».

**

¡Bendito sea tu nombre, Señor!
Has venido a socorrernos
y nos has librado de las tinieblas.

¿Quién podrá separarnos de tu amor?
¿Quién podrá acusarnos en el día del juicio?

Si tú estás en favor nuestro,
¿quién estará en nuestra contra?

¡Te bendecimos, oh Dios dador de gracia!
Tu palabra es en nosotros
fuente de vida y de bendición.

Poseemos ya en herencia la vida eterna
y llevamos el nombre de tu Amado.

¡Te alabamos, oh Dios,
con todos aquellos cuyo nombre
llevas grabado en tu mano!

**

Con más cariño del que una madre
manifiesta hacia su hijo,
te inclinas tú, Señor,
sobre el hombre, tu criatura.

No nos desampares en los días
en que nos invade el abandono;
repítenos de nuevo
que somos queridos a tus ojos
e inestimables en tus manos.

Porque eres para nosotros
más que un padre y que una madre.

Tú eres la fuente del amor,
la fuente de la vida.

**

No nos juzgues, oh Dios,
por nuestra fragilidad e insignificancia,
sino haz que conozcamos,
en tu Hijo resucitado,
tu perdón y la vida eterna en tu gracia.

DEL JUEVES DE LA CUARTA SEMANA AL SABADO DE LA QUINTA SEMANA DE CUARESMA

PROCESO A JESUS

Los días que nos conducen a la Semana Santa se caracterizan por el desenlace de la crisis suscitada por la oposición contra Jesús. «Vino a los suyos, y los suyos no le recibieron». El proceso se inició con el comienzo del ministerio en Galilea. Para unos, el nuevo profeta tiene palabras de vida eterna; para otros, no es más que un vulgar blasfemo. Para unos es piedra de tropiezo; para otros, piedra angular de una vida fundada en su palabra. Pero el proceso que se abre contra Jesús es, en definitiva, el proceso de Dios mismo. En efecto, a Jesús no se le reprocha tanto el que se proclame Dios cuanto que manifieste a un determinado Dios.

La liturgia nos invita a presenciar las últimas escenas del proceso, así como el alegato del acusado. Jesús desvela su misterio en estas extraordinarias páginas de san Juan, en las que el Hijo revela sus relaciones con el Padre y la significación de su ministerio. La intensidad dramática va «in crescendo» hasta las últimas palabras de la defensa: «Cuando hayáis levantado al Hijo del Hombre, sabréis que *yo soy*, y que no hago nada por mi cuenta». De este modo, antes de hacernos participar en el desarrollo del proceso, la liturgia puede responder a la pregunta planteada a todo lo largo de la vida de Jesús: «¿Quién soy yo?». Las oposiciones no pueden sorprender a Jesús, pues él mismo las ha provocado. Contradecir las interpretaciones corrientes de la religión, denunciar la hipocresía de los jefes políticos y religiosos, atacar al comercio instalado en el templo de Jerusalén, ¿no es hacer que se forme una coalición de temibles adversarios en todos los ambientes importantes: los de los negocios, los de la política y los de la religión? Jesús vivió sus últimas semanas sintiendo que el nudo se cerraba alrededor de él. Y, aunque trata de evitar en lo posible el desenlace, no se sustrae a la muerte cuando llega la hora. Está a merced de un desventurado gesto como el de Judas.

Jesús sabe que la lógica de su vida ha de llevarle indefectiblemente a una muerte violenta, e inserta su muerte inminente en el marco de la historia de la salvación. El mal está ahí, y su crudeza no tiene límites. Jesús debe «ser entregado». Antes de convertirse en unos de los «estribillos» de la pasión y de verificarse en dolorosas realidades, esta expresión, que se multiplica a medida que se acerca la hora, expresa perfectamente lo que significa esa «hora», intuita de antemano por aquel que no puede eludirla: caer indefenso en poder de unas fuerzas a las que todo les estará permitido. Sí, el mal está ahí, pero no es él el que dirige el juego ni el que le pone fin. Jesús cree que, de un misterioso modo, su muerte se inscribe en el plan de Dios. «Nadie me arrebató la vida; soy yo quien la da». El combate de Jesús es real, y su lucha será una agonía. La pasión no es un mal sueño, sino el desencadenamiento del pecado sobre el inocente. Pero el desenlace del combate es seguro; Jesús tiene la certeza de estar dando fin a las Escrituras y sabe que su muerte es la culminación de la obra divina.

Jesús está dispuesto, pues, a llegar hasta el final para testimoniar que su mensaje es Palabra de Dios. Por otra parte, la muerte violenta de los profetas es, a sus ojos, una constante de la historia de la salvación. El pueblo y sus jefes siempre trataron así a aquellos cuya palabra contradecía la forma que ellos tenían de entender la ley de Moisés. Pero incluso le han arrebatado su propia muerte. No sólo le han quitado la vida por medio de un asesinato legal, sino que han contrarrestado el significado que él daba a su muerte. Quería que su muerte fuese el anuncio de la Buena Nueva —Dios salva independientemente de las obras de la ley—, y va a aparecer como el destino miserable de un agitador político. «Se mostró obediente hasta la muerte, y muerte de cruz».

«Cuando levantéis al Hijo del Hombre, sabréis...». La única defensa del acusado consistirá en llegar hasta el final, pues sólo en este supremo abandono se manifestará lo que verdaderamente es: el Hijo abandonado al amor que le hace vivir, el Hijo nacido de Dios.

*

**

**He aquí que se acerca la hora
en que el Amor triunfará sobre la muerte.**

**Hermanos, mantened los ojos fijos
en el Hijo del Hombre, Jesús.**

**Seguid sin desviaros la huella del amor,
y estad preparados para la hora
en la que el Amor os pida
que lo deis todo hasta el final,
para que triunfe la vida.**

Jueves de la cuarta semana

DIOS BAJO ACUSACION

Exodo 32,7-14. *Para muchos pueblos del antiguo Oriente próximo, el becerro era el símbolo de la divinidad. El dios de la tormenta solía ser representado de pie sobre un novillo, imagen de la fuerza y la fecundidad. El animal era concebido, pues, como el soporte de la divinidad, algo así como los querubines del templo de Jerusalén. Pero, evidentemente, el peligro estaba en confundir en una misma adoración la imagen de dios y su pedestal. Es lo que ocurrió en Israel cuando Jeroboam I introdujo el culto de los becerros de oro en Dan y Betel, con el fin de competir con el culto de Jerusalén.*

¿Aluden a este acontecimiento las tradiciones de Ex 32-34? Algunos así lo han pretendido. En todo caso, son una reflexión sobre la alianza rota y restablecida. Al solidarizarse con el pueblo pecador, Moisés actúa como un verdadero profeta. Su intercesión no se apoya en los méritos del pueblo, sino en el mismo Yahvé y su fidelidad a las promesas.

Relacionado con las súplicas nacionales, el salmo 105 evoca ampliamente la historia de las infidelidades de Israel.

Juan 5,31-47. *Jesús es presentado como mediador de la vida eterna: las obras que hace el Padre, también las hace él. ¿Qué pruebas puede aportar? Cuenta, en primer lugar, con el testimonio de un hombre, Juan Bautista, al que muchos judíos habían acogido bien durante un tiempo. Pero el testimonio decisivo está en otra parte. Es el mismo testimonio de Dios, que se ha entregado a los hombres por medio de sus obras y de las Escrituras. En efecto, puesto que las obras de Jesús son las del Padre, los que son capaces de reconocer la actuación divina reconocerán también la verdadera naturaleza de la misión de Jesús. En cuanto a las Escrituras, anuncian la venida del Mesías.*

Pero los judíos no recibieron el testimonio ni de unas ni de otras. No tienen en ellos el amor de Dios, es decir, la actitud interior de acogida que les habría permitido reconocer la verdad. Sólo buscaban su propia gloria; sólo escuchaban lo que les apetecía. ¿Entonces...?

*

**

«Padre, he venido a este mundo para glorificar tu nombre. He llevado a término tu obra; glorifícame». La Luz ha venido al mundo para iluminar con una nueva luz la vida de los hombres. En aquel Nazareno pudieron los hombres contemplar el verdadero rostro de Dios: un Dios de amor. Pudieron descubrir que sólo Dios podía dar la vida, pues Jesús curó a aquellos a quienes la muerte ya había marcado. Pudieron descubrir que sólo Dios podía salvar, ya que Jesús no tuvo miedo de decir: «Tus pecados te son perdonados».

¡Pobre Jesús! Pretende que sus obras den testimonio de él, y precisamente le rechazan por ellas. ¿Puede Dios compartir la mesa de los pecadores públicos? Jesús predica un Dios «diferente» (Ch. Duquoc): ¿cómo podían sus obras dar testimonio de que venía «de Dios»?

Los que hoy anuncian «otro» Dios, ¿cómo pueden invocar a Dios? A lo largo de la historia religiosa de los hombres, siempre se ha hecho la misma acusación. Dios no puede tener ese rostro tan excesivamente humilde y vulgar. Preferimos el Dios de los héroes y de los santos; no podemos aceptar el de los pequeños y los pecadores. Pero «mi gloria no la recibo de los hombres», dice Jesús.

«Mis obras dan testimonio de que el Padre me ha enviado». En el momento de la cruz, el Enviado será objeto de burla. Pues he aquí «la obra» que autentifica su misión: una vida entregada hasta el final. La cruz derriba los pedestales de los falsos dioses. Los dioses de los justos, de los ricos, de los satisfechos; los dioses sólo sirven para ser derribados, pues no son más que becerros de oro de pacotilla, imágenes deformadas de quienes las han fabricado. Dios tendrá para siempre el rostro de un crucificado, expulsado fuera de las murallas de la ciudad, ridiculizado, injustamente condenado.

«El Padre que me ha enviado es el que da testimonio de mí». En el desierto, los hombres se habían unido a dioses conformes a sus deseos. También en el desierto, Moisés erigió otra señal, un bastón coronado por una serpiente de bronce. Señal desconcertante e irrisoria. Sin embargo, dice la Escritura que los que la miraban eran salvados. Dios, por su parte, ha erigido en el universo la única señal en la que se reconoce: una cruz plantada en el corazón del mundo. Los que la miran quedan salvados.

*

**

**Dios y Padre nuestro,
no te olvides de la obra de tus manos:**

**Tú que nos has librado del pecado,
destruye los ídolos
que nos esclavizan**

**y muéstranos tu verdadero rostro:
Jesús muerto y resucitado.**

Viernes de la cuarta semana

SOMETER A DIOS A PRUEBA

Sabiduría 2,1a.12-22. *El libro de la Sabiduría contrapone la suerte de los justos a la de los impíos. Confiados en su propia sabiduría, éstos rechazan toda idea de trascendencia y, de ese modo, se condenan a muerte. Los justos son para ellos un reproche viviente, y por eso desean desembarazarse de ellos lo antes posible. Releídas en la perspectiva del cuarto evangelio, dos afirmaciones adquieren un relieve sobrecogedor: el justo «se jacta de tener a Dios por Padre» y pone su esperanza en una intervención divina para poder escapar a la muerte.*

El salmo 33 canta el reconocimiento del justo liberado de sus enemigos.

Juan 7,1-2.10.25-30. *«En el mundo estuvo, y el mundo no le conoció. Vino a su casa, y los suyos no le recibieron». Los capítulos 7 y 8, que constituyen la parte central del «Libro de las Señales», están dominados por el conflicto entre Jesús y la autoridad de su país. La amenaza de muerte está presente por doquier. El marco del relato es muy simbólico y subraya debidamente la progresiva ceguera de Israel. Al principio, Jesús se esconde en Galilea, porque los judíos quieren matarlo. Después sube a Jerusalén, pero en secreto. Finalmente, dejará el templo para evitar ser lapidado.*

Cuando, al fin, Jesús escoge su hora, se presenta en Jerusalén en plena fiesta de las Tiendas, haciendo realidad la profecía de Malaquías: «Entrará en el santuario el Señor que buscáis» (3,1).

*

**

Los «tests» están hoy de moda. Se somete a «tests» a los aparatos electrodomésticos para verificar la relación «calidad-precio». Se comprueban las posibilidades técnicas de los últimos descubrimientos. Se miden las facultades intelectuales de los estudiantes y la capacidad de adaptación de un empleado. Se acorrala a un candidato para comprobar su capacidad de resistencia y los medios de su política.

«Acechemos al justo, que nos resulta incómodo. Declara que conoce a Dios y se da el nombre de Hijo del Señor. Es un reproche para nuestras ideas, y se gloria de tener a Dios por padre». Desde hacía mucho tiempo, los jefes religiosos acorralaban a Jesús. Comprobaron su voluntad midiendo la novedad de su palabra. Saben que no se volverá atrás y que sortea todas sus trampas. Verdaderamente, los «tests» son claros, y su interpretación no tiene contestación posible. Jesús es peligroso, y es preferible que muera uno solo antes que todo el pueblo. Los jefes de los sacerdotes saben que Jesús no corresponde en absoluto a lo que se espera de él. Saben demasiado bien de dónde viene. «Si este justo es hijo de Dios, Dios le asistirá y le librará de sus adversarios. Condenémosle a una muerte infame, ya que, según dice, alguien cuidará de él». Nos parece oír las burlas al pie de la cruz: «¡Ha salvado a otros y no puede salvarse a sí mismo! Es rey de Israel: ¡pues que baje ahora y creeremos en él!». Última prueba y último «test», pero Jesús no aprobará el examen de recuperación: morirá. ¿Habrá confirmado Dios la decisión de los hombres? Hasta los discípulos dudaron.

Someter a Dios a prueba... ¡Que nos dé garantías y aceptaremos (¿quizás?) comprometernos! ¡Que demuestre la rentabilidad de lo que propone, y respetaremos sus exigencias! Someter a Dios a prueba, conocer de dónde viene y adónde nos lleva, calcular y sopesar lo que él ofrece y lo que nosotros damos, en lugar de abandonarse y entregarse. ¡Pensáis conocerme y pretendéis saber de dónde soy! Sabedlo: ya me habéis perdido; nadie puede desvelar mi secreto. El único «test» que Dios soporta es el riesgo de una palabra que se da y la locura de una vida que se compromete. El amor no se mide; no conoce otro modo de probarse que su propia existencia.

Era la fiesta de las Tiendas, en la época de la vendimia. Jesús ya había aceptado la prueba. Irá al lagar de la cruz. El vino sólo existe para ser vertido... Pero mañana estallará el amor en unos nuevos esponsales, y será la fiesta de Dios, que habrá resucitado a aquel a quien habían tendido una trampa.

*
**

**Dios, nuestra roca,
denuncia a los que nos acusan:
nuestra increencia y nuestras certezas,
nuestros temores y nuestros desasosiegos.**
**No nos abandones
a la trampa de nuestra inconstancia.**
**Muéstranos tu amor
y lleva a su término
lo que has comenzado en nosotros.**

Sábado de la cuarta semana

ALEGATO EN FAVOR DEL ESCANDALO

Jeremías 11, 18-20. *La perícopa pertenece a lo que se ha dado en llamar «las confesiones de Jeremías». El profeta proclama la libertad que guía la elección de Dios cuando recurre a los hombres para que hablen en su nombre. Toda la vida de Jeremías lo testimonia: la palabra de Dios ha irrumpido en él y le ha obligado a proclamar por todas partes el derecho de Dios, aunque él sólo aspiraba a vivir tranquilo.*

Refugiado en Anatot, soporta la animosidad de sus vecinos, que buscan su muerte. El v. 20 podría entristecer a espíritus sensibles. Sin embargo, sólo es el reflejo del sufrimiento del perseguido, que desnuda su corazón ante Dios. Aunque parezca haber una reminiscencia de la ley del talión, notemos, sin embargo, que Jeremías no recurre a una acción punitiva, sino al abandono en el Señor. Evidentemente, Jesús dará un paso más cuando ore por sus enemigos.

El salmo 7 es una queja individual. El justo suplica al Señor que le libre de los impíos que le persiguen.

Juan 7, 40-53⁶. *El último día de la fiesta, Jesús gritó en el templo: «Quien tenga sed, que se acerque a mí; quien crea en mí, que beba. Como dice la Escritura: De su entraña manarán ríos de agua viva». La cita (probablemente inspirada en Zac 14, una de las lecturas tradicionales de la fiesta de las Tiendas) cuadra perfectamente con el ritual. En efecto, una de las ceremonias características consistía en llevar solemnemente el agua de la fuente de Siloé hasta el templo y derramarla sobre el altar de los holocaustos.*

Las palabras de Jesús dividen al auditorio. Algunos están dispuestos a reconocerle como profeta y mesías, pero los escribas argumentan que el Cristo no puede venir de Galilea. La palabra de Jesús actúa como una espada: obliga a los hombres a tomar partido. Ciertamente, Cristo no vino a juzgar al mundo, pero introdujo la luz en el mundo, y son los propios hombres quienes se juzgan, según que se sitúen en el campo de la luz o en el de las tinieblas.

Durante este tiempo, agazapados en la obscuridad, los jefes judíos aguardan su hora.

6. Aconsejamos que se lea a partir del v. 37.

Unos dicen: «Verdaderamente, es él»; otros afirman: «¡En absoluto! No reúne las condiciones requeridas». La piedra se había convertido para unos en obstáculo, para otros en fundamento de la construcción. Unos pensaron que el árbol era estéril, y lo cortaron de raíz; para otros, el grano se había convertido en un árbol inmenso donde todos los pájaros encontraban su nido. Jesús será siempre la pregunta planteada a la fe: «¿Para vosotros, quién soy yo?». ¿Piedra de tropiezo o piedra angular? Dudamos entre la admiración y la blasfemia. Dios, tan próximo a nosotros, ¿puede tener un rostro tan humano?

Pero dichoso aquel para quien Jesús es una pregunta viva. Helo ahí, ante un rostro que no imaginaba. Ahora bien, las personas con las que ha habido que enfrentarse son, a menudo, aquellas con quienes también se establece una verdadera connivencia. Cuando alguien se nos ha resistido, entonces comienza a existir para nosotros. No se reduce a lo que yo imaginaba, sino que se me revela. La fe soporta el enorme peso no de comuniones imaginarias, sino de los combates en los que se urde el encuentro. ¡Dichoso aquel que, como Jacob, combate con Dios durante toda la noche!; ¡dichoso aquel para quien Jesús es objeto de escándalo! Al alba quedará marcado por una herida que ya no ha de cicatrizar. ¡Dichoso él! Podrá tomar la piedra con la que ha tropezado, levantarla y hacer de ella la piedra angular de su vida.

*
**

Estaban divididos a causa de Jesús.

Unos decían: «Es él el profeta».

Otros: «El Mesías no puede venir de Galilea».

También nuestro corazón, Señor, está dividido.

Ilumina, pues, nuestra búsqueda

y haznos caminar hacia tu luz.

¡Ten piedad de nosotros!

Los jefes de los sacerdotes se extrañaban:

«¿Por qué dejarlo en libertad?».

Los guardianes replicaban:

«¡Jamás hubo un hombre que hablara como éste!».

También nosotros, Señor, te acusamos.

Reaviva, pues, nuestro amor

y haz que nos asombremos de tu ternura.

¡Ten piedad de nosotros!

Nicodemo preguntaba: «¿Por qué condenarlo?».

Y se burlaban de él:

«¡También a ti te ha engañado!».

También nosotros, Señor, buscamos las componendas.

Fortalece, pues, nuestra fe

y haz que seamos lo que creemos.

¡Ten piedad de nosotros!

Lunes de la quinta semana

JUICIO

Daniel 13,1-9.15-17.19-30.33-62. *Era muy bella. Se llamaba Susana, que significa «Lirio». Casada con un hombre muy rico y esposa fiel, fue falsamente acusada de adulterio por dos ancianos a quienes la meditación de la Ley no había logrado calmar sus sentidos. El tribunal la condenó a muerte, según la ley. Pero, cuando iba al suplicio, apareció un chiquillo llamado Daniel («Dios-juzga»), que estaba lleno del Espíritu. El pretendido crimen es juzgado de nuevo, y todos se dan cuenta de que Yahvé es el Dios fiel y verdadero.*

El salmo 22 es uno de los más bellos cantos de confianza de la Biblia. Su autor sabe que Yahvé le libraré de todos sus males y se apresura a ofrecerle un sacrificio de acción de gracias.

Juan 8,1-11 (años A y B); 8,12-20 (año C). *La perícopa de la mujer adúltera no pertenece al cuarto evangelio; es una tradición independiente, introducida con posterioridad. Sorprendida en flagrante adulterio, la mujer debe pagar: es la ley. ¿Y qué hace la ley una vez que ha denunciado el pecado? Dejar inerte al culpable, que se convierte en hombre muerto.*

Jesús deja que la arena se deslice silenciosamente entre sus dedos. No dice que la mujer haya actuado bien, ni juzga a los que la han traído ante él, sino que hace lo que la ley no podía hacer: libera a la mujer, la anima y le indica un nuevo camino, el camino de la vida. «Anda, y en adelante no peques más».

«Yo soy la luz del mundo». Los judíos se oponen a esta afirmación de Jesús. ¿Qué pruebas tiene, aparte de su palabra? El testimonio de un hombre no basta para salvar su propia causa. Sin embargo, Jesús replicará que su palabra es suficiente. ¿Acaso no es el único de entre los hombres que sabe de dónde viene y adónde va?... Los judíos no aceptarán su testimonio ni el de su Padre y condenarán al ciego a quien Jesús había dado la luz.

*
**

El valor del árbol se conoce por sus frutos. Es en los momentos difíciles de la vida es cuando se puede calibrar a un hombre. La oposición ha cerrado filas alrededor de Jesús, y en cualquier momento la tenaza puede cerrarse en torno a él. La hora de su juicio comienza con el proceso incoado contra la pecadora pública.

Mirad a esta desgraciada arrojada a los pies de Jesús para que él ratifique la sentencia pronunciada contra ella. Ha perdido su aire altivo y no se atreve ni a levantar la cabeza. Ha pecado; ha transgredido la ley, y la ley no puede hacer ya nada por ella. La ley puede denunciar el pecado, pero no puede hacer nada por el pecador. La mujer ya está muerta, pues todos esos hombres, que la desnudan con la mirada, sólo ven en ella a la esposa adúltera. Se la reduce a su pecado, y ya no puede vivir.

Mirad también a Jesús. Denuncia el juicio. Su astucia reside en abordar a los fariseos no en el terreno donde ellos atacan, sino en el de su propia conducta. «Mujer, ¿ninguno te ha condenado? Tampoco yo te condeno». Hasta entonces, nadie le había hablado. Se había hablado de ella, de su pecado. Ahora alguien le dirige la palabra sin identificarla con su falta: «Mujer». No es excusado su propio pecado; no se actúa «como si»; simplemente se la llama «Mujer».

El proceso de Jesús ha comenzado ya. No se salva la vida de otros sin dar la propia. Cuando rehabilita a la acusada, Jesús ya está en el monte de los Olivos. De hecho, el juicio ya está pronunciado: matar al liberador mientras abre el camino de la salvación y el perdón.

Hermanos, la Pascua está próxima. Es la fiesta del juicio, ya que el juicio de Dios es la victoria de la Pascua. Cuando el pasado se abre a la renovación; cuando el pecado queda en el fondo del sepulcro y nos levantamos para mirar el futuro. Escucha a Cristo que te dice: «Tampoco yo te condeno». No te quedes en el polvo, con los ojos vueltos hacia tu pecado, pues Dios te llama. Sobre el Gólgota, ya ha sido pronunciado el juicio de tu vida: Dios se ha reconciliado contigo para siempre, sea cual sea tu pecado.

**

**Se les señala con el dedo;
se cuchichea a cuenta de ellos;
se conoce su pecado...**

«Mujer, tampoco yo te condeno».

**¡Crea en nosotros, oh Dios,
un corazón misericordioso!**

**Ellos siempre están al acecho,
perpetuos desfacedores de entuertos,
íntegros en su desprecio,
perfectos ejecutores de la ley.**

«El que esté sin pecado, que tire la primera piedra».

¡Oh Dios, denuncia nuestra hipocresía!

¡He aquí al hombre!

Clavada en la cruz, la esperanza parecía muerta.

**Los hombres le habían condenado,
y Dios parecía haberle abandonado.**

«¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?».

¡Oh Dios, revela nuestro futuro!

Martes de la quinta semana

EL SIERVO EXALTADO

Números 21,4b-9. *El templo de Jerusalén conservó durante mucho tiempo el emblema de un dios «curandero» a quien los judíos llamaban Nehoustan y que el rey Ezequías hizo destruir con otras reliquias de los cultos paganos, con ocasión de la reforma religiosa de la que habla 2 Re 18 ¿De dónde provenía aquella serpiente de bronce? Se sabe que el culto de los dioses «curanderos» estaba muy arraigado en el Oriente próximo desde tiempos inmemoriales. Entre los griegos, por ejemplo, tenemos a Esculapio y su caduceo. Parece que el origen de Nm 21 hay que buscarlo en una leyenda cultural, elaborada con el fin de justificar la presencia del emblema en el templo.*

Para el autor de Nm 21, la serpiente de bronce se remonta a Moisés, que la había moldeado por orden de Dios; no es imposible, pues, que el relato conserve el recuerdo de los peligros pasados en el Sinaí. Sea como sea, los elementos antiguos de la tradición han sufrido transformaciones. Así, la mordedura de los reptiles fue considerada como un castigo merecido por los hebreos por sus rebeliones contra Yahvé y contra Moisés, mientras que la serpiente, convertida en señal de reunión, era como una fuente de salvación querida por el mismo Dios.

El salmo 101 es una llamada de socorro.

Juan 8,21-30. *Jesús es consciente del odio que le tienen los judíos. Hasta ahora ha escapado a sus ataques, porque «aún no había llegado su hora». Ahora anuncia su salida hacia un destino desconocido, adonde los judíos no pueden seguirle: su obstinación en no reconocerle como enviado del Padre, ha sellado su perdición.*

Los judíos piensan en un suicidio, mientras que Jesús afirma que su muerte revelará su verdadera identidad y manifestará su condición divina. C.H. Dodd ha indicado que la expresión «cuando levantéis al Hijo del hombre» alude a un juego de palabras extendido tanto en los medios judíos como en los helenísticos. También sugiere la elevación social y la condena a muerte. Al elevar a Jesús en la cruz, los judíos favorecerán su exaltación celeste; el sentido de la misteriosa palabra «YO SOY» se hará manifiesto, si hay que ver en ella una alusión a la revelación del Sinaí.

**

«Cuando levantéis al Hijo del hombre, sabréis que YO SOY, y que no hago nada por mi cuenta, sino que hablo como el Padre me ha enseñado». El proceso de Jesús se acaba. Juan concluye observando: «Cuando les exponía esto, muchos creyeron en él». La señal de Dios ha sido entregada. Jesús no tiene ya nada que decir; lo ha revelado todo, y llega la hora en la que va a resumir todo en una última confrontación, donde el hombre podrá reconocer el don y la gracia de Dios.

Moisés intercedió por su pueblo, y dijo Dios: «Haz una serpiente y colócala en el estandarte: los mordidos por serpiente quedarán sanos al mirarla». El mismo Dios intervendrá en favor de su pueblo y erigirá una cruz que salvará a los que la miren. Pues ésta es la única señal que podrá expresar la gracia y la salvación de Dios. Hemos contemplado la gloria de Dios, pero lo que hemos visto en el momento de la Transfiguración debemos descubrirlo ahora, a lo largo de los días que nos conducen a la Pascua, en las contradicciones, las humillaciones y los sufrimientos de la última etapa de la vida de Jesús. Todas las piezas del proceso han sido reunidas; ahora, cada cual tiene que formarse su propia opinión, sabiendo que la serpiente puede ser signo de muerte, pero también de vida.

«Cuando levantéis al Hijo del hombre, sabréis que YO SOY». No hay otra señal que la de una cruz. Pero ¿cómo puede un rostro desfigurado por los golpes transparentar un reflejo de la gloria de Dios? Porque, si Jesús se hace siervo, entra en agonía y se abandona al desprecio y al odio, no es, ante todo, por deseo de comulgar con la condición humana: en Getsemaní, ante sus jueces y, más tarde, en la cruz, Jesús es ante todo «imagen visible de un Dios invisible». El proceso de Jesús concluye, y en este hombre sometido al suplicio debemos reconocer, sin poder explicarlo, que Dios, en la profundidad misteriosa de su vida, se parece a alguien que se pone de rodillas para servir a sus discípulos, a un hombre agonizante, a aquel que muere en la más absoluta soledad.

Se aproxima la hora; a Jesús ya sólo le falta resumir su vida en un acto supremo. Cuando la cruz se levante hacia el cielo, Dios salvará a los que no aparten de ella la vista.

Hermano, ya tienes todas las piezas del proceso. ¿Qué dices de Jesús?

*

**

**Dios y Padre nuestro, erige en nuestra vida
la señal de tu ternura.**

**Por la cruz plantada en el Calvario,
haz que reverdezcan nuestros desiertos.**

**Por el madero que produjo la muerte,
haznos revivir.**

Miércoles de la quinta semana

EL HIJO DE ABRAHAN

Daniel 3,14-20.91-92.95 (Vg). *Escrito durante la persecución del rey seleúcida Antíoco IV, el libro de Daniel pretendía exaltar la fidelidad de los judíos al verdadero Dios. Mostraba la precariedad de los imperios terrestres y anunciaba un reino eterno, confiado al Hijo del hombre, es decir, a los judíos piadosos.*

Se trata, pues, de un escrito enigmático, cuya lectura sólo era posible a los iniciados. Por eso se supone que la historia se desarrolló en el tiempo de otro perseguidor, el babilonio Nabucodonosor. Antes que ceder a la idolatría (se piensa en el altar dedicado a Zeus en el Templo), los tres compañeros de Daniel prefirieron exponerse a la muerte. La cólera del rey debe ponerse en relación con el vigor de la persecución, que alcanzó su paroxismo con la resistencia de los mártires.

Juan 8,31-42. «Si os mantenéis en mi palabra, conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres». *En el pensamiento joánico, la verdad es el conocimiento íntimo de la realidad de Dios, de lo Real último. No se reduce a un conocimiento intelectual, sino que exige la unión con aquel que es la Verdad, Jesucristo.*

El conocimiento de lo que es auténticamente real libera al hombre, y sólo el Hijo, por su comunión profunda con el Padre, puede emancipar al esclavo. Pero los judíos prefirieron la libertad que creían tener por su pertenencia a la raza de Abrahán, antes que esa otra posibilidad de liberación. En lugar de imitar la fe del patriarca, llevarán a Jesús a la muerte, mostrándose así como hijos de la mentira.

**

«Acusado, ¿tiene Vd. algo que añadir en su defensa?». Pregunta ritual al término de todo proceso. Ya se ha dicho todo, pero el acusado dispone de este último derecho a hablar. Durante cuatro días, la liturgia nos propone el último alegato de Jesús. El evangelio se ha urdido en torno a la pregunta de Jesús: «Vosotros, ¿quién decís que soy yo?». Ahora que nadie puede engañarse acerca del modo en que va a concretarla, Jesús da su respuesta y acusa: «Si fuerais hijos de Abrahán, haríais lo que hizo Abrahán».

Abrahán... Su nombre evoca el riesgo de una marcha que ignora los caminos del itinerario, una fe fundada en una existencia que inventa el camino. Como el árbol se reconoce por sus frutos, el amor se descubre amando. El Espíritu sopla donde quiere, y el que se abandona a su soplo no sabe adónde va.

Abrahán es la libertad de un corazón que responde a una llamada. Contemplemos su marcha mientras sube a la montaña del sacrificio. Nosotros hacemos de la religión un asunto de derechos y deberes. Abrahán se pone en marcha confiando en la fidelidad de Dios, que ha de cumplir su promesa.

Abrahán es, además, la paternidad de la fe. Su cuerpo, marcado ya por la muerte, engendró a un hijo, es decir, la novedad insospechada de una vida inesperada. Por nuestra parte, la fe permanece estéril y no es capaz de crear nada, porque la preservamos y la reducimos a unos hábitos y a unas leyes. Mientras que el amor tiene necesidad de grandes espacios y de un desierto carente de toda señalización, nosotros lo encerramos en templos sin alma. ¡Hijos ilegítimos!

La fe son los hijos que cantan la gracia mientras el tirano pretende hacerles callar arrojándolos al horno. Es la esperanza, que sigue cantando mientras las fuerzas de muerte parecen imponerse. Es preciso reconocerlo: la fe de los cristianos se ha ocupado mucho más del pecado que de la gracia. Prefiere el pesimismo del mundo antes que la gozosa certeza de un futuro nuevo. ¡Hijos ilegítimos!

«El esclavo no se queda en la casa para siempre; el hijo sí». Jesús es el hijo legítimo, el único verdadero hijo de Abrahán, porque es el único creyente. Y hoy acusa: «Si fueráis hijos de Abrahán, obraríais como Abrahán».

*

**

Dios de la promesa, queremos cantarte.

Tu Hijo, el único justo, nos ha introducido en tu casa.

En él reconocemos

la Palabra que nos conduce hasta ti.

Bendito seas por el hijo de la Promesa,

el Hijo de Abrahán,

porque en él te creas un pueblo

tan numeroso como las arenas del mar

y las estrellas del cielo.

El es el mayor de una multitud de hermanos,

y gracias a él pertenecemos a la raza de los creyentes.

Por eso, con todos cuantos siguen a tu Cristo,

emprendemos nosotros el camino

en el que se perfila ya la sombra de la cruz

y, con la esperanza de cantar el himno de la victoria,

nos mantenemos ante ti como hijos amados.

Jueves de la quinta semana

PACTO DE VIDA

Génesis 17,3-9. *Abrahán («el-Padre-es-ensalzado»); Abrahán («Padre de una multitud»).* La tradición sacerdotal relaciona este cambio de nombre, sumamente artificial, con la oferta de la alianza, la cual, efectivamente, no sólo trae consigo una tierra, sino que consagra una nueva relación con Dios: Yahvé será, en adelante, el Dios de Abrahán y de su descendencia. No sólo es ilimitada la validez de la promesa, sino que engloba a todos los pueblos de la tierra. ¿No es significativo que la historia del patriarca y su descendencia comience con una bendición que a la humanidad corresponde aceptar?

Entre todas las grandes acciones de Yahvé, el salmo 104 celebra la alianza establecida con el padre de los creyentes.

Juan 8,51-59. *Los capítulos 7 y 8 revelan un tono muy polémico. Los descendientes de Abrahán han recogido piedras para lapidar a Jesús, y éste, que había subido en secreto a Jerusalén, abandona la esplanada del templo y se refugia en el monte.*

Pero antes deja a los judíos con un palmo de narices: «Os aseguro que, antes de que naciera Abrahán, YO SOY». Jesús no reivindica su superioridad sobre Abrahán, sino que se sitúa en un orden diferente del ser. El Hijo es eterno («permanece para siempre en la casa»), y Abrahán «saltaba de gozo pensando ver mi Día». Según una exégesis rabínica de Gn 24,1 («Abrahán era de edad avanzada», literalmente: entrado en años), podría tratarse aquí de una alusión a una visión profética del futuro.

*

**

«Este es mi pacto contigo: serás padre de una multitud de pueblos». Alianza y fecundidad están, pues, unidas: «en ti serán bendecidas todas las naciones». Pero hay que reconocer que este lazo entre fe y fecundidad no nos es habitual. En nuestro lenguaje, los términos que se agrupan ordinariamente en torno a la palabra «fe» son «luz» y «verdad», que se oponen a «oscuridad» e «ignorancia». Sin embargo, nuestra fe no se afirma en una confrontación con la ignorancia y el error, sino, mucho más fundamentalmente, en una cara a cara con la muerte. La señal de la alianza que le fue dada a Abrahán no fue una luz que borrara toda duda, sino un hijo nacido en su vejez. A Abrahán se le enfrentó con la experiencia de la muerte, vivida en su forma más elemental. No tenía hijos, y su cuerpo de anciano, marcado por la muerte, ya no tenía ningún germen de vida. Sin embargo, apoyándose en la palabra de Dios, y a pesar de experiencias contrarias, Abrahán creyó que los gestos de vida, hasta entonces estériles, se volverían fecundos.

«Serás una bendición para todos». La fe es el combate por la vida. Es enfrentamiento con la muerte en su forma más pernicioso y más cotidiana, que se llama «esterilidad de la acción», «inutilidad de la vida», y nos hace decir: «¿Para qué?; ya no hay nada que hacer».

Jesús es el auténtico descendiente de Abrahán. Y lo es, porque en el combate que opone la muerte a la vida, su fe abre para todo hombre una esperanza inimaginable. En los muros de angustia que nos aprisionan abre una brecha por donde entra la vida a raudales. «Abrahán, vuestro padre, saltaba de gozo pensando ver mi Día». Al atribuirse el nombre del Creador, Jesús se identifica sencillamente con la Vida. Con él interviene algo nuevo en el combate milenario entre la muerte y la vida. «Serás una bendición para todos los pueblos». Porque en Jesús la vida ha salido victoriosa es por lo que, en adelante, todo hombre puede esperar en la vida.

*
**

**Dios de Abrahán y de Jesucristo,
Dios de la promesa,
fecunda nuestro corazón.
Que tu Espíritu renueve nuestra vida
hasta el día en que la victoria de tu Hijo
se manifieste ante todos los hombres.**

*
**

**Porque la esperanza es más fuerte,
por eso no murió nuestro padre Abrahán,
y por eso el que pone su fe en Cristo
conocerá la vida sin ocaso.
¡Dios de los vivos,
bendito seas en tu Hijo resucitado,
en quien brilla ya nuestro futuro
como una luz que ilumina
los siglos de los siglos.**

Viernes de la quinta semana

FILIACION

Jeremías 20,10-13. «*Cantad al Señor, que libró la vida del pobre de manos de los impíos*». Última «*confesión*» del profeta, que es obligado a reconocer la fuerza imperiosa de la palabra divina. A pesar de los malos tratos, debe hablar. Pero también sabe que Yahvé no abandona al hombre fiel; por eso le confía su causa.

Compuesto, el salmo 17 canta la confianza.

Juan 10,31-42. *Era la fiesta de la Dedicación. Más abiertamente que nunca, las autoridades judías exigieron de Jesús una declaración sobre el carácter de su misión: «Si eres el Mesías, dínoslo claramente» (10,24). El contexto indica que el autor del cuarto evangelio sitúa el proceso de Jesús a lo largo de toda su vida. En los Sinópticos, una exigencia parecida será introducida en el curso del proceso ante el Sanedrín.*

Jesús responde: «Mi Padre y yo somos uno». Jesús se proclama claramente Hijo de Dios, y los judíos perciben la diferencia que existe entre su reivindicación mesiánica y el título de «hijo de Dios», que la Escritura daba a veces a los Israelitas. Y gritan al blasfemo.

Entonces Jesús se retira al otro lado del Jordán, allí donde Juan había comenzado a bautizar. En vísperas de la fase decisiva de su ministerio, apela al Bautista.

*
**

«No queremos lapidarte por una obra buena, sino por una blasfemia: porque tú, siendo un hombre, te haces Dios». Esta es la acusación que se le imputa; pero Jesús no tiene más respuesta que sus actos. Su vida es su único testimonio. En el proceso que los hombres le entablan, sólo se puede conocer la verdad a través de su vida.

Jesús nunca ofreció una larga exposición sobre la Encarnación; la vivió, y un día la Iglesia confesará la divinidad del Hijo del hombre, porque habrá hombres que perseveren en la oración, la reflexión, la escucha y el compartir el tiempo suficiente para dar nombre al misterio revelado en la vida de Cristo. Pero los títulos que expliciten la riqueza de su encuentro lo empobrecerán al mismo tiempo. Yo no me salvo porque confiese un título de Jesús, sino porque, en la fe, me sitúo en una relación personal con él. El título está ahí para introducirme en esa relación.

Eso es lo que Jesús recuerda: «Creed al menos en las obras; ellas hablan por mí». Todos los discursos no dicen, en definitiva, más que una cosa, lo que los discípulos experimentaron antes y después de Pascua: Dios no abandona al justo. Sólo se puede acceder a la buena nueva de la salvación a través del Amado del Padre. Cuando confesamos que Jesús es Hijo, afir-

mamos que su persona es la garantía viviente que Dios ha dado al mundo. Cristo es así totalmente, y de un modo único, «de Dios». Jesús es el Hijo, porque para el Padre lo es todo: su amor, su voluntad, su vida, su ser, su alegría, su reino, su gloria, su nombre.

Pero ¿qué importancia tendría esta filiación si sólo concerniese a Jesús? No sería más que un título de gloria. Nuestra confesión de fe va más lejos. Afirma que Jesús es «de Dios» y que es «el primogénito de una multitud de hermanos». Por Jesús y en él hemos nacido de Dios, pues hemos sido como naturalizados «de Dios», divinizados. Jesús fue el Hijo por excelencia el día en que dijo desde la cruz: «Todo está consumado». Ese día, con sus brazos extendidos, abrazó a todos los hombres. El día en que se hizo Hijo, nosotros nacimos a una vida nueva, «paridos» por Dios...

*
**

**Dios y Padre nuestro:
tu nombre ha entrado en nuestra historia,
y nosotros creemos que las obras de Jesús
revelan tu verdadero rostro.**

**Bendito seas,
pues cuando él parte el pan,
sabemos que tú te das sin medida;
cuando él abre sus brazos en la cruz,
descubrimos que tú cargas con nuestra muerte;
y cuando tú lo resucitas,
nos asombramos de nuestra propia victoria.**

**Por la vida y la muerte de tu Hijo,
gracias te sean dadas
ahora y siempre y por todos los siglos.**

Sábado de la quinta semana

ALIANZA EN LA SANGRE

Ezequiel 37,21-28. Gesto simbólico: el profeta tomó dos trozos de madera y los acercó uno a otro para formar uno solo. El primero llevaba el nombre de Judá; el segundo el de Efraín. Era un mensaje de esperanza: un día, los exiliados de Babilonia encontrarán unificado su país (37,15-20).

Yahvé reinará sobre Israel y hará una alianza de paz con el pueblo. El templo se levantará orgulloso en el centro del país, y un pastor, al igual que David, conducirá a los fieles del Señor.

El cántico de Jeremías 31 pertenece a lo que se ha dado en llamar «el libro de la consolación». Anuncia la restauración en términos que evocan, sobre todo, el fin del cisma religioso.

Juan 11,45-57. La nueva alianza será concluida e Israel reunificado. ¿En la sangre de Cristo? Jesús es, pues, el pastor auténtico anunciado por el profeta (Ez 34). Conoce a sus ovejas, las salva del lobo, las reúne cuando se dispersan y, finalmente, da su vida por ellas.

Los jefes judíos temen por el futuro de las instituciones, y Jesús muere para dar vida a los hombres. Testimonio supremo: el velo del templo se rasgó de arriba a abajo.

*
**

Todas las bazas han sido ya jugadas.

«Vosotros no entendéis ni palabra: no comprendéis que os conviene que uno muera por el pueblo». Los jefes de los sacerdotes habían dado órdenes: cualquiera que supiese dónde estaba Jesús debía denunciarlo, para poder detenerlo.

«Yo salvaré (a mis hijos), los libraré de los sitios donde pecaron, los purificaré. Ellos serán mi pueblo, y yo seré su Dios». Dios amó tanto al mundo que entregó a su propio Hijo... Nosotros mismos nos habíamos exiliado y no nos dábamos cuenta. En el jardín del Edén, abandonamos el lugar que Dios nos había asignado, y él nos buscaba en vano. Dios recorrió la tierra para encontrar a su amado, el hombre salido de sus manos. Ahora lo encuentra. «Ecce homo, he aquí al hombre».

Nosotros no seremos devueltos al paraíso original. Dios no hará «como si» fuésemos justos; no seremos repatriados a un país de inocencia ilusoria. Pero Dios mismo se expatriará para reunirnos. «Pondré mi santuario entre ellos para siempre. Con ellos moraré... Y sabrán las naciones que yo soy el Señor, el que consagra a Israel, al estar mi santuario entre ellos para siempre». Para encontrar de nuevo al hombre y rehacer con él la Alianza maltrecha, Dios viene a nosotros. No nos hemos vuelto justos, pero estamos justificados;

en un gesto eterno de gracia, recibimos nuestro perdón y el anuncio de nuestra salvación. No somos llevados a un país sin pecado, sino que Dios viene a transfigurar nuestra tierra, y nuestro mismo pecado se convierte en su morada. «Feliz culpa», cantaremos la noche de Pascua.

¡Ecce homo! Dios se vuelve a encontrar con el hombre y restaura la Alianza. Pero la salvación no es fruto de un golpe de magia, y las nupcias renovadas de Dios con la humanidad no se corresponden con un *happy end* después del tiempo de nuestras infidelidades. La renovada Alianza es un hombre condenado, ya muerto. La salvación no es, pues, pasar la esponja; es la gracia ofrecida siempre por Dios, la sangre derramada por la multitud. Desde ese momento, la Alianza está sellada por la sangre. «Tendrán un solo pastor». El verdadero pastor da la vida por sus ovejas. Jesús muere «para congregarse en la unidad a los hijos dispersos de Dios».

«Pondré mi santuario entre ellos para siempre». La señal de la Alianza es una cruz en pie y una copa pasada de mano en mano para que todos vivan de la misma sangre derramada.

*
**

¿Quién como tú, Señor?

Tú siempre te complaces en repartir tu gracia.

**Tú estableces con nosotros una alianza sellada
en la vida entregada de tu Hijo.**

**Haz de nosotros tu morada entre los hombres,
para que todos sepan que tú eres nuestro Dios.**

DEL LUNES AL MIÉRCOLES DE LA SEMANA SANTA

ADIOS

Antes de morir, Jesús quiere celebrar la Pascua con sus discípulos: Sabe que la Hora ha llegado, y sus palabras están impregnadas de esta certeza. Todo está cumplido, y María puede verter el perfume sobre el cuerpo del condenado. Por el comportamiento de Judas, Jesús comprenderá que el fin está próximo. ¿No es el momento de instaurar el Reino? El discípulo provocará al Maestro y le pondrá en trance de manifestarse.

Mientras sigue siendo dueño de sus gestos, Jesús da sentido a la muerte que le va a ser impuesta. En la cena de la Pascua entrega él mismo su cuerpo y su sangre, bajo el signo de compartir el pan y el vino. Así, sabiendo que va a ser ofrecido a la muerte para que el Reino de Dios llegue, anticipa la hora en la que él mismo va a ser lo que se ventile en el proceso de los hombres. Gesto profético que contiene ya una eficacia real para aquellos que lo acogen en la fe. «Esto es mi cuerpo». El cuerpo de Jesús es ese trozo de pan compartido y distribuido; el cuerpo de Jesús no es entregado sino una vez que ha sido prometido a la muerte, como signo de la palabra mantenida hasta el final: «No hay amor más grande que dar la vida por los amigos».

Desde entonces se puede sopesar la importancia del encuentro, a la misma mesa, entre el que entrega y el que es entregado. Ahí está el sentido del relato de los acontecimientos que se le imponen a Jesús. La palabra y el gesto son proféticos: anuncian lo que debe cumplirse. Mañana, sobre la cruz, la palabra dada en la Cena se cumplirá. Y después de esa tarde del Viernes Santo, sigue siendo efectiva. Cuando dos o tres, reunidos en nombre de Cristo, comparten el pan en la alabanza, esperando el día en que el Señor vuelva, pasan con él de la muerte a la vida.

*
**

**He aquí que se acerca la Hora
en la que el Hijo del hombre
propone a su Iglesia compartir
el cáliz de la amargura y la esperanza.
¡Venid, hermanos, a seguir a Cristo!
Y si el recuerdo de vuestras defecciones
llegara a desanimaros,
recordad que en la hora de su pasión
el Hijo de Dios amó a los pecadores
hasta el extremo de dar la vida por ellos.**

EL GRANO EN LA TIERRA

Isaías 42,1-7. *La Semana Santa nos invita a releer cuatro de las más brillantes páginas de la obra del Segundo Isaías, pero cuya comprensión acarrea muchas dificultades. ¿Quién es ese «siervo» del que hablan los poemas? ¿Se trata de Israel o de un individuo? ¿Se quiere designar al pueblo en su conjunto o a un grupo más restringido? ¿Apunta a un solo personaje o a varios? De hecho, aunque Israel solía ser llamado «siervo», el término puede designar tanto al rey persa Ciro como al mismo profeta.*

Así pues, Ciro es el siervo del primer poema. Yahvé le ha llenado con su «soplo» para restablecer el derecho de Israel, vencido antaño por el rey Nabucodonosor. Ya cuando había ordenado la deportación de los israelitas, el rey babilonio no había hecho otra cosa que ejecutar el castigo decretado por Yahvé contra su pueblo infiel. Al proclamar en el 538 el final del exilio, el rey persa se hará instrumento de liberación de los prisioneros. Nabucodonosor había sido brutal; Ciro, que, sin embargo, se impondrá a las naciones más lejanas, será un padre para Israel; no destrozará al pueblo exangüe ni apagará la mecha vacilante. Su astro ascendiente contiene las promesas del arco iris de la Alianza (Gn 9); el Creador del cielo y de la tierra le ha destinado para unir a numerosos pueblos y para que brille una luz sobre los exiliados.

De hecho, los cantos del Siervo contienen una promesa común: la liberación del pueblo. ¿Qué más hacía falta para que cada generación los retomara por su cuenta y los aplicara a la venida del Mesías? La Iglesia reconoció en ellos la imagen de Cristo, que con su muerte y resurrección hizo brillar sobre el mundo el estallido de un nuevo amanecer.

El salmo 26 canta la confianza. El salmista se dice convencido de que ha de ver la bondad de Dios en la tierra de los vivos.

Juan 12,1-11. *Si el grano cae en tierra y muere, da fruto en abundancia. Al volver a llamar a Lázaro a la vida, Jesús entraba en la muerte. Seis días antes de la Pascua judía, volvió a Betania y tomó parte en una cena ofrecida en su honor. En el transcurso de la comida, María derramó sobre sus pies un perfume muy caro, lo cual provocó un descontento general, ya que el dinero gastado en la compra del perfume habría podido servir a los pobres. Pero Jesús, que había captado el sentido del gesto, impuso silencio. En efecto, la ley penal prohibía embalsamar a los condenados a muerte. Además, Jesús pensaba que sus amigos le abandonarían, arrastrados por la tormenta, y que él habría de irse solo y sin el consuelo de una presencia amiga; el gesto de María no podía ser más significativo.*

Este incidente de la unción lo asocia Juan a la parábola del grano de trigo que muere. El rito del agua bautismal ya le había designado como el siervo de Dios; ahora, el gesto de María le marca para la muerte.

*

**

La hora del amortajamiento ha llegado. Seis días antes de la Pascua, Jesús llega a Betania para hacer una última visita a los amigos de toda la vida. Y allí se anticipa ya el desenlace de la crisis; era preciso que María guardase el perfume para el día del enterramiento del Señor, pero ella acaba de derramarlo sobre los pies del Maestro.

Jesús ha quedado marcado ya para la muerte, del mismo modo que el cordero es marcado para ser llevado al matadero. El juicio ha sido ya ejecutado: ya sólo es cuestión de días. Jesús es un condenado «en capilla». Ya no habrá recurso de apelación; ya está muerto. «Déjala». El que se dirige al sepulcro no grita. Su voz no se oye en la plaza pública. Ante sus acusadores guarda silencio. Es el tiempo de la semilla hundida en la tierra. La hora del grano es la del silencio.

Es la hora del amortajamiento. Es la hora de Betania, donde vive Lázaro, a quien Jesús resucitó de entre los muertos. Marcado ya por la muerte inminente, Jesús se remite a quien ha de librarle del sepulcro: salido con vida de la morada de los muertos, Lázaro testifica que el Maestro de la Vida no podrá quedar preso del sepulcro sellado. Es la hora de la esperanza: se abrirá la tierra y crecerá el grano. El cordero sacrificado será el Cordero pascual que quita el pecado del mundo. «Sobre él he puesto mi espíritu, dice Dios, para que haga ver ante las naciones el juicio que yo he pronunciado». Aquel a quien los hombres ya han condenado anunciará el decreto de perdón del Padre de la misericordia. Es la hora del amortajamiento, pero el que ya ha sido embalsamado habrá de ser ungido por el Espíritu. El camino del Calvario queda iluminado con los fulgores de la Pascua.

Vosotros, hermanos, habéis sido marcado por vuestro bautismo. Dios ha pronunciado sobre vosotros su juicio y os ha llamado según su justicia. Indudablemente, la hora presente es para nosotros muchas veces la hora de la condena. Sin embargo, siguiendo a Jesús que se encamina hacia Jerusalén, confesamos que por el bautismo hemos accedido ya al mundo libre de toda servidumbre. Consagrados por el Espíritu, somos ya —defectuosamente, sin duda, pero lo somos— los artífices del mundo puesto bajo el signo de la resurrección. La hora de Betania es la hora donde flota ya en el aire el perfume de la Pascua.

**

Señor y Dios nuestro:

**tu hijo no quebró la caña cascada,
sino que cargó con nuestra miseria
para elevarnos hasta ti.**

**No apagues tú la mecha vacilante,
sino reanima en nosotros el fuego de tu Espíritu.**

**Haz que respiremos ya
la vida eterna.**

EL SIERVO SE VA

Isaías 49,1-6. *Que todos los pueblos del mundo presten oídos, pues el Señor Dios se ha acordado del nombre de Israel. Le ha dicho: «Israel, tú eres mi siervo; por medio de ti manifestaré mi esplendor». Mientras el pueblo desanimado pensaba que se había cansado en vano, Yahvé lo llevaba escondido en su mano para enviarle, en el momento propicio, provisto de su propia palabra, una palabra temible como la flecha lanzada por el arco. En efecto, para asombro de las ciudades y de las islas, el Señor va a liberar a su pueblo prisionero y a reagrupar a todos los dispersos de los cuatro rincones del mundo. Así dará testimonio Israel de la salvación de Dios ante todas las naciones.*

El salmo 70 pide socorro al Señor: que libre a su amigo de la mano perversa.

Juan 13,21-33.36-38. *Durante la cena del Señor, Judas es señalado como traidor, y parte en la noche. La selección ha terminado: Judas ha preferido las tinieblas a la luz, porque sus obras eran malas. Después de su marcha, sólo quedan en la mesa los que han recibido a Jesús, a quienes va a ser concedida la posibilidad de convertirse en «hijos de Dios».*

En efecto, Jesús ha entrado ahora en su pasión. Se ha ofrecido libremente y ha pedido a su Padre que concluya su obra de amor a través de su muerte (12,28). Por su parte, el Padre va a glorificar al Hijo. Jesús se va, pero sus discípulos, como los judíos, no pueden seguirle por ahora. Es el viaje de la muerte voluntaria, y ellos no están preparados todavía. Antes de que cante el gallo, Pedro le habrá negado. En la noche.

*
**

«Era necesario que se cumpliera la Escritura». El desenlace está próximo. Jesús sabe que va a la muerte, y da sentido a lo que va a suceder. Si le quitan la vida, es porque, desde el comienzo, él la ha entregado libremente. Jesús va a romper el pan, gesto secular de la comida que celebraba la liberación de la esclavitud. «Es mi carne entregada por vosotros». Jesús está decidido a llegar hasta el final, y en ese gesto se entrega por entero en manos de los hombres.

Durante tres días, la liturgia nos hace entrar en el misterio de la Pascua iluminándola con tres pasajes del profeta Isaías que ponen ante nuestros ojos la imagen del Siervo, cuya misión es restablecer la alianza entre Dios y la humanidad. Más aún, él es esa alianza, como lo indica el primer poema. Elegido por Dios, el Siervo vive en la humildad al servicio de los pobres. El segundo canto lo muestra predestinado para esta misión. Por medio de

su palabra, no sólo reunirá a Israel, sino que será luz para las naciones. Así, la liturgia muestra las dos caras del drama que se está desatando. Cuando la liturgia habla ya de traición y negación, revela, como contrapunto, la cara oculta de los acontecimientos. El que se va, olvidado de todos, incluso abandonado por sus amigos, es también el que anunciaba el profeta.

«Era necesario que se cumpliera la Escritura». Jesús realiza el mensaje de los profetas, y no tarda en topar con la oposición a sus gestos proféticos. Los escribas le acusaron de blasfemo cuando le vieron perdonar los pecados al paralítico, y desde entonces su actividad se desarrolló en un clima de creciente tensión. Muchas de sus palabras y gestos caían bajo el peso de la ley judía, y sabía que se exponía a la muerte. Pero ¿no es la muerte algo inherente al ministerio profético? Sí, Jesús dio sentido a todo lo que iba a suceder. Se presentó como el Esposo que sería arrebatado a sus amigos; anunció que debería beber el cáliz amargo y se presentó como el hijo del dueño de la viña al que cogen y matan para conseguir la herencia. Con una impresionante libertad, Jesús dio nueva juventud a las Escrituras, mezclando su destino al del Siervo. Su certeza de estar en la cumbre de las Escrituras le aseguraba de que su muerte próxima constituía la cima de la obra divina. El camino de la cruz es también el de la vida; el hombre al que las tinieblas han de aniquilar es también luz de las naciones.

*
**

**Señor y Dios nuestro:
ha llegado la hora
en que tu Hijo debe beber el cáliz.**

**Se acerca la noche,
y con ella las tinieblas de nuestras traiciones.**

**¡Por tu Hijo Amado,
haz que amanezca el día de tu gloria
y concédenos pasar con él
a la nueva Alianza!**

SE ACERCA LA HORA

Isaías 50,4-9a. *El Señor, que había infundido su espíritu al siervo-profeta, le confía también sus proyectos para que pueda reconfortar a Israel. Pero la liberación se demora, y el Segundo Isaías topa con la incredulidad y hasta con la persecución de parte de sus compatriotas. Sin embargo, al contrario que algunos de sus antecesores, como Jeremías, no se arredra ante el ingrato ministerio que se le ha confiado. No oculta su rostro a los golpes ni a los salivazos; ofrece su espalda a los que le golpean, y sus mejillas a los que le mesan la barba. Saca fuerzas de flaqueza, en la seguridad de que Dios le asistirá. No teme la sentencia del juez: Yahvé hará que florezca la verdad de sus oráculos adelantando el día de la liberación.*

El salmo 68 es una queja individual; es releído por la Iglesia a la luz de los acontecimientos de la Pasión.

Mateo 26,14-25. *En los últimos momentos de su vida, Jesús vivió escondido en los confines del desierto. Las autoridades judías, que habían decidido su muerte, habían dado órdenes para que quien conociera su paradero lo denunciara a los responsables (Jn 11,57). Judas aceptó el papel de delator, llegó a un arreglo con los sacerdotes y buscó la ocasión propicia para entregar a Jesús. Lo hizo durante las fiestas de Pascua, cuando la afluencia de peregrinos a la ciudad favorecía cualquier golpe de mano. «Por treinta monedas de plata», añade Mateo. Era el precio de un esclavo, el salario irrisorio que antiguamente había pagado Israel para desembarazarse de Dios (Zac 11,12).*

Durante la comida, Jesús desvela que el traidor estaba entre los comensales. Su dolor era grande ante la traición del amigo: «¡Ay del que va a entregar al Hijo de Hombre!». El Justo es entregado a manos de los impíos; le harán todo cuanto quieran. Es la hora del Príncipe de las tinieblas... Pero Dios no dejará ver la corrupción a su amigo (Sal 15).

*
**

La noche ya envolvía la ciudad, y el bullicio de los peregrinos de la Pascua se hacía sentir cada vez más en la estancia donde los Doce acababan de sentarse a la mesa con Jesús. Un aire de fiesta lo impregnaba todo, una especie de canto de liberación hecho de recuerdos cubiertos con la pátina del culto. Judas guarda silencio, pues aún no ha tomado conciencia de haber vendido por el precio de un esclavo al que había venido a liberar a su pueblo de la esclavitud. «Lo que has de hacer, hazlo pronto». Jesús no se oculta; presenta su espalda a los que le golpean y no protege su rostro de los ultrajes y salivazos. Comienza la cena, y todos intuyen que ha llegado la hora.

Pero la señal del mundo nuevo no será una conspiración contra el orden establecido. No se echa vino nuevo en odres viejos. Dios no establece su reino con poder, sino en el escarnio de un patíbulo infamante. Dios libra a su pueblo dejándose clavar en una cruz. La señal del mundo nuevo es la sangre derramada, testimonio de una vida entregada sin condiciones. La señal de los últimos tiempos es un poco de pan partido, fermento de un mundo unido en una comunión sin precedentes. La señal de la salvación es un rabino arrodillado ante sus discípulos para lavarles los pies. El amor y la alianza forman un acto de fe donde cada uno se pierde para entregarse al otro.

El vino nuevo es derramado, y huele bien la novedad de Dios. ¡Pobre Judas, que no lo comprendió y creyó poder remendar un vestido viejo con una pieza nueva! La copa de la nueva Alianza ya pasa de mano en mano. Ha nacido el mundo nuevo, fundado en el amor del Siervo.

La noche envuelve a la ciudad, y en el atrio del templo se reúne una cohorte de gente armada. «El maestro dice: mi tiempo está cerca».

*
**

**Dios y Padre nuestro, cantamos tu gloria
y proclamamos con toda la Iglesia
que tu Hijo Jesucristo es Señor.**

**El salí de ti, lleno de gracia y de verdad,
pero no hizo valer su derecho
a ser tratado igual que tú.**

**Tomó la condición de siervo y,
semejante en todo a los hombres,
se abajó, haciéndose obediente
hasta la muerte en la cruz.**

**Por eso saliste tú en su defensa
y lo elevaste por encima de todas las cosas;
y le diste el Nombre
que está por encima de todo nombre,
para que todo ser vivo doble la rodilla
y toda lengua bendiga a tu Enviado.**

CELEBRAR LA PASCUA

UN CANTICO NUEVO

De madrugada, cuando se hace la luz
para anunciar el nuevo día,
¡bendito seas, Dios creador,
que haces germinar la vida en la tiniebla!

En primavera, cuando canta el sol
para que florezca nuestra tierra,
¡bendito seas, Padre de Jesucristo,
que rompes la piedra de los sepulcros!

Y cuando cae la tarde
sobre el infinito de nuestros caminos,
¡bendito seas, Dios escondido,
por Jesús, tu Hijo, que se fue junto a ti!

Como el grano de trigo permanece escondido en la tierra
hasta que llegue la primavera,
así está nuestra vida escondida en Cristo
esperando su regreso.

Y como el pan que se comparte por la noche,
al término de un camino que se reanuda por la mañana,
nuestra fe reconoce que ha resucitado
aquel que nos da su propio cuerpo.

¿Por qué llorar su muerte
si él va delante de nosotros,
si el día va a nacer para gritar la esperanza
y nuestra tierra va a dar su fruto sin demora?

Padre de Jesucristo,
con todos cuantos creen sin haber visto,
con todos cuantos buscan sin desfallecer,
con todos los pequeños y humildes de corazón,
creemos
que Jesús vive y es fuente de vida,
que su cuerpo es el pan que nos congrega en ti,
que su sangre es el vino de una fiesta secreta.

Por el Espíritu de tu Hijo, te rogamos
que guardes a tus hijos fieles en la fe.

Que seamos testigos del misterio escondido
que un día revelaste en el silencio de la mañana,
cuando tomaste de la mano a tu Primogénito
para que fuese la esperanza de los hombres
que mueren y renacen en él.

¡Dad gracias al Dios de la Vida, aleluya, aleluya!
¡De madrugada ha rodado la piedra, aleluya, aleluya,
Cristo ha salido del sepulcro, aleluya, aleluya!

¡En la mañana del primer día de la semana, aleluya, aleluya,
Jesús aparece en medio de su Iglesia, aleluya, aleluya,
y sus manos y su costado muestran la vida, aleluya, aleluya!

¡Nos da la paz y el Espíritu Santo, aleluya, aleluya,
y nos envía a proclamar la esperanza, aleluya, aleluya!
¡Dichosos los que creen sin haber visto, aleluya, aleluya!

¡La muerte ha sido vencida por la vida, aleluya, aleluya,
vuestra vida está escondida en Cristo, aleluya, aleluya,
elevad vuestro corazón hasta lo alto, aleluya, aleluya!

¡Estaba muerto, y vive por los siglos, aleluya, aleluya!
¡Se ha alzado glorioso de la tumba, aleluya, aleluya!
¡He aquí el día de la paz infinita, aleluya, aleluya!

¡Id a decir a quienes tienen miedo, aleluya, aleluya,
que él os precede en el camino, aleluya, aleluya,
y os prepara una mesa, aleluya, aleluya!

¡Benedicid a Dios compartiendo vuestro pan, aleluya, aleluya!
¡Dad gracias alzando vuestra copa, aleluya, aleluya!
¡He aquí el cuerpo y la sangre del Amado, aleluya, aleluya!

¡Pase la muerte, venga la gracia, aleluya, aleluya!
¡Brote la paz en nuestro tiempo, aleluya, aleluya!
¡Dad gracias al Dios de la vida, aleluya, aleluya!

¡Bendito seas, Señor y Dios nuestro, aleluya, aleluya!
¡Que el cielo y la tierra te canten, aleluya, aleluya!
¡Hosanna a la fiesta sin fin, aleluya, aleluya!

Te damos gracias, Dios escondido, Padre nuestro,
por Jesucristo, tu Hijo, tu palabra y tu rostro.

El es el camino que lleva hasta ti;
en él habita toda verdad,
y nadie puede conocer tu nombre
si no permanece en ti.

Proclamamos, sí, que en tu Hijo se manifiesta la vida
y renace para todos la esperanza de una paz infinita.
En comunión con el cielo y con la tierra,
¡te bendecimos, Dios vivo!

EL LECCIONARIO FIERIAL DEL TIEMPO PASCUAL

Si los cincuenta días del tiempo pascual constituyen una sola y única fiesta, un «gran domingo» (San Atanasio) celebrado en la alegría y la exultación, la primera semana (u octava de Pascua) goza en la liturgia de un status privilegiado. Como ocurre en la Semana Santa, no está permitida ninguna otra celebración. ¿Por qué no dar a estos días, bañados aún por la luz de la pascua, una solemnidad cotidiana donde el Aleluya infinitamente repetido constituya un canto de alabanza, a la vez sumamente sencillo y maravilloso?

A partir de la segunda semana, el evangelio según San Juan se lee a diario, sin que podamos hablar de una lectura realmente continua, a no ser a partir del jueves de la 4ª semana.

Obsérvese (y ésta sería una buena elección si no se celebra diariamente): la entrevista con Nicodemo (lunes, martes y miércoles de la 2ª semana); el relato de la multiplicación de los panes, con el discurso sobre el pan de vida (del 2.º viernes al 3.º sábado, sobre todo el viernes 2, el martes 3, el viernes 3 y el sábado 3); el discurso de después de la Cena (a partir del 4.º jueves: sobre todo el viernes 4, el sábado 4, el martes 5, el miércoles 5, el viernes 5, el miércoles 6, el jueves 6, el viernes 6 y del martes al jueves 7, en que se lee la oración sacerdotal de Jesús).

Pero otra clave de lectura reside en la lectura casi continua de los Hechos de los Apóstoles. Evidentemente, es difícil hacer una selección de los «episodios» de este «relato», e incluso puede uno preguntarse si no sería más interesante, si no se celebra a diario, reagrupar en los días en que se celebre los episodios omitidos: ¿por qué desperdiciar esta oportunidad de leer cada año la gesta de la Iglesia apostólica de cabo a rabo?

Después de la reforma litúrgica, la fiesta de Pentecostés no tiene ya octava, dado que dicha fiesta pone fin a la «Cincuentena pascual». Por el contrario, la semana que la precede está polarizada por la espera del Espíritu (quizá más por las oraciones que por las lecturas): es interesante celebrar con fervor estos días de súplica. Hemos pensado en ello, proponiendo materias de oración en este sentido.

Así pues, a partir de la mitad de la cuaresma, la liturgia cotidiana está animada por la lectura y la meditación del evangelio joánico. Se comprenderá que nuestro comentario vaya en el sentido de una meditación fundamental, donde se evocan temas esenciales de nuestra fe: los sacramentos del bautismo y la eucaristía, la presencia-ausencia del Señor, el Espíritu y la Iglesia.

Durante la octava de Pascua, por fin, propondremos una reflexión de base sobre la resurrección de Cristo.

EL OTRO PROCESO

Los Hechos de los Apóstoles

La lectura de los Hechos en la liturgia eucarística del tiempo pascual se remonta, al menos, al siglo IV. Los Hechos no sólo guiaron y animaron la vida de los primeros cristianos, sino que en todas las épocas han alimentado el ideal de los que reconocían en la primera comunidad cristiana el modelo de la «vida apostólica».

El libro está dividido en dos partes fácilmente reconocibles. La primera (caps. 1 a 15,35) se presenta como un conjunto de elementos yuxtapuestos; la coloración es semítica, y el pensamiento pretendidamente arcaizante. La segunda (caps. 15,36 a 28) está mejor organizada. El libro está compuesto de los recuerdos que las Iglesias conservaban celosamente de su fundación y de los primeros elementos de su historia, así como de recuerdos personales del autor.

El autor es un historiador creyente. No se contenta con informar de los hechos, sino que los relee a la luz de su fe. Para él, la historia de la humanidad es una historia de salvación: la historia de las diferentes etapas de la alianza establecida entre Dios y los hombres. El Antiguo Testamento es la primera etapa, la de la promesa. La encarnación de Jesús inaugura el tiempo de la realización, cuyo punto culminante es la Resurrección. Finalmente, y dado que la promesa hecha a Abrahán concierne a todas las naciones, sólo se realizará plenamente cuando Dios haya remitido todas las cosas a Cristo. La Iglesia abre así un espacio y un tiempo en que la historia de la salvación continúa, pero desde el primer día de su historia la Palabra es anunciada a todos los pueblos (2,9-11). En este contexto, no es extraño que la apertura a los gentiles (cap. 15) constituya el tema principal de la obra, ni que esta etapa concluya con la llegada de Pablo a Roma.

La historia de la salvación es obra del Espíritu, y Lucas lo había subrayado ya en su evangelio. Concebido por obra del Espíritu, Jesús era el único que podía actuar con el poder del Espíritu. Al describir el dinamismo de la Iglesia, los Hechos dan testimonio, a su vez, de la fuerza del Sopro de Dios.

Así pues, la lectura de los Hechos, particularmente en el tiempo de Pascua, nos propone una verdadera teología de la Iglesia. Se trata menos de asombrarse ante los milagros, o de seguir el rastro de los apóstoles, que de percibir por todas partes la obra del Espíritu. El es el protagonista de la Iglesia. El, que resucitó a Jesús devolviendo la vida a su cuerpo, continúa ahora «suscitando» a la Iglesia por medio de la palabra y los hechos de los apóstoles. Y ésta es una lección para nosotros. No es posible leer los Hechos sin sentirse incitado a trabajar fielmente por una Iglesia cada vez más joven.

Jesús de Nazaret ha muerto. Un hombre único e incomparable ha sido crucificado. ¿Ha fracasado su causa por ello? He aquí que al proceso de los hombres responde el contra-proceso de Dios. Dios mismo toma partido y «firma», para autentificarlas, las páginas «escritas» por la vida de Jesús. «A aquel a quien vosotros habéis crucificado, Dios lo ha resucitado de entre los muertos». La fe cristiana se presenta como un juicio solemne, el juicio de Dios.

Algo ha ocurrido durante el tiempo que media entre la Pascua y el nacimiento de la Iglesia. Algo ha cambiado durante esta Cincuentena primordial. Los discípulos, enloquecidos y dispersados por el miedo, se han transformado en ardientes defensores. «¡No podemos dejar de hablar!». Los apóstoles han tenido una experiencia que les va a revelar el sentido de la muerte de Jesús en la cruz: «Era necesario que el Mesías sufriera». Era necesario... No es un fracaso.

La resurrección de Jesús es un «misterio» que no pertenece al mundo visible y evidente. En un acto divino que nos resulta inaccesible a no ser por la fe, por los signos de la fe. Aun cuando algunos acontecimientos (tumba vacía, apariciones) puedan ser como la huella de ese misterio en nuestra historia, siempre habrá que interpretar estos signos y buscar su sentido profundo. No basta con que haya una tumba vacía para que el desaparecido sea proclamado Hijo de Dios y Señor...

Hay que interpretar. Algunos lo harán de modo deductivo, sacando la lección de los hechos: a Jesús, dicen, lo ha resucitado Dios. Pero ¿de qué valdría su testimonio si sólo se apoyara en su lógica? Otros se dedicarán a anunciar al Resucitado, y de los acontecimientos nacerán una predicación y un mensaje. Y otros interpretarán los hechos refiriéndolos a la existencia humana: ¿qué significan para nosotros? Así nació la teología de la Pascua, es decir, el descubrimiento del sentido salvífico de la muerte y la resurrección de Cristo.

La afirmación de la resurrección es el núcleo de la confesión pascual. Decir que Jesús ha resucitado es afirmar un hecho de naturaleza «escatológica» que tiene una relación determinante con el «fin de los tiempos». Es afirmar que, con la resurrección, Jesús está ya instalado en su función de salvador y juez de la historia humana.

Los hechos de Dios son siempre signos. La fe apunta siempre al sentido de los acontecimientos, del mismo modo que la realidad nos es siempre comprensible a través de una interpretación, de un lenguaje. El reconocimiento de Jesús como Señor nos llega de un grupo de hombres que vivió con Cristo una relación nueva. Pero esta relación sólo ha sido posible porque «algo ha sucedido». Se trata de una experiencia que enlaza un hecho con su interpretación: «hemos visto y damos testimonio... pues era necesario que se cumplieran las Escrituras».

La resurrección pertenece al orden de la fe. Acto de Dios, inaugura el tiempo de la promesa. Es decir, que, al igual que la fe, sólo puede expresarse mediante un símbolo. Decir que Jesús ha resucitado es recurrir a una imagen muy sencilla: un hombre acostado, dormido, se despierta y se levanta. Los dos verbos griegos traducidos al castellano por «resucitar», de entrada sólo significan esto: estar despierto y ponerse en pie. Cristo fue puesto en pie por el poder de Dios. Pero a esta primera imagen, del todo insuficiente, el Nuevo Testamento añade otras que gravitan en torno a nuevos símbolos: gloria, exaltación. La resurrección es como una comunicación de poder, de autoridad. Cristo queda establecido como «Señor».

Pero hay que decir algo más. «La resurrección es un acontecimiento que concierne evidentemente, ante todo, al destino personal, singular, de Jesús. Pero es al mismo tiempo un misterio de salvación, un acontecimiento que lleva en sí, como en germen, la salvación de toda la humanidad... El 'poder' que Dios desplegó para resucitar a su Hijo, lo pondrá por obra para con los hombres que son con Cristo 'un solo cuerpo'» (J.-Cl. Brootcorne).

Nuestra existencia no camina hacia la muerte. Jesús es la prenda y la fuente de nuestra existencia eterna. Victoria de la vida, que no es empujada hacia un futuro ilusorio, porque es victoria para hoy. La «Pascua» que vivimos con Cristo nos hace pasar desde ahora a la verdadera vida, que es comunión con Dios. Desde la mañana de Pascua vivimos en régimen de resurrección, y «en esta existencia cotidiana que recibimos de tu gracia ha comenzado ya la vida eterna» (Pref. dom. ord. VI).

Esta semana, octava solemne de Pascua, la liturgia va a repetir un mismo anuncio con múltiples variaciones, pero siempre para decirnos que «el mundo antiguo ha desaparecido y ha nacido ya un mundo nuevo».

Lunes de la octava de Pascua

EL «CASO JESUS»: UN GOLPE DE EFECTO

Hechos 2,14.22b-32. *«Hombres de Judea y los que residís en Jerusalén, comprended bien lo que ha pasado. Jesús el Nazareno fue crucificado por manos de los impíos, pero Dios lo ha resucitado y nosotros somos testigos». Jerusalén puede continuar con los ritos de la oración y los sacrificios; nada volverá ya a ser igual. Una comunidad, que vive del Espíritu, va a decir una palabra de gracia y reconciliación; va a realizar unos gestos que muy pronto dividirán al pueblo judío en lo referente a la ley mosaica.*

La palabra de Dios está ya actuando. La Iglesia recibe la enseñanza de los profetas y la confronta con los acontecimientos. David habló de un Justo que no conocería la corrupción del sepulcro. ¿De quién se trataba? ¿De quién hablaba David? De sí mismo, pensaban muchos judíos. Pero, entonces, ¿cómo es que su tumba se halla entre nosotros? De hecho, el antepasado hablaba de otro, del descendiente que subiría al trono en los últimos tiempos.

Salmo de confianza, el salmo 15 habla de la fidelidad de Yahvé que levanta al justo. La primera comunidad cristiana lo releyó a la luz de la resurrección de Cristo.

Mateo 28,8-15. *¿En la encrucijada de las naciones! En tiempos de Jesús, los habitantes de Galilea eran en su mayoría paganos; la tierra y el comercio estaban en gran parte en manos de extranjeros. Así, al igual que en épocas pasadas la provincia estaba peligrosamente amenazada por la invasión asiria (Is 8,23), hoy lo estaba por la noche pagana.*

Pero el profeta Isaías había prometido que una luz se elevaría sobre el país de la sombra (9,1); un mesías había de venir. Ahora bien, es en Galilea, efectivamente, donde Jesús inaugura su predicación, y sus primeros discípulos provenían de las aldeas del lago. Después de su resurrección, también citó a sus «hermanos» en Galilea, antes de enviarlos al mundo entero.

Sin embargo, después de la resurrección se difundió entre los judíos el rumor de que Jesús no había resucitado, sino que sus discípulos habían robado su cadáver. La Iglesia de Mateo, en enfrentamiento constante con la Sinagoga, debía replicar. Y explicó que la leyenda era obra de los sacerdotes, que habían sobornado a los soldados para acreditarlo.

*
**

Sobre el salmo 15:

**¿Dejaría un amigo a su amigo solo en la muerte?
¿Sería la noche del sepulcro soledad eterna?
El que puso su fe en el Dios vivo
¿cómo podía acabar en la corrupción?**

**¡Bendito sea Dios por la mañana de Pascua,
en que la vida estalla en una explosión de gozo!
¡Bendito sea Dios, mi refugio y mi felicidad!**

*
**

Revista de prensa de esta mañana: ¡un golpe de efecto en el caso Jesús!
Este hombre había sido condenado con habilidad. Al presentarlo a los romanos como el cerebro de un hipotético levantamiento popular, los judíos se habían desembarazado de un blasfemo. Pero hoy corre el rumor de que su tumba ha sido hallada vacía. Algunos pretenden incluso que Dios ha pronunciado así su juicio en el «caso Jesús». Naturalmente, damos esta noticia con las debidas reservas...

«No, no estamos borrachos como suponéis». Hoy, los cristianos afirmamos que este hombre, entregado por llevar a cabo el proyecto de Dios, ha resucitado. «Dios resucitó a este Jesús, y todos nosotros somos testigos» hasta el fin de la historia de los hombres. Llevamos este testimonio hasta los confines de la tierra, y no afirmamos únicamente que Dios le dio la vuelta a la situación sólo en favor de Jesús, no permitiendo que su amigo viera la corrupción, sino que atestiguamos que con ello ha inaugurado una nueva era. La muerte no ha podido retener a un hombre entre sus lazos; la historia del mundo acaba de bascular hacia la vida.

Hermanos, acaba de comenzar un mundo nuevo. En el proceso contra la vida, Dios ha puesto todo su crédito en la balanza. La humanidad, desfigurada por los salivazos y los golpes, ha salido del sepulcro transfigurada, irradiando la belleza que Dios había impreso en sus rasgos desde siempre. «A ese Jesús al que vosotros habéis crucificado, Dios lo ha resucitado». Para que renazcan los hombres de todos los tiempos, Dios ha levantado a este hombre. Es decir, ha aprobado todas sus palabras y todos sus actos, ha rubricado todo lo que Jesús ha hecho. Al arrancar a Jesús de la muerte, Dios da testimonio de que el camino del Nazareno era el suyo, el de los supremos cumplimientos, el camino, la verdad y la vida.

«No estamos borrachos». No, pues cuando confesamos nuestra fe en la resurrección de Jesús, damos crédito a todo lo que fue su vida. Si únicamente afirmáramos que la tumba fue hallada vacía, se nos podría acusar de haber robado el cuerpo y de no tener más que un cadáver. Pero, para nosotros, la tumba vacía es una invitación a buscar en otra parte al que ya no está aquí. La tumba vacía será siempre un acicate, pues es un hombre vivo el que se ha levantado para suscitar, re-suscitar a los hombres. El cuerpo del Señor no es un cadáver, sino una vida entregada, un hombre recorriendo la tierra para liberar a los cautivos y abrir los ojos a los ciegos. «No estamos borrachos». Nuestra fe no es un delirio; tiene el peso de nuestros compromisos. «El caso Jesús» no ha hecho más que comenzar.

*
**

**¡Dios lo ha resucitado!
Despiértanos, Señor, al misterio de la vida:
que el amor prevalezca sobre la violencia,
y la justicia sobre el odio.**

**¡Que nazca un mundo nuevo!
¡Dios lo ha resucitado!
Que tengamos el coraje de vencer
a las fuerzas del mal que destruyen al hombre:
la desesperación, la soledad, la injusticia...**

**¡Dios lo ha resucitado! ¡Nacimiento de la Iglesia!
A todos los que buscan un sentido a su vida:
¡que su deseo sea ya primicia del gozo eterno!**

**Dios y Padre nuestro,
que tu Espíritu transfigure hoy nuestra tierra.
Danos el suficiente aliento
para acceder al mundo nuevo
en el que ha de nacer la tierra de mañana.**

*
**

**Cuando el corazón se dilata de alegría,
todas las palabras del mundo son nada.**

**Un solo grito puede dar verdaderas gracias:
¡Señor, Dios de vivos!**

**Déjanos gritarte: ¡Aleluya!
¡Bendito seas por la victoria de tu Cristo!
¡Bendito seas por tu Eucaristía, semilla de eternidad!
¡Que jamás se apague nuestra alabanza!**

*
**

**La muerte ha muerto; la paz es ofrecida.
Dios y Padre nuestro,
con el gozo de la unidad recobrada,
permítenos compartir el cuerpo de tu Hijo Amado,
para que gustemos ya algo del gozo eterno.**

Martes de la octava de Pascua

SE LO HAN LLEVADO

Hechos 2,36-41. *Primeras predicaciones, primeras conversiones: «A quien vosotros crucificasteis, Dios lo ha constituido Señor y Mesías». Los apóstoles se comportan siempre del mismo modo cuando se dirigen a la Sinagoga. En primer lugar, recuerdan los grandes sucesos de la historia judía y el mensaje de los profetas. Después presentan la buena noticia de Jesucristo como cumplimiento de la antigua Alianza. Finalmente, concluyen con una llamada a la conversión y a la fe. Los convertidos son entonces bautizados en nombre de Jesucristo. De este modo, el bautismo se pone en relación con el Nombre, es decir, con la persona misma de Jesús resucitado.*

El salmo 32 es un himno en honor de las proezas de la obra divina.

Juan 20,11-18. «¡Suéltame, que todavía no he subido al Padre!». Cuando, en la cruz, Jesús hubo entregado el Espíritu, había muerto de amor. Había glorificado a su Padre, y el Padre le había glorificado a él. Desde entonces pertenece al mundo del Espíritu. Sólo los creyentes, los que aceptan renacer de lo alto y del Espíritu, podrán reconocerlo.

María llora cuando regresa ante la tumba. «¡María!». «¡Maestro!»: los dos nombres son susurrados, y sólo los oye el corazón. Llamar por su nombre al hijo que acaba de nacer es hacerse cargo de él en su mismo nacimiento. «¡María!»: María va a renacer. Enjuga unas lágrimas que pertenecen al pasado y «se vuelve».

Sólo entonces reconoce a Jesús. Había pensado primero en el jardinero, y no estaba lejos de la verdad. ¿Quién es ese jardinero, sino el nuevo Adán a quien el Padre acaba de devolverle la custodia del paraíso reencontrado?

*
**

Sobre el salmo 32:

La Palabra de Dios es sincera;
¡palabra fiel, palabra de amor,
llena el cielo y la tierra!
¡Aleluya en todo el universo!
¡Dichoso el pueblo que conoce la alabanza,
dichoso el hombre que pone su alegría en el Señor!
Aleluya con un cántico nuevo:
¡Aleluya en todos los corazones sinceros!

*
**

¡Corría hacia el sepulcro! Sin duda, tenía que terminar los ritos de la sepultura... Pero quería, sobre todo, reencontrar lo que estaba perdido irremediablemente. Quería resucitar artificialmente la presencia de aquel a quien había amado, «estar allí» para tener la impresión de que también él seguía estando allí. Tenía necesidad de sentir su dulce presencia, y su corazón quería reavivar el aliento de sus palabras, que jamás se había apagado. Iba al sepulcro... La piedra sellada había dicho la última Palabra, pero ella quería retener el pasado un momento más.

«Se han llevado a mi Señor»... No les había bastado a los hombres con arrebatarse a su Señor, sino que además le han quitado hasta el último rastro de lo que ella ha vivido: el cuerpo sin vida de su Amado. ¿Era necesario borrar todo lo que había pasado?

¡Corremos hacia el sepulcro... para venerar lo que nos queda de Dios! Aunque sean reliquias sin alma, sin vida... ¡Palabras que repetir, aun cuando la letra deba matar al espíritu! Principios que defender, aun cuando oculten el primer anuncio: «La Buena Noticia a los pobres». ¡Frasas hechas que confesar, aun cuando sustituyan a un verdadero encuentro! ¡Corremos hacia el sepulcro para buscar «sucedáneos» de Dios! Aun con el riesgo de abrazar un cuerpo sin vida, queremos tocarlo, verlo, estrecharlo...

«Se han llevado a mi Señor». Lo buscamos en un sepulcro y queremos encerrarlo en un relicario... La tumba está eternamente vacía: ¡Dios está en otra parte! ¡No sabemos dónde lo han puesto!

«¿Por qué lloras?». María pensaba que era el jardinero quien le hablaba así, el que siembra y entierra el grano en el surco, el que pacientemente vigila el lento crecimiento del brote, el que discierne la vida porque conoce los secretos de la muerte. «¿Por qué lloras?». ¿Quién la interpela así? El jardinero que poda la viña para que suba la savia de la primavera y fluya pronto el vino nuevo.

«¡María!». Ella se estremece al oír la voz tan familiar y tan querida. «¡Maestro!»: el corazón dicta las palabras que la razón se niega todavía a pronunciar. El Espíritu revela el único lugar donde Dios habita: para siempre, Dios ha elegido su morada en el corazón que ama. Ahí se busca a Dios y ahí se le encuentra.

«¡María! ¡Maestro!». El amor es el único camino de la fe. La inolvidable aparición de esa Mañana nueva no atiende más que a esta llamada, y la fe está toda ella en esta respuesta. Quería tocar un cuerpo muerto, y el Vivo le dice: «Suéltame». El amor está siempre delante.

En cuanto a nosotros, si nos repetimos unos a otros las palabras transmitidas por los testigos, es para que nos hagan despertar a lo que pretenden conseguir que nazca en nosotros. «Suéltame». El, la Palabra, a partir de entonces y para siempre, no tiene más que nuestras palabras que se desvanecen, pero que, en él, llevan consigo la confesión de un amor que él hace eterno.

Si nos adherimos al modo que él tiene de ver nuestra vida, es para ser engendrados por su gracia. «Suéltame»... El, el camino, a partir de entonces y para siempre, va a recorrer todos nuestros caminos, los cuales, en él, franquean ya las puertas del Reino de Dios.

Y si confesamos que él es Señor y Dios, es porque entramos en comunión con él. El, la Vida, asume nuestras muertes, nuestras pequeñas muertes de cada día y la muerte última y definitiva, las cuales, por él, llevan en sí la semilla de una vida sin fin.

Ella lloraba delante del sepulcro, y nosotros nos lamentamos con ella: ¡buscábamos a Dios en el país de la muerte! Sí, se lo han llevado: en adelante, su cuerpo... ¡somos nosotros! Dios ha elegido su morada en el corazón que ama: «¡Ve a mis hermanos...!».

*
**

**¿Qué sería el pan si no fuera pan partido?
¿Qué sería el vino si no fuera vino compartido?**

**Afloja, Señor, nuestras manos que quieren aprisionarte
y haznos conocer el gozo de tu encuentro.**

*
**

**Me he llegado hasta la losa del jardín
con el corazón y el alma en tinieblas:
¡quiero velar a mi amado!**

**Me quedaré junto a su tumba:
en ningún otro lugar podría hallar
descanso y paz para mi espíritu.**

**La gruta está vacía, su cuerpo ya no está;
sepulcro abierto, pregunta muda:
¿quién podría aguantar este silencio?**

**¿Quién me llama? Una sola palabra
me basta para saberlo: ¡es él!
Iré a decir su Nombre a todos mis hermanos.**

Miércoles de la octava de Pascua

COMUNION

Hechos 3,1-10. *Las tres de la tarde, cerca de la «Puerta Hermosa». Pedro y Juan suben al templo para la oración. Un enfermo se les acerca y les pide ayuda. Ellos le dicen: «En nombre de Jesucristo Nazareno, echa a andar». Un nombre: es todo lo que tienen para ofrecer.*

Pero el pensamiento antiguo daba una enorme importancia al conocimiento del nombre, pues éste definía al ser y su función (cf. Gn 2,20). Conocer el nombre equivalía a poseer el ser, y es un nombre realmente prestigioso el que los apóstoles revelan al tullido: el nombre del Ungido del Señor, de quien el profeta Isaías había cantado la siguiente alabanza: «El Señor me ha unguido; me ha enviado a llevar un gozoso mensaje a los humillados y a curar a quienes tienen el corazón roto» (Is 61,1). Cristo es también Siervo...

El salmo 104 repite sin fin las maravillas de Dios.

Lucas 24,13-35. *Al atardecer del primer día de la semana, dos hombres van por el camino. Su vida se ha detenido el viernes precedente, mientras Jesús agonizaba en la cruz. Desde entonces, se han dicho el uno al otro la antigua maldición: «Maldito el que es colgado» (Dt 21,23). ¿Quién tiene razón: la autoridad legítima que decidió la muerte del agitador o ese Jesús que reivindicó el título de Mesías? Los dos hombres caminan con aire sombrío.*

De pronto, un peregrino de la Pascua se une a ellos. El desconocido les habla, cita las Escrituras, ilumina la vida y la muerte del Crucificado. El corazón de los discípulos se inflama, sobre todo cuando el hombre toma el pan, pronuncia la bendición y se lo da. Son los gestos de la última cena, los gestos que la joven Iglesia repetía ya en memoria del Maestro. Entonces resuena la alegría de la Pascua: «¡Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón!».

Así fue el primer día de la nueva semana.

*
**

Iban los dos por el camino, entre el calor y el polvo, destrozados por la desgracia de la antevíspera. Caminaban sin comprender. El Maestro había sido detenido y ejecutado. La muchedumbre había renegado de él, y le habían visto colgado del patíbulo de la infamia, fuera de la Ciudad Santa, como un descreído. La gran aventura había terminado. La fiesta se había trocado en llanto y las risas habían enmudecido de angustia. El Cordero del sacrificio se había convertido en oveja llevada al matadero. Los discípulos se habían dispersado; el rebaño, sin pastor, había huido.

Iban discutiendo los motivos que les habían empujado a comprometerse, de sus esperanzas, de su fracaso, de su increíble muerte. Un compañero sin nombre, sin rostro, un caminante, se acercó sin decir nada. Escuchó las esperanzas rotas y los nuevos temores. Compartió las inquietudes y no pudo ignorar la secreta pregunta: ¿tendría la muerte la última palabra? Enseguida las palabras van a agolparse en sus labios, toda la Escritura está allí presente. Comienza por Moisés, Egipto, el Exodo, la larga servidumbre, la Liberación, la Alianza en el desierto. Habla de los profetas, del exilio y del regreso: la esperanza no puede decepcionar, la vida renace de las cenizas, el grano debe morir para dar fruto.

Le invitan a entrar al albergue con ellos. Ante sus palabras, el corazón va recobrando su entusiasmo. La aurora no puede desaparecer cuando, en medio de las tinieblas, han aparecido los primeros rayos del día. «Quédate con nosotros». La mesa está puesta. El viaje ha llegado a su término. El pan roto compartido, la hogaza de la amistad, está ahí, ante ellos, el signo del Amigo. «Lo reconocieron».

Para nosotros, ya nunca volverá a ser como antes. En el fondo de la soledad, cuando la desesperanza parece que ha de prevalecer, todavía nos queda caminar en la espera, hasta que las sombras de la tarde le hagan quedarse junto a nosotros.

Aún podemos guardar su palabra: ella nos lo descubre y desvela su secreto. Conocemos desde hace mucho la vieja historia de reyes y profetas, pero él desvela el gran designio de Dios. Su palabra encuentra los caminos escondidos de nuestro corazón, que nosotros pensábamos enterrados para siempre bajo la opacidad de nuestras incertidumbres y nuestras preguntas, borrados por demasiados fracasos y mediocridades. Su palabra desvela rasgos que nosotros creíamos olvidados para siempre. Sí, Dios es fiel a sus promesas; siempre podemos comenzar de nuevo, estamos marcados para siempre por el Espíritu... El despierta en nosotros voces que habíamos acallado: ¡sois hijos muy amados, haré brotar en vuestros desiertos fuentes de agua viva! Y nuestro corazón queda ya prendado.

Ha entrado en nuestra casa. Ha partido el pan, como hacen los amigos que toman juntos la comida de cada día. Y nunca podremos olvidar el sabor de ese pan. Aquel a quien buscábamos está con nosotros. Aquel a quien reconocemos en el gesto familiar está vivo. Cuando nuestros ojos se abren, tenemos ya que levantarnos: se ha vuelto a marchar para llamarnos más adelante.

*

**

**Descúbrenos, Señor, tu rostro,
haz que te conozcamos,
haznos oír tu voz.**

Llévanos a la mesa del Pan partido.

**¿Cómo sabremos que eres el Dios de vida
si no tomas nuestra vida en tus manos?**

*

**

**Te damos gracias, Dios y Padre nuestro,
Padre de todos los hombres.**

**Bendito seas tú, a quien buscamos,
oh Dios, a quien los hombres no buscarían
si no te hubieran ya presentido misteriosamente.**

**Caminamos para alcanzarte;
te escuchamos para descubrirte;
y tu Espíritu anima ya nuestras vidas:
el calor de su amor prende en nuestro corazón.**

**Bendito seas por la inmensa multitud de los hombres
que peregrinan en la noche
acechando incansablemente tu aurora.**

*

**

**Quédate con nosotros, Señor Jesús,
en el camino que recorren nuestros pies.**

**Caldea nuestro corazón con tu palabra,
abre nuestros ojos para que descubran
la vida, más fuerte que la muerte.**

**Pues tú lo transfiguras todo,
ahora y por toda la eternidad.**

Jueves de la octava de Pascua

¡SHALOM!

Hechos 3,11-26. *¡Combate de la vida y la muerte! Pilatos pensaba soltar a Jesús, y los judíos rechazaron su propuesta. Reclamaron el perdón de un asesino para entregar al Santo y Justo. Hicieron morir al Príncipe de la vida, y Dios lo resucitó de entre los muertos. Porque Jesús se hizo siervo, porque llegó hasta final del don de sí, Dios lo exaltó y le dio el Nombre que está por encima de todo nombre.*

«Gracias a la fe en el nombre de Jesús, este Nombre acaba de restablecer a este hombre». La curación del enfermo dejó a la muchedumbre estupefacta y desorientada. Pedro les descubre el sentido del hecho del que han sido testigos y que tiene a Dios por autor.

Jesús se hizo servidor y fue rechazado por todos. Ahí se encuentra el camino auténtico de la conversión; sólo los que se comprometan en este camino conocerán el tiempo de la «restauración». Se ofrece a Israel un último plazo: Jesucristo es puesto «como reserva de salvación» hasta los últimos tiempos. Entonces volverá para tomar posesión del Reino eterno que Dios le prometió por boca de los profetas.

«¿Qué es el hombre, Señor, para que te acuerdes de él?». El salmo 8 es un himno al Dios que ha dado su nombre al hombre.

Lucas 24,35-48. *Al atardecer del primer día de la semana. «¡Paz a vosotros!». Paz a los discípulos aún incrédulos. La paz: un sueño tenaz en el corazón del hombre. Los enemigos se dan la mano, las armas se callan. Los profetas habían prometido tan a menudo esta paz para «el tiempo del descanso»... Ahora está ahí, en medio de los apóstoles estupefactos. Todos los bienes del Reino están ahí. ¡Fiesta sin fin!*

Jesús en medio de los suyos... La tradición judía conocía relatos de apariciones de espectros o demonios; la tradición griega también. Pero Jesús no es un fantasma; no se aparece un muerto, sino un vivo. Jesús muestra el lugar de los clavos y come un trozo de pan.

Más aún. Instruye a sus apóstoles y les explica cómo su muerte y su resurrección dan cumplimiento a las Escrituras. En efecto, a la Iglesia le gustará repetir los pasajes proféticos y los salmos que iluminan con una luz nueva la vida de su Señor. Pero pronto vendrá el Espíritu que lo renovará todo: será la hora de la misión.

*

**

Se han encerrado y han cerrado a cal y canto todas las puertas. El temor ahoga a los hermanos. Pero algunas semanas más tarde estarán en las plazas públicas y en las asambleas para comunicar a la muchedumbre su fe. Estaban muertos de miedo. El frío del sepulcro había helado su refugio desde el viernes, cuando la piedra había amurallado su sueño.

Se habían encerrado... Mientras rumiaban su desventura, se iban destruyendo y languideciendo. La esperanza les había abandonado, se les iba la vida. El hombre no está hecho para encerrarse, vegetar, morir...

¿Qué ha sucedido, pues? ¿Qué nuevo aliento es ése que ha logrado liberar a un puñado de hombres más tristes que un funeral? ¿Ha bastado una palabra para que todo comience de nuevo! «¡Shalom! ¡Paz a vosotros!». Ha bastado una palabra de ánimo para que la esperanza se restablezca y resucite.

«¡Os doy la paz, había dicho Jesús, no como la da el mundo!». Esa tarde, Jesús estaba en medio de ellos como una explosión que hace saltar todos los cerrojos, los de los espíritus y los de los corazones.

El miedo atenaza la esperanza de los cristianos. El miedo a un mundo del que hay que protegerse: ¡arriesgarse es ya prostituir la fe! El miedo a lo nuevo: preferimos replegarnos en la doctrina y olvidar la fuerza viva del Evangelio. El miedo a denunciar todo lo que envilece al hombre, el miedo a luchar contra lo que le disminuye. ¡Es preferible olvidar que Dios se ha dado una única imagen! El miedo que considera otras tantas torpezas las intervenciones de quienes se atreven a «molestar» en nombre del Evangelio. El miedo que se esconde bajo el velo púdico de la prudencia y la diplomacia...

«¡Shalom!». Nacieron aquella tarde en que se abrieron las puertas para dejar pasar a la palabra de Dios: ¡Paz! «Shalom»... ¡Vuelve la paz! Una paz que manda ir más lejos, abrir y dejar entrar el aire fresco del exterior.

«Shalom»... La paz que él trae no se concilia con el miedo que cierra, que bloquea las palabras en el fondo de la garganta e impide respirar. La paz posee la alegría insaciable del que sabe, la audacia del que ha experimentado. Manda dejarse llevar por el soplo del Espíritu.

«¡Shalom! ¡Paz a vosotros!». Ha bastado una palabra para que todo recomience. La fe no puede nacer en el temor; se desarrolla en la paz de un corazón que, sin necesidad de pruebas ni demostraciones, se siente amado y capaz de amar. La fe es como la vida: muere cuando vive angustiada; se envenena cuando ya no se atreve a soñar.

«Shalom»... Una sola palabra hace que se enderecen los rostros cabizbajos: la vida es posible, dado que el sueño no ha podido echarlo abajo una simple piedra de sepulcro; el amor es posible, dado que Dios es fiel a su promesa. «Shalom»... una sola palabra hace que salten todos los cerrojos y nazca la fe liberada.

*

**

Dios de paz,
tú despiertas la fe de tu Iglesia.

Llénanos de tu Espíritu:
que él nos revele la presencia de tu Hijo,
que él convoque a tu Iglesia
a anunciar la Paz restaurada
y el Amor renovado.

*

**

¡Abre, Señor, nuestras puertas!
Tú que viniste a compartir el pan de la esperanza,
haz que se desmoronen las murallas de nuestros miedos.

Envíanos a nuestros hermanos
para comunicarles la paz y el gozo.
Pues tú nos haces testigos de la Buena Noticia
hasta el día de tu regreso.

*

**

Señor Jesucristo,
tú que haces que brille la paz
como el lucero de la mañana
para los que creen en tí,
no tomes en cuenta nuestros extravíos,
sino danos tu Espíritu,
y nuestras manos se unirán para la fiesta
y construiremos tu Iglesia,
morada de esperanza y de futuro.

Viernes de la octava de Pascua

POR EL NOMBRE DEL CRUCIFICADO

Hechos 4,1-12. *¿De modo que no había bastado con crucificar a Jesús, sino que ahora se ataca a sus discípulos! Pedro y Juan instruyen al pueblo e insisten en decir que Jesús ha resucitado de entre los muertos. Muchos de los que les escuchan se convierten, y crece la comunidad de creyentes. Es más de lo que pueden soportar los sumos sacerdotes, que se encogen de hombros cuando se les habla de resurrección. Hay que matar al polluelo en el huevo y desmembrar la secta. Ha llegado para la Iglesia la hora del testimonio.*

«¿En nombre de quién habéis hecho eso? —En nombre de Jesús, pues no se nos ha dado bajo el cielo otro nombre que pueda salvarnos». El enfermo ha sido salvado en el nombre de Jesús. ¿No es Jesús la piedra rechazada por los que hoy persiguen a la joven Iglesia, pero elegida por Dios para ser la piedra angular sobre la que se edifique el nuevo Israel?

El salmo 117 pertenece al género de acciones de gracias individuales. El versículo 12 parece haber sido interpretado por los judíos como el anuncio de la edificación de la comunidad escatológica, pero la Iglesia no tardó en aplicarlo a Cristo, fundador del nuevo pueblo de Dios. Obsérvese el tono antijudío que se desprende de un juego de palabras arameo que asimila los «arquitectos» a los escribas.

Juan 21,1-14. *«No tengas miedo, Simón; desde ahora serás pescador de hombres» (Lc 5,10). Por orden de Jesús echaron la red y sacaron ciento cincuenta y tres peces. Jesús ha glorificado a su Padre, y ahora el Padre le glorifica a él. Resucitado, realiza la promesa que había hecho a algunos paganos: «cuando haya sido elevado de la tierra, atraeré a todos los hombres hacia mí» (12,32). Ahora es el tiempo de la misión, y Pedro es su jefe: ¿no se lanzó al agua al reconocer al Señor, igual que había corrido hacia la tumba vacía en la mañana de Pascua? Han capturado una enorme cantidad de peces, y la red no se rompe con el peso de la pesca. Así, contra toda esperanza, los apóstoles van a congregarse a hombres de todas partes en la unidad de una sola Iglesia. Pero sin Jesús no pueden hacer nada: durante la noche no habían pescado una sola pieza.*

De regreso a la orilla, encuentran unas brasas sobre las que Jesús ha puesto pescado y pan. Jesús toma ahora el pan y se lo da, y ninguno le pregunta: «¿Quién eres?», ya que saben muy bien que es el Señor. En efecto, en el pan compartido han reconocido el Pan de la vida, el Pan venido del cielo, el que da la vida eterna.

*

**

¡Todo vuelve a empezar! Habían detenido a Jesús y le habían crucificado: ¡todo en vano! Hoy sus discípulos predicán... Habían acusado a Jesús de curar en nombre de Belzebú: hoy hacen comparecer a Pedro y a los demás. «¿Con qué poder o en nombre de quién hacéis esas curaciones?». El proceso de Jesús no ha concluido: ¡el Gólgota sólo fue un momento de la gran acusación! ¡De tal Maestro, tales discípulos! A lo largo de la historia, los discípulos vivirán en su carne la suerte reservada al Maestro. El proceso continúa: ¡por los siglos de los siglos, la cruz será piedra de escándalo!

Proceso a Jesús: era necesario que Jesús pasara por la cruz. A causa de su vida, porque lo cambiaba todo: la sociedad, la religión, Dios; porque producía un contagio peligroso a la humanidad: el del amor y la libertad. ¡Era necesario que entregase su vida para que la Vida viviera!

Proceso a la Iglesia: ¡el discípulo no es más que su Maestro! Proceso a la Iglesia cuando derriba los ídolos fabricados por las manos del hombre y denuncia todas las servidumbres: la tiranía del dinero, la pasión del poder. Proceso a la Iglesia cuando pone en peligro el orden social desenmascarando a los falsos dioses y revelando la dignidad del hombre querida por Dios. Pasión de los discípulos cuando prenden fuego a los tradicionalismos esterilizantes y a los poderes destructivos. «¿Con qué autoridad hacéis esto?».

«La piedra que desechasteis vosotros, los arquitectos, se ha convertido en piedra angular. Fuera de él no hay salvación». El proceso de Jesús no se ha clausurado con una condena, sino con una victoria, pues Dios se ha puesto del lado del condenado. Y para siempre, Dios ha unido su suerte a la de sus discípulos. «Gracias al nombre de Jesús el Nazareno, este hombre se presenta sano ante vosotros»...

Hermanos, si algún día la vida abre un proceso a vuestra esperanza, si las fraternidades rotas procesan a las manos que vosotros habéis unido, si la injusticia impugna vuestro trabajo por un mundo más auténtico y más hermoso, recordad la ley de la cruz: era necesario que el grano fuera arrojado en tierra para que brotara en todo su esplendor la flor de Pascua. Dios realiza siempre el contra-proceso de la acusación hecha a los suyos. No lo olvidéis: en la mañana de Pascua, el Acusado se hizo vuestro Abogado, y la propia muerte tuvo que retroceder ante la vida. «Los reconocieron como compañeros de Jesús, vieron de pie junto a ellos al hombre que había sido curado y no encontraron acusación contra ellos»...

*
**

**¡Haznos vivir, Señor,
por el poder de tu nombre!**

**Denuncia a quienes nos acusan
y libranos de los lazos que nos impiden
poner en práctica tu Palabra.**

**Por la resurrección de tu Hijo,
arráncanos del poder de la muerte.**

*
**

**«Venid a almorzar...».
Un poco de pan sobre nuestra mesa
es la señal para ir hacia ti.**

**Haz, Señor, que nos fiemos de tu Palabra:
tú pronuncias tu nombre sobre nosotros,
y ya somos tuyos
por los siglos de los siglos.**

*
**

**«Venid, seguidme,
y os haré pescadores de hombres,
artífices de la paz,
cosechadores de un pan de vida,
vendimiadores de una fiesta sin fin,
ingenieros de los tiempos nuevos».**

**¡Bendito seas, Señor,
que necesitas de nosotros, de nuestras manos,
de nuestra mente, de nuestro corazón
y de nuestra pobreza!**

**Quienquiera que seamos,
tú nos llamas a seguirte;**

**¡condúcenos al despojo del verdadero discípulo:
que lo dejemos todo con alegría
para poder estar contigo!**

*
**

**En la otra orilla,
envuelto en la bruma de la mañana,
allí está él, hechizándonos
y tendiéndonos los brazos.**

**Tu mirada, Señor, ha atravesado nuestro corazón
y nos has seducido:
¡llévanos siempre más lejos por tu amor!**

Sábado de la octava de Pascua

TESTIMONIO

Hechos 4,13-21. «¿Qué es justo a los ojos de Dios: escucharos a vosotros o escucharle a él?». El tribunal religioso reprocha a los apóstoles el que hablen de Jesús, pero ¿podrían actuar de otro modo? Jesús se ha apoderado de ellos, como pronto se apoderará de Pablo de Tarso. Ellos le han dado su fe, su corazón, su vida, y el Aliento de Dios les ha sumergido en su fuego. No existe un contrato entre el Resucitado y sus discípulos, sino una pasión recíproca. Lo que Pedro, Juan y los demás han visto y oído no pueden callarlo, pues está en juego la salvación del hombre. Lo que han visto y oído lo anuncian a todos, para que la humanidad entera esté en comunión con ellos, ya que su comunión es comunión con el Padre y con Jesucristo (1 Jn 1,3).

Salmo 117: cfr. viernes de la octava de Pascua.

Marcos 16,9-15. Los exegetas coinciden hoy en reconocer que este final no formaba parte del evangelio primitivo; está redactado con un vocabulario y un estilo diferentes del resto. Se trata más bien de un resumen de los relatos de aparición que figuran en los otros evangelios, a los que se ha añadido una serie de alusiones a determinados acontecimientos referidos en el libro de los Hechos. Su autenticidad era ya discutida en el siglo segundo.

*
**

Sobre el salmo 117:

¡Dad gracias al Señor
los liberados de la muerte;
dad gracias: su amor es eterno!

La piedra desechada por los arquitectos
es ahora piedra angular:
Cristo ha resucitado de entre los muertos.

Benedicid a Dios y entrad en la fiesta,
que vuestro canto sea para Dios:
la muerte ha sido vencida por la vida.

*
**

«Nosotros no podemos dejar de contar lo que hemos visto y oído». A lo largo de la historia, habrá hombres y mujeres que no teman declarar en el proceso de la vida y dar este testimonio: «¡Creo en la resurrección de Jesús!».

«¡Cristo ha resucitado!». Desde hace una semana, lo cantamos en todos los tonos. Pero que nadie se llame a engaño: nuestro testimonio no es la afirmación de un hecho del pasado, todo lo importante que se quiera, pero que no pasaría de ser un piadoso recuerdo. El objeto último de nuestra fe tampoco es un hecho verificable por una investigación histórica. Nuestra fe es ésta: damos testimonio de que hoy, para nosotros y para todo hombre, Jesús vive en la situación de resucitado y ya no experimenta las limitaciones de la condición humana. Hombre entre los hombres, el Nazareno, como nosotros, veía limitado su universo por sus posibilidades de contacto y de intercambio. Hoy, resucitado, se han dilatado las fronteras de su persona. Se encuentra con todos los hombres de todos los tiempos en lo secreto de su corazón, en la fuente inexpresable de su vida. En adelante, ningún hombre ni nada humano le es ajeno. Toda empresa humana está secretamente habitada por su Espíritu, hasta el punto de que trabajar por el crecimiento de la humanidad significa, tal vez secretamente, hacer que crezca su Cuerpo. Al confesar la resurrección de Jesús damos testimonio de que todo está bajo el movimiento del Espíritu, que merece la pena intentarlo todo, ya que en todo es él quien continúa viviendo y creciendo.

«Nosotros no podemos dejar de contar lo que hemos visto y oído». Prosiguiendo en la historia de hoy la profesión de fe de quienes han experimentado la victoria de la vida, también nosotros creemos en el Cristo resucitado cuando —a pesar de estar insertos en una vida atacada a diario por la muerte—, midiendo con una lucidez cada vez mayor la dificultad de amar, seguimos viviendo y amando con sobrenatural obstinación.

*
**

Nuestros ojos han visto la salvación
que tú has dispuesto ante la faz de la tierra:
tu Hijo se ha levantado vivo
y revestido de tu gloria.

Te suplicamos
que hagas brillar sobre nosotros la luz de su rostro
y que nuestra tierra despierte a la vida
prometida para una eternidad sin fin.

RENACER

DEL LUNES AL JUEVES DE LA
SEGUNDA SEMANA DE PASCUA

VIDA NUEVA

La fe cristiana no es un adoctrinamiento. Cada cristiano está llamado a vivir personalmente, con la experiencia de su vida, la verdad universal que manifiesta la Pascua. Si la resurrección es el centro de nuestra fe, es porque significa el retorno de la vida. La vida iba a perderse, y hoy se encamina hacia su plena realización.

Crear en la resurrección es afirmar que alguien —y alguien de nuestra historia— está «lleno de vida». Para siempre. Creer que Cristo está vivo es plantear para cada hombre el sentido de la vida. Pero creer en la resurrección es aún más. Es experimentar ya en lo secreto de nuestro corazón que, en Cristo, hemos vencido a las fuerzas de la muerte, aun cuando sigan aprisionándonos. Victoria para nosotros; sin duda; pero victoria también para el mundo, pues nuestra esperanza no es para uso privado, sino que es para el mundo. Cuando descubrimos con asombro que hemos sido despertados a la vida sin término, ese nuestro asombro es buena noticia para la tierra entera: nos convertimos en la conciencia viva de lo que ya le ha sido dado sin que la propia tierra se diese cuenta. El mundo aprende en nosotros que la muerte es «contra natura».

Y no es que liquidemos alegremente el lado trágico de la existencia. Al igual que el no creyente, nos vemos enfrentados al absurdo, abocados al sufrimiento y al vacío. Pero creemos humildemente que ya fluye en nosotros una sangre nueva. Afirmamos que, desde la mañana de Pascua, hemos nacido a una vida nueva: «¡El mundo antiguo ha pasado, y ha nacido un mundo nuevo!». Creer en la resurrección es apasionarse de la vida. Creer en Jesús es descubrir todo el amor a la vida que Jesús manifestó en sus palabras y obras. Es creer en el mundo y hacer lo posible para que el mundo alcance su fin. Creer en la resurrección es descubrir el poder de vida que Dios nos hace experimentar: nuestra vida no camina hacia su perdición. «Estad vivos, auténticamente vivos», dice Dios (Talec). Si creemos en la vida es porque hemos descubierto en la resurrección de Jesús que el secreto tenebroso del mundo es la palpitación de un corazón que ama: «Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único».

Esta confesión, este testimonio, lo hacemos juntos. Es significativo que las primeras experiencias del Resucitado ocurran siempre «en Iglesia», cuando los discípulos están reunidos. Si el Nuevo Testamento contiene manifestaciones individuales del Resucitado, las refiere siempre a la comunidad («Id a decir a mis hermanos», «ella corrió a decirlo...»). La fe no está escondida en la intimidad de la conciencia personal, sino que es cosa de todo un Pueblo. Creemos juntos y experimentamos unos con otros, unos por otros, el secreto de la vida.

Hechos 4,23-31. «Cantad a Dios en vuestros corazones vuestro reconocimiento por medio de salmos, himnos y cánticos inspirados por el Espíritu» (Col 3,6). La liberación de Pedro y Juan proporciona a la Iglesia la ocasión de expresar a Dios su agradecimiento, a la vez que pone el acento en los acontecimientos que acaba de vivir.

El salmo 2 es el punto de partida de su meditación. En este salmo, un rey cita las palabras sagradas que le designaban como hijo de Dios. De este modo, desafía a todos cuantos quisieran negar su legitimidad, cosa habitual cuando se producía un relevo en el reinado. Releído desde una óptica cristiana, el salmo explicita admirablemente el sentido del destino de Jesús: el ungido real es Cristo, mientras que los reyes de la tierra designan a los jefes de Israel y al procurador romano que han decidido su muerte. Pero Pedro y Juan, llevados a su vez ante el sanedrín, tras el milagro de la Puerta Hermosa, ¿no prolongan en su carne los sufrimientos de Cristo? En estas pruebas, la joven comunidad cristiana descubre su configuración con la pasión de su Señor.

Hay que observar que la acción de gracias concluye con una efusión del Espíritu, que evoca Pentecostés; subraya la permanencia del Espíritu en la Iglesia.

Juan 3,1-8. «Esos no han nacido de la sangre, ni de un querer carnal, ni de un querer del hombre, sino de Dios» (1,13). Nicodemo ha visto los signos, el agua de las purificaciones convertida en vino y la limpieza del templo. Pero, por muy favorable que sea a Jesús, no deja de representar el orden antiguo en vías de ser abolido. Si Nicodemo quiere comprender los signos del Reino, debe renacer de lo alto.

¿Cuál es ese nuevo nacimiento del que habla Jesús, la regeneración en el agua y el Espíritu? El judaísmo contemporáneo no parece haber tenido una verdadera doctrina de la regeneración. Lo cual es extraño, pues el profeta Isaías había anunciado «unos cielos nuevos y una tierra nueva»; Jeremías había hablado de «un corazón nuevo», y Ezequiel había traducido la idea de purificación por la de «espíritu nuevo». La restauración del hombre en la gloria primera de Adán aparecía, pues, como la réplica del acto creador de los orígenes. El tema se había desarrollado, sobre todo, en Qumran, y Juan Bautista esperaba un Mesías que habría de purificar a Israel.

De hecho, los ambientes dualistas, como el del Bautista, postulaban dos órdenes de existencia: el mundo de la «carne» y el del «espíritu». La «carne» —el término no tiene la significación peyorativa que reviste hoy— designaba la existencia terrena con sus posibilidades y sus errores; el «espíritu» evocaba el poder de Dios, condición de la existencia religiosa. «Renacer del Espíritu» traduce el paso del hombre de un orden al otro.

Los publicistas, que no son ningunos ignorantes, conocen los resortes ocultos del hombre. Permanecer joven, mantener la forma de los veinte años: ése es el hombre que tratan de «vendernos», porque todos aspiramos a serlo. El viejo sueño del paraíso no ha muerto, y el mito del doctor Fausto nos acosa... ¿Dónde estás, eterna juventud?

Pero ¿es posible renacer? Cada vez penetramos más en los secretos del mundo y dominamos los mecanismos de la vida; somos notables y sabios. Pero nuestros conocimientos no pueden aplacar nuestra sed ni apagar el fuego que nos quema: ¿para qué vivir, si al fin y al cabo vamos a morir? Tenemos hambre de razones para vivir, y acudimos de noche a consultar a Jesús.

¡Lo que ha nacido de la carne es carne! La vida del hombre sólo puede ir a la perdición. Muchos se consumen intentando amar y, aunque a veces consiguen crear lazos más poderosos que la muerte, sus victorias son demasiado aleatorias para seguir viviendo con ilusión. Muchos intentan construir un mundo más humano, consagran a ello sus fuerzas e incluso dejan la vida en el intento: noble y heroico esfuerzo que, sin embargo, no puede disimular lo frágiles que son los lazos humanos. ¡No vivimos más que de armisticios temporales! «¡Lo que ha nacido de la carne es carne!». La vida se nos escapa en el momento en que pensamos alcanzarla, como el agua corre entre nuestros dedos, que creían poder detenerla. «¡No te extrañes de que te haya dicho que tienes que renacer!». El secreto de la vida está escondido en un jardín donde el destino del hombre se ha invertido, porque un sepulcro se ha abierto... No podía retener cautiva a la Vida nueva. ¡No se echa vino nuevo en odres viejos, porque éstos reventarían! No se puede encerrar al Espíritu... ¡Siempre hace saltar la piedra por los aires!

Hay que nacer del Espíritu, que es quien transfigura ya la debilidad de nuestros amores humanos para que puedan anunciar algo del mundo nuevo. Nacer del Espíritu... Nuestras comuniones, consagradas por la Vida, constituyen el lugar en que se inauguran los encuentros que van tejiendo ya la trama del mundo nuevo. Nacer del Espíritu... ¡Nacer del viento! Pero nadie sabe hacia dónde va... Nadie puede saber dónde nace la novedad de Dios, pero por la fe podemos afirmar que la resurrección de Jesús sigue actuando en estos tiempos. Cuando elevamos hacia Dios la humilde invocación de nuestra fe, el lugar en que nos hallamos se pone a temblar... ¡Como el sepulcro en la mañana de Pascua!

*
**

**Dios de eterna juventud:
a lo largo del tiempo sigues siendo el mismo,
y nada puede empañar el amor que de ti brota.**

**Sin embargo, todo pasa,
y el hombre lleva en sí mismo su muerte:**

**¿Cómo conocerte a ti, el Vivo,
si no vienes a hacernos renacer cada día?**

**¡Bendito seas por el Espíritu Santo,
por su libertad y su generoso aliento!**

**Que él sea en nuestras vidas
la fuente de una renovación diaria
por la que conoczamos ya la eterna juventud
de la vida eterna.**

*
**

**Hemos sido sumergidos en la muerte
y la resurrección de tu Hijo Jesús;
por el bautismo nos hemos convertido
en un único cuerpo con él.**

**Te pedimos, Dios y Padre nuestro,
que tu Espíritu realice cada día en nosotros
lo que ha sido iniciado por tu gracia:
que vivamos el tiempo de este mundo
con la esperanza del Reino
y la entrega de todo nuestro ser a tu servicio.**

*
**

**¿Quién podrá comprender lo que somos?;
¿quién comprenderá el secreto de nuestras vidas?**

**¡Bendito seas, Dios vivo,
pues en ti se esconde,
con tu Hijo Jesús resucitado,
el sentido de nuestro ser!**

**Dígnate conservarnos en el asombro,
y haz que seamos tan libres
como el viento inapresable y benéfico.**

Martes de la segunda semana

JUNTOS

Hechos 4,32-37. «Lo poseían todo en común». Esta lapidaria frase resume el ideal comunitario de los cristianos y representa una increíble fuerza para la nueva Iglesia: ¿Qué mejor motor para el apostolado que el apoyo mutuo y fraterno? Pues no sólo los bienes materiales son susceptibles de ser puestos en común, sino también la fe, la alegría de estar juntos, las preocupaciones...

En Jerusalén, el compartir los bienes era asunto de libre elección. Algunos cristianos ponían todas o una parte de sus propiedades a disposición de la comunidad. Ananías y Safira serán condenados no por haberse quedado con sus bienes, sino por haber hecho creer que los ofrecían en su totalidad, cuando en realidad no se les exigía nada (5,1-11).

El salmo 92 celebra la entronización victoriosa de Yahvé en Jerusalén, en el marco de la fiesta de los Tabernáculos.

Juan 3,7-15. «Es preciso nacer de lo alto». Nicodemo está verdaderamente confuso y no comprende este nuevo lenguaje. De hecho, no posee el lenguaje del corazón, el lenguaje de un amor de horizontes infinitos. Pero Jesús no niega el carácter misterioso de las palabras que pronuncia, y para iluminarlas recurre a una comparación. También el viento es misterioso (en hebreo, una sola palabra sirve para designar al viento y al espíritu): se sienten sus efectos, pero no se le puede ver. Algo así sucede con los que han nacido del Espíritu: se les puede ver (son los que aceptan la palabra de Jesús), pero no se sabe nada acerca del momento y el modo en que el Espíritu les ha hecho nacer. En cualquier caso, el proceso no es comparable al de un nacimiento físico (1,13).

El discurso va tomando altura progresivamente. Contempla la obra de Cristo y, con absoluta naturalidad, proyecta la cruz «en filigrana». La posibilidad de regeneración, del nacer de nuevo, está condicionada por un proceso en dos tiempos. Era menester, en primer lugar, que el Hijo del hombre bajara del cielo, porque es él quien posee el conocimiento de las cosas divinas; era menester que Dios se encarnara. Y, en segundo lugar, tenía que ser «elevado» como la serpiente de Moisés, de la que el libro de los Números (21,9) dice que sanaba a quien la mirara, con lo cual daba a entender que quien se volviera hacia Dios quedaba salvado. Del mismo modo, quien pone su fe en Cristo posee la vida eterna.

**

Una multitud reunida para una manifestación o para una fiesta puede tener reivindicaciones o reacciones colectivas, pero no por ello sabe aún lo que es una vida en común. Cuando unos hombres son llamados a formar un solo pueblo, necesitan aprender a vivir juntos.

«La multitud de los que habían abrazado la fe tenía un solo corazón y una sola alma». La vida cristiana es comunitaria de un modo innato, congénito. No podríamos pretender vivir juntos si no tuviéramos un origen común. Y esto, que puede afirmarse indudablemente de la fraternidad humana, lo experimentan los cristianos, de una manera especial y paradigmática, como pueblo que vive en comunidad. Y es que nuestro nacimiento ha sido inscrito en un mismo libro de vida. Nuestra comunidad no se fundamenta en ningún tipo de uniformidad mental ni se forja en la realización de un mismo programa; nuestra comunión es cuestión de sangre, de aliento vital. ¡Somos un pueblo porque compartimos un mismo Espíritu!

El cristiano es de raza comunitaria: la fe no es algo que se oculte en la intimidad de la conciencia personal, sino que, por encima de todo, es la «respiración» de una asamblea convocada y unida por una Palabra.

Lo cual no significa que haya que silenciar las tensiones, divisiones e incluso desgarros que afectan a nuestro Pueblo. A veces hemos tratado de ignorar todo eso para evitar conflictos, pero la verdad de nuestro origen hace intolerable la mentira. Si queremos vivir juntos, hemos de aceptar nuestros mutuos desacuerdos. Lo cual, indudablemente, constituye un riesgo, pero es también la promesa que tratamos de inscribir en una historia humana, la señal que da fe del esfuerzo y la esperanza de toda la humanidad en busca de reconciliación.

No podríamos pretender vivir juntos si no tuviéramos un origen común; si podemos seguir viviendo juntos, es porque habita en nosotros el Amor de Aquel que desea congregarnos⁷.

**

«Los creyentes tenían un solo corazón...».
Por desgracia, Señor,
estamos llenos de contradicciones
y nos destruimos los unos a los otros.
Pero tú eres más fuerte que nuestras divisiones:
¡danos un corazón nuevo!
«Los creyentes tenían un solo corazón...».
Por desgracia, Señor,
vivimos temiendo a los demás.
Pero tú eres más fuerte que nuestras congojas:
¡danos un corazón nuevo!
«Los creyentes tenían un solo corazón...».
Por desgracia, Señor,
nuestro corazón está como muerto.
Pero tú eres más fuerte que nuestra miseria:
¡danos un corazón nuevo!

7. Nos inspiramos en P. JACQUEMONT, J.P. JOSSUA y B. QUELQUEJEU, *Une Foi exposée*, pp. 128-130, que hemos resumido al efecto.

CORAZON NUEVO

Hechos 5,17-26. *Todos los apóstoles han sido detenidos. Pronto pagará Esteban con la vida su fidelidad a Cristo; Pedro volverá a ser detenido, al igual que Pablo. La Iglesia de Jerusalén no conoce tregua. Sus adversarios no han cambiado: sigue siéndolo el partido de los saduceos, esos aristócratas del culto y las finanzas, tan reacios a las ideas nuevas y que gozan de mayoría en el sanedrín.*

Lo cual no les va a permitir poner freno a la palabra de Dios. Deberían haberlo sabido aquellos sacerdotes de Jerusalén, responsables ya de la muerte de Jesús, pero que no habían podido impedir que rodara la piedra del sepulcro en la mañana de Pascua. Hoy serán las puertas de la prisión las que no puedan resistir la fuerza del Espíritu...

El salmo 33, plegaria de agradecimiento, expresa la confianza del hombre que sabe que Dios permanece siempre junto al corazón que sufre.

Juan 3,16-21. *«El que cree en él tiene la vida eterna». La encarnación y la exaltación de Cristo proceden de una misma causa: el amor de Dios al mundo. Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para juzgarlo, sino para salvarlo. Pero, si el Hijo da su vida, también trae consigo la luz, que «sondea las entrañas y los corazones». El campo de batalla del conflicto entre la luz y las tinieblas es el corazón del hombre. El pecador odia la luz, porque sus obras son malas, y sabe que la luz hará manifiesto su pecado; el hombre justo va a la luz, porque sabe que sus obras son buenas, y da gracias por ello a Dios, fuente de toda bondad.*

La venida del Hijo del hombre ilumina, pues, los actos del hombre. Jesús viene a salvar, y esta salvación exige al hombre tomar postura con respecto a la persona y al mensaje de aquél. Es preciso pasar por la regeneración del Espíritu, lo cual exige pasar por la muerte y la resurrección.

*

**

«Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único...». ¿Cómo creer que el tenebroso secreto del mundo reside en el palpitar de un corazón que ama?

«Tanto amó Dios...»: he ahí la única confesión que se nos exige para ser fieles a nuestros orígenes. A Dios ya no hay que buscarlo en el ámbito de lo útil o de lo utilizable. Desde el día del Gólgota, a partir de Jesús, Dios ya no se limita a interpretar un «papel». Dios no es el garante del orden del mundo ni el guardián del orden social o de la moral. Dios no es un superingeniero que vele por el mantenimiento del mundo. La única afirmación que el Evangelio nos permite hacer es esta inaudita aseveración: «¡Dios ama al mundo!». Ya no es posible pensar a Dios si no es como amor. Sólo

Jesucristo crucificado —desecho humano alzado en el centro del mundo— podía hacer sospechar esta inaudita realidad: ¡Dios está enamorado! El Dios de los filósofos nos diría: «Sólo hay lo que hay: el azar y la necesidad. Busca y encontrarás». El Dios de los sabios nos diría: «Espera y verás cómo encuentras la Verdad». El Dios de los moralistas nos diría: «Hay que...; es menester...; debes...; tienes que...». El Dios de los ideólogos nos diría: «¿Qué has logrado construir?; ¿cuál es tu combate?». El Dios de Jesucristo, como está enamorado, únicamente nos dice: «¿Quieres...?».

Un desarmante y desarmado «¿Quieres...?» es la única imagen de Dios.

¿Cómo creer que el secreto del mundo es el palpitar de un corazón que ama? Recordad la fantástica parábola que el mundo entero vivió como un combate en favor de cada uno de nosotros: un hombre siguió viviendo porque le había sido trasplantado el corazón de otro hombre. En el momento de la muerte de Blaiberg, los médicos nos revelaron que durante todo un año su organismo, desde el cerebro hasta la más insignificante célula, no había dejado de luchar, con la más asombrosa astucia, para rechazar a aquel corazón extraño que, sin embargo, se había convertido en el elemento más imprescindible para su propia supervivencia. «Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su propio Hijo». Un corazón, indispensable para su supervivencia, le ha sido trasplantado a nuestro mundo. «¿Quieres...?».

Pero, a diferencia de lo ocurrido con Blaiberg, el trasplante se renueva cada mañana. Y, en el corazón del mundo, Dios no habrá de abandonarnos mientras el trasplante no haya prendido⁸.

*

**

**Cantamos tu gloria, Dios y Padre nuestro,
y proclamamos con toda la Iglesia
que Jesús se ha alzado y vive en la luz.
Ha venido de ti, lleno de gracia y de verdad,
no para juzgar al mundo, sino para salvarlo.
Para manifestar tu amor,
se hizo semejante en todo a los hombres
para arrastrarlos consigo en su victoria.
En él podemos ver tu luz
y conocer el secreto de nuestra vida:
que nos amas sin reservas
y dejas sin efecto la acusación
que pesaba contra nosotros.
Por eso, fiados de tu ternura,
entonamos la aclamación
de quienes viven para siempre en tu luz.**

8. Meditación tomada de B. BRO, *Dieu seul est humain*, Cerf, París.

TESTIMONIO

Hechos 5,27-33. «*¿Queréis hacernos responsables de la sangre de este hombre!*». *Queréis hacernos responsables de la muerte de Jesús. Tiene muy poca memoria el sumo sacerdote Jonatán, hijo de Anás. Ha olvidado que su familia conspiró contra Jesús, y que su cuñado Caifás convirtió el proceso en una parodia.*

Los apóstoles están frente a sus jueces, que representan la autoridad legítima. ¿A quién deben obedecer? ¿A los que detentan el poder o a Dios? ¿A los hombres, que condenaron a Jesús y le trataron como a un asesino, o a Dios, que lo resucitó y lo exaltó como Príncipe y Salvador? Para Pedro y sus compañeros, ya no hay duda posible. Al resucitar a Jesús, Dios ha salido garante de su predicación. Su testimonio ha quedado reforzado por la garantía del Espíritu.

Salmo 33: cfr. miércoles de la 2ª semana.

Juan 3,31-36. «*En verdad te digo que quien no nace del agua y del Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios*» (3,5). *Tanto Jesús como el Bautista administraron el rito del agua; una vivísima discusión enfrentó a los discípulos de Juan y a los que ya ponían sus ojos en Jesús (3,22s), pues éste no tardó en ejercer un cierto ascendiente sobre el grupo que le había aceptado después de su propio bautismo. Al levantar acta de este hecho, el evangelista aprovecha el conflicto para oponer el rito del agua bautismal al bautismo de Jesús, apoyado por el poder del Espíritu. Jesús es el Esposo, mientras que Juan no es más que el amigo; Jesús debe crecer, y Juan disminuir. Juan bautizaba con agua; Jesús bautizará con el Espíritu Santo. Jesús es el único, «el que viene del cielo» para dar testimonio de lo que ha visto.*

En efecto, en el momento de su bautismo, Jesús recibió el Espíritu sin medida. El Padre le comunicó su amor y puso todo en sus manos. Jesús es, pues, a la vez, el que posee el Espíritu y el que bautiza con el Espíritu. De este modo, es el mediador para la vida eterna.

*

**

Sobre el salmo 33:

**Pobre hombre sumido en la negrura de tu noche,
alza tus ojos hacia Jesucristo,
escucha lo que te dice,
entérate por él que has renacido.
Quien mire hacia él, resplandecerá
sin sombra ni turbación alguna en su rostro.
Pobre hombre: puesto que nada te falta,
¡no dejes de bendecir al Señor!**

*

**

«Somos testigos con el Espíritu Santo que Dios ha dado a los que le obedecen». Generación tras generación, surgirán hombres y mujeres que den testimonio de la obra de Dios, de la experiencia de la vida nueva que el Espíritu les ha permitido conocer. Pues el juicio ya ha sido pronunciado: «El que crea en el Hijo tiene vida eterna». Nuestra fe no es una regla moral, por muy notable que pueda ser, sino que es, ante todo, confesión de lo que nos ha acaecido en Jesucristo. No tenemos que conquistar un Reino que nos habría sido dado bajo condición; en la fe, estamos sumergidos en su realidad. «El que cree tiene vida eterna».

¿Quién posee ya la vida en plenitud? El que puede vivir cada día reconociendo humildemente un sentido a su vida. El que cree que Jesús es el Cristo. ¡Jesús! Un hombre entre los hombres, hijo de Nazaret y profeta en Judea, que vino al mundo para morir en él. Jesús, una historia como tantas otras, pero también una palabra que reclama la fe. Una muerte triste como todas las muertes, pero también una ausencia que habla de la eterna presencia. «El que cree en el Hijo tiene vida eterna», pues Dios comunicó el sentido escondido de la vida en su Hijo, hombre para los hombres.

El que cree que Jesús es el Cristo, ése ha nacido de Dios. La fe es un nacimiento, pues vence a la muerte. Somos testigos de lo que Dios ofrece graciosamente a los hombres: no se trata sólo de afirmar que Jesús es el Cristo, sino de aceptar ser hijo de Dios en él.

Crear en Jesús para nacer con él de Dios. Creer que él vive en mí mi propia aventura humana, puesto que se convirtió en el camino de toda vida. Creer que mi muerte es transfigurada en la suya, porque su palabra ha revolucionado el sentido de mi camino. Apostar con él por el amor. Nos hacemos testigos de que la única victoria que no es efímera ni fútil es la victoria del amor. El que ama puede mirar hacia la cruz: salva el sentido y el fin de su vida. Sabrá de quién obtiene su nacimiento, y la muerte será vencida en él.

El juicio ya ha sido pronunciado, y éste es el único testimonio que tenéis que dar: ¡ya hemos nacido de Dios! Nuestra vida no será más que la lenta encarnación de nuestro nacimiento.

*

**

**Dios y Padre nuestro,
haznos nacer en tu Hijo.
El es el Camino,
y nadie va a ti sin creer en él.
El es la Verdad,
y nadie te conoce a ti si no camina con él.
El es la Vida,
y nadie puede renacer si no se sumerge en él.**

PAN PARTIDO PARA UN MUNDO NUEVO

«Yo soy el pan de vida... Quien como mi carne y bebe mi sangre...». El discurso de Jesús que sigue al relato de la multiplicación de los panes, en Juan 6, remite inevitablemente a la última cena y a la eucaristía, aun cuando la exégesis señale diferentes momentos más o menos marcados por esta referencia.

«Les dio un pan venido del cielo». Este versículo del salmo 89 está en el centro mismo del discurso. Nos hallamos en el desierto, y la reflexión se remite espontáneamente al maná y al Exodo. Jesús ha multiplicado el pan para la muchedumbre, y algunos se equivocan en torno al sentido de este signo; hay que elevar el tono del debate. Jesús no es un hacedor de milagros; no da el pan a los hombres sin que éstos tengan que «colaborar en las obras de Dios». La fe es el lugar del encuentro. Pero ¿quién es exactamente este Jesús? ¿El profeta? ¿El Rey? Toda interpretación excesivamente fácil es peligrosa; es preciso superar laboriosamente las etapas de la fe. Jesús, que se revela en la noche contra viento y marea, llama al hombre a comprometerse en su seguimiento. Por otra parte, el acontecimiento se sitúa poco antes de la Pascua, con lo cual se nos remite a la gran Pascua, donde la realeza del Hijo del Hombre será revelada a través del don que hará de sí mismo hasta la muerte.

¿La muerte y la vida! «Vuestros padres comieron del maná en el desierto y murieron». ¿De qué serviría multiplicar el pan si no fuera pan de vida eterna? ¿Cómo vamos a tener siempre al alcance de la mano a un hombre que nos dé el alimento de la inmortalidad? ¡Pues lo tenemos! Pero el encontrarnos con él supone la fe y el sacramento.

Primero la fe. Jesús es el pan de vida. «Quien permanece en mí, permanece en Dios». Se trata de permanecer en él, no de frecuentarlo cuando la necesidad se hace sentir. Permanecer como los primeros discípulos, es decir, creer en él y seguir sus pasos en los suyos. La vida está en movimiento, en éxodo, en camino: siempre hay que ir más lejos, y hay que atravesar la muerte para alcanzar las orillas de la vida. ¿Arriesgar? Es verdad que el riesgo es grande: aparentemente, ¡Jesús no es más que el hijo de José! ¿Cómo podría conocer el camino?

Pero la fe transfigura las apariencias. Jesús reivindica su condición de Hijo del Padre, mayor que el propio Moisés. No sólo da un pan mejor que el maná, sino que él es ese Pan venido del cielo, el don del Padre. ¿Y cómo lo prueba? Ahí reside la tragedia del cuarto evangelio... ¡No hay más prueba sino que «nadie viene al Hijo si el Padre no le atrae!». La fe es remitida a su verdadero lugar: el corazón. Permanecer es acceder a un tipo de vida distinto que permite descubrir lo que estaba oculto, el misterio. Claro está que Jesús propone signos, comenzando por el de la multiplicación de los panes, pero ¿qué es un signo si falta la convivencia de quien tiene que

descifrarlo? El discurso sobre el Pan de vida es, ante todo, una exposición casi exorbitante de la originalidad de la fe.

El alimento de vida eterna supone, pues, la fe. Pero la fe se expresa en el sacramento. ¡Hay que «comer» —en el sentido más radical— «la carne del Hijo del Hombre» y beber su sangre! «El pan que yo daré, dice Jesús, es mi carne para la vida del mundo»: las palabras de la última cena resuenan aquí como un eco. Pero ¿en qué consiste ese sacramento inaugurado en la última comida de Cristo?

¡Qué lejos estamos de la distribución gratuita de un alimento de inmortalidad! ¡No basta, verdaderamente, con tender la mano —o la lengua— para ser salvado! Jesús ha entregado su carne y su sangre, se ha entregado todo él... Comerlo, como lo hace la fe, es seguirle hasta ahí: hacerse uno con su carne entregada y su sangre derramada. Acceder a la resurrección es aceptar el mismo camino que el de la Pascua. Si a los judíos les costó tanto creer que hay que «comer la carne de ese hombre», no es porque les repugnase un acto tan extraño, sino, más bien, porque percibían implícitamente que esta invitación pone a Cristo en el centro de todo: ¿con qué derecho pretende él ser el Camino y la Vida, siendo así que al poco tiempo va a ser crucificado? Por lo demás, algunos discípulos van a comenzar a murmurar contra él por el mismo motivo: «¡Duras palabras son éstas! ¿Quién puede hacerle caso?». Sí, la palabra sacramental es dura ¡tan dura como el camino de la cruz! Pero no hay otra que pueda salvar al hombre y «resucitarlo»... ¿A quién iremos, Señor?

En la tradición evangélica, el relato de la multiplicación de los panes se inserta en un conjunto que culmina en el reconocimiento de Cristo por Pedro y por la Iglesia. También aquí va el apóstol a proclamar su fe: «Nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios». Pero la fe nunca será reposo absoluto. ¡Tampoco lo es en el sacramento! No se puede comer la carne del Hijo del Hombre sin sentarse con él a la mesa de la Cena y de la Pasión. De lo contrario, la vida no podrá surgir de la muerte, como tampoco fue posible la resurrección más que a través de la prueba del calvario. Por eso la misa es un «sacrificio». El pan partido para un mundo nuevo supera absolutamente todos los esfuerzos humanos por compartir mejor el pan: es el sacramento de la muerte necesaria para que florezca la vida. Y, en el Evangelio, el relato de la multiplicación de los panes es algo completamente distinto de una llamada a la generosidad, que siempre resulta decepcionante si no se inserta en la fe en Jesús, Pan de vida para quienes le siguen hasta el final.

PARTIR EL PAN DANDO GRACIAS

Compartimos el pan,
cuerpo de tu Hijo entregado a la muerte
por amor a todos los suyos.

Alzamos la copa de la salvación,
su vida resucitada,
esperanza de una vida siempre nueva.

¡Bendito seas, Padre,
por tanta bondad
gratuitamente ofrecida a tu pueblo!

¿Qué podemos ofrecerte, para expresar nuestra gratitud,
sino la humilde promesa
de compartir sin reservas
lo que hemos recibido de ti?

Mendigos de pan, sedientos de vida,
henos aquí ante ti, Padre nuestro.

Danos hoy nuestro pan de cada día,
abre nuestras manos que se cierran sin compartir.

No tenemos más que un poco de pan
y la pobreza de nuestra existencia.

Te pedimos que hagas pedazos
la indigencia de nuestra ofrenda,
para que sea en tus manos
fuente fecunda en medio de nuestro desierto.

Por medio de tu Espíritu,
mantén a tu Iglesia fiel
a la misión que ha recibido de ti
para todos los hambrientos del mundo.

Que tus hijos se prodiguen
en el servicio a los más pobres,
y que quienes no tienen nada
se descubran ricos de ti
y seguros del amor de sus hermanos.

Y entonces podremos cantarte
con un solo corazón,
como ya nos lo inspira tu Espíritu
cuando nos sentamos a la mesa
en la que tu Hijo viene
a multiplicar para todos los hombres
el pan que alegra el corazón del ser humano.

*
**

En cualquier lugar del mundo, cerca y lejos de nosotros,
hay hombres que se preguntan
quién les conducirá a la vida.
¡Haznos compartir, Señor, el grito de su anhelo!
El desierto nos ha invadido, todo parece marchitarse,
y cada cual procura salvaguardar sus bienes.
¡Condúcenos, Señor, por nuevas rutas!
Por los hombres que sacian a diario su hambre,
te pedimos les hagas sentirse inquietos
ante la miseria de este mundo hambriento de justicia.
Por los que comulgan regularmente en tu eucaristía,
te pedimos hagas que te encuentren
como una palabra nueva,
pues tú sólo te das para ser compartido.
Por los que están alejados de la Iglesia,
te pedimos les hagas descubrir en nuestro testimonio
un alimento capaz de saciar su hambre.
Para que nadie abandone la fe
sin haber corrido el riesgo de aventurarse
por caminos exigentes e inesperados,
¡te pedimos, Señor, que nos oigas!

*
**

El que cree en ti, Señor,
ya nunca más tendrá sed:
él mismo será fuente de vida.
Creemos que en ti ha sido vencida la muerte
para todo el que entrega su vida con la tuya,
y te damos gracias por ello,
Dios bendito por los siglos de los siglos.

*
**

Oh Dios que amas la vida:
tú habitas el corazón de todo deseo verdadero,
y cuando el hombre aspira a vivir mejor,
es hacia ti hacia quien le empuja su deseo.
Danos también hoy, de nuevo,
el pan de la vida, la fuente de la eternidad;
danos el cuerpo y la sangre de tu Hijo,
pues sólo él es el alimento
que puede guiar al mundo infaliblemente
hacia el futuro que no ha de tener fin.

POR EL HAMBRE

Hechos 5,34-42. *Fariseo de tendencia liberal, Gamaliel fue el profesor de Pablo de Tarso. Cuando fueron detenidos los apóstoles, sugirió al tribunal que dejara que las cosas siguieran su curso. Según él, si el movimiento cristiano venía de Dios, los hombres no podrían nada contra él; si, por el contrario, venía de los hombres, desaparecería por sí mismo. La historia reciente de Israel ¿no aportaba ejemplos de movimientos que sólo habían sido fuegos artificiales? Teudas, que pretendía hacer pasar el Jordán a pie enjuto a sus partidarios, había sido muerto; y en tiempos del propio de Gamaliel, Judas el Galileo animaba el movimiento zelota, abiertamente opuesto a la ocupación romana.*

En el fondo, el eminente doctor no había sospechado el carácter explosivo de la predicación de los apóstoles, la cual no tenía ningún fin político ni invitaba a retirarse a la austeridad del desierto, sino que se dirigía al corazón del hombre y pretendía dar respuesta a las preguntas que éste se plantea. Estaba animada por el Espíritu, y veía en la cruz de Cristo todo el amor con que el corazón de Dios se desborda por el hombre. Se iba a comprobar que, verdaderamente, un poco de levadura es suficiente para que la masa crezca.

El salmo 26 expresa la confianza de los que tienen fe en el Señor. Canta la alegría de los apóstoles, absolutamente dichosos de haber sido juzgados dignos de sufrir por el Nombre de su Señor.

Juan 6,1-15. *Estaba próxima la Pascua, la gran fiesta judía en la que se celebraba la alianza de ternura que Yahvé había inaugurado al librar a su pueblo de la esclavitud de Egipto. Moisés y los suyos, dejando el mar tras de sí, se habían adentrado en el desierto. Pero un hambre espantosa acabó enseguida con su entusiasmo. Habían murmurado contra Dios, y Moisés no supo qué hacer (Num 11,13). Sin embargo, Yahvé les multiplicó el maná.*

Felipe también está desconcertado. Entonces, Jesús toma los panes, da gracias a su Padre y los distribuye entre los invitados. Hay pan en abundancia: llenan doce canastos con los trozos que han sobrado. Es el tiempo de la plenitud, el tiempo del Mesías, que pronto dará su cuerpo a comer.

La multitud no se equivoca, y ve en Jesús al profeta de los últimos tiempos, quizás a Elías, que antaño había alimentado a cien personas con veinte panes de cebada (2 Re 4). Pero la multitud sí se engaña a propósito de la misión de Jesús, y pretende proclamarle rey para que encabece la revolución.

Entonces Jesús se retira a la montaña, y sus discípulos se van en la barca. Entre Jesús y los hombres se ha abierto una crisis que llegará incluso al interior mismo del grupo de los íntimos. Y es que, aunque Jesús sea el Mesías, no lo es de la manera que los hombres esperan. El pan que él da no es un alimento perecedero como lo fue el maná. Ni siquiera el pan

multiplicado no pasa de ser un signo: hay que recogerlo «para que nada se desperdicie». El pan que Jesús dará en la próxima Pascua es su vida por la salvación del mundo. Y ese pan no se estropeará, pues será el pan de vida.

*
**

Pan... la cosa más corriente, nuestro alimento común. Pan... por lo que los hombres trabajan... El pan es toda la vida de los hombres.

Para encontrarse con el hombre en el corazón de su vida, Jesús eligió el pan. Se hizo pan. Sí, una misteriosa complicidad se ha establecido entre Dios y el pan. Dios entra en la vida de los hombres bajo el signo del pan, en Belén —«la casa del pan»—; Dios permanece para siempre en la vida de los hombres desde que, en el atardecer de su vida, Jesús toma el pan al abandonar este mundo. Una misteriosa complicidad une a Dios y al pan, pues Dios quiere ser de la misma pasta que nosotros. «¿Dónde compraremos panes para que coman éstos?». Los hombres se encuentran en pleno desierto. Después de haber probado todos los alimentos, después de haber comido en todos los pesebres, están desarmados: «Danos nuestro pan de cada día». Dios tomó el pan, la vida común de los hombres, la cosa más sencilla. Para ser de la misma pasta que nosotros, se hace carne de nuestra carne, nuestro pan de todos los días.

«Estaba próxima la Pascua»... Jesús sabe que para multiplicar el pan tendrá que pagar un precio. Para Dios, el signo del pan es inseparable del signo de la cruz. El Jueves Santo Jesús celebrará de antemano lo que llevará a término en su pasión. No hay más que pan partido, roto, entregado. «Jesús les hizo sentar»; mañana será él quien se tienda sobre la madera de la cruz. El pan se hace para ser comido. «Esto es mi carne para la vida del mundo». Para Dios, el pan tiene desde entonces un precio inestimable: para hacerse pan ha entregado a su Hijo. Dios ha pagado tal precio que ya no podrá olvidar el gusto del pan.

«Cinco panes y dos peces... pero ¿qué es eso para tantos?». ¿Qué es una Palabra de salvación frente a todos los interrogantes de los hombres? ¿Qué es la vida y la muerte de un hombre frente a la vida y la muerte de miles de millones de hombres? «Danos el pan de cada día...». Pero ¿en qué puede modificar el hambre de los hombres la existencia de Jesús de Nazaret? Sólo hay pan compartido. Si el pan no es multiplicado hoy para tantos hombres que mueren de todo tipo de hambres, no es que Dios falte a la humanidad, es que el hombre falta a los hombres, es que el hombre se falta a sí mismo.

Sólo existe el pan para saciar. Sin embargo, para nuestra desgracia, hemos conservado el pan y hemos acumulado reservas. En el desierto hemos creído habernos atiborrado: la fe se ha convertido en una respuesta excesivamente fácil a nuestras hambres y a nuestras preguntas. El pan es para el hambre, y para el hambre que corroe. La multitud creyó haber encontrado en Jesús al Gran Profeta, pero él se fue a la montaña, porque él es distinto y conduce a un lugar diferente. No hay más pan saludable que el que permite proseguir el camino en el que se agranda el hambre.

Si Jesús multiplica el pan, es para producir hambre de Dios.

**Bendito seas, Señor,
que conoces el sabor de nuestra vida,
porque en tu Hijo Jesús
compartiste nuestra carne.**

**Te rogamos
que nos animes con la fuerza de tu amor,
que tu Espíritu sea en nosotros fermento de eternidad
y que con su gracia nos convirtamos
en el cuerpo de Cristo
para todo tiempo y circunstancia.**

**Tú nos sacias con el pan partido,
que es la vida de tu Hijo
entregada por el mundo.**

**Ahonda en nosotros, Señor,
el deseo y la esperanza:
que esta eucaristía sea nuestro viático,
el pan para el camino
por el que ascendemos a la vida eterna.**

Sábado de la segunda semana

EN LOS TORBELLINOS DE LA HISTORIA

Hechos 6,1-7. *A pesar de la persecución, la Iglesia de Jerusalén ha crecido. Es una comunidad llena de vida, y el Espíritu actúa en ella. La Palabra es anunciada, y el número de los cristianos aumenta sin cesar: incluso hubo sacerdotes que se unieron al grupo.*

Sin embargo, esta expansión no está exenta de conflictos, ni mucho menos; y aunque la comunión sea tan primordial para Lucas que éste se vea obligado a recordar constantemente el ideal comunitario, no por ello disimula los enfrentamientos inherentes al desarrollo de todo grupo.

En primer lugar, se produce un conflicto que enfrenta a los cristianos de origen palestino con los helenistas. Conflicto banal que los Doce solventan apelando a la iniciativa de los cristianos: deben buscar entre ellos a siete hombres de buena reputación, llenos de Espíritu Santo y sabiduría. Estos hombres se ocuparán de las comidas comunes y de la gestión de los bienes de la Iglesia. De este modo, el crecimiento de la joven comunidad va suscitando nuevas necesidades que los apóstoles se esfuerzan en satisfacer creando nuevos ministerios.

Conflicto banal que, sin embargo, responde a tensiones internas muy vivas. En efecto, cristianos de cultura helenista, como Esteban y Felipe, iban a ocupar cada vez más el primer plano de la Iglesia. Eran de espíritu más amplio que los hebreos, y pronto la Iglesia iba a tener que abrirse a los paganos.

El salmo 32 invita a dar gracias. ¡Arpas y cítaras, acompañad el himno que los fieles van a cantar al Señor!

Juan 6,16-21. *Jesús, que se ha negado a avalar las concepciones mesiánicas populares, se refugia en la montaña. También se han alejado los discípulos, que llegan a Cafarnaún y, sin duda, se preguntan por lo que han visto. La oscuridad les rodea por doquier, y no ven absolutamente nada.*

Pero el mar se iba encrespando; ese mar siempre temible para aquellas gentes del llano y de la montaña que eran los judíos. ¿No decían que era refugio de monstruos y que en él se ocultaban las fuerzas del Mal? Sin embargo, Yahvé había vencido al mar; había separado las aguas del cielo de las aguas inferiores, y éstas habían huido, enloquecidas por los truenos. Habían escalado colinas y descendido valles, hacia el lugar que Dios les había asignado (Salmo 105).

Pero he aquí que Jesús camina sobre las aguas y se acerca a los pescadores asustados. Al igual que Yahvé, manda a la masa de las olas. Hoy los discípulos le contemplan pasmados. Mañana, después de su resurrección de entre los muertos, le reconocerán el título de Señor, reservado al Dios único, rey de la creación. Jesús es el Mesías, el enviado de Dios, y puede dar el pan de vida.

Esta será la tentación de la Iglesia de todos los tiempos: aferrarse a las tradiciones, olvidando abrirse a lo inesperado del Espíritu. Abandonar la Palabra de Dios para permanecer fiel al servicio de las mesas. Para mantener las tradiciones y las costumbres, se llegará a olvidar que la primera obligación de la Iglesia, su razón de ser, es la proclamación del Evangelio. La tentación de la Iglesia a lo largo de los siglos será preferir a aquellos en los que siempre se ha pensado y olvidar a los desconocidos, a los extraños, a los hijos menores. Si la Iglesia de los primeros cristianos hubiera sucumbido a esta tentación, habría rechazado a los cristianos de origen no judío y, más tarde, a los paganos.

La Iglesia debe respetar, a tiempo y a destiempo, una sola tradición: anunciar el Evangelio. Esa es la Tradición, la transmisión de la Palabra. ¿Cómo se ha podido pervertir la palabra «tradición» hasta el punto de darle la vuelta y darle un sentido contrario a lo que significa: guardar, en lugar de transmitir; conservar, en lugar de entregar para compartir; mantener, en lugar de traducir?

La historia de los hombres es más a menudo una mar encrespada que un lago tranquilo. Corrientes contrarias nos mueven en todos los sentidos. Y, en diferentes etapas de su historia, la Iglesia estará siempre tentada de aferrarse al timón para volver a su pasado, tierra firme sin duda, pero estéril. Pero es en el mar encrespado donde se establece el encuentro con el Señor. Sólo después de haber bregado duramente, los discípulos descubren de pronto el rostro luminoso. La Iglesia no está en tierra firme: su Señor ha unido su suerte a la de las fuerzas tenebrosas de la historia de los hombres. La Iglesia sólo existe en los combates encrespados de la vida, maltratada por todas las tempestades y por todas las fuerzas oscuras. Sólo después de haber luchado a fondo, temiendo constantemente volcar, los hombres y las mujeres descubrirán que su búsqueda laboriosa estaba ya dirigida por el Espíritu. Únicamente corriendo el riesgo de la palabra, gustarán la alegría del encuentro. La fe no nos evita los temores de los hombres; tan sólo nos garantiza que Dios aparecerá en alguna parte para responder a ellos.

*
**

**Dios y Padre nuestro,
que ves cómo nos debatimos
entre la fidelidad y la imaginación,
entre el temor y el riesgo,
te rogamos que nos precedas,
que tomes tú el timón de nuestras embarcaciones
y nos conduzcas hasta el Puerto
que es tu eterna Morada.**

Lunes de la tercera semana

DIOS EN FUGA

Hechos 6,8-15. La Iglesia crece; va a abrirse a los paganos. El Espíritu no tardará en suscitar a Pablo, pero el apóstol de los gentiles tiene un precursor en la persona de Esteban, hombre lleno de fervor y de entusiasmo. El primero, sin duda, en romper con su pasado judío.

Helenista, Esteban predica con preferencia en las sinagogas reservadas a los judíos de cultura griega. Sus palabras son claras, y se detectan en ellas los acentos del Maestro. Tanto para el discípulo como para Jesús, el Templo y la Ley están caducos. Esteban rechaza la devoción cuasi-supersticiosa al templo material. Del mismo modo, proclama que la ley está al servicio del hombre, y no a la inversa. Aquello conmociona a los judíos, y el predicador es detenido. Y, al igual que en el caso de Jesús, se encuentran falsos testigos.

De estructura alfabética, el salmo 118 es un himno en honor de la Palabra divina. La estrofa aquí empleada exalta la constancia del justo, incluso cuando «los nobles deliberan contra él».

Juan 6,22-29. La muchedumbre se pone a buscar a Jesús, pero ¿qué busca en realidad? ¡El escarnio! Todas esas gentes buscan al hombre que les ha dado de comer. Búsqueda de un beneficio inmediato, superstición; pero también miedo al mañana. La muchedumbre está inquieta y no sabe lo que quiere. La historia de la samaritana se repite: hay todo un mundo entre las expectativas de los judíos y la manera en que Jesús concibe su misión. El país quiere un rey, y Jesús se presenta como el enviado de Dios.

Pero sólo la fe permite reconocer la dignidad mesiánica de Jesús. A la muchedumbre que pregunta qué hay que hacer para trabajar en la obra de Dios, se le da una única respuesta: «la obra de Dios es que creáis en el que El ha enviado». Ahora es el momento de la confianza, pero también el del rechazo.

*
**

¡Buscaban a un panadero! Jamás se había visto nada igual: ¡había dado de comer a una muchedumbre! Se podía creer en él; sin duda, se le debería consagrar como rey...

Un Dios útil-utilizable: ¡eso es lo que moviliza a las gentes! Un Dios que sirva a nuestros pequeños intereses, un Dios-comerciante que distribuya sus beneficios cuando se ha gritado lo suficientemente fuerte: ¡ése es el Dios admisible en el que se puede creer!

¡Hay una imagen de Dios que es inadmisibile! Si, cuando hablamos de Dios, se trata de encontrar una prolongación del hombre, entonces tienen razón los que ya le han enterrado. Están en lo cierto los que encuentran más

digno y honroso quedarse solos, sin Dios. Si Dios fuese un déspota que nos hiciera vivir el juego atroz de la espera y la sed, sin nombrar nuestro verdadero deseo, deberíamos denunciarlo y procesarlo. Si Dios no fuese más que el eterno suplidor de las deficiencias humanas, si no pasara de ser un superhombre, si no fuera más que la prolongación infinitamente agrandada de nuestras nostalgias, entonces, sí, deberíamos matar a Dios.

¡Buscaban a un panadero! Decidme, ¿no nos confundimos de punto de partida cuando se trata de Dios? Un Dios al que encontramos en nuestros gemidos, cuando andamos a tientas en nuestros lamentos y en nuestras esperanzas frustradas... Un Dios a nuestra pequeña medida, para satisfacer nuestros pequeños deseos... «¡Me buscáis, no porque hayáis visto signos, sino porque habéis comido pan!».

«Me gustaría hablar de Dios no en los límites, sino en el centro; no en la debilidad, sino en la fuerza; no a propósito de la muerte y de la falta, sino de la vida y la bondad del hombre» (D. Bonhoeffer, *Résistance et Soumission*, p. 123). Véanse los signos: Jesús cura, hace andar a los paralíticos, limpia a los leprosos, perdona a los que ya no pueden soportar el peso de su pecado. Dios no se descubre en la debilidad del hombre, sino en su nobleza. Querían hacer de Jesús un Dios-panadero, y él huyó. El Dios de la fe está siempre en el silencio de la adoración, cuando su rostro se transparenta en las huellas de su presencia. Sólo Dios habla bien de Dios, y sólo Cristo es «el intérprete» del Padre: «Lo que tenéis que hacer es creer en el que El ha enviado». Jesús se fue de allí e invitó a que le siguieran. Nadie puede manejar a Dios.

*

**

**Abre nuestro corazón,
ilumina nuestra inteligencia
y aviva nuestro amor, Señor,
para que recibamos tu Reino
como el niño recibe el pan de su padre.**

**¡Que en el silencio nos sean revelados
el secreto de tu presencia
y la riqueza de tu bendito Nombre!**

Martes de la tercera semana

MANA: «MAN HOU?»

Hechos 7,51-8,1a. *El discurso de Esteban es el más largo del libro de los Hechos, pero la liturgia sólo ha tomado el final del mismo, muy significativo por cierto. Esteban denuncia la hipocresía de sus acusadores, que, al igual que sus antepasados, no han observado la ley recibida en el Sinaí. Israel tiene una historia, y esa historia es santa. En efecto, desde la vocación de Abrahán hasta la erección del templo, Dios se encarnó en la vida de su pueblo. Desgraciadamente, Israel quiso encerrar a Yahvé en los límites de sus leyes y ritos y, de este modo, no reconoció la nueva alianza fundada en la sangre de Jesús.*

De la misma manera que se quitaron de encima a Jesús, los judíos se deshacen de Esteban. El motivo de la acusación no ha cambiado, y las últimas palabras del condenado recuerdan las del Maestro. Verdaderamente, Esteban se ha comportado como un auténtico discípulo; ha seguido a Jesús hasta la muerte. Pero también hoy se sigue matando a Jesús, y Simón de Cirene sigue llevando hoy la cruz.

El salmo 30 es una larga queja individual, donde se mezclan las llamadas de socorro con las expresiones de confianza. Proclama la serenidad del mártir que ha puesto su causa en las manos de Dios.

Juan 6,30-35. *El capítulo 6 de Juan no es una obra homogénea, y el desglose que propone la liturgia no facilita su comprensión, sobre todo en lo que concierne a la primera parte del discurso. Para fijar las ideas, recordemos, ante todo, que la crítica literaria reconoce en Jn 6 tres unidades (26-51b; 51c-59; 60-71), de origen y propósitos diferentes, aunque formadas dentro de la tradición joánica. La primera, una homilía sapiencial, tiende a demostrar la superioridad del pan dado por Cristo sobre el maná de Moisés. En efecto, Jesús se opone allí a la interpretación tradicional de los judíos en lo que concierne al alimento del desierto.*

Para la Sinagoga, el maná había tomado un sentido cada vez más alegórico. Alimento espiritual, se había convertido en el símbolo de la Ley o de la Sabiduría, capaces de dar vida. Pero, para Jesús, el maná no es el verdadero pan de vida. En efecto, por una parte, los que lo comieron murieron; por otra, es el Padre, y no Moisés, quien da el verdadero pan. El propio Jesús es la nueva norma de vida, es la Sabiduría de Dios. Los que escuchan su enseñanza se nutren, pues, del verdadero pan de vida: vivirán para siempre.

*

**

Al amanecer, cuando el rocío comenzaba a evaporarse, los hebreos advirtieron en la superficie del desierto la presencia de algo de aspecto granuloso y parecido a la escarcha. Y se decían: «Mân hou-¿Qué es?». Para sostener su caminar y llevarles a la Tierra Prometida, Dios les daba un «¿Qué es?», el maná.

«Danos un signo, para que veamos que tú eres el enviado de Dios». Se preguntaban unos a otros: ¿quién es éste? («mân hou?»). Para los que no tienen respuestas hechas, para los que no se dejan invadir por la sospecha malintencionada, para los que acogen su presencia, Jesús se convierte en una pregunta. ¿De dónde le viene su autoridad? ¿Se habrán cumplido los tiempos cuando reúne al gentío en la montaña y distribuye el pan? Dios había prometido convocar al pueblo para un festín extraordinario.

«¿Quién es —Mân hou?». Jesús declara: «Yo soy el Pan que baja del cielo». Habla de sí mismo, de su persona. Invita a seguirle por un camino que pasa siempre por el desierto de la muerte. Pero este desierto es también el lugar donde el maná es repartido y la vida es acogida. En el fondo de nosotros mismos ¿no ha reconocido su alimento el hambre de vivir que nos acucia? El maná se llama amor, amistad, justicia, fraternidad, reconciliación. Pero el pan que nos sacia no es el de todos los días, sino que baja del cielo. Jesús seguirá siendo siempre pregunta. Su presencia nutre, a la vez que aumenta el apetito, hasta la plenitud del último día.

«Señor, danos de ese pan». Como un eco de la súplica de la samaritana, invocamos a Dios sin conocer muy bien nuestro deseo. Es en las profundidades de su interrogante donde el creyente deposita su esperanza y arriesga su respuesta.

Mân hou... En la Mesa se nos va a distribuir el Pan. Nos preguntaremos: «¿qué es?», y a la vez invocaremos: «¡Danos de ese pan!». Nuestro asombro se transformará en admiración y en humilde demanda.

*
**

Tenemos hambre, Señor...

**Dinos lo que hemos de hacer
con los manás engañosos,
con las supuestas felicidades,
con las mentiras y las ilusiones.**

**Exprésanos de nuevo tu perdón,
¡danos tu Pan de vida!**

**Nuestras agrietadas cisternas
no pueden retener el agua;
¿por qué se encamina nuestra vida
a la perdición?**

**Ven, Señor, en nuestra ayuda,
¡danos tu Pan de vida!**

Miércoles de la tercera semana

CRECIMIENTO

Hechos 8,1b-8. *Después de Esteban, es la Iglesia de Jerusalén la que es objeto de persecución, participando así en el misterio de la muerte y resurrección de su Señor. Pero el grano de trigo enterrado da su fruto. Obligada a abandonar la capital judía, la Palabra de Dios resuena bajo otros cielos. Felipe, otro helenista, va a Samaría; Pedro se dirige hacia Cesarea y Antioquía. Durante este tiempo, Saulo de Tarso recoge las vestimentas de Esteban y se apresura a llevar a cabo las órdenes del Templo contra los cristianos de Damasco.*

Con Felipe, los samaritanos recuperan la alegría de aquella compatriota suya a la que Jesús había anunciado el culto en espíritu y en verdad (Jn 4). También para ellos han llegado los tiempos mesiánicos. Creen en la Buena Noticia que Felipe les anuncia y reciben el bautismo. El Espíritu confirma la obra divina con grandes signos y milagros. Unos cuantos días más, y los apóstoles vendrán a autenticar la primera fundación de la Iglesia de Jerusalén (8,14-17).

Los vv. 1-12 del salmo 65 constituyen un himno cuya última estrofa hace alusión al paso del mar de las Cañas, cuando Yahvé intervino para salvar a su pueblo. El himno quizá fuese empleado en el culto para cantar la victoria conseguida sobre el enemigo.

Juan 6,35-40. «Al que venga a mí, no lo echaré fuera». Es clara la alusión a los primeros capítulos de la historia de los hombres. Expulsado del paraíso después de su falta, Adán ya no podía acceder al árbol de la vida; estaba, pues, abocado a la muerte. Sin embargo, parece que la Sina-goga no ha considerado nunca la situación del hombre como irremediable, opinión fundamentada, además, en el mismo relato del Génesis. Se puede leer en ciertos targums que la Ley es «árbol de vida para todo hombre que la estudia», mientras que la literatura sapiencial, evidentemente, sustituía la Ley por la Sabiduría.

El discurso sobre el pan de vida recuerda insistentemente la voluntad salvífica del Padre, al mismo tiempo que presenta a Jesús como la auténtica Sabiduría. Gracias a él, «la maldición que pesaba sobre la humanidad, después del pecado original, es perdonada» (Boismard). Todos cuantos se alimenten de su enseñanza no serán arrojados fuera, sino que, en lo sucesivo, recibirán del propio Jesús el conocimiento del bien y del mal.

*
**

En los orígenes, el hombre quiso probar el árbol de la vida para hacerse como Dios. Y lo que era fuente de vida se convirtió en veneno: en lugar de recibir su alimento por gracia, el hombre quiso producir él mismo su felicidad. El hombre fue arrojado del paraíso, porque quería vivir sobre su propia tierra, la que construiría él sólo.

«¡Al que venga a mí, no lo echaré fuera!». Al escuchar la palabra de Jesús encontramos la tierra de nuestros orígenes. Jesús llama para recibir la gracia y el perdón, y nosotros somos reintroducidos en el jardín para gustar del fruto del árbol. El lo atrae todo a sí: plantada en el corazón del mundo, su cruz es el nuevo árbol de la vida en el que todo hombre puede encontrar su nacimiento. «Esta es la voluntad del que me ha enviado: que no pierda nada de lo que me dio».

No hay derechos reservados a la salvación, y la huella del Espíritu no es una marca registrada. La gracia no es un coto ni una reserva protegida, un paraíso para privilegiados. El árbol de la cruz está plantado fuera de los muros de la ciudad, sobre una colina, porque «muchos pasaban por allí», y el nombre que salva está escrito en griego, en hebreo y en latín, para que cada cual conozca en su propia lengua la maravilla de Dios.

La salvación es universal, pues no hay justos: todos son enfermos y todos están llamados a la curación. Para que el árbol dé fruto en abundancia, el grano tuvo que ser arrojado al surco del Gólgota. La Palabra de gracia sólo podrá germinar sembrada en las lágrimas y en la sangre. La Vida no podrá salir victoriosa sino después de haber estado aprisionada en una tumba. Una violenta persecución estalló contra la Iglesia de Jerusalén; los que se dispersaron fueron a extender por todas partes la Buena Noticia. «Si el grano no muere, no puede dar fruto». En cristiano, no hay más que una ley de crecimiento: la de la vida entregada, la de la esperanza que asume el riesgo, la del comenzar de nuevo, una y otra vez, desde la sola confianza en la fidelidad del Espíritu.

El árbol no tiene otra razón de ser que no sea la de dar cobijo a los hombres que buscan la vida. Sólo podrá crecer si hay hombres y mujeres que son fieles hoy a la ley del crecimiento del Reino: si entregan su vida al amor gratuito e incondicionado, por encima de toda coacción y en la libertad del Espíritu.

*
**

Dios y Padre nuestro,
no permitas que encerremos tu Palabra
en el reducido ámbito de nuestros hábitos,
de nuestras certezas y de nuestros sectarismos.

Haz que madure en nosotros lo que tú has sembrado:
la libertad del Espíritu,
el entusiasmo del renuevo primaveral
y el gozo de estar salvados.

Jueves de la tercera semana

PAN ENTREGADO

Hechos 8,26-40. *Dos caminos parten de Jerusalén: uno conduce a Emaús; el otro se dirige hacia Gaza. Por el primero caminan, cabizbajos y con el corazón encogido, dos peregrinos de la Pascua, profundamente decepcionados por la detención y muerte de Jesús; por el segundo viaja en su carro un eunuco «temeroso de Dios», pero excluido de la asamblea cultural judía tanto por ser extranjero como por estar castrado. Hay muchas semejanzas entre el relato de Emaús (Lc 24,13-35) y el del encuentro entre Felipe y el Etíope. En efecto, del mismo modo que Jesús había explicado todo lo que le concernía referente a las Escrituras, Felipe se encargará de explicar al eunuco el pasaje del Siervo sufriente, con lo que se convertirá para este extranjero en el testigo de la Buena Noticia de Jesús, y será para él otro Cristo resucitado, igual que Esteban había muerto como verdadero discípulo.*

Jesús había compartido la Eucaristía con los dos discípulos iluminados; Felipe administrará el bautismo al eunuco, y luego proseguirá su camino meditando las palabras del salmo: «Acudan los magnates desde Egipto, tienda hacia Dios sus manos Etiopía» (68,32).

Si los versículos 1-12 del salmo 65 forman un himno, los versículos 13-20 son de acción de gracias. Aquí están perfectamente indicados, después de la conversión de Esteban, que marca el cumplimiento de los oráculos proféticos sobre la universalidad de la salvación.

Juan 6,44-51. *El leccionario no ha recogido el pasaje del capítulo 6 de Juan que refiere las murmuraciones de los judíos. Lo cual es de lamentar, porque, aparte de que constituyen un elemento esencial del discurso, los vv. 41-43 refuerzan el tono «exodial» del mismo y expresan la oposición de la Sinagoga a las pretensiones mesiánicas de Jesús. Esto se observa perfectamente cuando, al rechazo de los judíos, opone Juan la universalidad del proyecto de Jesús: «El pan que yo daré es mi carne, para la vida del mundo».*

Los vv. 44-51 subrayan la interacción del Padre y del Hijo en la obra de la redención. Es Dios mismo quien instruye, dando cumplimiento a la palabra de Jeremías, que había anunciado que al final de los tiempos Yahvé grabaría su ley en el corazón del hombre, para que cada cual pueda tener un conocimiento personal de él (Jr 31,33). Hay que notar, además, que, lo mismo que el Padre da el verdadero pan, es él quien atrae a la humanidad para entregarla a su Hijo. Pero, por otra parte, ¿quién revela al Padre, sino el Hijo?

*
**

«Yo soy el pan vivo... el que coma de este pan vivirá...».
Vivir... La vida lo es todo. ¡Vivir es lo esencial para todos los hombres!
Vivir... sabemos, mal que bien, lo que es: vivimos de rebajas, satisfaciéndonos con nuestras pobres aspiraciones, envaneciéndonos con nuestros logros irrisorios.

«Yo soy el pan vivo», dice Jesús. Sólo Dios conoce verdaderamente la Vida: su hijo amado, salido de sus manos en la primera mañana del universo. A Dios, nadie lo ha visto jamás; sólo el que procede de él lo conoce. Al ver cómo Jesús ama la vida apasionadamente, deliberadamente, podemos barruntar de algún modo la pasión que Dios siente por la vida. ¡Pero hemos momificado a Dios, ídolo adorable y venerable! ¡Qué sorpresa, cuando nos sumerjamos en la vitalidad desbordante e inesperada de nuestro Dios!

«Yo soy el pan vivo», dice Jesús. La desbordante vida de Dios se hace carne y sangre. «El que coma de este pan vivirá para siempre. El pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo». ¡Pero nosotros hemos petrificado su carne y su sangre, ídolos adorables y venerables!

«Yo soy el pan vivo... el que coma de este pan vivirá...». Pero hemos de comer como creyentes, porque comer a Jesucristo significa hacerse uno con él, convertirse en su propia carne y sangre. Vivirá quien aprenda de él la medida de la vida. «Yo soy el pan vivo», dice Jesús. Un atardecer, ofrecerá este pan dando gracias para anunciar su Pasión muy próxima. Iba a dar su cuerpo y su sangre, se iba a dar todo él, por la multitud. «El que coma de este pan vivirá». Todos los que oyen sus palabras están abocados a dar también ellos su vida sin restricciones.

«Yo soy el pan vivo». Hablaba de la pasión de Dios por la vida, su pasión. Invitaba a hacerse carne suya.

*
**

**Jesucristo, vida que no se debilita,
tú soportaste hasta el final
la debilidad de nuestra carne.**

**Tú, lleno de Dios, te anonadaste
hasta convertirte en pan para nosotros.**

**Haz que vivan de tu Espíritu
los que comulgan en tu carne:
que la muerte no venga a agotar
la vida que tú prometes
por los siglos de los siglos.**

Viernes de la tercera semana

CARNE Y SANGRE

Hechos 9,1-20. *Saulo había aprobado el asesinato de Esteban, pero el primero de los mártires había orado por sus perseguidores. La Iglesia ha abierto ya sus puertas a los samaritanos y a los etíopes; ha llegado el momento de que «se responda del Nombre ante las naciones paganas», y ésta será la obra de Pablo.*

Jesús se aparece al perseguidor en el camino de Damasco, donde Saulo resulta iluminado y logra ver con claridad. Dios acaba de revelar en él a su Hijo. En un instante, Pablo ha comprendido las limitaciones de la Ley que tan ferozmente defendía. No es la circuncisión ni la observancia de los mandamientos lo que puede salvar al hombre, sino la gracia de Dios, la cruz de Cristo. La Iglesia abre sus brazos al convertido. Un discípulo de Damasco se presenta en la calle Recta, adonde ha sido llevado Saulo, e impone a éste las manos. Es como si a Pablo se le cayeran las escamas de los ojos. El Espíritu le quema con un fuego que ya no habrá de apagarse.

El salmo 116 es un himno típico que contiene una invitación a la alabanza universal y ofrece el motivo de la misma.

Juan 6,52-59. Con los versículos 51-59 se produce un cambio no sólo de tema, sino también de terminología. Ya no se trata de la fe, sino de «comer la carne» y de «beber la sangre» del Hijo del hombre para alcanzar la vida eterna. Es sumamente significativo el vocabulario que da soporte a la realidad del alimento y la bebida eucarísticos (ya hemos insistido suficientemente en el verbo τρώγειν: masticar la carne). Los oyentes ya no son judíos, sino miembros de la comunidad cristiana que cuestionan el contenido y el valor de los sacramentos. El discurso «eucarístico» responde a una preocupación por la ortodoxia.

Pero los dos discursos forman un todo, y el redactor ha establecido una serie de notables paralelismos entre ambas unidades. Así, por ejemplo, la sustitución de la cita veterotestamentaria (cfr. Jn 6,31, que cita el Salmo 78,24) por la fórmula eucarística (Jn 6,51), y la réplica de los judíos de uno y otro lado; o también la semejanza entre las dos declaraciones de Cristo: «El que cree en la vida eterna..., el que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna». El pan de vida es, a la vez, Jesús-Sabiduría y la carne eucarística de Cristo.

Dos expresiones deben centrar nuestra atención. Obsérvese la insistencia, típicamente joánica, en la actualidad de la unión con Cristo (v. 56). Por su parte, el v. 53 habla de comer «la carne del Hijo del hombre». Aunque afirme el realismo de la carne y la sangre eucarística, Jn 6 indica que no se trata de la carne material del Jesús terreno, sino de la persona del Señor glorificado.

*
**

Es un verdadero escándalo: los judíos están indignados ante lo que escuchan. «¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?». Nosotros ya no nos extrañamos apenas: ¡estamos tan habituados a estas palabras...!

Sin embargo, el realismo de las palabras de Jesús tiene motivos para desconcertar. Se trata de pan, de carne dada como comida, de sangre vertida para apagar la sed. Se trata de comer e incluso, en el texto original, de «masticar». Nos hallamos muy lejos de ese alimento espiritual que no se podía tocar con los dientes, so pena de sacrilegio. Para nosotros ya no existe el escándalo, porque hemos des-encarnado la Eucaristía: una hostia inmaculada muy distinta del grosero pan de cada día.

Pero nuestras asambleas eucarísticas deberían constituir verdaderos escándalos públicos. «¿Cómo puede ser eso?». Sí: los hombres deberían extrañarse al vernos tomar el grosero pan de nuestras vidas, la vida de todos los hombres, con sus miserias y sus esperanzas, y atrevernos a pronunciar sobre esas humildes realidades las palabras del Señor: «Esto es mi cuerpo». Porque ahí está el escándalo: Dios toma sobre sí la vida del mundo y, si nosotros hemos hecho del «símbolo» del pan el símbolo del símbolo, es porque ¡hemos deshumanizado a Dios! «¿Cómo puede ser eso?». No tenemos más testimonio que dar que el desconcertante anuncio de un Dios que ha dejado su casa para habitar el mundo de los hombres...

Comer es incorporarse, fusionar. «¡Te comería a besos!», dice la madre mientras estrecha en sus brazos a su hijo. Tomar el cuerpo y la sangre de Cristo es entrar en comunión de amor y de destino. Tomar el cuerpo y la sangre es, además, reconocer la vida del Espíritu en la carne y en la sangre de la humanidad de hoy. La humanidad que sufre, que busca, que da a luz al mundo con dolor; la humanidad que se regocija, que canta y que baila. Humanidad de ricos y de pobres, humanidad de pecadores y de santos.

Tenían razón para escandalizarse, porque en lo sucesivo, cuando unos hombres y mujeres, reunidos en el nombre del Señor, compartan el pan dando gracias, se producirá una y otra vez el advenimiento de la sorprendente novedad de Dios que toma carne viva, la carne de la existencia entera de los hombres.

*
**

¡Bendito seas, oh Dios que amas la vida!

**El pan partido entre nuestras manos
es ya la carne del mundo nuevo,
donde todos los hombres seremos hermanos.**

**El cáliz de nuestra acción de gracias
es ya la sangre derramada
por la salvación del mundo.**

**¡Bendito seas,
pues nuestra eucaristía anuncia ya
la mesa que tú has preparado
para la eternidad en tu Reino!**

Sábado de la tercera semana

LIBERTAD

Hechos 9,31-42. *Transición antes de la entrada de los paganos en la Iglesia; transición durante la cual la Iglesia no deja de crecer. Pedro, garante de la comunión, se desplaza continuamente.*

¡Levántate! Así tradujeron los judeo-cristianos su experiencia de la resurrección: «Creemos que Jesús murió y después fue levantado». Cristo, de pie, a la puerta del sepulcro, aurora de la promesa, amanecer de un mundo nuevo. Al hombre tumbado en su camilla desde hacía ocho años, Pedro le ordena: «Eneas, Jesucristo te da la salud: levántate y arregla tu lecho». Y lo mismo a la cristiana de Jafa: «Tabita, levántate», antes de decirselo al pagano Cornelio, que había acudido a pedir el bautismo. Comienza una nueva era para la Iglesia de Dios.

El salmo 115 es un salmo de acción de gracias individual. La liturgia toma de él, sobre todo, el deseo expresado por el fiel de cantar a Dios su agradecimiento.

Juan 6,60-69. *«Nadie puede venir a mí si el Padre no se lo concede...». Es la hora de la elección, de la que no se libra el grupo de los discípulos. La carne no sirve de nada, lleva a la muerte. La carne es el templo de Herodes, el agua de Jacob, el pan de Moisés. Sólo el Espíritu vivifica, y el Espíritu es la nueva ley, la palabra de Dios transmitida por Cristo.*

El v. 60 presenta una dificultad real. ¿En qué piensan los discípulos cuando dicen que la palabra de Jesús es intolerable? ¿De qué palabra se trata? La mayor parte de las críticas remiten al origen celeste de Jesús (cfr. v. 38: «he bajado del cielo», retomado en el v. 58). De hecho, se entiende mejor entonces el sentido del v. 62 («cuando veáis al Hijo del Hombre subir adonde estaba antes), y la indignación de los discípulos corresponde a las murmuraciones de los judíos en los vv. 41-42.

El pasaje responde a una situación de crisis en las iglesias joánicas. Algunos cristianos rechazaban la divinidad de Cristo. Nosotros tenemos, por un lado, la Tradición, con la confesión de Pedro que afirma la fe de los doce; por otro, la herejía, con la negativa de algunos a seguir al Maestro. Estos se excluyen, evidentemente, de la comunidad, cuyo símbolo de unidad es la eucaristía.

*
**

«¡Lo que dice Jesús es insoportable! ¡Es absurdo!». Esta vez no son ya sus adversarios los que hablan, sino sus discípulos. Hasta ahora le han seguido y escuchado con simpatía, y a veces con entusiasmo. Pero ahora le dejan y se van en pequeños grupos; no comprenden; su corazón ya no entiende nada.

¿Cómo va a reaccionar Jesús? Podría adaptarse a sus exigencias, hacer concesiones, sacar conclusiones de este fracaso. Pero un profeta se caracteriza por su radicalidad: «¿Esto os hace vacilar? Las palabras que os he dicho son verdad, ¡pero hay quienes no creen!». En lugar de intentar retener a sus discípulos con un discurso más fácil, Jesús les provoca: «¿También vosotros queréis marcharos?».

Conocéis la publicidad que dice: «¡Prestadnos vuestra confianza, confiadnos vuestros asuntos, ya pensamos nosotros por vosotros!». La confianza que se pide es un cheque en blanco, un verdadero avasallamiento. Pero el verdadero encuentro tiene otro precio: nuestra libertad sólo tiene el peso de su compromiso. «Elegid: ¿queréis marcharos?». La pregunta les obliga a hacerse hombres. De pie. Como la planta que crece sin su rodrigón. «Si quieres, ¡sígueme!». ¿Cómo podría Jesús anunciar la pasión de Dios por la vida sin despertar al hombre a la libertad? Conocemos demasiado bien las manifestaciones «espontáneas» de los regímenes totalitarios y el miedo al «qué dirán» para ignorar que todo atentado a la libertad del hombre disminuye su dignidad. ¡Los discípulos de Jesús no serán ni una multitud a la que le han matado el alma ni un conglomerado mudo! Se trata de un «¿quieres?» verdaderamente desarmante, pues no tiene más fuerza de convicción que su propia debilidad: proposición que sólo se da en el riesgo de la autoentrega al otro. Desarmante y desarmado «¿quieres?».

«¿Queréis marcharos?». Hermanos, ¿os habéis preguntado ya si vais a quedaros o a marcharos? Y no penséis dar una respuesta de una vez por todas. No habremos aún gustado la fe, el indescriptible encuentro, si en alguna parte de nuestro corazón no hemos sentido la temible duda: «¿A quién podríamos acudir?».

*
**

**Por la libertad que tu Espíritu
hace nacer en nuestros corazones,
¡bendito seas, Señor!**

**Por la exigente Palabra de tu Hijo,
que nos arrastra cada vez más lejos,
¡bendito seas, Señor!**

**Por hacernos participar
en su cuerpo y en su sangre,
en su muerte y en su vida,
¡bendito seas, Señor!**

**¿A quién podríamos acudir?
Tú tienes las palabras de la vida
por los siglos de los siglos.**

CUARTA SEMANA DE PASCUA

LA LEY DE LA RESURRECCION

La resurrección es el mundo al revés, aunque habría que decir que es el mundo al derecho si no tuviéramos necesidad de efectuar un continuo cambio de nuestras perspectivas. Cristo va delante y nos precede en el camino, conduciendo la historia de los hombres hasta la tierra de Dios. Nadie tiene acceso al Padre si no pasa por la Puerta del Reino que su Palabra construye. Los que le siguen han de aprender a reorientar su vida. Si la resurrección canta nuestra victoria, también expresa la nueva Ley de nuestra existencia.

Y es que no tenemos que hacer ni más ni menos que imitar al Pastor que nos guía. San Pablo resume todo el dinamismo de la resurrección cuando escribe a las primeras comunidades: «Sois hijos de la luz; convertíos en hijos de la luz».

La «moral» de la resurrección es, antes que nada, afirmación de la salvación: pertenecéis a Cristo, y nadie puede arrancar de sus manos a aquellos que el Padre le ha entregado. La Luz vino al mundo para que quien crea en ella no siga en las tinieblas: la Ley nueva es iluminación y gracia.

Pero es también aprendizaje en la escuela de aquel que no reivindicó para sí el rango que le hacía igual a Dios. No hay más que un cristiano: Cristo. Sólo él vivió la exigencia del amor hasta el extremo, porque él es el amor. Sólo él puede pretender ser el Camino, porque él trazó, en la sangre y en la confianza, el camino que, a través del Gólgota, asciende hasta el jardín de la Pascua.

«Seréis como dioses», había susurrado la serpiente en el jardín del Edén. Y el hombre, presa del vértigo, creyó semejante mentira y se vio arrastrado al polvo. El que, en la paciencia y en la oración, trate de conformar su vida de acuerdo con la Palabra de Dios, el que trate de imitar los rasgos del divino Rostro, ése oírás cómo se le dice: «Hace mucho tiempo que yo estoy contigo; desde siempre eres como Dios». He ahí el cambio total del mundo y la nueva Ley.

*
**

Te damos gracias, Padre santo,
por Jesús, tu Hijo amado,
nuestro Cordero pascual.

El, plenitud de paz, de alegría y de amor,
vino a traer la paz a los hombres.

El entregó su sangre para renovar tu Alianza
y hacer brotar la fuente
que se dilata en vida eterna.

En él te conocemos a ti
y por él hasta ti somos guiados
para habitar en tu presencia.

Por eso,
con todos los hermanos nuestros
que han sido santificados en su sangre
y renovados por el Espíritu,
¡te bendecimos, Dios y vida nuestra!

Lunes de la cuarta semana

LA PUERTA DEL REINO

Hechos 11,1-18. «El viento sopla donde quiere; oyes el ruido, pero no sabes de dónde viene ni adónde va» (Jn 3,8). El Espíritu sopla sobre la Iglesia y echa abajo las fronteras del judaísmo. Los samaritanos ya han sido reconciliados, pero el paso que ahora se va a dar es aún más importante. En efecto, los gentiles se presentan a las puertas de la Iglesia y se apoderan del Reino; comienza el alba de un nuevo Pentecostés. En Cesarea, algunos paganos han proclamado su fe en el nombre de Jesús y han pedido el bautismo. Bajo el impulso del Espíritu, Pedro profetiza: «Si Dios les ha dado a ellos el mismo don que a nosotros por haber creído en el Señor Jesucristo, ¿quién era yo para oponerme a Dios?». ¡Qué alegría para el pueblo de Dios cuando sus jefes no ponen trabas al dinamismo del Espíritu!

Por supuesto que surgen problemas y que requieren tiempo para solventarse. Judíos y gentiles se sientan ahora a la misma mesa, comparten la misma comida y comulgan de la copa del Señor. Pero la ley judía prohibía que judíos y gentiles comieran juntos, pues ello constituía una de las principales causas de impureza ritual. También algunos de entre los judeo-cristianos van a protestar, pero en vano, porque ya no podrán apagar el fuego del Espíritu. Para Dios, la frontera entre lo puro y lo impuro no pasa por los alimentos, sino por el corazón del hombre. Y así habrá de ser también para la Iglesia...

Los salmos 41-42, pertenecientes al género de las quejas individuales, hablan admirablemente del deseo de los paganos de beber en la fuente de la vida.

Juan 10,1-10 (11-18: años A). «Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; pero, como decís que veis, vuestro pecado sigue ahí» (9,41). Los fariseos excomulgaron al ciego curado por Jesús. ¿Preferían las tinieblas a la luz? En cualquier caso, pretendían detentar la clave de la salvación; acumulaban méritos observando escrupulosamente todas las prescripciones de la ley. Los escribas, sobre todo, eran detestables ya que imponían a los pequeños cargas demasiado pesadas para ellos. Finalmente, se parecían a esos jefes implacables para los que ya el profeta Ezequiel había tenido palabras muy duras (cap. 34). Jesús, por su parte, los trata de «ladrones» y «bandidos»: reinan sobre un pueblo cuyas aspiraciones profundas desprecian.

Jesús, por el contrario, conoce a sus ovejas, porque ha asumido su carne y se ha hecho una de ellas. Por eso, cuando les habla, se dirige a su corazón, y las ovejas reconocen su voz. El Hijo del hombre no aplasta al hombre, sino que lo levanta y, en amoroso cara a cara, le revela que el amor es posible. Jesús es la puerta que se abre sobre el infinito de Dios, un infinito de bondad, de misericordia y de libertad.

**

Jesús polemiza con sus adversarios habituales, los fariseos, que encierran a la gente en el reducido ámbito de sus doctrinas y reglamentos. Son ladrones, bandidos, lobos... que roban, saquean y destruyen. Los fariseos del tiempo de la primitiva Iglesia circunscriben la oración a los límites del Templo y establecen para la salvación las fronteras del judaísmo. ¡Los fariseos de todos los tiempos acorralan a los fieles para protegerlos, guardarlos y mantenerlos a raya!

«Yo soy la Puerta», dice Jesús. Ya no hay rediles. Jesús abre al mundo de Dios y al mundo del hombre.

La Puerta se abre sobre la verde campiña, sobre la aventura y el aire libre. Jesús abre al infinito de la aventura con Dios. «Yo soy la Puerta», dice, «y derribo las murallas del miedo, de la defensa y de la cicatería». Dios está fuera de las murallas, como lo demostrará el día en que sea colgado de una cruz a las puertas de la ciudad, fuera de los muros de la misma. «Si alguien pasa a través de mí, se salvará y accederá a la tierra donde sopla el Espíritu de Dios, el viento de la libertad».

La puerta es, además, el lugar por donde se pasa y donde la gente se reúne. «Yo soy la Puerta», dice Jesús. Quien pase a través de él se verá unido a una comunidad en la que los vínculos interiores de conocimiento, de amor y de mutua participación son más fuertes que los vínculos creados a base de constricción y de prescripciones.

«Yo soy la Puerta». Una puerta que se abre sobre un universo hasta entonces prohibido. En los días del pecado, Dios había colocado a dos ángeles como guardianes del paraíso perdido. En adelante, el propio Dios es la puerta y el paso. «He venido para que los hombres tengan la vida».

*
**

**Ven, Señor, a abrir nuestras puertas selladas,
haz que salten por los aires nuestras certezas
y denuncia nuestros hábitos.**

**Penétranos con el sople de tu Espíritu:
sé la brecha que nos permita
salir de nuestros atolladeros,
la puerta que abre sobre la libertad y la vida.**

Martes de la cuarta semana

PERTENENCIA

Hechos 11,19-26. *Cesarea era todavía Palestina. Pero la tormenta que se había desatado sobre la Iglesia de Jerusalén había dispersado a los creyentes. Los griegos, sobre todo, habían vuelto a su país de origen. En Antioquía, algunos de ellos hablaron a los griegos. Antioquía era una ciudad importante, capital de un departamento de ultramar, Siria, que englobaba Jerusalén. Pero era una ciudad podrida...*

Para el futuro de la Iglesia es una revolución. Hasta ese momento se había admitido a algunos paganos, excepcionalmente, en la comunidad, pero ahora los misioneros se hacen griegos con los griegos, y el Señor «les presta ayuda». En la gran ciudad pagana nace una nueva Iglesia, independiente del judaísmo. La opinión pública no se equivoca y da, por vez primera, a los discípulos el nombre de «cristianos».

También en Jerusalén se dan cuenta de que el viento ha cambiado. Los apóstoles envían a Bernabé a que se informe de la situación, y sus conclusiones van a estar a la altura del acontecimiento: partirá hacia Tarso en busca de Pablo.

Aun cuando falten algunos elementos, el salmo 86 está emparentado con los cánticos de Sión. Celebra a Jerusalén, la ciudad elegida por Yahvé y que para los cristianos es la Iglesia madre, la comunidad cuyo testimonio de fe ha franqueado las fronteras para conducir a los hombres a Dios.

Juan 10,22-30. *Ezequiel lo había predicho: los jefes indignos serían desautorizados, y Yahvé suscitaría un único pastor, un mesías de la casa de David. Cuando Jesús se afirma como el verdadero pastor, ¿se aplica a sí mismo el oráculo del profeta? Que lo diga claramente: ¿es el Mesías? En los Sinópticos sólo encontramos semejante requerimiento en el transcurso del proceso religioso (Mc 14,61). En Juan, toda la vida de Jesús se desarrolla como un largo proceso, enfrentamiento violento entre la noche de los hombres y la luz de Dios.*

Pero es un falso proceso: los acusadores son juez y parte. «Yo y el Padre somos uno», dice Jesús; para muchos la respuesta es blasfema. Simeón había hablado perfectamente cuando anunció que Jesús estaba puesto para que muchos en Israel cayeran y se levantaran.

*
**

Se celebraba en Jerusalén la fiesta de la Dedicación del Templo, que conmemoraba la restauración del altar de los sacrificios, profanado por los paganos, y el esplendor del santuario erigido por Salomón. El clima de la multitudinaria peregrinación era de regocijo popular. Se revivía el largo Exodo a través del desierto, la marcha hacia la Tierra prometida, las tiendas y los campamentos, los tiempos en los que el propio Dios en persona vivía bajo la Tienda, mientras llegaba el día en que el Templo fuera su morada.

«La Palabra puso su tienda entre nosotros» (Jn 1,4): los signos se borran para dejar paso a la realidad. He aquí la verdadera morada de Dios entre los hombres: un hijo de hombre, el Hijo de Dios. Signo que, por lo demás, suscita la contradicción. «¿Si eres el Cristo, dilo abiertamente!» (Jn 10,24). El Hijo ha venido «para que quienes no ven vean, y quienes ven se queden ciegos» (Jn 9,39). ¡Ciegos fariseos, que se esfuerzan en arrebatar de las manos de Cristo a las ovejas que ya le conocen! La fiesta desemboca en controversia...

«El Señor es mi pastor...». Sólo Dios puede conducir a su Pueblo, y lo ha puesto todo en manos de su Hijo. Los hombres no tardarán en creer que han destruido el verdadero Templo, pero el Cordero se alzarán de nuevo para conducir al rebaño hacia las aguas de la fuente de vida (Ap 7,17). Sólo el pastor, hecho cordero para ser una sola cosa con su rebaño, puede reivindicar la condición de pastor. Sólo el que da su vida hasta las últimas consecuencias puede conducirlo a la fuente de la vida.

Dios no va a dar otro signo más que éste: el Cordero será llevado al matadero. Objeto de desprecio, desecho del pueblo, irá a la muerte sin defenderse. Como el macho cabrío al que se arrojaba al desierto tras haberle cargado simbólicamente con el pecado del pueblo, también a él se le arrojará fuera de la ciudad, cargado con una cruz. «¿No he perdido a ninguno de los que me habías confiado!... Cuando haya sido levantado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí». No habrá más señal que la de un Pastor abandonado por su rebaño en el momento mismo en que, en el más absoluto desamparo, él trata de reunirlos. El Pastor se irá, abandonándolo todo, para que no se pierda ni una sola oveja. En adelante habrá entre el rebaño y su pastor unos vínculos de sangre, y Jesús no podrá abandonar, sin renegar de sí mismo, a aquellos a los que él ha llamado. «Esta es mi sangre derramada. Haced esto en memoria mía». Por haber perseverado hasta el final, ha podido abrir los pastos de la salvación y nos ha conducido a la Morada de Dios. «Donde yo esté, allí estará mi servidor».

*
**

**Padre,
cuando llegó la hora en que los hombres
trataron de quitarle de las manos
a los que tú le habías confiado,
tu Hijo se entregó como víctima,
a fin de que nadie pereciera.**

**Te pedimos que, puesto que participamos
del cuerpo y la sangre
de Aquel que es nuestro Cordero pascual,
seamos congregados por el Espíritu
en un solo rebaño
mientras llega el día
en que seamos tuyos para siempre.**

Miércoles de la cuarta semana

ILUMINACION

Hechos 12,24—13,5. *El Espíritu sopla huracanadamente sobre la iglesia de Antioquía. Al ir a sacar a Saulo de su retiro, Bernabé había apostado por el futuro. Lleva a Saulo a Antioquía, y ambos pasan allí un año entero con la comunidad, durante el cual instruyen a un considerable número de personas, edificando una nueva Jerusalén, libre de la presión del Templo y de la Ley, con sus propios catequistas y hasta sus profetas. Se organiza el servicio de la comunión y, cuando el hambre se abate sobre los cristianos de Jerusalén, que ya no eran ricos, los hermanos de Siria corren presurosos en ayuda de la Iglesia-madre. Al igual que en Jerusalén, los cristianos de Antioquía frecuentan asiduamente la oración y la fracción del pan, y las palabras pronunciadas por Jesús en la última cena van tomando progresivamente su forma definitiva, vertida en la lengua de Homero. Es justamente durante una eucaristía cuando se levanta un profeta para decir en nombre del Espíritu: «Apartadme a Bernabé y a Saulo para la tarea a que los he llamado». Y, tras haber ayunado y orado, se imponen las manos a los dos elegidos. Su obra va a ser la obra de toda la comunidad.*

El salmo 66 es difícil de clasificar. Los vv. 2-3, que son una plegaria, invitarían a ponerlo entre los salmos de súplica; pero los versículos siguientes responden más bien a las características del himno.

Juan 12,44-50. *El Sanedrín ha tomado ya una decisión. Jesús debe morir. Una mujer de su entorno ya le ha ungido, por lo demás, para su sepultura (12,1-8). «Ha llegado la hora de que el Hijo del hombre sea glorificado». La muerte de Cristo es ahora ineluctable, y es ella la que determina el que toda la humanidad se congrege en la colina de Jerusalén. La semilla debe pudrirse para que pueda prosperar la cosecha.*

Jesús está dispuesto al sacrificio supremo, pero su sacrificio señala la hora del juicio del mundo. Jesús es la luz del mundo. No ha sido enviado a juzgar, sino a salvar. Sin embargo, el que prefiera las tinieblas a la luz incurrirá en el juicio; por otra parte, la luz ya va a estar muy poco tiempo en la tierra. El «libro de las señales» es la historia del rechazo de la vida y la luz divinas por parte del hombre.

*
**

«Yo, que soy la luz, he venido al mundo para que quien crea en mí no siga en tinieblas». Este es el juicio al que estamos sometidos: ¡la luz ha venido al mundo para que todo el que crea tenga la vida! Indudablemente, muchas veces los hombres no van a la luz y prefieren sus tinieblas, porque la luz no haría sino desvelar su injusticia y su mediocridad. Pero, si nos atrevemos a ponernos bajo la luz de la Palabra de gracia, entonces la luz, a la vez que escudriña nuestros más tenebrosos recovecos, acabará con la oscuridad que nos condenaba e iluminará nuestra existencia con benéfico y entrañable calor. «El que escucha mi voz viene a la luz», dice Jesús.

La Luz dice: «¡He venido a traer fuego a la tierra!». Si quieres ser perfecto —sigue diciendo—, si quieres ver mi transparencia, si quieres que tu corazón se transfigure, ve, vende todo cuanto te entorpece: tu egoísmo, tu suficiencia, tus inútiles riquezas, tus necesidades ficticias...; déjalo todo y sígueme, y entonces tu corazón será como un espejo sin el menor defecto, y verás mi gloria.

Y dice también la Luz: «¿Acaso se enciende una lámpara para ponerla debajo de un celemin? ¿No se enciende, más bien, para ponerla en medio de la estancia y que ilumine hasta los más oscuros rincones?». ¡Así es como yo renuevo la tierra! ¡No hay deseo que yo no pueda liberar, ni pequeñez que yo no pueda hacer crecer, ni hay nada hermoso que yo no haga salir a la luz del día, ni hay nada empañado que yo no haga relucir!

Y dice, finalmente, la Luz: «Sed como los criados que aguardan el regreso de su señor». Se hace la noche cerrada, todo parece muerto en la casa, y parece como si ya no pudiera llegar el día... Pero vosotros sed fieles y, con la lámpara en la mano, velad esperando el momento en que llame a la puerta el amo de la casa. El hará que se enciendan todas las lámparas, se prepare la mesa y haya fiesta para todos.

Escucha, pues, a quien te dice: «Yo soy la Luz, y he venido para que quien cree en mí no habite en las tinieblas». Aun cuando tu paso siga siendo vacilante, como el del hombre que no se atreve a dar crédito a sus ojos, ¡puedes avanzar en la claridad de Dios!

*
**

**Tú has visitado, Señor, la noche de nuestro mundo:
bendito seas por la luz,
que habita junto a ti desde siempre.**

**Tú has hecho que la luz brille en nuestras tinieblas
y que, día tras día,
el Espíritu de tu Hijo transfigure nuestra tierra.**

**Te pedimos
que amanezca de nuevo para nosotros
el tiempo de tu gracia,
que venga tu Día y que jamás tenga ocaso.**

Jueves de la cuarta semana

AMOR

Hechos 13,13-25. Pablo se pone al frente de la misión. Ha cambiado su nombre judío por un nombre romano, pues el Espíritu le guía hacia los gentiles; pero, fiel al método constante de los misioneros cristianos, se dirige con prioridad a los judíos. Un sábado, toma la palabra en la sinagoga de Antioquía de Pisidia, en la Turquía meridional, y, partiendo de la Escritura, recuerda el pasado de Israel. Como todos los judíos, Pablo tiene un agudo sentido de la unidad de la historia. Para él, el acontecimiento del Sinaí y el de la Pascua se inscriben en una misma economía: Dios ha prometido al hombre la vida eterna, y es el mismo Espíritu quien actúa.

El salmo 88 se compone de varias unidades diferentes. Los versículos tomados por la liturgia pertenecen todos al poema dinástico de los vv. 2-5 y 20-38, que recuerda las promesas de Dios a David acerca de la elección de su casa para el trono de Judá. No es imposible que el poema responda a una crisis de régimen; en el contexto de la primera lectura, acredita a Jesús como descendiente de David.

Juan 13,16-20. En la última cena con sus discípulos, Jesús se levanta de la mesa y se ciñó una toalla para lavarles los pies. Con un gesto de innegable profundidad, expresó, en el momento de abandonar su vida, lo que había sido esencial a lo largo de ella. Para Jesús, vivir es amar. Por amor da su vida para salvar a los hombres; por amor asume ante los suyos el servicio más humilde. «¡El que quiera ser el primero, que sea el último y el servidor de todos!».

El ejemplo y el mandamiento de Jesús hunden su raíces en lo que ha sido su vida. El amor a los demás, incluidos los enemigos, es su exigencia más fundamental. Toda su vida fue un compromiso por los pecadores, a quienes invita prioritariamente a su mesa, reconciliándolos así consigo mismos y con Dios. En la última cena, también lava los pies a pecadores. Al día siguiente, los discípulos le abandonarán en manos de los hombres, y él ya ha reconocido en Judas al traidor. El amor que actúa, y que había inspirado toda su actividad, caracteriza también su muerte.

*
**

Se ha despojado, haciéndose imagen misma del Siervo. Se ha abajado y, en su obediencia, ha ido hasta la muerte. Al pasar por la muerte, Jesús pasa por la condición de esclavo. Abraza el más humilde de los servicios y ama a los suyos hasta el extremo.

«Si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros. Sabiendo esto, ¡dichosos vosotros si lo cumplís». El paso esencial es el del amor. Cuando se arrodilla a los pies de sus discípulos, ya ha entrado Jesús en agonía. El Hijo del Hombre no ha venido a ser servido, sino a servir. «La medida del amor es el amor sin medida» (San Bernardo).

El que, siquiera por un instante, se ha percatado de la pasión que Dios siente por él, no puede dejar de sentir asombro el resto de su vida: «¿Quién es Dios, pues?». Y es que Dios ha amado al mundo sin medida.

Vivir la lógica de la resurrección es dejarse prender en el juego del amor y en su dinámica. El cristiano no es un héroe, un prodigio de virtud. El amor en él está tan maltrecho como en los demás, tan a menudo empedregado y alicorto, hasta el punto de no ser a veces más que una caricatura. Pero el discípulo de Jesús conoce el poder de la gracia, y en sus intentos de amar se alza ya la victoria del Amor. ¡El amor es una apuesta, una fe, un compromiso de vivir como Dios, sin otra seguridad que el Espíritu de Dios!

El Siervo de Dios llegó hasta el final de su vida entregada, e invita a seguirle. La ley de la resurrección no es otra cosa que el inaccesible «como»: «¡Amaos como yo os he amado!» ¡Dichosos si ponéis esto en práctica! Sí, ¡dichosos los que se atreven a soñar que un día su amor será como el de Dios! Dichosos los que están dispuestos a pagar un gran precio para que su sueño tome cuerpo en la vida de los hombres (Card. Suenens).

*
**

**Amor por encima de toda medida,
Dios desbordante de amor,
Dios que das sin cálculo alguno:
llénanos de tu Espíritu,
y nacemos a la vida filial
que tú prometes para la eternidad.**

*
**

**Tú que lavaste los pies a tus discípulos
y les revelaste los secretos del Reino,
concédenos, Señor Jesús,
cumplir en todas las cosas
la ley del servicio y de la humildad,
a fin de que podamos ser contados
entre tus amigos.**

Viernes de la cuarta semana

CAMINO

Hechos 13,26-33. *En Jesús se cumple plenamente la promesa hecha a los Padres. Unidad de la historia: Jesús ha muerto —muerto ignominiosamente sobre una cruz—, pero con ello ha hecho realidad las palabras de los profetas, que se leen cada sábado en la sinagoga. Ha sido entregado a manos de los hombres, pero para la salvación de la multitud. Dios mismo ha avalado este sacrificio voluntario: ha resucitado a Jesús de entre los muertos; ha aprobado la obra de su Mesías y lo ha entronizado en la gloria suprema.*

Los judíos habían pedido una palabra de ánimo; Pablo les dirige una palabra de salvación. Con la resurrección de Cristo, el Reino forma parte definitivamente de la historia de los hombres; las «verdaderas realidades de David» forman ya parte del patrimonio de la humanidad. «Gracias a Jesús os llega el anuncio del perdón de los pecados, y esta justificación que no habéis podido encontrar en la ley de Moisés es plenamente concedida en él a todo hombre que cree». A todo hombre: la resurrección va más allá de la persona de Jesús; alcanza a todo hombre creyente. Es obra del Espíritu, y Pablo ha recibido de Cristo la misión de proclamarla.

El salmo 2 es un salmo real que el soberano recitaba el día de su entronización en Jerusalén. Contiene el decreto divino que ratifica la adopción del monarca por Yahvé y un oráculo que fija su destino.

Juan 14,1-6. *El Sanedrín ha decidido la muerte de Jesús, y éste, en un acto libre, ha ratificado el voto de los hombres. La mujer ha derramado su perfume para el embalsamamiento, y Judas está ya en camino para llevar a cabo su traición. «El Hijo del Hombre ha sido (ya) glorificado, y Dios ha sido glorificado en él». La pasión ha comenzado; más aún: el Cristo que ahora habla es «el Cristo vivo que ya ha atravesado la muerte (Dodds) y que revela a los cristianos el sentido de su paso.*

Cristo se va, pero los discípulos no deben perder la calma. En efecto, se va, pero volverá a buscarles para que se reúnan con él. La muerte de Jesús abre una brecha en el tiempo. Al llegar hasta el fondo de su ofrenda, Jesús revela las profundidades del amor de Dios; abriendo así el camino que conduce a Dios. Si los hombres le imitan en su misterio de muerte y resurrección, entrarán en la comunión del Padre; pasarán de la vida presente a la vida eterna.

*
**

¡Querían retenerlo! Siempre se desea retener al amigo que pretende marchar. Nosotros queremos retener a Dios, venerar lo que nos queda de él, aunque sean reliquias sin alma, sin vida...; palabras que repetir, aunque la letra tenga que matar al Espíritu...; principios que defender, aunque tengan que sepultar el alegre y un tanto insensato anuncio: «¡Buena Noticia para los pobres!». Queremos retener algo de Dios, aunque no sean más que «títulos» que confesar para suplir un auténtico encuentro. ¡Queremos venerar a Dios en un relicario!

«¡Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida!». A quienes se obstinan en aprisionar el pasado, Jesús les responde en términos de vida: «Yo soy el Camino». Jesús invita a seguirle, aunque sabe que es largo el camino que ha de recorrer la humanidad hasta hacerse humana y acoger a Dios. ¿Cómo podemos hacer del camino un coto cerrado y estancarnos en una religión esclerotizada? ¿Cómo podemos encerrar en fórmulas a Aquel que identifica a la Ley con su propia persona? Si nos adherimos a su manera de ver nuestra vida, es para ser engendrados por su gracia. El, el Camino, ha de recorrer ya eternamente nuestros caminos, los cuales, gracias a El, pueden ya franquear las puertas del Reino de Dios.

«¡Yo soy la Verdad!». ¿Cómo podemos encerrar en un sistema abstracto una «Verdad» que siempre estará por acoger y descubrir? Si nos repetimos las palabras que nos transmitieron los testigos, es para despertar a lo que ellas pretenden hacer nacer en nosotros. Porque El, la Palabra, ya nunca habrá de expresarse si no es a través de nuestras palabras, que son ciertamente fugaces, pero que en El son portadoras de la declaración de un amor que El hace eterno.

«¡Yo soy la Vida!». Si contemplamos la cantidad de violencias, injusticias y barbaridades que se cometen en el mundo, nos invade la duda. ¿Acaso el creer no es uno de esos sueños que permiten a los hombres taparse los ojos y eludir sus responsabilidades frente a la dureza de la vida? Si confesamos que Jesús es Señor y Dios, es porque ya hemos entrado en comunión con él. El, la Vida, asume nuestras muertes, las de cada día y las del último día, y con él todas ellas reciben la semilla de una vida sin fin.

Queremos retener al Vivo, pero él ya se ha lanzado hacia el mundo de Dios. La Vida está delante, no detrás: «Dios viene del futuro» (Pierre Teilhard).

*

**

**Dios y Padre nuestro,
tu Espíritu dice la verdad sobre nuestra vida:
¡estamos hechos para ti y vivimos por ti!**

**Danos suficiente ánimo para seguir a tu Hijo:
él nos hará acceder al mundo nuevo
por los siglos sin fin.**

Sábado de la cuarta semana

IMITACION

Hechos 13,44-52. *Momento dramático: Pablo acaba de dirigir a los judíos una palabra de salvación. Ha anunciado que la resurrección de Cristo abrirá un futuro a todo hombre creyente; ha recordado la antigua promesa de Yahvé a Abrahán: «En ti serán bendecidas todas las razas de la tierra». Es la ruptura: una parte de los oyentes no puede entender ese lenguaje, y se desata la indignación.*

Con toda solemnidad y con la libertad del Espíritu, Pablo declara entonces: «Era necesario anunciaros a vosotros en primer lugar la Palabra de Dios; pero, ya que la rechazáis y vosotros mismos no os juzgáis dignos de la vida eterna, mirad que nos volvemos a los gentiles». La decisión está cargada de sentido. Por una parte, revela un fracaso provisional de la Palabra entre el pueblo de la Promesa; pero, por otra parte, confirma que los paganos pueden aspirar legítimamente, junto con el Israel fiel, a la herencia de la vida eterna. El amor de Dios no conoce fronteras.

El salmo 97 canta la alegría de los discípulos, que no conoce eclipses a pesar de las dificultades de la misión. Es un himno a la universalidad de la salvación.

Juan 14,7-14. «Señor, no sabemos adónde vas; ¿cómo podemos conocer el camino?» (14,5). ¡Verdaderamente, Tomás, eres de la misma raza que Nicodemo, que Felipe e incluso que la samaritana! La ingenua pregunta que tú haces es en realidad nuestra pregunta. ¿Cómo saber el camino? ¿Cómo saber adónde va Jesús?

Jesús va a fundar su Iglesia. Su muerte ya ha sido decidida, y él debe llegar hasta el final. Entonces estallará el amor del Padre; entonces se verá que Dios ha dado a su Hijo para la salvación del mundo.

Pero la obra de Cristo no se acaba con él. Los discípulos realizan las mismas obras que él realizó, y aún mayores. Cristo muere, y los testigos se levantan. Habitados por el Espíritu, proclaman la resurrección y confirman que el amor es más fuerte que la muerte.

*

**

«Tanto tiempo hace que estoy con vosotros ¿y aún no me conocéis?». Se llamaba «Emmanuel» (Dios con nosotros). Es el Hijo del Dios que se llama «Amor». Existía desde el principio como Palabra que engendra los mundos. Pero el mundo enfermó de no saber amar, y Emmanuel tuvo que conocer la carne del mundo, hasta el extremo de dar su vida para que renaciera el amor. Y vivió el amor de los mil rostros de principio a fin.

Y nos enseñó la ternura, lenguaje oculto del verdadero amor. Con él, todas las cosas se hacían nuevas y, sobre todo, el amor no acababa nunca de expresar su inalterable novedad. Sus últimas palabras tienen el peso de un testamento único: «Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros». ¡Con una sola frase nos confía la historia y el futuro del mundo!

«Tanto tiempo hace que estoy con vosotros ¿y aún no me conocéis?». Dios no tiene otro rostro que el amor, y el único camino que conduce a la tierra de Dios es un corazón que se arriesga a amar.

«Creed al menos por mis obras». El amor no tiene más demostración que su propia existencia. El rostro sólo se descubre cuando se acarician sus rasgos. La ley de la resurrección no consiste sino en imitar los rasgos del Viviente. Y entonces, en el día del encuentro, será él quien te diga: «¡Hace tanto tiempo que estaba contigo...!».

*
**

**Dios santo, nadie te ha visto jamás,
sino tu Hijo amado,
Palabra encerrada en nuestra carne
que desvela tu proyecto a los pequeños
y les da a conocer tu nombre.
Invocando ese nombre, te pedimos
que nos glorifiques en él,
pues él dio su vida por nosotros.**

*
**

**Consuma, Señor, lo que has comenzado en nosotros:
¡revélanos al Padre!
Haz que, siguiéndote y escuchando tu palabra,
accedamos al conocimiento
del amor eterno,
donde vives resucitado, con el Espíritu Santo,
por los siglos de los siglos.**

QUINTA Y SEXTA SEMANAS DE PASCUA

LA IGLESIA, FUTURO DEL MUNDO

Para que los hombres entren en comunión con él, Dios quiere darse a conocer o, según la palabra bíblica, revelarse, desvelarse. Para lograrlo, y siguiendo el instinto de todo amor, Dios busca los medios de vivir con el ser amado. Se hace hombre: sale de sí mismo y se despoja, de alguna manera, de su trascendencia. Ese es el misterio. Su extravagancia racional provoca precisamente en nosotros lo que llamamos la fe. La fe no es consentimiento teórico a una verdad abstracta, sino participación del ser de Dios, dado en comunión.

Sobre este transfondo hay que captar el misterio de la Iglesia. A través de los tiempos, la Iglesia es la historia de la Palabra única entregada por Dios en Jesucristo. «¡El Reino ha llegado a vosotros!». La Palabra de Dios no tiene más palabra para hacerse oír que palabras de hombres que balbucean el misterio revelado; pero en estas palabras que dudan se puede ya oír la Voz eterna. El Amor no tiene otro lugar donde realizarse que los gestos de los hombres y mujeres que intentan amar; pero en estas vidas aún confusas se efectúa ya el gran gesto de Dios.

El tiempo de la Iglesia se confunde con el de la espera y la esperanza. La referencia de la Iglesia a lo Por-venir, al Reino, es tan decisiva como la referencia al hecho pasado de Jesús. Sin duda, la Iglesia recuerda, y su fe es memoria, herencia; pero, al mismo tiempo, está orientada a la futura consumación. Y aunque viva ya la totalidad del misterio de Cristo, no lo vivirá en plenitud mientras no alcance la visión del cara a cara. Dios se ha revelado de una vez por todas y, sin embargo, a la Iglesia no le bastará toda su dilatada vida para descubrir la profundidad y la riqueza de esta revelación. El tiempo de la Iglesia es el de la humilde invocación: «¡Venga tu Reino!». Con la seguridad que le da Cristo, ella ofrece ya al Reino la posibilidad de llegar a los hombres, pero sin jamás poder agotarlo.

*
**

**Sois el Cuerpo de Cristo,
¡y no hay que profanar el amor!
Sois la Viña plantada por Dios,
¡y no debéis nutrirnos de fuentes estériles!
Sois el pueblo consagrado,
¡y no podéis coquetear con el mundo caduco!
¡Señor, ten piedad de nosotros!**

ORAR CON JESUS EN LA ULTIMA CENA

Te damos gracias, Dios y Padre nuestro,
porque tu Hijo Jesús ha puesto sus ojos en nosotros,
nos ha elegido y ha puesto en nuestras vidas
semillas de vida eterna.

Para llevar hasta el final
la obra de amor que le habías confiado,
se entregó a sí mismo a la muerte
y, mediante su resurrección,
derribó el muro de oprobio, que nos separaba de ti.

Y porque ahora vive junto a ti,
el cielo y la tierra se abrazan
y nosotros sabemos
adónde nos empuja el deseo de nuestro corazón.

Escucha, Padre, la oración de tu Hijo amado,
y transfigura por medio de tu Espíritu
la mirada de quienes comulgan en su cuerpo.

Haz que podamos ya, en el misterio eucarístico,
contemplar la gloria de tu Hijo
y vivir de su vida permaneciendo en él.

Sí, Padre, reconocemos
que has enviado a tu Hijo al mundo
para que en él tengamos lugar en tu morada.

Tu Espíritu ora en nosotros,
y cuando nos mueve a suplicar:
«¡Ven, Señor Jesús!»,
la mesa del pan partido
se convierte en cita de fe y de esperanza.

Por esta gracia que nos anima cual fuego devorador,
por esta fuente viva que alimenta nuestro deseo,
te damos gracias, Padre de ternura,
por Jesús, la estrella radiante del nuevo día
que amanece ya sobre nuestra tierra.

*

**

Con Jesús,
que entrega a los suyos el testamento de su amor
tras haberles lavado los pies
y compartir con ellos el pan y el vino del Reino,
te pedimos:

Por todos los que sufren separaciones dolorosas,
para que puedan descubrir en Jesús el camino
de una morada donde hay lugar para todos.

Por los que buscan la verdad, la fe y la esperanza,
para que encuentren en el Evangelio
una llamada a superarse en la confianza en Dios.

Por los que trabajan en el mundo al servicio de Dios,
para que su testimonio se haga transparente
mediante la fe y la verdad de sus obras.

Por la Iglesia,
para que sea capaz, a lo largo de los siglos,
de inventar una palabra de esperanza siempre nueva,
gracias a su fidelidad al Espíritu de Cristo.

Por los elegidos por Cristo para ser sus apóstoles,
para que vivan su vocación como una amistad
en la acción de gracias y en la abnegación constante.

Por cada uno de nosotros,
para que descubramos la ansiada noticia
de que el amor lo es todo, con tal de que se viva
en la fidelidad al mandamiento del Señor.

Por nuestros hermanos que padecen persecución,
para que reconozcan la presencia de Jesús
a su lado, en el dolor y en la prueba.

Para que apoyemos fielmente a la Iglesia,
que experimenta el difícil combate
en favor de la justicia y la verdad.

Para que vivamos los tiempos de crisis
como un alumbramiento del futuro
que exige nuestra fe y nuestro compromiso.

Para que la ausencia física de Cristo
nos permita descubrir
que el rostro de cualquier hombre
lleva la impronta del Eterno.

Lunes de la quinta semana

MAS ALLA DE LAS CIFRAS

Hechos 14,5-18. *Esteban había sido lapidado por orden de las autoridades judías, y la Iglesia había salido de la esfera judaica. Pablo y Bernabé, que han encontrado una muy viva oposición tanto en Antioquía como en Iconio, se dirigen cada vez más al mundo gentil. De este modo, la sangre de los mártires es finalmente fuente de gracia y crecimiento.*

Como había hecho Pedro en Jerusalén (Hech 3), también Pablo cura a un enfermo en Listra. La gente está encantada y ya se imagina que los dioses visitan a sus adoradores; incluso el gran sacerdote de Zeus se dispone a ofrecer un sacrificio. Pero, cuando comprenden el desprecio de que son objeto, los dos misioneros rasgan sus vestiduras y arengan a la multitud, anunciando al Dios único, creador y providente. El discurso, efectivamente, ha cambiado: ahora está concebido para los gentiles y no contiene ya alusiones ni a la Historia de Israel ni a los profetas.

El salmo 113b es una composición informe que ha tomado sus versículos de otros salmos. Los vv. 2-8 ponen de relieve la polémica anti-idólatra; el v. 15 es una bendición sacerdotal.

Juan 14,21-26. *Testigos de la Resurrección, los cristianos proclaman que el amor es más fuerte que la muerte. De hecho, para revelar a Dios al mundo, la Iglesia no escoge un camino distinto del de Jesús. En efecto, durante toda su vida, éste ha hablado del amor de Dios a los hombres. Y lo ha hecho invitando al pecador a su mesa y lavando los pies a sus discípulos; lo ha hecho, sobre todo, con su obediencia.*

Los cristianos, a su vez, deben dar testimonio de este amor. «En esto conocerán que sois discípulos míos: en que os amáis unos a otros» (13,35). El Padre ha revelado su amor enviando a su Hijo, y Jesús ha manifestado este amor dando su vida; del mismo modo, los discípulos deben amarse unos a otros «para que el mundo crea» (17,21). En este amor que une a los cristianos se manifiesta el amor de Dios hoy.

Esto es lo que Judas debe comprender. Cristo se manifiesta no al mundo, sino a los discípulos, es decir, a los que imitan su amor para que el mundo sea testigo. La «vuelta» de Cristo, el «después» de su muerte, se vive en la Iglesia, en la comunidad de los fieles, cuando éstos viven del amor del Señor. Esta es la Epifanía para el mundo, y cuando los discípulos la vivan, el Espíritu hará que se acuerden de las palabras de Jesús.

*
**

«Si alguien me ama...». Cuando los sondeos tratan de reflejar la realidad de la Iglesia, emplean el lenguaje de las cifras, y las estadísticas cuentan el número de «practicantes», de quienes creen en la doctrina «tradicional», de quienes aceptan los comportamientos auspiciados por la autoridad... Pero nosotros, los creyentes, sabemos que la Iglesia es algo muy distinto. Y es que nadie podrá encerrar en fórmulas la originalidad de nuestra fe. La fe no es una práctica, un comportamiento o una doctrina. «Si alguien me ama...». ¿Quién, si no el poeta, podrá expresar el sentido de la fe?

«Si alguien me ama...». Nadie conoce a Dios si no experimenta, seducido y asombrado, el sofoco del enamoramiento. Todo es cuestión de amor. ¿Cómo es, entonces, que hay tantos cristianos que tratan a Dios a la manera del mundo: como un objeto útil cuando se tiene necesidad de él, y que se rechaza cuando resulta inservible? «¿Por qué razón vas a manifestarte a nosotros y no al mundo?». ¿Cómo podemos pasarnos la vida inventando contratos con Dios? ¿Cómo va a ser nuestra religión como la conciben los hombres: como un asunto de deberes y obligaciones?

«Si alguien me ama...». ¡He aquí la originalidad de los cristianos! Ser discípulo significa, ante todo, referirse a otro, sentir la fascinación producida por el hecho de que Dios hace todo lo posible por hacernos compartir su vida, llegando al extremo de dejarse clavar en un madero...

«Si alguien me ama, mi Padre lo amará, y vendremos a él, y haremos nuestra morada en él». Dios ha elegido, para siempre, vivir en el corazón que ama. ¡Ahí es donde hay que buscar y encontrar a Dios!

*
**

**Amor que excede toda medida,
Dios desbordante de amor:
¡llénanos de tu Espíritu!
Infúndenos el deseo de buscarte
y el gozo de conocerte.
¡Pon en nosotros tu morada eterna!**

*
**

**«Mi mandamiento es que os améis»:
para que tu Iglesia no tenga más preocupación
que la de amar cada vez más apasionadamente,
¡Señor, danos tu Espíritu!
«Os doy un mandamiento nuevo»:
para que todo rastro de envejecimiento
dé paso al amor que no tiene fin,
¡Señor, danos tu Espíritu!
«Amaos como yo os he amado»:
para que la audacia de un amor sin reservas
sea la señal de que tú estás con nosotros,
¡Señor, danos tu Espíritu!**

Martes de la quinta semana

LA PAZ EN HERENCIA

Hechos 14,19-28. *Las gentes se calman, pero sólo por un momento; ya hay judíos que vienen de Antioquía y de Iconio y revuelven los sentimientos de la versátil multitud. Los que ayer aclamaban a Pablo, hoy le lapidan y le dan por muerto. El que había asistido a la muerte de Esteban recibe a su vez el suplicio; ahora es auténtico testigo del señor Jesús, que había sido crucificado después de haber entrado triunfante en Jerusalén.*

Se ha dado la vuelta a una página. Partidos de Jerusalén, los misioneros se habían dirigido primero al Pueblo de la alianza, pero la mayor parte de los judíos les han dado la espalda. Entonces el Espíritu ha guiado a los apóstoles hacia campos de acción inesperados. Ha abierto «a los paganos la puerta de la fe». El Espíritu sopla donde quiere. Ahora, la Iglesia debe reunirse y reconocer la obra de aquel que la desborda por todas partes.

El salmo 144 emplea fórmulas preexistentes; se le clasifica habitualmente dentro del género de los himnos.

Juan 14,27-31a. *«Que no tiemble vuestro corazón ni se acobarde». Jesús se va. El Padre lo entrega a los hombres por un momento, pero no lo abandona; además, Dios nunca ha abandonado a un fiel en la necesidad. No dejará que su amigo vea la fosa (salmo 15); resucitará al Justo.*

También Jesús deja la paz para que sus discípulos la compartan, pero una paz que el mundo no puede concebir, pues es plenitud de vida, don mesiánico por excelencia. Esta paz es el don del Espíritu para que cada hombre pueda comulgar en la vida de Dios. «Me voy, pero volveré a vuestro lado».

Judas ya está en camino. El Príncipe de este mundo viene, mientras Jesús se entretiene aún con sus amigos. Pero no tiene poder alguno sobre Jesús, que está sin pecado y camina libremente a su encuentro, cumpliendo con toda serenidad la voluntad del Padre.

**

El Hijo se va. Un aire de Pascua lo impregna todo, un canto de liberación. Judas calla, apesadumbrado por el magro beneficio que va a obtener como pago a su traición. A la sombra del Templo, sacerdotes y fariseos, milicianos y guardianes esperan impacientemente. La conspiración es para esa noche. «Levantaos, vámonos de aquí». El Hijo se va, ha llegado la Hora marcada de sangre. Y los hombres que van a alzarlo sobre la tierra no sabrán que, de ese modo, Dios va a elevarlo hasta él.

Es la hora del Hijo, y es también la hora de la Iglesia, la cual nace en esta hora marcada por la sangre derramada, el pan partido y los pies lavados. El Hijo se va y deja a su Amada. Y la Esposa no tendrá por herencia más que una bendición: «La Paz os dejo...».

Pero es una paz distinta de la del mundo. Los hombres discuten armisticios provisionales, y su paz no es más que un equilibrio de violencias. «Mi paz os doy». La paz que se funda en un mismo nacimiento: una misma sangre, la del Hijo, derramada por la multitud, será su sello. Paz verdadera para quienes, por encima de lo que pueda dividirlos, comulgan en un mismo cuerpo y se saben, en la fe, miembros los unos de los otros.

¡Una paz distinta de la del mundo! Los hombres han inventado mil maneras de comprar el favor de sus dioses; se hacen la ilusión de pacificar su culpabilidad, sin conseguirlo nunca. «¡Mi paz os doy!». No se trata de un pacto con Dios para que éste cierre los ojos. La paz es sellada porque Dios no ha de rechazar a su Hijo. «Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo único». Paz que es gracia, paz sin condiciones.

El Hijo se va, y la Esposa se queda con su herencia, con su Paz, el don de los tiempos nuevos. Y a lo largo de los siglos no tendrá otra cosa que ofrecer. «Por donde paséis, decid: ¡Paz a esta casa!». Los discípulos de todos los tiempos no tendrán otra cosa que decir a un mundo que se consume por falta de verdadera paz.

**

**Dios y Padre nuestro,
que estableciste con el mundo unos vínculos
que nada podrá romper,
pues Jesús selló tu Alianza con su sangre:
Que tu Paz, que supera todo entendimiento,
sea nuestra herencia para hoy
y por los siglos de los siglos.**

Miércoles de la quinta semana

LA VID

Hechos 15,1-6. *La puerta de la fe ha sido abierta a los gentiles, pero ya hay quienes quieren cerrarla. El Espíritu abre a la Iglesia horizontes ilimitados, pero «algunos» venidos de Judea quieren aislarla en su ghetto judío.*

La crisis es grave, porque, además de los problemas provocados por la simbiosis de los cristianos, circuncisos o no, hay un problema fundamental que se le plantea a la Iglesia. Y el problema es éste: ¿cuál es la fuente de la salvación, el hombre o Dios? Dicho de otro modo, ¿se salva el hombre por la práctica religiosa, por la obediencia a una ley en la que la circuncisión es como el preludeo y el símbolo? En una palabra, ¿se salva el hombre por sus propias fuerzas o la fuente de la salvación se encuentra en Dios? ¿Es la salvación el resultado de una negociación o de la gratuidad divina? ¿Para qué sirve la fe si está subordinada a la circuncisión? ¿Es la cruz de Cristo un desdichado incidente, o bien es la puerta de la vida?

Fue en Jerusalén donde se reunieron los apóstoles y los ancianos para discutir el asunto de la entrada de los gentiles en la Iglesia. El salmo 121, canto de peregrinación, expresa perfectamente esa preocupación por la comunión de todas las Iglesias con la Iglesia-madre.

Juan 15,1-8. *«Sacaste una vid de Egipto, le preparaste el terreno y echó raíces hasta llenar el país... ¿Por qué has abierto brecha en su cerca: paa que la vendimien los viandantes...?» (Salmo 79).*

La vid es Israel; es la cepa elegida que Yahvé ha cuidado solícitamente. Pero la cerca ha sido derribada y la viña ha sido devastada. ¿Va Dios a quedarse quieto? «Ven a inspeccionar tu viña... Que tu amo proteja al que está a tu diestra, al hombre a quien diste poder» (id.).

La «verdadera» vid es Jesús. De la misma manera que es el pan de vida, es también el vino del Reino, el «producto de la vid». Los discípulos son los sarmientos y participan de la vida de Cristo, como las ramas paticipan de la vida de la cepa a la que están unidas. Hay que permanecer en él como la raíz se une a la tierra. En efecto, hijo eterno del Padre, sólo Jesucristo puede conferir un valor de eternidad a las empresas humanas.

*
**

¡Qué hermosura, una buena vid, con sus hojas rebosantes de savia y sus uvas a reventar de soleado jugo! Los racimos prometen una cosecha que casi puede saborearse de antemano... Un viñedo fértil lleva con orgullo el nombre de su propietario. Así, por ejemplo, Israel es «la viña del Señor». «Mi amigo tenía una viña en un fértil collado. Aró la tierra, la limpió de piedras y plantó una cepa exquisita». Así habían descrito los profetas las relaciones entre Dios y su pueblo. La parábola evocaba la ternura y la solicitud del Señor para con los suyos.

«Yo soy la vid, y mi Padre es el viñador...». He ahí la cepa elegida por el viñador: Jesús, el Hijo amado. El es la cepa plantada por Dios y, al mismo tiempo, el fruto incomparable, el Vino nuevo. Y he aquí el nuevo árbol de vida: el pueblo que nace de Jesús y es una sola cosa con él. Misterio de la savia, cuyo discreto flujo interior ha unido la cepa a los sarmientos hasta hacerles dar fruto. «El que permanece en mí, y yo en él, ése dará mucho fruto».

Immensa viña, el campo en el que los hombres luchan, se fatigan y dan su vida, sin saber que el fruto que dan proviene de una savia escondida que silencia su nombre. La cepa se ha convertido en el alimento de los que tienen hambre de justicia, en el recurso sutil de los pobres, en la serenidad inquebrantable de los mansos, en la grandeza de alma de los misericordiosos, en la fuerza de los torturados, en la fidelidad de los artífices de la paz. «El que permanece en mí..., ése da mucho fruto». La viña de los hombres es en lo sucesivo, y para siempre, la viña de Dios. ¡Dichosos los que saben humildemente que ellos mismos son los sarmientos de la cepa que es Jesús, y cuyo viñador es el Padre! ¡Dichosos los que, con paciencia y tenacidad, desbrozan la tierra de los hombres para que dé su más preciado fruto, porque ellos son la vendimia de la viña de Dios!

*
**

Dios y Padre nuestro:
la tierra ha dado su más preciado fruto:
Jesús, tu Hijo.
En él vivimos ya de tu vida:
él permanece en nosotros,
y nosotros somos tu propiedad.
Que tu Espíritu nos pade,
y tu vendimia será abundante
cuando llegue el otoño del mundo.

*
**

Bendito seas, Dios nuestro,
por esta copa
y por la vida entregada por la multitud.
Embriáganos con tu gracia,
pues el vino de los tiempos nuevos
es la sangre de tu Amado,
que canta ya la alegría y la vida eterna.

Jueves de la quinta semana

HACERSE DISCIPULO

Hechos 15,7-21. *Pablo y Bernabé han decidido volver a Jerusalén, donde ha sido convocada la comunidad. Pedro toma la palabra y recuerda su propio ministerio entre los gentiles, vinculándolo a la acción de la Providencia: «Por voluntad de Dios, las naciones gentiles han oído la palabra del Evangelio y han creído». También da el sentido profundo de su encuentro con el centurión Cornelio: el don del Espíritu, el perdón de los pecados y la salvación son obra de la gracia divina. Tanto para los judíos como para los gentiles. Subordinar el don de la vida eterna a la práctica de la circuncisión sería despreciar la obra de Dios; sería provocarle.*

El lenguaje de Pedro no es ambiguo; Pablo no será tan claro en su correspondencia con las Iglesias, pero de momento aprovecha el silencio creado por el discurso de Pedro para hacer valer el fundamento de su práctica misionera.

Por fin, Santiago toma la palabra con deseo de apaciguar los ánimos. Pariente de Jesús, él es el jefe de la Iglesia en Jerusalén y es escuchado por los judaizantes. Lealmente, aprueba el discurso de Pedro y hasta lo confirma con un argumento tomado de la Escritura. Luego propone un compromiso: los judíos convertidos renunciarán a exigir la circuncisión, mientras que los pagano-cristianos se plegarán a determinadas exigencias legales. De este modo, los primeros reconocerán que el pueblo de Dios reúne desde ese momento a circuncisos e incircuncisos, y los cristianos de cultura griega respetarán los escrúpulos judíos en materia de pureza.

El salmo 95 invita a todos los pueblos a la alabanza. En efecto, se ha confiado a un heraldo el encargo de anunciar que «Yahvé se ha convertido en rey» de todas las naciones.

Juan 15,9-11. *«Dios es Amor: quien permanece en el amor permanece en Dios, y Dios permanece en él» (1 Jn 4,16). Con toda su vida y su muerte, Jesús ha dado testimonio del amor. El amor del Padre y del Hijo son uno solo; es el amor de la transparencia, del don recíproco.*

El discípulo de Cristo tiene un medio muy seguro para releer su vida: le basta con verificar si vive en el amor, pues donde el amor está presente, Dios también lo está. El que vive esto conoce la alegría perfecta, la alegría de los hijos de Dios, la alegría de un pueblo libre y amado.

*
**

«¡Yo soy la vid, y vosotros los sarmientos; sin mí no podéis hacer nada!». Jesús es el conjunto de la vid, y nosotros somos una parte de él; sólo hay salvación para nosotros en él: «Permaneced en mi amor». Este es el programa de la Iglesia a lo largo de los siglos: «Seréis mis discípulos». La vid seguirá creciendo y extenderá su sombra, a través de todos los tiempos, para cobijar a todos los hombres. Los discípulos no serán embajadores, sino que ellos serán la vid, sacramento de la presencia de Cristo.

«Permaneced en mi amor». Ser discípulo no es decir o hacer tal cosa, sino una intimidad entre Jesús y su Iglesia. Nuestra vida espiritual no se presenta entonces, de ninguna manera, como una evasión ni como una cosa «más», sino como el corazón de nuestro ser. El discípulo es aquel que vive por Jesús y en él. «Para mí, vivir es Cristo», escribía San Pablo a las primeras comunidades. La evangelización no será jamás cuestión de aceptar una doctrina, de planear una acción ni de respetar una moral, sino que consistirá en esa «respiración» indispensable. «Permaneced en mi amor; sin mí no podéis hacer nada».

La segunda característica del discípulo será «dar fruto». «Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, lo mismo que yo he guardado los mandamientos de mi Padre». El discípulo imita al Maestro, y el sarmiento vive de la savia. Jesús, con toda su vida, es testigo de lo que hay en el corazón del Padre: amor y misericordia. «Vivir a Jesús» no puede ser otra cosa que dar frutos de amor y misericordia.

«Yo soy la vid, y vosotros los sarmientos». El único futuro para los cristianos es permanecer en el amor del que les ha engendrado.

**

**«Como el Padre me ha amado,
también yo os he amado».**

**Que tu Iglesia viva del amor,
que hable de ternura,
que transpire caridad:
¡Te lo pedimos, Padre!**

«Permaneced en mi amor».

**Que tu Espíritu nos injerte en tu vida,
que nuestro bautismo dé su fruto:
¡Te lo pedimos, Padre!**

«Guardad mis mandamientos».

**En lo secreto de nuestra oración
traemos ante ti
a todos los hombres que construyen
un mundo más fraterno y más humano;
a todos los que, sin desesperar,
construyen, ya desde hoy, una tierra nueva.**

**«Que vuestra alegría no tenga fin».
¡Que tu oración, Señor,
sea nuestra bendición!**

Viernes de la quinta semana

ELEGIDOS PARA AMAR

Hechos 15,22-31. *La crisis ha quedado resuelta. Ahora hay que hacer llegar las decisiones de Jerusalén a las iglesias de Antioquía, de Siria y de Cilicia. La indicación de los destinatarios es significativa: Pablo únicamente comunica las nuevas prescripciones a las filiales de la iglesia de Antioquía, es decir, a las asambleas que agrupan a cristianos de origen judío y a cristianos de origen griego. El compromiso alcanzado en Jerusalén pretende, efectivamente, favorecer la comunión entre cristianos procedentes de medios totalmente diferentes; en este sentido, su alcance es universal. Vivir en Iglesia exige respetar las peculiaridades de cada uno, y esto es lo que Pablo enseñará también a los cristianos de Corinto a propósito de las carnes procedentes de los sacrificios paganos (1 Cor 8,10).*

Se envía a Antioquía, pues, a Pablo, a Bernabé y a otros delegados para que expliquen las decisiones que se han tomado. Se trata de hombres experimentados y que se preocupan por el bien común. En cuanto a Pedro, desaparece de la escena del libro de los Hechos tras haber sido, hasta el final, el garante de la comunión universal a la que Dios había destinado a su pueblo desde el principio. Contando con su apoyo, Pablo podrá inscribir esta llamada en el espacio con la ayuda del Espíritu.

Del salmo 56, que es una «endecha», la liturgia ha conservado la promesa de dar gracias a Dios. ¿No es esto, acaso, lo que hacen Pablo y Bernabé al comunicar a las iglesias las decisiones de Jerusalén?

Juan 15,12-17. *«Como yo os he amado, así debéis amaros los unos a los otros. Si os amáis los unos a los otros, todos sabrán que sois mis discípulos» (13,34-35). El gran signo de la Iglesia, la vocación de los discípulos, es dar testimonio del amor. Si existe la Iglesia, es únicamente para esto. Durante el tiempo de la antigua Alianza, Dios se había dado un pueblo; pero, con Jesucristo, es algo más que un pueblo lo que Dios congrega: es una «comunión». En efecto, la soledad no puede explicitar el amor, porque éste consiste en compartir.*

El siervo no es más que un ejecutor; el amigo se alegra con la voz del Esposo. Su obediencia es, además, comunión; si vive el amor, es para dárselo a gustar a los demás. De este modo, la alegría de todos será perfecta: éste es el fruto que deben dar los sarmientos.

*
**

Se llamaba Emmanuel (Dios con nosotros). Hijo del Dios que se llama «Amor». Engendrado por el Amor, no era más que amor. Vivió de amor de principio a fin. Emmanuel, eres tú quien abrazaba a los niños, quien supo leer en los ojos de la adúltera y establecer una alianza con Pedro. Tú nos enseñas la paciencia y el perdón, la alegría de descubrimos amados por Dios y la paz de quienes conocen la esperanza. Contigo, el amor no acaba nunca de expresar su inalterable novedad.

Ahora estás sentado a la mesa de la despedida. Hace un momento, has estado arrodillado como el más humilde de los siervos. «Ya no os llamo siervos, sino amigos». Judas acaba de salir. Pero tú has de llegar hasta el final, como siempre. Y tus palabras tienen el peso de un testamento universal: «Os doy un nuevo mandamiento: que os améis los unos a los otros como yo os he amado». Y luego te has ido a la muerte. Te has entregado. Hasta tu última mirada, tus ojos no han dejado de perdonar. Hasta tu último aliento, tus labios no han dejado de hablar de amor. «Amaos... como yo os he amado». Y este mandamiento será nuestra vida. El amor lo es todo; ¡el amor es el mismo Dios!

«Soy yo quien os he escogido para que deis fruto. Lo que os mando es que os améis unos a otros». La Iglesia se funda en el gesto del Siervo. Iglesia de Jesucristo, ¿qué puedo buscar yo en ti sino el gozo de amar? El mundo menosprecia el amor y, aunque pretenda ocultarlo, le tiene miedo. Tu único mandamiento, Iglesia, es el amor. Ahí radica tu belleza. Ahí radica tu única razón de ser.

*
**

Dios y Padre nuestro,
concede a los discípulos de Jesús, tu Siervo,
la pasión de amar como él amó.
Que tu Iglesia comulgue cada día en tu amor,
y será tan hermosa como una joven esposa,
radiante de felicidad,
por toda la eternidad que tú le preparas.

*
**

Tu Hijo nos ha dado a conocer
el secreto de tu eternidad,
Dios y Padre nuestro,
y en él sabemos que te llamas «Amor».
Concédenos vivir en el amor fraterno
y consagrarnos mutuamente nuestras vidas,
para que el mundo conozca
quién eres tú, Dios vivo,
Dios que amas tu obra con amor eterno.

Sábado de la quinta semana

CONSAGRADOS

Hechos 16,1-10. *Para Lucas, Jerusalén es la ciudad de los comienzos. En su templo, el ángel Gabriel había anunciado la irrupción del Reino de Zacarías; a las puertas de la ciudad se había jugado el destino de Jesús. También en Jerusalén, el Espíritu había hecho brotar el fuego de Pentecostés, y el nuevo Israel se había abierto a los gentiles.*

La reunión de los responsables de la Iglesia ha preservado la libertad de Dios; ahora comienza la gran misión paulina. Pablo recluta primero a un discípulo, Timoteo, hijo de un griego y de una judía, y, deseoso de hacer ver la continuidad entre la Iglesia de Jerusalén y su misión, le circuncida. Al mismo tiempo, comunica a las comunidades las decisiones de Jerusalén. ¡Apertura y tradición!

Pablo se dirige primero hacia las ciudades costeras de Efeso y Esmirna. Luego se dirige al norte, pero, a la altura de la actual Ankara, el Espíritu de Jesús lo empuja de nuevo hacia la costa, y llega al puerto de Tróade, la antigua Troya, donde en tiempos pasados se habían enfrentado el Oriente y el Occidente. Pero hoy Pablo es portador de una promesa de paz para todas las naciones; es el Espíritu quien le guía.

El salmo 99 invita a la alabanza universal.

Juan 15,18-21. *«Vosotros sois de este mundo; yo no soy de este mundo» (8,23). Como Jesús, tampoco los discípulos son de este mundo; como sarmientos unidos a la cepa, han pasado con él de la muerte a la vida, y el mundo ya no los reconoce. Pero, igual que el ciego había sido expulsado de la sinagoga después de su «iluminación», los discípulos serán perseguidos. A través de sus personas, es al propio Dios a quien el mundo trata de herir.*

*

**

«¡Vosotros ya no sois del mundo!». ¡Esa es la verdad de la Iglesia y su consagración!

¿Quién se retira, pues, del mundo para pertenecer a la tierra de Dios? El que puede vivir cada día reconociendo humildemente el sentido de su vida. El que cree que Jesús es el Cristo. «¡Ya no sois del mundo, porque yo os he escogido!». ¿Quién es Jesús? Un hombre entre los hombres, un profeta en Judea, venido al mundo para morir en él. Una historia como todas las historias, una muerte triste como todas las muertes. Pero los que creen en esta lastimosa historia ha revelado Dios el sentido oculto de la vida, ya no son del mundo.

«Si fuerais del mundo, el mundo os amaría; pero ya no sois del mundo». Quien cree que Jesús es Salvador, ése ha nacido de Dios.

Nacer con él de Dios. Creer que vive en nosotros nuestra aventura humana desde que se hizo el camino de toda vida. Con él, jugárselo todo por el amor.

En la historia de los hombres, la Iglesia será siempre el lugar donde se escuche otra palabra. Compartiendo las aspiraciones, las búsquedas trabajosas y los avatares de la vacilante andadura de los hombres, la Iglesia es testigo de un Más Allá, es el fanal que indica el Puerto hacia donde empujan las olas a veces tumultuosas de la Historia. En el mundo tenebroso de los hombres de hoy, la Iglesia está consagrada como salvaguarda del Futuro que Dios prepara a través del lento trabajo del Espíritu en el actuar de los hombres. En la difícil conquista por los hombres del sentido de su vida, la Iglesia es la cabeza de puente de la promesa de Dios.

«Si fuerais del mundo, el mundo os amaría»... ¡El mundo preferirá siempre sus antiguallas: sus costumbres le dan seguridad! La cruz seguirá siendo siempre locura para la sabiduría de los hombres y escándalo para su corazón. Pero, como Iglesia de Dios, ¡nosotros damos fe, sin embargo, de que en el amor que llega hasta la cruz reside el futuro del mundo y su felicidad!

*

**

**Padre santísimo,
¡el mundo no te conoce!**

**Ya que nos has escogido
para velar por nuestra tierra,
te suplicamos que afiances nuestra fe
para que seamos portavoces
de una Buena Noticia
que trasciende los límites del mundo.**

Lunes de la sexta semana

MEMORIA

Hechos 16,11-15. *En su primera escala, Pablo desembarca en pleno mundo romano. En efecto, Filipos, la ciudad que le llegará a ser tan querida, estaba poblada sobre todo por campesinos italianos.*

Allí el judaísmo era marginal; los sábados, la colonia judía se reunía a la orilla del río para orar. Pablo se dirige a aquel lugar, toma la palabra y bautiza a Lidia, vendedora de púrpura, una prosélita. Espontáneamente, ella pone su casa a disposición del apóstol. Es a la Iglesia a quien recibe en ella.

Alegría de los neoconvertos: el salmo 149 es un himno.

Juan 15,26-16,4. *«Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; pero, como decís que veis, vuestro pecado sigue ahí» (9,41). Ante las autoridades judías, el ciego había defendido la causa de la luz; por eso, cuando los fariseos le expulsaron de la sinagoga, excomulgaron al propio Jesús. Pero Jesús había invertido la situación y emitido su juicio sobre los malos pastores.*

De hecho, con la muerte de Cristo ha llegado la hora del juicio. Los discípulos son llevados ante los tribunales, pero un «abogado» les defiende. Los que han compartido la vida de Jesús desde el comienzo de su ministerio, dan su testimonio, pero a través de ellos es el Espíritu quien testimonia y da su verdadera dimensión a la palabra de los hombres. Sí, ahora es el juicio del mundo, pero el abogado de la defensa ocupa el puesto del ministerio fiscal. Que los cristianos recuerden esto en el momento de la prueba: no tienen nada que temer, ya que el mismo Espíritu habla por ellos (Mt 10,20).

*

**

«El Espíritu dará testimonio en mi favor, y vosotros os acordaréis». Lo propio de la Iglesia es estar fundada en una palabra vivida, escuchada y recibida. En el corazón de la Iglesia se halla la «memoria».

«Os acordaréis»: la fe de la Iglesia es, ante todo, una palabra que ella misma escucha y a la que responde. La memoria es una herencia. Y nosotros experimentamos como una herencia la existencia creyente; pero hay que precisar, antes que nada, que, al no ser algo que se adquiere tras laboriosa búsqueda, tampoco es una propiedad que haya que defender ni un capital que haya que conservar.

La Iglesia es el Pueblo de la Palabra y de la memoria de lo que Dios ha manifestado a los hombres, porque es «trabajada» por el Espíritu, que en ella da testimonio. Nos hallamos reunidos como una familia de coherederos, y no hemos hecho nada para merecer semejante donación. Convocados a recibir y a transmitir, nuestra vocación es la de compartir la liberalidad con que hemos sido agraciados. «También vosotros daréis testimonio, porque estáis conmigo desde el principio».

Y es que la palabra no existe si no es pronunciada, y la memoria debe ser reavivada en el compartir, si no quiere desaparecer. La herencia no se guarda: o se la hace fructificar o se la dilapida.

«Os acordaréis»... Cuando la Iglesia hace memoria, se vuelve hacia su futuro, dejando tras de sí un pasado que sería inútil intentar resucitar. De la herencia sólo hemos recibido, a título de anticipo, las arras. Nuestra memoria —nuestra fe— se vive en régimen de esperanza.

**

**Dios y Padre nuestro,
cuando nos acordamos de tu Hijo,
el Espíritu nos permite entrever nuestro futuro.**

**Que tu Palabra sea nuestro pan de cada día,
y que se cumpla
por los siglos de los siglos.**

**

**Tu Hijo Jesús entregó su vida en sacrificio,
y desde entonces sabemos
que nada hay más verdadero a tus ojos
que la autodonación por amor a los demás.**

**Padre santo,
conserva en la fidelidad
a los hombres a quienes llamas
a dar el testimonio supremo:
el don de su vida por el Evangelio de Cristo.**

Martes de la sexta semana

NUESTRO DEFENSOR

Hechos 16,22-34. *A raíz de un exorcismo, Pablo y Silas son flagelados y encarcelados (vv. 16-24). Sin embargo, parece que el privilegio de la ciudadanía romana de Pablo les permite salir enseguida bien librados.*

Pero este relato es interrumpido por los vv. 25-40, que relatan el curioso episodio de una liberación milagrosa. La prisión es sacudida por un temblor de tierra, gracias al cual Pablo y Silas se escapan. El carcelero, que conocía su responsabilidad, va entonces a preguntar a los dos misioneros qué tiene que hacer para salvarse. Luego sigue toda una serie de acciones que producen «una estructura reconocible por la comunidad cristiana a la que se dirige el texto»: no sólo han velado y orado en la noche, sino que «la palabra es anunciada» (v. 32), el bautismo conferido (v. 33), y se termina con una comida que, en la práctica comunitaria, debía ser la eucaristía» (B. Standaert). Insertado a destiempo en el relato del exorcismo de la criada adivina, el episodio de la liberación milagrosa pone de relieve una verdadera catequesis sacramental.

El salmo 137 pertenece al género de la acción de gracias. Recuerda la angustia en que se ha encontrado el fiel, y menciona la acogida favorable.

Juan 16,5-11. «Yo soy el camino, la verdad y la vida», había respondido Jesús a la pregunta de Tomás (14,6). El camino lo ha trazado Jesús en la cruz, cuando se ofrece libremente para la salvación del mundo. Este camino es la Pascua de Cristo, su paso de la muerte a la vida. Ruta difícil cuando la persecución se abate sobre los discípulos; ruta de continua ascensión que conduce al Padre.

Pero Cristo resucitado, el de los discursos después de la Cena, tranquiliza a los discípulos. Si son perseguidos por su testimonio, no deben olvidar que la verdad de este testimonio viene del Espíritu, y el Espíritu ha dado la vuelta a la situación: la pasión de Jesús ha sido, finalmente, en provecho suyo. Cuando su condenación por la autoridad legítima debía proporcionar la prueba de su impostura, la resurrección de Jesús ha mostrado la justicia de su causa. Dios ha tomado la defensa del crucificado; ha demostrado que tenía razón y, por lo mismo, ha testificado el pecado del mundo. El mundo y los poderes del mal que lo rigen son condenados. La tristeza de los discípulos debe dar paso a su alegría.

*
**

«Os conviene que yo me vaya». La Iglesia es un pueblo de hijos libres, adultos. Lo que ha sido dado a estos hombres y mujeres debe hacerles vivir y crecer, no mantenerles en un infantilismo esterilizante.

Como hombres en pie, nos es necesario afrontar la realidad de la vida teniendo como único equipaje la palabra que nos ha puesto en el mundo. La Iglesia no es un refugio al abrigo de las borrascas de la historia de los hombres. «Me voy»... Jesús no es una gallina clueca, porque la fe no puede ser la satisfacción ilusoria de una necesidad que nos mantendría en la infancia.

Pero Dios tampoco es una madrastra. «El Defensor que os enviaré denunciará el error del mundo». No somos huérfanos engendrados por un padre desconocido.

El Espíritu es nuestro «Defensor». Todo puede parecer caótico, absurdo, banal o insignificante, inútil o apagado. El Espíritu da testimonio de que, en las entrañas del mundo humano, Cristo ha comenzado su revolución. La decepción y el desconcierto pueden amenazarnos, incluso arrastrarnos, pero el Espíritu será siempre, en el corazón de los tiempos, la gran respiración de Dios que trae hasta nosotros el sabor de la tierra nueva... Ciertamente, comulgamos con las divisiones del mundo, pero el Espíritu es ya el pulso que unifica el gran cuerpo de la humanidad, el pulso que es el mismo corazón de Dios. Dios puede parecer lejano o extraño; sin embargo, conocemos algo del misterio de Dios: basta tomar el Evangelio.

¡El Espíritu es nuestro «Defensor»! Por más que nos condene nuestro corazón, Dios es más grande.

«¡Os conviene que yo me vaya!» Un hombre ha inventado nuestro futuro. Primogénito de una multitud de hermanos, ha encontrado el camino de la libertad y del verdadero Nacimiento. Su Espíritu arrastra al Pueblo de los que han elegido su nombre.

*
**

**Dios y Padre nuestro,
no nos abandones a nosotros mismos:
¡ve tú delante de nosotros
y ábrenos el camino de la vida!
¡Envía sobre nosotros tu Espíritu!
Que asuma él nuestra defensa
hasta el día en que te encontremos
para nunca más dejarte.**

*
**

**Señor Jesús,
al dejar a tus discípulos
te comprometiste
a no dejarnos huérfanos jamás.
Mira la fe de tu Iglesia
y sigue dándonos la paz
en este tiempo, en que esperamos
tu Advenimiento glorioso.**

Miércoles de la sexta semana

CONOCER

Hechos 17,15.22-18,1. *Atenas: ¡la flor de la civilización pagana, la ciudad universitaria, la madre de las artes y las letras! Del modo más natural, la ciudad es el escenario del primer encuentro entre el Evangelio y la filosofía pagana. Por ambas partes impera la benevolencia. Pablo no ignora la apertura de un cierto judaísmo a los valores religiosos del mundo pagano; Atenas es muy aficionada a lo novedoso, y el apóstol es invitado por los altos magistrados, que quieren oír su predicación.*

Pablo empieza por exaltar la espera religiosa que se manifiesta en el pueblo ateniense. ¿No elevan altares a dioses desconocidos para conseguir sus favores? Pero Pablo anuncia a ese Dios al que los paganos reverencian sin conocerle: es el Dios de los judíos, el Dios de Jesucristo, el Dios único, creador y providencial. Una serie de temas estoicos recorren la predicación del apóstol: el orden del universo, la unidad del género humano, la inutilidad de los templos... Son también temas bíblicos.

Por fin, Pablo presenta su Evangelio desde un ángulo limitado. Anuncia la actualidad de la salvación de los hombres, unida a la resurrección de Jesús, y subraya cómo este acontecimiento cuestiona las seguridades humanas. El éxito de su predicación es modesto. El helenismo, que no concibe otra supervivencia que no sea la espiritual, se resistirá mucho tiempo al Evangelio. Sólo algunos miembros de la élite intelectual, como Dionisio, se convirtieron. Dos siglos más tarde, otro Dionisio predicará a Cristo resucitado a orillas del Sena. Y se elevará otra metrópolis cerca de su tumba; París heredará de Atenas.

El salterio termina con himnos como el salmo 148, que durante el tiempo pascual jalonan los progresos de la evangelización.

Juan 16,12-15. «El abogado que os enviará el Padre cuando aleguéis mi nombre, el Espíritu Santo, ése os lo enseñará todo y os irá recordando todo lo que yo os he dicho» (14,26). *Jesús está metido en el proceso de muerte que, a través del sepulcro, le conducirá a la vida. Pero los discípulos no son aún capaces de «soportar» la Pasión. Antes es necesario que Jesús realice su Pascua y glorifique al Padre con su obediencia.*

Entonces el Padre glorificará al Hijo. La plena luz será dada a los hombres, que comprenderán que la fidelidad de Jesús no le conducía a la muerte, sino a la gloria por medio del fracaso. Comprenderán que la fuente de la salvación sólo se encuentra en Dios. El Espíritu de verdad no traerá una revelación nueva a la Iglesia, sino que la introducirá en el misterio de Cristo encarnado y resucitado.

*
**

«Muchas cosas me quedan por deciros, pero no podéis cargar con ellas por ahora»... «Espera, ¡la vida te enseñará!»...

La vida te enseñará... ¡Necesitaron tiempo los discípulos para comprender! Pensaban que el Reino iba a ser instaurado en medio del fervor popular, y Jesús les anuncia que ha de pasar por el fracaso de la pasión y la cruz. La vida les enseñará... No comprendían el trabajo del Espíritu y querían imponer las prácticas antiguas a las jóvenes comunidades. La persecución en el medio judío iba a llevarles a comprender cómo abrirse a los gentiles y lo que significaba la libertad nacida de la resurrección. ¡El niño no puede comprender lo que es un hombre, la vida le enseñará!

«El Espíritu os guiará hasta la verdad plena». ¡La Iglesia aprenderá el misterio de Dios, y su propio misterio, viviendo! En la oración y la contemplación, la Iglesia descubre cada vez mejor la riqueza jamás agotada de aquel a quien llama «Padre», y profundiza cada vez más en lo que significa para ella ser llamada «Esposa Amada» por Cristo.

En la reflexión, la Iglesia, a lo largo de los siglos, da razón cada vez mejor de su esperanza. Profundiza el insondable secreto manifestado en Jesús y descifra en la fidelidad la Palabra que le ha sido entregada. En la paciencia de los que cada día buscan dar cuerpo al amor manifestado, descubre «la altura, la anchura y la profundidad» de la caridad que Dios ha suscitado en el corazón de los hombres.

«El Espíritu os guiará». El misterio de Dios y de la Iglesia es como una isla: abordándola por varios lados, poco a poco, se dibujan sus contornos. Cada siglo vive algo de este misterio, pero sólo al término de la historia conoceremos el secreto de las tierras interiores: la vida de generaciones de hombres, modelados por el Espíritu para ser conducidos a la Verdad, nos lo enseñará. Juntos tendremos que descubrir el Misterio interior de Dios: el Espíritu nos llevará al con-nacimiento.

*
**

**¡Haz crecer, Señor,
lo que tú mismo han sembrado en nosotros.**

**Que tu Espíritu nos conduzca
al conocimiento de tu misterio
y a la comunión contigo para siempre.**

**No abandones, Señor,
a los que te han dado su fe:
que tu Espíritu nos conduzca
a la verdad y al conocimiento,
donde creceremos cada día
por los siglos de los siglos.**

Jueves de la sexta semana

(en los países donde la Ascensión se celebre el domingo)

VIUDEZ

Hechos 18,1-8. *Después de Atenas, la intelectual, está Corinto, la mercantil. Sus dos puertos son tan famosos como sus vicios. Llegado en el 49-50, Pablo encontró entre los estibadores un público atento y cordial. Pero, como en cualquier parte de Grecia, había también filósofos aficionados a los hermosos discursos y a las nuevas teorías. La predicación del apóstol no concedió nada a la sabiduría del mundo; prefería la locura de la cruz.*

El misionero fue acogido por un matrimonio de israelitas venidos de Roma; sin embargo, para no serles una carga, trabajó manualmente, fiel en esto a la costumbre de los rabinos. El sábado predicaba en la sinagoga, donde se repetía la escena habitual: la oposición de algunos judíos y la ruptura.

«Cantad al señor un cántico nuevo». El salmo 97 canta la obra del Espíritu en la Iglesia.

Juan 16,16-20. *Una serie de acontecimientos terribles va a abatirse sobre el grupo de discípulos y a hacerles desfallecer. ¡Pero que se animen los discípulos! Un poco más de tiempo, y la Iglesia podrá nacer del costado de Jesús y vivir de su Señor. Tendrá de él una visión más penetrante; lo «verá» con los ojos de la fe, que son también los del corazón. Juan Bautista se había alegrado de ser amigo del Esposo; ¿qué decir, entonces, de la Iglesia, que es la Esposa? Compartir la intimidad, pruebas comunes... Cristo y la Iglesia: una historia de amor.*

*
**

«¡Ya no me veréis!». Hablamos demasiado de la presencia de Cristo. ¡Habría que redescubrir su ausencia! ¿Comprendemos lo suficiente que la Ascensión del Señor nos ha establecido en una fe donde la ausencia es el signo de la verdadera presencia?

¡La Iglesia está viuda! Nosotros estamos viudos del que nos ha legado estas extrañas palabras: «¡Os conviene que me vaya!». Una vez más, le oímos decir, como a María en el jardín de Pascua: «¡Suéltame!».

Desde ahora, Cristo está ausente para que caminemos hacia Dios. El amor resulta peligroso cuando nos hace correr el riesgo de dormirmos al calor del instante presente: algunas veces es vital para los amantes alejarse el uno del otro. Jesús se va para que sigamos caminando en su búsqueda y su ausencia nos engendre a la fe.

«Dentro de poco ya no me veréis, y poco después me volveréis a ver». En lo sucesivo, la presencia de Cristo está oculta en su cuerpo, que es la Iglesia; y estará con nosotros hasta el fin del mundo, porque el mundo es el lugar en que se edifica su Cuerpo, mientras llega la Plenitud, que excederá todos nuestros cálculos.

La Iglesia está viuda. Nosotros caminamos con ella, y a veces nos es dado captar algo de su lenguaje, que no es del todo de esta tierra. Lenguaje que ella aprendió un día de labios del Hombre que había venido de Dios y a Dios había regresado. En los rasgos de la Viuda podemos a veces detectar el rostro del Amado.

*

**

**Oremos por la Iglesia, cuerpo de Cristo:
para que no se pierda en un terrenalismo
sin horizontes,
sino que revele a los hombres en búsqueda
un futuro siempre nuevo.**

**Oremos por los responsables del mundo:
para que superen todo particularismo mezquino
y construyan un universo
a la medida del hombre,
creado a imagen del Dios único y eterno.**

**Oremos por nuestros hermanos
a quienes visita la sombra de la muerte:
para que la duda no logre abatirlos,
sino que su corazón se reanime
gracias al aliento de Dios,
que llama a todos a compartir su vida.**

**Oremos por todos nosotros, invitados al Reino:
para que de los signos cotidianos
pasemos a percibir al Dios oculto,
que se da a nosotros
en la Palabra de su Hijo amado.**

CUERPO DE CRISTO

Hechos 18,9-18. *Por primera vez, el cristianismo se encuentra acusado ante un tribunal pagano, el del procónsul Galión, hermano del filósofo Séneca. La cuestión debatida es todo un programa: ¿es el cristianismo una variante del judaísmo o es una religión nueva? Los adversarios de Pablo pretenden que su doctrina es extraña al judaísmo: de este modo, tienen un motivo de acusación, ya que la introducción en el imperio de una religión nueva se consideraba como un gran delito. Menos crítico, el procónsul no es de este parecer: para él, los cristianos no son sino miembros de una secta judía, y por ello gozan de la protección concedida a los judíos. Por eso desestima a los que se quejan. Lucas no deja de subrayar la imparcialidad de la justicia romana; la sombra de Nerón no se perfila aún sobre la Iglesia.*

El salmo 46 es un himno. El tema de la conquista de la tierra prometida está relacionado esta vez con el éxito de la misión cristiana.

Juan 16,20-23a. *Como la mariposa se libera de la crisálida, como el niño abandona el seno materno, así de laboriosamente nace un mundo nuevo. La Pascua de Jesús, paso de la muerte a la vida, es dolorosa. Igual que Jesús debió anonadarse completamente para acceder a la gloria, la Iglesia conoce también períodos de crisis que la hacen crecer por el soplo del Espíritu.*

¡Hay que resistir en la prueba! La joven madre que sonríe a su recién nacido ha olvidado los dolores del parto; la hoja no conserva la huella de la paciente eclosión del brote. Cuando la casa está construida, los obreros no sienten ya el cansancio. Lo mismo ocurre con el nacimiento del Reino: cuando esté aquí, los discípulos serán absolutamente felices.

*
**

«Me voy, y lloraréis; pero os alegraréis». La Iglesia llora a su Amado, que le ha sido arrebatado; pero se alegra de esta marcha, pues así podrá dar testimonio de la grandeza oculta del hombre.

Un hombre de nuestra raza ha «subido» a la casa de Dios. Jesús de Nazaret lleva, en Dios, las aspiraciones y las rémoras del hombre. Dios ya no es sólo Padre, Hijo y Espíritu, sino Padre, Jesucristo y Espíritu. La Palabra se ha hecho carne y será eternamente hija de la tierra. Los gustos, las pasiones, los modos de ser y de hablar de Cristo no expresan sólo algo de Dios, son Dios: la vida divina se hace de lo que fue la humanidad de Jesús.

El se va, y nosotros podemos alegrarnos, porque, a pesar de nuestra pobre humanidad, somos la Iglesia, el cuerpo de Cristo. Y no se da ruptura entre el cuerpo glorioso del Señor, elevado junto a Dios, y el cuerpo terreno de Cristo que vive en la Iglesia.

¡Cuerpo de Cristo, los sacramentos de la Iglesia! Humildes y cotidianos signos, palabras que expresan la fe. Cada vez que un creyente es sumergido en el baño regenerador, se ve arrastrado al maravilloso diálogo en el que el Hijo se abandona al Padre, obteniendo su deleite en hacer su voluntad. Y cada vez que una comunidad parte el pan y comparte la copa, la Iglesia vive del amor que une al Padre y al Hijo en un solo Espíritu.

¡Cuerpo de Cristo, el amor que nos congrega a todos en un solo cuerpo! Nuestros amores, nuestros perdones, nuestros deseos y nuestras penas, todo queda integrado en el único amor que es el nombre de Dios. El cuerpo de Cristo crece de generación en generación, a través de los éxitos y los fracasos, hasta alcanzar la edad adulta en que el amor será la última palabra y la suprema realidad.

¡Cuerpo de Cristo, también, la historia misma de la Iglesia! Historia de los que tienen un nombre; historia de los humildes y los pequeños. Es la historia de Dios, que prosigue incansablemente, y Jesús, nuestro mediador, le da sentido presentándola ante el Padre. En él, Dios se reconoce cada vez que los hombres comprometen lo mejor de sí mismos conforme a su Palabra.

*
**

Señor Jesús,
que no se apague tu voz en nuestro corazón
ni se borre tu Amor de nuestra memoria.

Permanece con nosotros,
Palabra surgida de nuestros silencios,
Caridad que colma nuestros deseos:
¡vengan tu Reino y tu Gloria!

*
**

Te buscamos, Señor...
¿quién nos hablará de ti?

Sólo en ti hallaremos la esperanza,
pues sabemos que tú eres el Amor.

Sólo tú puedes venir aún,
y nosotros te esperamos.

Envíanos tu Espíritu,
y haz que no nos resulte excesivamente dura
la espera de la consumación de tu Reino.

DESEO

Hechos 18,23-28. *Pablo se pone otra vez en camino y regresa a Antioquía. Visita las comunidades de Galacia y Frigia. Finalmente, llega a Efeso, uno de los mayores centros comerciales y religiosos del mundo greco-romano. Antes que él había llegado un judío, originario de la ciudad egipcia de Alejandría y conocido por el nombre de Apolo. Estamos mal informados acerca de este predicador: era un hombre versado en la Escritura y anunciaba a Jesucristo, pero su enseñanza parece que era muy arcaica, incluso de antes de Pentecostés. Lucas dice que Priscila y Aquila completaron su instrucción antes de enviarle a Corinto, donde hizo un excelente trabajo.*

Salmo 46: cfr. viernes de la sexta semana.

Juan 16,23b-28. *¡Dichosos los discípulos que han creído en la palabra de Jesús! ¡Dichosos, porque ahora tienen acceso al Padre! ¡Dichosos discípulos que reencuentran el Paraíso perdido! La ofrenda amorosa de Jesús abre las puertas del Reino, y el hombre vuelve a encontrar el camino de la ternura de Dios. Este camino es Cristo mismo. Orar en el nombre de Jesús es estar unido estrechamente al Hijo por la fe y el amor; orar en el nombre de Jesús es, sin duda alguna, tocar el corazón del Padre.*

*
**

¿Cuánto tiempo, Señor? ¿Cuánto tiempo va a durar nuestra prueba? Mira cuántas angustias, injusticias y violencias: ¿es como para desanimarse!

El tiempo de la Iglesia, mientras dura la espera, es tiempo de paciente súplica. La oración es característica del tiempo de nuestra «viudedad», pues nos lleva hacia las realizaciones de Dios. Nos arrastra hacia él. Está llena de futuro, hace que germine en nosotros lo que será.

«Pedid en mi nombre». Cuando Jesús orienta nuestra mirada hacia el Padre «que os ama», sabe que nuestra existencia se va a «agrietar» en esta atracción. «Pedid y recibiréis»... Dios quiere dilatar la vida y el mundo de los hombres.

Orar invocando el nombre de Jesús es pedir que venga a nosotros y al mundo el destino que ha marcado su vida. Orar es recibir su energía y su luz para acelerar, con todos, el advenimiento de un mundo transfigurado. Es entregarnos ya al futuro.

La Iglesia de la Pascua y de la Ascensión es la Iglesia de la dulce invocación. «El Espíritu gime en nosotros», escribe Pablo. En el pueblo de los «pequeños», que reemprende sin cesar su camino de dificultades, de obstinaciones y de amor, los cristianos serán siempre los hombres vigilantes que creen en la luz y la buscan incluso en medio de la tempestad. Nada podrá disuadirlos de amar y de esperar: «Pedid y recibiréis». En el silencio de la oración, acogen ya el mañana: seguirán caminando «como si vieran lo invisible».

*
**

¡Señor, enséñanos de nuevo a orar!

Danos tu Espíritu, palabra nueva
que despierta nuestros corazones lánguidos,
fuego devorador que nos abrasa
de deseos de buscarte.

Que nuestra vida sea entregada al amor,
ahora y por todos los siglos.

*
**

En verdad es bueno glorificarte, Señor,
en cualquier tiempo y circunstancia,
pero mucho más hoy,
cuando tu Iglesia celebra la gloria de tu Hijo.

Exaltado en la gloria,
él no deja de interceder por nosotros
y por la alegría de su Iglesia,
y él envía al Espíritu de verdad,
al defensor de los creyentes.

Fiel hasta el final a tu mandamiento,
él ha vencido a la muerte;
y, resucitado, vive junto a ti
y nos permite vivir de tu vida.

Unidos a todos los que han creído en tu promesa
a lo largo de los tiempos y las edades,
te cantamos, oh Dios, nuestra esperanza.

SEPTIMA SEMANA DE PASCUA

INVOCANDO AL ESPIRITU

«No os dejaré huérfanos: os enviaré el Espíritu». El discurso de despedida de Jesús, que leemos en este tiempo de la Ascensión, se hace oración. Antes de dejar a los suyos, Jesús invoca al Padre por aquellos que ha recibido de su mano.

Recibirán el Espíritu. La Iglesia va a recibir su constitución: no ya un código de mandamientos, sino una ley interior incesantemente reescrita y puesta al día (¡aggiornamento!) por el Espíritu. De edad en edad, la Iglesia nacerá del Espíritu y será llamada a reencontrar la fuente de su existencia. Vivirá del Espíritu, abandonándose a la pasión de amar que la abrasa.

Los discípulos van a recibir el Espíritu. De siglo en siglo, la Iglesia será la caja de resonancia de la Buena Nueva sobre el escenario del mundo; prefigurará la unión de todas las cosas en el amor del Padre.

«¡No os dejaré huérfanos!».

El Espíritu, que hace a la Iglesia, es el don pascual del Señor Jesús. Por tanto, no vamos a celebrar Pentecostés como algo distinto de la Pascua, sino, más bien, como la eclosión de lo que Jesús ha sembrado venciendo a la muerte. Los cincuenta días del tiempo de Pascua no habrán sido demasiados para acoger al Espíritu de Cristo, vivo para siempre.

En este sentido, somos invitados también a hacer un retiro en el Cenáculo esta semana, con María, la madre de Jesús, y los apóstoles, para pedir la efusión del Espíritu. En el curso, a menudo monótono, del tiempo, la celebración litúrgica permite que irruman los tiempos de Dios, para que se renueve el gran don pascual. Pedir con insistencia el don del Espíritu durante esta semana que precede a la fiesta de Pentecostés tiene, pues, mucho sentido; repetir incansablemente: «Ven, Espíritu Santo», es profesar en la fe que ciertamente vendrá (nuestra oración no es un grito insensato), pero que su venida depende necesariamente de nuestra petición y de nuestra sumisión a él.

En el Cenáculo estaba presente María. Discretamente. Está con la Iglesia para siempre, como icono de acogida y de fecundidad. En ella, la Palabra se ha hecho carne por el Espíritu, pues «nada es imposible para Dios»: también en la Iglesia la Palabra se hará carne de los hombres, por la fuerza del Espíritu, sí, como María, acogemos a Dios y su gracia inaudita.

Mejor que ciertas devociones «acarameladas», la presencia de María en este tiempo que precede a Pentecostés puede dar al «mes de mayo» un verdadero cariz mariano.

¡Envía, Señor, tu Espíritu,
y se renovará la faz de la tierra!

Replegado sobre sí mismo, afligido por la pena,
el corazón del hombre se reseca:

¡Ven, Espíritu de Dios,
que brotas de las profundidades del Amor!

La tierra se hiela, y el hombre
enemigo del hombre, siente frío y se encierra:

¡Ven, Espíritu de Dios,
fuego y calor para nuestra tierra!

El silencio es demasiado espeso,
es preciso hablar y cantar:

¡Ven, Espíritu de Dios,
que haces hablar a los mudos!

Renace la fiesta y se tienden las manos,
la fuente y el fuego recobran vida:

¡Ven, Espíritu de Dios,
que unes a los dispersos en un solo cuerpo!

El silencio se troca en dicha,
paz y sonrisa en el rostro del hombre:

¡Ven, Espíritu de Dios,
alumbramiento de la vida nueva!

El Espíritu es fuerza y poderío,
amor más tenaz que nuestras defeciones:

¡Ven, Espíritu de Dios,
grito de la muerte vencida,
grito del niño que viene al mundo!

**

¡Ven, Espíritu de Dios!

Ven, padre de los pobres,
a saciar nuestra sed

y a reafirmar nuestra audacia.

Tú que eres brisa de paz y sopro ardiente,
ven a ensanchar nuestros horizontes
y a crear en nosotros un corazón nuevo.

Ven, sí, Espíritu de Dios,

danos la brisa de la mañana,
abrásanos con el fuego del mediodía
y sé nuestra paz cuando llega la noche.

Y cada mañana nos levantaremos

para cantar tus maravillas,
en acción de gracias que resuene
hasta en los confines de la tierra.

**

La vida que has puesto en nosotros,
Padre, grita hacia ti.

Derrama sobre nosotros tu Espíritu,
como lo hiciste en el principio,
y con el asombro de nuestro ser renovado
podremos llamarte «Padre nuestro».

*

**

Padre, tú nos has dado la vida,
vida desbordante de amor
y brote gozoso de tu Espíritu.

Que él nos haga volvernos a ti con alabanzas
y a nuestros hermanos con amor.

*

**

Donde dos o tres se reúnan en nombre de Cristo,
allí puede dar fruto la Palabra del Señor:
¡Dios santo, infúndenos tu Espíritu!

Quien permanece en la Palabra
conoce a Dios y crece en el amor:
¡Dios de paz, infúndenos tu Espíritu!

El que cree verá brillar la gloria de Dios
y será iluminado por la luz de lo alto:
¡Dios vivo, infúndenos tu Espíritu!

Lunes de la séptima semana

LA HORA

Hechos 19,1-8. «El os bautizará con Espíritu Santo y con fuego» (Lc 3,17). Durante su estancia en Efeso, Pablo se encuentra con algunos discípulos a quienes pregunta si han recibido el Espíritu Santo. Y ellos muestran su extrañeza: han recibido el bautismo de Juan, sí, pero no han oído hablar del acontecimiento de Pentecostés.

¿Quiénes son? Probablemente, discípulos del Bautista, como Apolo. Han conocido a Jesús de Nazaret, pero no le han seguido en su Pascua y, como los discípulos de Emaús, están perdidos por el camino, no habiendo percibido el alcance profundo de lo sucedido en Jerusalén.

Pablo les abre los ojos. Les anuncia a Jesucristo muerto y resucitado y les da el bautismo cristiano. Quedan iluminados. Es como un nuevo Pentecostés: reciben el Espíritu, hablan en lenguas y profetizan.

El salmo 67 es difícilmente clasificable. Está compuesto de antiguos poemas que evocan el poder y la gloria divinos, en los que se arraiga la esperanza de los creyentes.

Juan 16,29-33. Ha sonado la hora, la hora del mundo. Hora decisiva para Jesús, la hora para la que ha venido. Hora crucial para los discípulos, que serán barridos como briznas de paja por la tormenta. Hora de la victoria, pues Jesús ya ha vencido al mundo.

Es la hora de la fe. Los discípulos profesan que Jesús ha salido de Dios. Después de la Pascua descubrirán que Cristo es la única respuesta a su pregunta. Entonces gustarán la paz.

La hora de la profesión de fe y la hora de la dispersión. La hora de la Iglesia, la cual nace de la fidelidad de Dios; nace en el corazón de esos hombres poco firmes. La Iglesia es lo que Cristo va a hacer de ellos; y no lo olvidará.

*

**

«Llega la hora»... Para Jesús no es una simple indicación cronológica. Ha llegado el tiempo de la consumación: va a recapitular toda su vida, a «resumirla» como en un extracto y a llevarla a su finalidad última. Jesús acoge su hora. A través del sufrimiento y la muerte, va a dar gloria hasta el final a aquel a quien, simplemente, llama «Padre».

«He aquí la hora» de la venida de Dios, que cambia la faz de la tierra y hace que la historia dé un giro irreversible. Surgirá la gloria de Dios no en el poder, sino en un cuerpo flagelado, en un rostro tumefacto, en un hombre torturado.

«He aquí la hora»... El Jesús que muere en la cruz es también el que frecuentaba a los marginados, a los enfermos, a los reprobados, a los extranjeros; el que descubría la huella de Dios en toda la humanidad, incluso en el corazón de una prostituta o en la llamada de un soldado romano. La «gloria de Dios» había comenzado a irradiar ya el día en que el carpintero de Galilea había proclamado dichosos a los pobres, a los hambrientos, a los que esperaban la venida de Dios. Es la misma luz que se aparece a los hombres, desde el lago de Tiberíades hasta el Gólgota.

«He aquí la hora»... Es la de todos los días, cuando hombres y mujeres se entregan a la vida, a la muerte. «La gloria de Dios es que el hombre viva» (San Ireneo). Ningún templo podrá encerrar esta luz, pues la morada de Dios es la vida de los hombres. «He aquí la hora»: el Reino llega allí donde hombres y mujeres toman el camino que les llevará, a través de la muerte, al jardín de la resurrección.

*
**

Padre, ha llegado la Hora:

**la hora de llegar hasta el final,
la hora de amar hasta morir.**

**¡Te bendecimos, Padre, por la hora de Jesús,
que se entregó por nuestra vida!**

Y te rogamos

**que sepamos seguirle en la fe y en el amor,
pues también ha llegado nuestra hora:
una hora que se extiende
desde hoy hasta el final de los siglos.**

*
**

**¡Ven, Señor Jesús, y trae la paz
a este angustiado mundo!**

**No dejes solos y dispersos
a quienes creen en tu palabra:
congrega en la unidad del Espíritu
a aquellos por quienes oraste
cuando te llegó la hora
de vencer al mundo con el amor.**

Martes de la séptima semana

TESTAMENTO

Hechos 20,17-27. Pablo ha partido el pan del señor en Tróade. Ahora se va a Jerusalén, donde quiere estar el día de Pentecostés; llegado a Mileto, convoca a los presbíteros de la Iglesia de Efeso.

Es un muerto a plazo fijo el que se va. El apóstol presiente su fin próximo, pero esta perspectiva no ralentiza su carrera, pues está seguro de ser conducido por el Espíritu. Como Jesús, ha «endurecido su rostro» ahora que Jerusalén está en el horizonte.

Al modo de los Ancianos y de Jesús, deja un testamento espiritual a sus colaboradores y les recuerda su ministerio. Ha sido el servidor de Cristo en las lágrimas y en las pruebas. En público y en privado, ha llamado a los judíos a poner su fe en Jesucristo, y a los gentiles a volverse a Dios. Ahora ha sonado la hora del testimonio supremo: Pablo quiere concluir debidamente su carrera y la «diaconía» que el Señor le ha confiado. Por última vez, da testimonio de la Buena Noticia.

Salmo 67: cfr. lunes de la séptima semana.

Juan 17,1-11a. Jesús ha lavado los pies a sus discípulos «para que tengan parte con él». Es ahora cuando les comunica la vida, con la ofrenda que hace de todo su ser para la salvación del mundo. En efecto, si su muerte en cruz va a ser la traducción de este don de la historia, se realiza ya cuando se arrodilla a los pies de los hombres para darles la vida.

Cristo eleva los ojos al cielo y ora. Cristo está ya junto a su Padre o, más bien, «se eleva» junto a él, arrastrando tras de sí a los que él ha hecho sus amigos. La oración de Cristo es su «ascensión» junto a aquel que le glorifica.

Ha llegado la hora, la hora de dar la vida a todos a los que el Padre ha amado desde el primer día del mundo, la hora de nacer a la vida de Dios. Ha llegado la hora de contemplar la profundidad del amor divino, ese amor que Cristo ha revelado, pues sólo él ama como Dios puede amar.

Cristo ora por sus discípulos. Han creído en él; le han dado su confianza y su vida. Ya no son siervos, sino amigos. Son de Dios como lo eran de Cristo. ¡Misterio de amor!

*
**

«Te ruego por ellos»: la preocupación de Jesús por los suyos, en el momento en que éstos van a afrontar la prueba de la separación, se expresa en forma de una oración apremiante. «Son tuyos, y en ellos soy yo glorificado». La Iglesia será, de generación en generación, el rostro del Enviado: en sus gestos y en sus palabras hallará el Hijo su gloria.

Jesús había dicho: «Os conviene que yo me vaya». Mientras el Maestro estuvo aquí abajo, todo se dejó en sus manos; una vez que se ha ido, los discípulos tienen que tomarse el asunto verdaderamente en serio. «Yo ya no estoy en el mundo; son ellos los que están en el mundo».

¡Misterio de la Iglesia, cuando intenta vivir la Buena Noticia, misterio de Dios entre los hombres! Y es que él, la Palabra, en lo sucesivo ya no tiene más que nuestras fugaces palabras para proclamar el advenimiento de la salvación; pero, en su Espíritu, nuestras frágiles palabras se hacen portadoras de un amor que las colma del poder divino. El, la Vida, ya no tiene más que nuestras existencias, marcadas por el pecado y la muerte, para hacer que broten en el desierto las flores de la ternura; pero, en su Espíritu, nuestros gestos quedan grávidos de una vida sin fin. El, el Camino, ya no tiene más que nuestros pobres deseos para suscitar la sed de algo distinto; pero, en su Espíritu, nuestras esperanzas son ya el camino de la gran Esperanza, y con él franqueamos las puertas del Reino de Dios. La Iglesia resplandece con una luz secreta. Una luz que nada tiene que ver con oropeles exteriores, sino con el Espíritu de Dios que habita en lo más hondo del corazón.

La Iglesia vive de quienes creen en esta semilla enterrada, acogen la palabra de Dios para compartirla con los demás y se dejan elevar por el Espíritu para formar un solo cuerpo con los demás. Iglesia santa, guardada por el Espíritu en la fidelidad al nombre del Padre revelado por el Hijo único. «Ruego por los que se quedan en el mundo: que sean uno, como tú y yo somos uno».

*
**

**Padre santo,
es tu Hijo quien te ruega
por los que tú le diste.**

**Abrázanos con un fuego nuevo
para que conozcamos la gloria
que hay en nosotros.**

**Entrégnanos al amor sin medida
para que conozcamos el gozo perfecto.**

**Sumérgenos en la muerte de tu Hijo
para que renazcamos a la Vida
participando de su resurrección.**

Miércoles de la séptima semana

POR EL MUNDO

Hechos 20,28-38. *Antes de morir, Jesús había confiado el rebaño a Pedro, y el colegio de los Doce se había organizado para dar testimonio. Habían completado su número con Matías y se habían liberado para la oración y el servicio de la Palabra.*

Pablo va a desaparecer a su vez, y van acumulándose nubes sobre la Iglesia. Falsos apóstoles se han infiltrado como lobos entre los cristianos; la herejía se ha apoderado ya del mensaje para transformarlo. Sin embargo, hay hombres que prosiguen la obra comenzada, pastores que actúan bajo la acción del Espíritu. Pablo, que ha llevado la preocupación de todas las Iglesias, les confía la Iglesia que Cristo ha adquirido con su propia sangre. Ellas serán, a su vez, quienes sirvan a la «palabra de gracia que tiene el poder de construir el edificio».

Después de estas recomendaciones, Pablo cae de rodillas y ora. Como para Jesús en Getsemaní, es la hora de la tristeza, la hora del Príncipe de las tinieblas.

Salmo 67: *cfr. lunes de la séptima semana.*

Juan 17,11b-19. «Padre santo, guárdalos». *Cristo ha vuelto al Padre, pero los discípulos están en el mundo. Jesús se consagra y da su vida por ellos. Pero al final de su ofrenda está la aceptación del Padre y el don del Espíritu.*

El Espíritu consagra a los discípulos en la verdad; les restablece allí donde se encuentran los verdaderos valores. Estando en el mundo, los cristianos ya no son del mundo. Ya no obedecen a sus seducciones, porque gozan de la luz que les descubre los secretos de Dios.

No son del mundo, pero son enviados al mundo. Como Jesús dio testimonio del amor del Padre, ellos proclaman la Buena Noticia de la salvación. El Espíritu confirma su palabra como confirmó la predicación de Jesús. Sin embargo, el discípulo no es más que su maestro. Porque están unidos a Jesús, los creyentes compartirán lo que el odio del mundo suscita contra él.

*
**

«Padre santo»... En el momento de dejar este mundo, Jesús ora por los que ha elegido. Oración emocionada que tiene el gusto de la tierra: es una oración por el mundo; oración admirable con sabor a eternidad: es la oración del mundo que se vuelve hacia Dios.

Oración por el mundo. ¡Esta palabra aparece nueve veces en pocas líneas! El mundo salido de las manos del Creador, pero también el mundo pecador y rebelde. El mundo donde el Hijo ha establecido su morada, pero también el mundo que le condena y crucifica. El mundo que forma el tejido de la Iglesia, pero también el mundo que permanece ajeno a la Buena Noticia. «Yo he sido enviado al mundo, pero no soy del mundo». Cuando ora por el mundo, Jesús no puede renegar de los lazos de la carne: ha tomado sobre sí al hombre. Tampoco puede olvidar sus orígenes: ha nacido de Dios. Dios no puede reducirse al mundo y, sin embargo, éste no le es ajeno, porque en Jesús se ha conjugado lo inconciliable. Dios, en Jesús, es y seguirá siendo a la vez el corazón y el horizonte lejano del mundo.

Oración por los discípulos. Deberán conjugar lo inconciliable. Su vida estará hecha de arcilla, pero a la vez respirará el Espíritu de Eternidad. Serán «santos» compartiendo el destino de los pecadores. Tendrán la vida en herencia a pesar de que, como todos, están marcados por la muerte y la ruina.

«Padre santo, si hablo así en el mundo, es para que se llenen de mi alegría». ¿Por qué vamos a oponer el mundo a la santidad del Padre si Jesús es el camino de uno a otro? La Iglesia estará siempre entreverada con las alegrías y las penas del mundo, con sus sufrimientos y sus deseos. Será como su trama escondida y secreta que indica la dirección del tejido y conduce la historia a su término. Si los cristianos no son del mundo, es porque ya se les ha concedido ver el término de la historia y su finalidad: «¡Donde yo esté, allí estarán mis servidores!».

**

¡Señor y Dios nuestro,
son tantas las plegarias y las súplicas
que brotan en nuestro corazón...!
Te pedimos que venga tu Reino
y que se haga tu voluntad
en la tierra como en el cielo.

**

Padre santo,
consérvanos fieles a tu nombre,
pues nos has dado para siempre a tu Hijo.
Concédenos vivir en la unidad,
en la alegría y la confianza.
Y consagra en la verdad
a quienes dan testimonio de tu Palabra
en este mundo
por el que caminamos cada día.

Jueves de la séptima semana

UNIDAD

Hechos 22,30; 23,6-11. «*Mi fin es completar mi carrera y cumplir el encargo que me confió el Señor Jesús: ser testigo del Evangelio, del favor de Dios (20,24). Pablo ha entrado en el último acto de su vida terrena. Ya no se trata de fundar comunidades, sino de dar gracias por lo que vive: la gracia de Dios revelada en Cristo Jesús. También hace algo más que asegurar su propia defensa. Ante los tribunales judíos y paganos, es el portavoz del Evangelio, defiende la causa de otro. No se contenta con aclarar la verdad de un discurso, sino que toda su vida es testimonio de Jesucristo.*

En Jerusalén tiene que hacer frente a las mismas acusaciones que le han perseguido durante toda su actividad misionera. En labios de judíos y judeo-cristianos, la misma queja: Pablo no respeta la ley de Moisés; predica la salvación por la sola fe. Solemnemente, ante la Iglesia y ante el pueblo, se plantea la pregunta: ¿es Pablo un apóstata? En otros términos, la fundación de una gran parte de las comunidades cristianas ¿es obra de un renegado? La existencia misma de la Iglesia, nueva Israel y heredera de las promesas, está en juego.

Conducido ante el Consejo, Pablo se esfuerza en demostrar que la fe en la resurrección de los muertos está en la línea de las creencias fariseas. No insiste en las diferencias ni sostiene que la salvación surja, no de las buenas obras, sino de la fe en el don de Dios. No es en Jerusalén donde va a morir el apóstol de los Gentiles, sino en Roma, la capital del mundo greco-romano.

La estructura del salmo 15 es oscura; quizá haya que colocarlo entre las quejas individuales. Es el salmo por excelencia del sábado santo, pues canta la esperanza del hombre enfrentado a la muerte.

Juan 17,20-26. Dios ha visitado a su pueblo en Jesucristo. ¡Alegría para los discípulos y para todos cuantos acojan el don de Dios!

Cristo ruega ahora por todos cuantos vayan a escuchar la palabra de los misioneros y se unan para formar su Cuerpo. ¡Que sean uno! Es la única manera de hacer que los hombres gusten el amor de Dios. En efecto, el amor no es fácil, pues es de otro mundo. Pero si los cristianos, gracias al Espíritu que actúa en ellos, viven de este amor, a pesar de las dificultades, el mundo podrá reconocer la visita de Dios y la autenticidad de la misión de Cristo.

**

Para asegurarse de la cohesión de una familia o de un grupo al que pertenecen, hay quienes exigen una estricta uniformidad de costumbres, y a veces hasta de convicciones íntimas o proclamadas.

«Que todos sean uno». Sabemos que con harta frecuencia la Iglesia no se ha librado de esta voluntad de totalitarismo y uniformidad, que significa ignorar el fundamento de nuestra unidad. Si somos un solo cuerpo, es porque una misma vida sostiene nuestro ser, y una misma sangre fluye por nuestras venas. La unidad es asunto de vida y de aliento, no de doctrina o de reglamentos: la Iglesia jamás será un club ni una camarilla.

«Que todos sean uno, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti». El modelo de nuestra unidad es nada menos que el amor que une al Padre eterno y al Hijo único.

Reafirmar que nuestra unidad tiene tan hondas raíces significa afirmar que nadie puede pretender agotar la Verdad de Dios ni la verdad de su propio nacimiento: dependemos los unos de los otros para descubrir, vivir y testimoniar el misterio que el Espíritu nos desvela.

Nuestra unidad será un don cuando, en la visión clara del Reino, tengamos unos y otros la experiencia plena del secreto de Dios. Sólo seremos un solo cuerpo cuando alcancemos esa comunión aún por percibir, cuando Cristo sea todo en todos.

«Que todos sean uno»... Cuando hay hombres y mujeres que aprenden a descifrar en la oración y la contemplación el rostro de Dios e intentan dar cuerpo al amor inscrito en sus corazones; cuando hay hombres y mujeres que escrutan la profundidad de su deseo para expresar a Dios en verdad, entonces ya están secretamente anudando, unos detrás de otros, los hilos que han de formar el gran manto con el que Dios envolverá un día el inmenso cuerpo de la humanidad entera⁹.

*

**

Unico Dios y Padre:

**te rogamos nos concedas a todos
ser moldeados por tu aliento creador
y nos conduzcas más lejos en la caridad.**

Concédenos tu Espíritu,

**y seremos el Cuerpo único de tu Hijo,
unidos unos a otros por los siglos sin fin.**

9. Cf. P. JACQUEMONT, J.P. JOSSUA y B. QUELQUEJEU, *Une foi exposée*, Cerf, París.

Viernes de la séptima semana

AMOR

Hechos 25,13-21. *El proceso de Pablo se prolonga, pero, al igual que la Ley, el derecho romano, a pesar de su imparcialidad, poco puede hacer por el apóstol de Cristo. Claudio, Félix, Festo y Agripa reconocen la inocencia de Pablo, pero deben inclinarse ante su apelación a la jurisdicción imperial. Para evitar ser juzgado ante una jurisdicción judía, Pablo apela al Emperador.*

Todos los magistrados que han tenido ocasión de conocer el asunto lo han reconocido: no hay más que disputas teológicas entre judíos y cristianos. Lo que les separa son «querellas relativas a un cierto Jesús que ha muerto y que Pablo afirma que está vivo». Ya en Atenas, los filósofos se habían mofado de la cuestión de la resurrección de los muertos. Los políticos romanos no se interesarán, por su parte, mientras el mensaje cristiano no cuestione su autoridad. Sólo se alarmarán cuando los discípulos de un tal «Chrestos» ataquen la sacralización de los Césares y, por lo tanto, un determinado orden social.

«Bendice, alma mía, al Señor». El salmo 102 es un himno a la beneficencia divina, cantada por un individuo.

Juan 21,15-19. *El último capítulo del cuarto evangelio tiene aspecto de apéndice, y su origen es discutido. Se trata, sin duda, de un complemento elaborado, después de la muerte de Pedro, por los discípulos del evangelista; refiere lo más reciente del pensamiento joánico sobre el servicio comunitario confiado al primero de los apóstoles.*

En el momento en que la Iglesia de Asia luchaba contra la herejía gnóstica, se hizo urgente, efectivamente, precisar la organización y las jerarquías comunitarias. Fechada después de Pascua, la investidura pastoral de Pedro tomaba un relieve inigualable. Además, el recuerdo del martirio subrayaba la condición esencial del pastor dedicado enteramente a su rebaño.

Por tres veces, Jesús solicita el compromiso de Pedro. La respuesta del apóstol sirve de contrapunto, evidentemente, a su triple negación; y subraya la confianza, por no decir la complicidad, que unía a Pedro y a Jesús. La fuente del ministerio pastoral está ahí, en el afecto que une a Jesús con su discípulo. La tarea es exigente. En primer lugar, compromete toda la vida hasta la vejez; además, puede desembocar en la muerte violenta. En lo que concierne a Pedro, el v. 19a («Extenderás las manos») puede evocar la posición del crucificado. Eso es «seguir» a Jesús.

*

**

Un clima de exageración flota en el ambiente en este encuentro entre Pedro y el Resucitado, una manera de ser algo más allá de lo razonable.

«¿Me amas más que éstos?». Si se tratara de hacer un contrato, no se preguntaría semejante cosa... Pero la Iglesia se funda en el Espíritu, que siempre es desmesura. La fe y el amor, si se mantienen dentro de los límites de lo «razonable», no son más que caricaturas.

Por tres veces: «Pedro, ¿me amas?». La alusión es lacerante, pues hurga en la herida sin cicatrizar de la pasión: «Antes de que cante el gallo tres veces...». «¡No conozco a ese hombre!».

«Pedro, ¿me amas?». No es una palabra de reproche, sino la demanda del amigo. Jesús ama a Pedro, a quien confía las ovejas para que las guíe y vaya delante de ellas. Y el guía será guiado, a su vez, por el Espíritu, por la pasión del pastor que da la vida: «Pedro, sígueme».

Sólo el amor se acerca al misterio, sobre todo cuando ha quedado purificado con el fuego del perdón y la fidelidad. «Pedro, ¿me amas?». «Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te amo...». El encuentro se anuda en estas simples palabras.

Encontrar a Jesús resucitado supone siempre la locura del Espíritu que nos hace lanzarnos, sin pensarlo demasiado, al amor presentido; la cabeza un tanto alocada, nunca segura de lo que va a pasar. ¡Nunca ha sido razonable el amor!

*
**

**¿Me amas más que éstos?
Tú lo sabes todo, Señor,
tú sabes que te amamos.**

**Concédenos amarte aún más,
y de nuestra indigencia
harás el fundamento de una Iglesia nueva.**

*
**

**Te pedimos, Señor, por la Iglesia y sus pastores,
para que desborden de amor
hacia ti y hacia sus hermanos.**

**Te pedimos por los que han traicionado,
para que un amor sobreabundante
sea el lugar de su reconciliación.**

**Te pedimos por los que van hacia la muerte,
para que tu Espíritu les guíe
hacia la resurrección con tu Hijo vivo.**

Sábado de la séptima semana

FUEGO

Hechos 28,16-20.23b-24.28-31. Pablo está en Roma, y allí se quedará dos años en régimen de libertad vigilada. Como ha hecho siempre, el apóstol se dirige en primer lugar a los judíos y les habla de la esperanza de Israel, es decir, de la resurrección de los muertos, anticipada en la de Jesús. Los judíos se dividen una vez más.

Pero también es la hora del juicio. Pablo ha llegado al término de su viaje. La Buena Noticia ha llegado a «los confines de la tierra» (1,8). El apóstol recibe a todos los que vienen a él, tanto judíos como gentiles. Una parte de Israel, que rechaza la realización de la salvación en Jesús, es declarada culpable, pero los que se conviertan a la Palabra serán justificados por el Señor. Ellos son la Iglesia, el Israel restaurado. Según la Promesa, se agregarán a ella todos los gentiles que acojan a su vez el testimonio.

Con la etapa romana finaliza la proclamación del Evangelio a los judíos. Desde ahora se traza una nueva perspectiva: el tiempo de las naciones. Ahí se encuentra, en definitiva, el verdadero juicio, la palabra de gracia del Resucitado que, a través de Israel, viene al encuentro de todos los pueblos.

El salmo 10 es un salmo de confianza. Los versículos escogidos hablan de la protección con que Dios rodea a los justos.

Juan 21,20-25. La Iglesia de Efeso había conservado la tradición de «el otro discípulo, aquel a quien Jesús tanto quería». Había sido el discípulo perfecto. Tenía la inteligencia de la fe, el acceso a Jesús y el cariño probado, rasgos que le hacían superior a los demás discípulos, incluido Simón Pedro. Pero que no se pretenda que sus herederos intentaron oponerle a Pedro; lo más que proponen es una apreciación crítica de este último, apreciación que sólo pueden explicarse por el especial lugar que ocupaba en la cristiandad.

Cristo no revela el destino final del discípulo amado. Sería inútil, desde el momento en que los cristianos son incapaces aún de seguirle cueste lo que cueste. Cuando puedan seguir a Jesús en su pasión, sabrán que su camino es el único que conduce al Padre.

*
**

«Muchas otras cosas hizo Jesús. Si se contaran una por una, pienso que todo el mundo no bastaría para contener los libros que se escribirían».

Nos hallamos ante el problema de la confianza. «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?». «Todo esto ha sido escrito para que creáis que Jesús es Hijo de Dios». Un hombre ha aparecido en la historia de los hombres. «Vino a los suyos». Vivió entre nosotros como vida, luz, sal y fermento de la masa humana. Con él cambió el gusto por ser hombre: «A quienes lo recibieron les dio el poder de ser hijos de Dios». El final del evangelio de Juan nos remite a nuestro corazón y a la vertiginosa propuesta que se nos hace a todos.

«Muchas otras cosas hizo Jesús»... Tras haber visto su cuerpo jadeante en el patíbulo, tras haber experimentado que su vida podía vencer a la muerte, tras haber encontrado en su corazón todo cuanto habían recibido de él, los hombres dijeron: «Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo».

Esta noticia parece haber sufrido el desgaste de los siglos, pues su fuerza explosiva ha sido neutralizada de mil maneras. Y, sin embargo, hoy puede seguir conmocionando la vida, cual borrasca del Espíritu que barre nuestras mezquindades personales y colectivas.

«¿Qué te importa? ¡Tú sígueme!». La condición de la fe será siempre el fuego que el Espíritu enciende en nosotros y que nos devora hasta consumirnos de amor. El cristiano no es el partidario de una doctrina ni es «un buen hombre»; el cristiano es un poseso, un consagrado, un ser poseído por el Espíritu. «¡Tú sígueme!».

*

**

**Ven, Espíritu de Dios,
báñanos con tu luz
y reanima nuestra vida.**

**Llévanos tras los pasos del Hijo amado,
para ser conducidos
hasta el Amor que no acabará jamás.**

*

**

**¿Quién podría encerrar tu Palabra
en los límites de un libro?**

**Señor Jesús, haz de tu Iglesia
el libro abierto hasta el final de los tiempos,
en que los hombres leerán la inaudita historia
de tu amor infinito.**

**Buena Noticia y esperanza incansable
por los siglos de los siglos.**